MANOTTI

DOA

LA HONORABLE SOCIEDAD

PÁGINA NEGRA

Dominique Manotti - DOA
La honorable sociedad

Traducción de Maria Llopis

El Aleph Editores

Primera edición: mayo de 2012
Primera edición en digital: mayo de 2012

Título original: *L'honorable société*

© Dominique Manotti & DOA, 2010
Éditions Gallimard, 2011

© de la traducción: María Llopis Freixas, 2012
Ilustración de la cubierta: Pere Ginard
© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., El Aleph Editores
elalepheditores.com/grup62.com

ISBN: 978-84-15325-38-3
Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, wwww.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Toda clase que aspira a dominar debe conquistar ante todo el poder político para representar a su vez su propio interés como el interés general.

KARL MARX, *La ideología alemana*

1

Viernes

El estudio es grande, espacioso, en el último piso de un viejo edificio parisino, en el fondo de un patio. Las dos ventanas están abiertas. Afuera, los tejados y, aquí y allá, los ecos de las teles en sordina. Más lejos, presente, discreto, el rumor de la ciudad. En las paredes, unos carteles de ballenas, de mareas negras, de champiñones atómicos anunciando un apocalipsis próximo, con una pequeña nota alegre.

Tres jóvenes se encuentran allí.

En el centro de la estancia, Julien Courvoisier, un rubio regordete de unos veinte años, está sentado ante una vieja puerta de madera puesta sobre unos caballetes, en la que destaca, entre un montón de papeles y cascos de cerveza, un iMac de 24 pulgadas de un blanco inmaculado, en el que trabaja concentrado y febril. En la pantalla no se ve OSX Tiger, sino Windows Vista, el último grito de Microsoft en sistemas operativos. Un puntero de ratón se desplaza solo por la pantalla. Hay varias ventanas abiertas —Word, Explorer y Outlook—, y está escribiendo un correo electrónico. De vez en cuando, Julien ronronea de placer.

Detrás de él, Erwan Scoarnec, de la misma edad, alto, moreno, fino pero no delgado, de rasgos vagamente eslavos, está echado sobre dos almohadones que están directamente en el suelo. No deja de mirar la espalda de Julien e intenta dominar sus nervios y su malhumor fumándose un porro.

—Julien, ¿lo has conseguido? ¿Funciona?

Ninguna respuesta, Julien ni siquiera lo ha oído. Es exasperante. Dos bufidos.

—Contesta por lo menos, di algo, ¡mierda!

Un gesto vago con la mano, nada más.

Erwan se levanta, va a buscar una cerveza a la nevera de la cocina. Mientras va para allá, lanza una mirada ambigua a la chica, Saffron, de poco más de veinte años, alta, delgada, con una melena negra que le llega a la cintura y una piel blanca casi translúcida, que, con unos auriculares en los oídos y los Stooges a todo volumen, se ha desconectado del mundo. Y de él. Ella también. Es frustrante. Se mueve al ritmo de la música delante de un espejo estrecho, alto, apoyado contra un montón de libros, fascinada por aquella imagen de sí misma que no está segura de reconocer.

Un rugido, una reminiscencia lejana del grito de Tarzán, y Julien está de pie delante del ordenador con los brazos levantados. Los otros dos se precipitan hasta allí, donde los tres se quedan inmóviles. Ante sus ojos, la pantalla cambia de fisonomía, una nueva ventana se abre, una imagen de vídeo se materializa y los altavoces de la máquina empiezan a escupir sonidos de fondo.

—En directo desde el piso del viejo Soubise.

—¿Estás en su casa? —Saffron no se lo puede creer.

—Sin bromas —dice Erwan, con el porro en los labios.

—*Yes, man*. Y también controlo su webcam.

Las imágenes muestran una estancia blanca, de techo alto, molduras de edificio tipo Haussmann, llena de estanterías en que libros y carpetas se disputan el sitio y, al fondo, una puerta abierta que da a un pasillo. En el primer plano, un hombre, de apenas cuarenta años, de pelo gris, la cara barbilampiña y afilada, que no está mal para la edad que tiene. Silba, sentado en su despacho.

Soubise. El hombre de la sombra. El enemigo. Al alcance de la mano, a su merced. El campo de posibilidades se amplía hasta el vértigo.

—Explícate, Julien, no lo entiendo.

Saffron tiene una voz grave y un acento extraño en el que se mezclan las tonalidades del sudoeste y una pizca de inglés.

Su apellido, Jones-Saber. Es francesa por parte de madre, muerta desde hace tiempo, inglesa por parte de padre y se ha criado en el Perigord.

Julien se pavonea.

—Lo más difícil ha sido encontrar su IP.[1] Le he enviado un correo firmado por su jefe, Cardona, el gran gurú de la CEA, con un fichero Jpeg como documento adjunto. Y el Jpeg infectado me ha reenviado la dirección.

Está muy contento, se crece delante de Saffron.

—Soubise no es muy prudente. Y como se trata de su portátil personal, se cree que está a salvo.

Erwan vuelve a hacer pie, es terreno conocido.

—De todas formas, estos tipos no están muy puestos en cuestión de nuevas tecnologías.

—Todos no. Una vez me pillaron.

Julien coge su lata de cerveza, bebe un sorbo y después señala la pantalla.

—Después, con el IP, solo se necesita un buen software que se aproveche de los errores de otro software. En este caso, el punto débil es Quicktime.

—Deja tu discursillo de especialista, ya ves que agobias a Saf'.

—Que va, sigue, me gusta la poesía.

—Para explicarlo de un modo simple, hay un problema en la forma en que la última versión de Quicktime gestiona las instrucciones relativas a la memoria. Dado que el programa está identificado por los cortafuegos y los antivirus habituales, su actividad no resulta sospechosa. Pasar por aquí no atrae la atención. Y se puede jugar con esta gestión coja, solo hay que saber qué código insertar.

Un rato.

—Yo lo conozco.

Julien se siente en la gloria.

Soubise se inclina hacia ellos, más bien hacia su PC, y con un mismo reflejo, Saffron y Erwan retroceden, antes de mirarse y echarse a reír.

—¡Pase general! —exclama Erwan.

Vuelve a encender el porro, le da una calada y lo pasa directamente a su amigo. Luego vuelve a la nevera y saca más cervezas.

Por última vez, Soubise se concentra en la pantalla para releer la conclusión de su correo de síntesis. Corrige una palabra, cambia dos comas, acorta una frase, luego lo envía y apaga Outlook.

La ventana de su despacho está abierta y, afuera, las fachadas de su tranquila calle del distrito diecisiete retienen los últimos trazos de luz de un día agonizante. Este año abril es particularmente suave. Consulta su reloj: son más de las ocho y piensa que debe ir a esa cena que Barbara ha organizado para él, aunque le importan un rábano los amigos que le quiere presentar.

El salvapantallas de su ordenador se activa.

Soubise se levanta, va a su habitación y se mira un momento en el espejo. Duda en cambiarse de ropa y desiste, los vaqueros ya van bien, son unos Armani, y la camisa blanca aún está pasable. Se pasa la mano rápidamente por el pelo, para domarlo. Coge su impermeable de verano del respaldo de la butaca, las llaves del coche mientras va hacia el vestíbulo, y sale.

En la radio del coche está sintonizada France Inter. Son las noticias de la noche, dedicadas sobre todo a la campaña presidencial. Los últimos sondeos antes de la primera vuelta, este fin de semana, dan la ventaja al candidato de la derecha, Pierre Guérin, en la primera posición según el escrutinio. Si el sondeo es de fiar, obtendrá cinco puntos de ventaja sobre su más serio contrincante, Eugène Schneider, cabeza de lista del principal partido de la oposición. Entre los otros diez pretendientes al trono, únicamente la representante del centro puede, según el analista de la emisora, sacar tajada, probablemente en detrimento de Schneider, a quien puede

robar algunos votos.

Soubise escucha las noticias distraído, con la mirada perdida y el codo en la ventanilla.

El locutor cambia de tema, sin dejar la política, y habla sobre la firma del decreto de instalación del reactor EPR[2] de Flamaville el pasado 11 de abril. Guérin, actual ministro de Economía y Finanzas y candidato a la elección presidencial, habría hablado hoy mismo de las bondades de ese proyecto, que hará entrar a la industria nuclear francesa en una nueva era y consolidará su liderazgo.

Intrigado, Soubise sube el volumen de la radio y sigue atentamente el reportaje. Meses atrás la actitud del ministro era radicalmente distinta y se mostraba muy hostil a esa nueva tecnología. ¿Por qué ese cambio de opinión? ¿Y ahora? Un momento que hace peligrar los propios proyectos de Guérin. A menos que esté preparando una trampa.

En cuanto termina la perorata, Soubise coge el móvil y busca el número de Cardona en su agenda —quizá él tenga una explicación para ese misterio— sin darse cuenta de que se desvía de su trayectoria. La rueda delantera choca contra la acera, da un volantazo demasiado brusco y se empotra contra un coche estacionado. Un choque, el cinturón se tensa, la mano que sostiene el móvil se levanta violentamente, propulsada por el airbag, que explota, y el aparato le golpea la ceja, que empieza a sangrar.

Irritado, Soubise sale del coche y valora los daños: el coche está fuera de combate, y el parachoques delantero está en el suelo y roza la rueda izquierda. Mira a su alrededor con un largo suspiro y ve gotas rojas en su impermeable. Suelta un taco y se seca con el dorso de la mano, pero lo único que consigue es extender las manchas. Otro automovilista se ha detenido detrás de Soubise y le pregunta si está bien. Le propone llamar al Samu. No merece la pena. ¿Una grúa? Sí, gracias.

El rato que tardan en llevarse el coche y en que él deje una nota con sus datos en el parabrisas del otro coche

accidentado hace que Soubise se retrase tres cuartos de hora. Ya es de noche y Barbara lo llama, preocupada. Él la tranquiliza pero anula la cena, en parte aliviado. Debe volver a su casa para desinfectar la ceja partida y cambiarse, y llegaría demasiado tarde. Cuando ella le propone acudir junto a él, él le contesta que está cansado y la disuade de ello ya que ella debe ocuparse de sus invitados. La llamará antes de irse a la cama para desearle buenas noches.

Veinte minutos más tarde, un taxi deja a Soubise delante de su edificio. Llega a su rellano, mete la llave en la cerradura, la hace girar y se interrumpe. Algo no va bien. Tarda uno o dos segundos en entenderlo: la puerta no está cerrada con doble llave. Siempre cierra la puerta con doble llave. Se le puede haber olvidado esta noche, pero... Sin hacer ruido, Soubise empuja la puerta y se desliza hacia el interior.

El pasillo está inmerso en la oscuridad. Espera, deja que sus ojos se acostumbren a la falta de luz, escucha. Detrás de él, se apaga la luz del rellano. Es la oscuridad total. Pasan unos segundos y después lo ve, débil e intermitente, en su despacho. Un haz de luz. Una linterna. Hay alguien en su casa. Ahora lo oye. Los ruidos del teclado, los papeles que mueve. Tiene un arma pero está allí, con el o los intrusos.

Silencioso, Soubise se acerca a la cocina, delante del vestíbulo. A tientas, sin dejar de mirar la zona peligrosa, localiza su tacoma de cuchillos, encima del mármol, y coge el más grande.

Avanza hacia el interior del piso. El despacho está al fondo, junto a la calle, la segunda puerta después de la del salón. Delante, está su habitación, con su vestidor, y a la izquierda el cuarto de baño. Se acerca lentamente adonde está la luz y por fin puede echar un vistazo. Un hombre, solo, que no se ha dado cuenta de que él ha regresado a casa. Soubise se coloca en el umbral, con el cuchillo en la mano derecha y la izquierda en el interruptor. Mira unos segundos la silueta inclinada hacia delante. Hombros anchos, anorak oscuro, capucha, guantes, gestos seguros, un profesional.

Controla la actividad de un disco duro externo, enchufado al portátil de Soubise, con el avisador de actividad parpadeando.

Ninguna reacción.

Soubise enciende la luz y queda deslumbrado un segundo.

El hombre se ha incorporado, también sorprendido. Empieza a decir tacos, en voz baja, mientras da media vuelta y luego se da cuenta de que es el dueño del piso el que le ha pillado con las manos en la masa. Rápidamente advierte la presencia del cuchillo. Como gesto reflejo para tranquilizarle, da un paso adelante.

—Espere, se lo voy a explicar.

Soubise levanta el arma.

—No te acerques.

—Podemos arreglarlo.

—Retrocede hacia la ventana y date la vuelta.

El ladrón duda.

—¡Muévete!

El ladrón hace lo que le dice.

Soubise entra y examina un momento su ordenador. En la pantalla una barra de progresión llena hasta sus dos tercios. Copia mis documentos. ¿Por qué? ¿Para quién? Soubise interrumpe el proceso y después mira al hombre, que no deja de mirarle.

—Te he dicho que te des la vuelta.

—Deje que me vaya, será lo mejor.

—Estás en mi casa, me has agredido, me he defendido con lo que he podido. Si dejo que te vayas, todo el mundo se burlará de mí.

Soubise encuentra su móvil.

—Así que será mejor que cierres el pico y obedezcas.

Marca el número 17 y está a punto de apretar la tecla de llamada cuando su brazo derecho es agarrado brutalmente y lanzado hacia atrás.

Hay un segundo intruso. Con una mano, coge la muñeca de Soubise y controla el arma, con la otra le empuja hacia una pared. Fuerte, rápido. Un choque. Con la cara por

delante, se le rompe la nariz. Un nuevo choque. La muñeca se parte y golpea el batiente de la puerta.

Soubise grita y se le cae el cuchillo. Se gira, su segundo agresor también está enmascarado e intenta darle un cabezazo. Soubise le evita por poco apartando la cara. Réplica por la izquierda, a ciegas, asombrosamente rápida. El golpe no es muy eficaz pero sorprende a su adversario en la cabeza.

El hombre retrocede, mientras que su cómplice coge a Soubise por los hombros y lo precipita contra la mesa con un grito de rabia. Pierde el equilibrio, se inclina hacia delante y su sien choca contra el filo de la mesa. Cae al suelo, sin sentido.

Jadeos, los dos encapuchados se quedan ahí sin moverse, encima del cuerpo.

—¡Larguémonos! —dice el primero.

El segundo no se mueve.

—¡Rápido, nos vamos!

Por fin, una reacción. El disco duro. Desconectado, desaparece en una bolsa. Luego una nueva duda: ¿el ordenador?

—¡Vamos! ¡Hay que ahuecar el ala!

La luz se apaga. Pasos precipitados en el pasillo. Su amigo está largándose. El segundo ladrón coge el portátil y, con un gesto seco, le arranca todos los cables antes de metérselo en la bolsa. Y de huir a su vez.

En el estudio, Erwan es el primero en reaccionar, tras un largo momento de estupor.

—¿Lo tienes todo? —Sacude con fuerza a su amigo. —¡Eh! ¡Julien!

—¡Déjame! ¡Estoy bien!

—¿Lo has grabado todo?

—¡Sí!

—¿El vídeo y lo que tenía en su ordenador?

—¡Te he dicho que sí! ¡Ahora déjame!

—Enséñamelo de nuevo.

—¿Para qué?

—Quiero comprobar que lo tenemos todo.

A regañadientes, Julien se acerca al iMac. Tarda unos segundos en convencerse de tocar el ratón. Tras una larga inspiración, se decide, desplaza el cursor hasta la ventana de Quicktime que acaba de aparecer y se detiene en la silueta, ante la cámara, de un hombre encapuchado inclinado hacia el objetivo, en la penumbra.

La luz se enciende.

«Mierda... Pero qué... Espere, podemos arreglarlo...»

Inicio de un breve intercambio, surrealista porque el final ya les es conocido, dramático. Tres siluetas se abalanzan en un ballet mórbido y violento. Solo Soubise es identificable. Ruidos de pelea, estertores, golpes, crujidos, grito de dolor, cara ensangrentada, lamentos, gruñidos. Más golpes, muebles que se mueven, sacudidas, un cuerpo que se cae. Después nada más, solo jadeos. Y la urgencia.

Julien detiene la grabación.

Saffron tiembla.

—Ese tipo, Soubise, está muerto.

Lo saben los tres, ya no se trata solo de una simple intrusión informática, están implicados en un robo con una agresión violenta, probablemente mortal. Y no es un cualquiera. Las dimensiones ya no son las mismas.

Erwan hace la pregunta que los tres tienen en la cabeza.

—Julien, ¿pueden llegar hasta nosotros?

Julien encoge los hombros, baja la mirada, duda.

—Normalmente, deberíamos estar tranquilos.

—¿Normalmente? —Erwan se pone nervioso—. ¿Qué quieres decir con normalmente?

—Normalmente significa normalmente. He falseado tu IP para esconderla, y he saltado en muchos ordenadores y servidores antes de conectarme con el ordenador de ese imbécil. Así no habría llegado hasta ti, pero...

—¿Pero?

—¿Cómo podía saber que dos tipos irían a dejarle seco y robarle el ordenador? ¿Tú lo sabías? ¡Si echan un vistazo al sistema, acabarán viendo que ha habido una intrusión! Entonces empezarán a buscar quién ha entrado, eso seguro. Y si son buenos, tardarán un poco, pero lo encontrarán.

Como para justificarse, Julien añade:

—¡Tenía que ser discreto, pero un lío como ese no estaba previsto!

Erwan murmura entre dientes «si son buenos», y después exclama «¡puta mierda!». Se produce un momento de silencio. Da una vuelta por la estancia, lentamente, se apoya un instante en el alféizar de la ventana y respira hondo.

Los otros dos lo miran y esperan.

Erwan regresa hacia ellos.

—Bien, debemos calmarnos. Y reflexionar.

Se sientan los tres en los almohadones, en círculo.

Erwan debería hablar pero guarda silencio, mientras que Saffron se lanza con un tono dubitativo.

—¿No deberíamos llamar a la policía?

Los dos chicos la fusilan con la mirada y Erwan responde.

—¡Claro que no! Es lo último que hay que hacer. Julien ya fue condenado una vez por haberse introducido en sistemas informáticos y perdería su libertad condicional. Regresaría directo al trullo. Y yo ya he tenido encontronazos violentos con Soubise. Es por eso que estamos aquí esta noche. Así que ni hablar de llamar a la poli, es demasiado arriesgado.

Julien propone subir el vídeo a internet.

—Es nuestra mejor posibilidad. En cuanto se haga público, estaremos más o manos a salvo.

Erwan reflexiona un segundo.

—¿Es posible saber quién ha subido un fichero en una web de vídeos?

—No es seguro. Podemos intentar escondernos para que la identificación resulte más difícil pero... Siempre hay un riesgo.

—Entonces no, nada de internet.

—¡Mierda, Erwan!

—¡Nada de internet! De momento no. Nos quedan doce días hasta nuestra operación. Después de lo que ha pasado esta noche, va a haber una investigación. Si estamos implicados en la investigación, nos interrogarán, nos pillarán de una forma u otra, y Gédéon se irá al traste; y de eso ni hablar. No renunciaremos a una operación en la que estamos trabajando desde hace seis meses, algo con lo que todo el mundo sueña y que nadie ha hecho aún.

—¿Gédéon? ¿Y nosotros, qué? ¿Qué nos pasará si tus profesionales nos encuentran antes?

—Desapareceremos. Todo estaba previsto, ¿no? Dos semanas como máximo, simple rutina.

Silencio, luego Erwan se levanta.

—Muy bien, la decisión está tomada. Consignas de seguridad habituales. Julien, ya sabes adónde ir, y sigues trabajando en Gédéon. Saf', tú vienes conmigo, te dejo a salvo, y luego yo me pondré a cubierto.

Saf' suspira y asiente con la cabeza.

Erwan le coge la cara con las dos manos.

—Me ocuparé del vídeo cuando Gédéon haya terminado, lo prometo. Ahora, ¡acción!

En los segundos que se suceden, se produce el zafarrancho de combate para organizar la huida.

Julien se encarga del ordenador. Tras haber limpiado el disco duro lo mejor posible, desconecta el iMac y lo mete en una gran bolsa de basura. Luego entrega un lápiz de memoria USB a Erwan.

—Los documentos robados a Soubise, con el vídeo. Es la única copia. Sería mejor hacer otra.

—No, con esta basta. Controlar la información, ¿lo recuerdas? ¿Saf'?

La joven, ocupada en hacer desaparecer cualquier rastro de su paso por el estudio, se gira hacia Erwan.

—Tú te encargarás de guardarla. A Julien y a mí los servicios de la policía ya nos conocen. Tú nunca has

aparecido en los radares de nadie. Además, Julien estará ocupado y yo voy a tener que moverme; es más arriesgado si la llevo encima. Toma.

Saffron duda y luego tiende la mano. El lápiz de memoria desaparece en un bolsillo de sus vaqueros.

La limpieza continúa hasta la medianoche.

—A partir de ahora, nada de móviles. Les quitáis las tarjetas SIM y las baterías. Todas las comunicaciones pasan por Facebook, según los códigos en vigor. Y las citas tendrán lugar en el sitio habitual.

Aún necesitan una hora larga para preparar algunas cosas más y asegurarse de que no queda nada en el piso que pueda traicionarles o exponer a Gédéon. Y una hora más para tomarse una última cerveza y decidir separarse.

Cuando se van del piso, hacia las dos de la madrugada, Julien, tenso, torpe, tropieza con un peldaño en la estrecha escalera y se le cae el Mac. Suelta un taco. Se levanta, nervioso, rechaza la ayuda de los otros dos. Vuelve a ponerse en marcha. Unos minutos más tarde, el ordenador está cargado en el viejo Golf negro de Saffron, en el que se meten Erwan y Saf', mientras que Julien se marcha a pie en medio de la noche.

2

Sábado

Un Peugeot 307 de color gris antracita se detiene delante de un inmueble de arquitectura de hierro, en la calle lateral que costea Réaumur, justo antes del cruce con Sébastopol. Dos hombres a bordo. El copiloto, negro, alto, robusto, con el pelo muy corto y anorak azul marino, se apea con una cartera en la mano. Da tres pasos atentos y se mete en un pórtico sumergido en la oscuridad. Marca un código, empuja la pesada puerta de metal y desaparece.

En el primer edificio, que da a la calle, no hay más que talleres de confección y expositores de ropa. Lo cruza tomando un pasillo oscuro que da a un patio, iluminado por unas luces de neón del loft de la planta baja. No hay más signos de vida que sus pasos, amortiguados, y una luz azulada, filtrada por unos cristales sucios.

La entrada que busca está al lado de la del local de los contenedores de basuras. Junto a él, una placa: *SISS* – SOCIEDAD INFORMACIÓN SERVICIOS SEGURIDAD. El hombre escucha un ruido de climatizador ahogado y llama a la puerta.

Un tipo abre unos segundos después. Lleva barba, es barrigudo y aparentemente está solo. Detrás de él, múltiples despachos, varios PC y un caos de cables hechos un lío en el suelo.

—Hola, Jean.

Sin esperar respuesta, alarga la mano con un aire desconfiado.

La cartera pasa del uno al otro.

—También nos hemos llevado el ordenador portátil.

Sorpresa mezclada con temor.

—¿Por qué?

El negro no contesta inmediatamente. Luego pregunta:

—¿Cuándo?

—No estaba previsto de esta forma.

—Ocúpate. ¿Cuándo?

Duda.

—Mañana por la mañana, aquí, a las ocho.

El barbudo cierra la puerta.

Scoarnec conduce el viejo Volkswagen de forma precisa, prudente, por las pequeñas carreteras secundarias de los alrededores de París.

Saffron, sentada a su lado, hipnotizada por el asfalto que desfila a la luz de los faros, revive una vez más la escena de la que han sido testigos en el vídeo. Está muerto. Se le bloquea el pensamiento. No sabe dónde está, no sabe adónde va. Echa un vistazo a Erwan: parece tranquilo. Imposible hablar. Los nervios a flor de piel. Sensación dolorosa de la tela de los tejanos, que roza la piel de las piernas. En su bolsillo derecho, el lápiz de memoria USB, caliente sobre el muslo.

Erwan se detiene delante de la reja de una propiedad que parece abandonada.

Saf' se sobresalta, mira a su alrededor. Están a orillas de un río.

Erwan abre el portal, sube de nuevo al coche, aparca junto a un camino y ayuda a Saffron a apearse.

—Ya hemos llegado. Aquí vas a esconderte hasta Gédéon.

Una sonrisa.

—Estoy seguro de que te gustará.

Le coge la mano y la conduce a lo largo de un sendero bajo los árboles. La noche es más negra todavía.

Saf' camina con los ojos medio cerrados, como una sonámbula, cogida de su brazo.

Erwan se detiene delante de la puerta cerrada de un edificio macizo. No lejos de allí, en la oscuridad, se oye el ruido del agua. Llama al timbre. ¿A aquellas horas? Se enciende una luz en el primer piso, luego en la planta baja. La puerta se abre. Los deslumbra.

Una mujer alta, en albornoz, de rostro blanco y cuadrado y de pómulos salientes, ojos azul pálido, pelo abundante y rojizo con mechas de color cobre.

—¡Erwan!

Le da un beso. Ni siquiera mira a Saffron.

—Te he traído a una amiga, Sylvie Jeansaint. Te la confío unos días. Es importante, Tamara.

Vistazo rápido a Saf'.

—Si tú lo dices. Una única condición: te quedas con nosotras el fin de semana.

Tamara se gira antes de que él pueda contestar, descuelga una llave de un armario y la tiende a Erwan.

—El pabellón rojo, ya lo conoces. Coges el piso de la derecha, el de la izquierda está ocupado. Maurice hace leer a Gérard la obra de teatro que ha escrito para él.

Una pequeña mueca sarcástica.

—Ya te lo puedes imaginar.

La mujer los saluda con un ademán y cierra la puerta.

Saffron se siente completamente perdida.

Pabellón rojo. Piso pequeño, confortable. En el salón, un Nicolas de Staël hace aullar sus azules en la pared escarlata. En la habitación, blanca, tranquilizadora, una pintura del Fujiyama en primavera.

Saf' se pone a llorar, en silencio.

Erwan la lleva muy suavemente hacia la gran cama inmaculada, la desviste con gestos precavidos, castos, la ayuda a deslizarse, desnuda, bajo el edredón.

Ella se deja ir, echada sobre la espalda, los ojos cerrados, la cara húmeda.

Erwan va a buscar al cuarto de baño un vaso de agua, registra el armario y encuentra sin sorpresa un surtido de

somníferos; elige uno, prudente. Saf' no es una consumidora habitual. De regreso a la habitación, hace que la chica se trague las píldoras, se sienta en el borde de la cama y le coge la mano. Apenas un minuto después, ella ya está dormida.

Son las cuatro de la madrugada y el joven OPJ[3] de rostro gris que recibe a los hombres de la Brigada Criminal está de mal humor. Estaba de guardia nocturna en su comisaría del distrito diecisiete cuando se produjo la llamada. Por una vez, tenía algo interesante entre manos. Pero hay otros agentes de guardia en París, en el ministerio fiscal y en el Quai des Orfèvres. Y en la policía, como en otras partes, se produce la implacable realidad de la cadena alimentaria: un crimen es para la Brigada Criminal. Sobre todo si no tiene nada mejor que hacer en ese momento.

Entonces el hombrecillo uniformado pone mala cara cuando precede a los tres señores de paisano por las escaleras enmoquetadas de color rojo del edificio de Soubise.

—Ha sido su compañera quien nos ha llamado hacia las dos de la madrugada. Acababa de encontrarlo.

Se dirige al hombre que está justo detrás de él, el más cordial de los tres. Apenas cuarenta años, no muy alto, pelo castaño, raya a un lado, gafas. Un corte de pelo tipo Playmobil que domina su cara. Cazadora de ante, vaqueros y mocasines. «Comandante Michel Pereira, Criminal», es así como se ha presentado. Comandante. Y es el que habla más. Parece el jefe del grupo.

—¿Lo ha encontrado? ¿No estaba con él?

—No. Vive en otro piso.

—¿Casada? ¿Es su amante?

—Soltera. Bueno, no... En fin, que no estaban casados. Estaban juntos, pero parece que no hace mucho tiempo. Esta noche había invitado a unos amigos a su casa. La víctima, un tal Benoît Soubise, tenía que reunirse con ellos pero lo anuló. Parece que tuvo un problema con el coche. En fin, es lo que

ella dice.

—Entonces, ¿qué coño hacía ella ahí? ¿Habían quedado después?

El que acaba de hablar, con mal aspecto, sigue a Pereira de cerca. A primera vista, con su aire juvenil y más urbano, sus zapatillas de atletismo y su corte de pelo militar, debe tener una menor graduación. Un simple policía. «Thomas», es todo cuanto ha dicho al estrechar su mano.

—Según la mujer, tenía que volver a llamarla y no lo ha hecho. Ella se ha preocupado y, para aclarar sus dudas, ha venido a ver qué sucedía.

El OPJ del distrito diecisiete duda.

—Parece más bien afectada. En fin, eso creo.

En el momento en el que los cuatro hombres llegan al rellano de Soubise, el último tipo del 36, que no ha abierto la boca hasta entonces, ni siquiera para saludar, y que se ha quedado rezagado mirando por todas partes, toma la palabra.

—Recuérdeme el nombre de la compañera.

El oficial se gira hacia Pereira, sorprendido, y solo recibe del mismo una sonrisa franca. Entonces responde al hombre de la americana negra de terciopelo, muy elegante, cuyo tono imperativo marca la autoridad sobre los demás.

—Barbara Borzeix. Vive en la calle...

—Luego ya nos ocuparemos de eso. ¿Es ella la que está abajo con los bomberos?

—Sí.

Sin esperar, Thomas, *Toto*, recibe la orden de encargarse de la mujer, de comprobar si está bien y, en su caso, llevársela a sus oficinas y hacer que espere allí. Luego el del terciopelo negro se gira hacia el oficial del diecisiete y por fin se presenta.

—Pétrus Pâris.

Tiene una mano fina y delicada, la muñeca firme.

—Después de usted.

Y empuja al OPJ dentro del piso abierto delante de ellos, intentando no empujar al técnico de la IJ[4] que trabaja en la

puerta. De hecho, el jefe del grupo es él.

El otro, Pereira, solo es su adjunto. Al entrar, señala la cerradura.

—¿La han forzado?

—No.

—¿El cuerpo? —pregunta de nuevo Pereira.

—En el despacho, al fondo.

—¿Causa de la muerte? —pregunta Pâris.

Esos dos se conocen al dedillo.

—El forense está en ello, quizá nos lo pueda decir. Lo que es seguro es que el tipo ha peleado, la habitación está hecha un caos. Han encontrado un cuchillo de cocina no muy lejos del muerto pero nadie lo ha usado. En cualquier caso, sobre la víctima.

Avanzan por el pasillo y se detienen en el umbral de la escena del crimen, junto a otro hombre de paisano: el médico. Se saludan, amabilidades gastadas por el uso entre colegas. En el interior, más técnicos, material, hombres de amarillo. Un cuerpo. Letanía de detalles sobre la muerte. La hora parece compatible con las primeras declaraciones de la mujer, entre las nueve de la noche y las dos de la madrugada. Ha habido lucha. La víctima tiene la muñeca derecha y la nariz rotas, una de las cejas cortadas y el lado izquierdo del cráneo hundido. Verosímilmente este traumatismo ha sido fatal; golpe probable contra un canto de la mesa. El despacho está señalado.

De lejos, Pâris examina el mueble de madera oscura, barato, tipo Ikea. Observa la impresora, colocada en un carro metálico con cajones y ruedas, a la derecha, y la bolsa de transporte del portátil vacía, en el suelo, a la izquierda. Los papeles desordenados, esparcidos. Los cables que cuelgan. Falta algo. Un ordenador, por ejemplo. Con el oído no atento, capta «robo que se frustró». Se gira hacia Pereira, que le observa, y señala con el mentón el centro de la pieza.

—Y en el resto del piso, ¿algo que señalar?

—No, a primera vista no se ha tocado nada. Nuestro

hombre aún llevaba su documentación encima, dinero en metálico y un reloj caro. Lo mismo en la habitación, otro reloj, más antiguo, de oro, y dos o tres cosas, tipo pulsera y sortija de sello, también de oro, en un joyero, en la mesilla de noche. En mi opinión, ha regresado y ha sorprendido a su o sus ladrones. No han tenido tiempo de coger nada.

Salvo, quizá, el ordenador. Un robo curioso. Nueva mirada de Pâris a Pereira, que le responde con una mueca y asiente con la cabeza.

Una hora más tarde, los muchachos del distrito diecisiete se han ido casi todos. Pâris también ha regresado al Quai des Orfèvres. Pereira aún está allí. Con él, Ange Ballester, el picapleitos, un treintañero atlético —es corredor de fondo—, limpio y aseado, que ha llegado mientras tanto para supervisar el trabajo de los chicos de la IJ. En ese momento, busca sobre todo la llave de una pequeña caja de caudales, descubierta en uno de los armarios del despacho de Soubise.

También en el lugar de los hechos, Estelle Rouyer y Claude Mesplède, dos de los tres cabos del grupo, que Pereira ha enviado a los pisos para iniciar la investigación entre los vecinos, puesto que los ocupantes del edificio ya han empezado a preocuparse por tanto jaleo.

—La tengo.

Y, *last but not least*, Yves Coulanges, llamado *El Manitas*, un hermoso muchacho rubio, el tipo que piensa de modo transversal, dice Pâris.

—¿Dónde estaba?

—En el baño. En una cesta, en medio de peines, cepillos y desodorantes.

—Curioso sitio para esconder algo.

—No creas, ¿tú lo habrías pensado?

—Tú sí que lo has pensado.

Coulanges se encoge de hombros y precede a Pereira hasta la caja de caudales. Desbloquea el cerrojo de seguridad y abre. En su interior, algunas monedas de oro, documentos personales, una caja de tarjetas de visita a nombre de Benoît

Soubise con el logotipo de la CEA,[5] cargadores con provisiones, una Glock 19 en una funda.

—Mierda, ese tal Soubise es un colega.

El 36, bajo los tejados, dos piezas exiguas y de techo bajo, en hilera, apenas separadas la una de la otra, atestadas de los habituales atributos administrativos típicos y metálicos. En los días malos, ocho personas trabajan ahí, el grupo de Pâris al completo. Luz tamizada, ordenadores de otra época, pintura ajada de un color vagamente pastel en las paredes, una planta verde poco ufana que se bate en duelo con tres cactus minúsculos. Encima de los armarios, cajas y botellas de *single malts* vacías. Detrás de cada butaca, trastos variados al gusto del titular del puesto de trabajo, o fotos.

Y al fondo de ese cuchitril, Pâris, sentado, habla suavemente. A su espalda, nada más que una foto solitaria. Una mujer, de unos cuarenta años, con dos adolescentes. Su familia. A su espalda.

Delante de él, Barbara Borzeix. Alta, con una impresionante cabellera castaña con reflejos dorados. Vestimenta simple pero elegida con gusto. Atractiva, incluso en el dolor. No ha llorado, delante de ellos no. Con las piernas cruzadas, encerrada en sí misma, con una taza de café en sus manos. Todavía no ha bebido ni un sorbo.

—Así pues, usted conocía al señor Benoît Soubise desde hace cuatro meses. ¿Cómo se conocieron?

—En una partida de póquer.

—¿Juega a menudo?

Borzeix asiente pasiva.

—Siempre que puedo.

—¿Círculos de juego o partidas privadas?

—Ambas cosas.

—Y su encuentro se produjo...

—En el Aviation, en los Campos Elíseos.

Pasa un segundo.

—¿Desde entonces estaban juntos?

—Hace algo más de dos meses.

Sonido del teclado de Thomas, que, algo retirado, transcribe la declaración.

De pie a su lado, el teniente Pierre-Marie Durand, el último recluta del grupo. Alto, delgado, tipo intelectual, siempre con un libro al alcance de la mano, muy pendiente de la lengua y la ortografía de los atestados.

Una manía que molesta profundamente a Thomas.

Hay un cuarto hombre en la estancia, un intruso. Él también acaba de aparecer en su paisaje. Se llama Nicolas Fourcade, es el sustituto del fiscal. Una nueva adquisición. Completamente calvo, gafas tan redondas como su cara, que agrandan sus ojos atontados. Ha insistido en asistir a la declaración de la testigo. Toma de contacto y familiarización.

Suficiente para que Pâris desconfíe de él. Continúa.

—¿A qué se dedicaba su compañero?

—No era mi compañero.

—¿Pues qué era entonces?

Borzeix abre la boca para contestar y la vuelve a cerrar, indecisa.

—No lo sé. Quizá sí era mi compañero.

—Muy bien. Diga, ¿qué hacía?

—Era ingeniero comercial. Para la empresa EGT.

—¿EGT?

—Electricidad General y Técnica.

—¿Qué venden?

—Armarios eléctricos industriales. Es un subcontratista de EDF y sobre todo de Areva... El grupo nuclear.

Una sonrisa divertida de Pâris al oír esta precisión. Debe de pensar que no sé qué es Areva.

Borzeix se da cuenta.

—Volvamos a lo que sucedió esa noche. Tenía que ir a cenar a su casa, ¿verdad?

Borzeix asiente y después empieza a relatar los acontecimientos de la noche tal y como los recuerda: la

llamada, el accidente, la ceja abierta.

Ya tienen una de las heridas explicadas.

Interrupción de Fourcade, que pide detalles.

Pâris, molesto, interrumpe a Borzeix cuando esta empieza a responder, ya volverán a ello más tarde. La invita a proseguir después del accidente, a que concrete la hora de regreso de Soubise a su piso, según ella.

—Poco después de las nueve y media, me imagino.

—¿Está segura? —pregunta esta vez Fourcade.

Borzeix saca su móvil del bolso, recorre la lista de las llamadas recibidas y enviadas y luego levanta la vista.

—Le llamé a las veintiuna horas y diecisiete minutos. Estaban cargando su coche en la grúa. Vive hacia Ternes y me dijo que había tenido el accidente en la avenida Trudaine.

—Lo comprobaremos, ¿verdad, comandante?

Pâris observa fijamente al sustituto por encima del hombro de Borzeix, que no dice nada. La mirada no es afectuosa.

—Continúe.

—No debió de tardar mucho en llegar a su casa si encontró un taxi enseguida.

—De acuerdo, entonces llega a su casa entre las veintiuna horas treinta minutos y las veintiuna horas cuarenta y cinco minutos. ¿Y después?

Ligera sorpresa.

—¿Después? ¿Cómo quiere que lo sepa?

—Intentó ponerse en contacto con él, ¿no es así?

—Sí, lo llamé varias veces, pero mucho más tarde, cuando mis invitados se fueron. Estaba preocupada, no me había llamado como había dicho que haría. Me pregunté si el accidente había sido más grave de lo que pensaba, si se habría encontrado mal.

—¿Qué hora era?

—No lo sé, la una, la una y cuarto de la madrugada.

—¿Y después qué hizo?

—Fui a su casa para comprobar que estaba bien.

Borzeix relata que al llegar encontró la puerta abierta, entró y halló el cadáver. Pasado el primer pasmo, llamó a los bomberos. Y estos avisaron a la policía. Lo que pasó a continuación ya lo sabían.

—Así, ¿fue un robo que se frustró?

—¿Qué le hace pensar eso?

Por primera vez, Borzeix se gira hacia el sustituto Fourcade.

—Es lo que los demás policías decían hace un rato.

—No sabemos nada. Es posible.

Pâris parece dudar un momento y luego se decide.

—¿Su compañero tenía un ordenador en su casa? ¿Un portátil?

—No lo sé. Es posible. Seguro que sí.

Un segundo.

—Sí, creo haberle visto con un portátil una vez. ¿Por qué?

Pâris no tiene tiempo de responder, su móvil empieza a vibrar encima de la mesa. Es Pereira. Contesta.

—Dime todo lo que sepas.

Escucha unos segundos.

—Ya veo. ¿Vuelves aquí?

Nuevo silencio.

—Muy bien, hasta ahora.

Cuelga y mira largamente a Borzeix antes de retomar la palabra.

—¿Cuál era, pues, el trabajo de su compañero?

Fourcade capta una ligera tensión en la voz de Pâris. Borzeix también.

—Ingeniero comercial. ¿Qué sucede?

—Y usted, ¿en qué sector trabaja?

—Derecho mercantil. Pero ¿qué pasa?

—¿Es usted jurista? ¿Abogada?

—Abogada hasta 2004. Luego entré en la asesoría jurídica de un grupo de BTP que dirijo desde el año pasado.

—¿Qué grupo de BTP?

—PRG.

Pâris hace una pausa. PRG, Picot-Robert Groupe. Lo conoce bien, de otra vida, en otra policía. Borzeix, joven, bella y sobre todo brillante, controla todos los asuntos legales del líder francés del sector del hormigón. De repente, ya no es la misma mujer que está delante de él.

—Le exijo que me responda. ¿Qué sucede?

—¿Comandante? ¿Quiere hablar en privado?

Fourcade hace ademán de levantarse.

—No será necesario, señor sustituto. Señorita Borzeix —tiene que volver a poner a la señorita de treinta y ocho años en su sitio—, ¿conoce alguna buena razón por la que el señor Soubise, su compañero —Pâris insiste en esa palabra—, le haya mentido acerca de la naturaleza real de sus actividades?

Desconcierto. No es fingido. Pâris hace tiempo que sabe hacer la distinción.

—¿Qué quiere decir?

—El difunto Benoît Soubise parece ser que era oficial de la policía, como yo.

Borzeix lo encaja mal. Vacilante, pone la taza de café, aún intacta, encima de la mesa. Pasan unos segundos, recupera el color.

Fourcade, por una vez, no dice nada.

Pâris se lo agradece y vuelve al asalto.

—Todo esto es muy enojoso. Un hombre es agredido en su casa y muere; no le roban nada. Su compañera lo encuentra muerto y parece que él le mentía sobre su vida. Y sobre su trabajo de poli. A menos que sea usted quien nos esté tomando el pelo. ¿Tiene algo que esconder, señorita Borzeix? Es mejor que nos lo diga ahora, porque acabaremos descubriéndolo tarde o temprano.

La mirada de Borzeix, hasta entonces desamparada y perdida en el vacío, se detiene, glacial, en Pâris.

—¿Qué insinúa usted?

—Nada de momento.

—Estuve con unos amigos toda la noche. En la otra punta de París. Llámelos, se lo dirán.

—Lo haremos. Pero antes debemos acabar esta charla. Y pienso que será más larga de lo previsto. ¿Le puedo ofrecer otro café?

Por el rabillo del ojo, Pâris nota que Fourcade le observa con atención. El sustituto no ha tardado en entender que el asunto acababa de tomar un curioso cariz. Capaz de crear una carrera. O de deshacerla.

Regreso a los locales de la SISS. Es algo más de las ocho de la mañana. Afuera ya es de día y hace sol, pero el lugar sigue estando bañado por la luz artificial de los neones. Flota un desagradable olor de pizza fría.

En una sala aislada por paredes de cristal esmerilado, dedicada a las reuniones y al almacenaje de componentes electrónicos que nadie sabe qué hacer con ellos, el barbudo de la noche anterior, con bolsas verdosas bajo los ojos por las horas de vigilia, explica sus descubrimientos.

—Su copia estaba incompleta y era ilegible.

Señala el disco duro externo utilizado la noche anterior en casa de Soubise.

—Por suerte tenía el PC.

Sentado a su izquierda, Jean, el negro alto, esboza una sonrisa sin despegar la mirada del sucio techo blanco. A su lado, otro hombre, más bajo, nudoso y pelirrojo, como un perro; se llama Michel y no parece haberse movido desde que se ha sentado en la silla.

—El sistema estaba protegido por una contraseña. Algunas carpetas del disco duro también. Nada complicado, he podido recuperarlo todo. Os he hecho copias.

El barbudo empuja dos DVD-RW, colocados encima de la mesa, hacia el último participante de ese pequeño guateque matinal, un hombre de edad incierta, de rostro juvenil bajo una mata de pelo de color ceniza muy cuidada. ¿Unos cuarenta años? Lleva un traje de tres piezas gris de buen corte y una corbata, incluso un sábado por la mañana. Es el jefe de

los otros bufones, el que paga las facturas del informático. En metálico.

—¿Vais a devolver el ordenador?

—Es algo tarde para hacerlo.

Jean y Michel no abren el pico.

—Bien, entonces voy a pasarlo a uno de mis chicos el lunes para que lo examine en profundidad. Quizá haya datos que se hayan borrado mal y que puedan recuperarse.

—¿Es necesario?

—Usted decide, pero nunca se sabe.

El jefe hace un ademán desenvuelto con la mano, como si dijera «adelante».

—¿Nos puede dejar solos un momento?

El barbudo asiente y sale.

Pasan unos segundos.

—No ha servido de nada vuestra estupidez.

El tono se mantiene cortés, pero denota cólera.

—Ha sido un accidente —contesta el pelirrojo con voz tensa removiéndose en la silla.

—Erais dos contra uno, ¿no había forma de neutralizarlo sin ir más allá?

—Ha agredido a Jean con un cuchillo, estaba fuera de sí.

Michel se gira hacia su compañero, que asiente con la cabeza.

—Hemos hecho lo que hemos podido. Era eso o correr el riesgo de que nos descubriera.

El hombre del traje gris asiente y da las gracias con el pensamiento de que por suerte Soubise no tenía su arma de servicio con él.

—He pasado por allí esta mañana. La Brigada Criminal se ocupa de ello.

Largo silencio. La Criminal, no es una buena noticia.

—Bien, y nosotros, ¿qué hacemos ahora? —pregunta Jean, con voz tranquila.

—Vuestra misión ha terminado, intentad desaparecer hasta que sepa algo más de cómo avanza la investigación.

Con un poco de suerte, nadie os habrá visto y todo irá bien. ¿Solo habéis cogido el ordenador?

—Sí.

El del traje gris hace una mueca.

—¿Qué pasa? —pregunta Michel, no muy tranquilo.

—Corremos el riesgo de que se pregunten por qué ha desaparecido solo el portátil, sobre todo cuando se den cuenta de quién es realmente Soubise.

El pelirrojo hace retroceder con rabia la silla y se levanta, molesto.

—Ya te lo dije, ¡teníamos que habernos quedado y coger más cosas!

—Has sido tú quien te has largado corriendo.

—¿Qué?

Los dos matones se desafían con la mirada algunos segundos, luego su jefe golpea la mesa con la palma de la mano para dar a entender que el recreo ha terminado.

—Calmaos. De todos modos, ya es demasiado tarde para reescribir la historia. Voy a pensar en la mejor forma de limpiar la mierda que habéis dejado. Un tipo con la carrera de Soubise no solo tiene que haber hecho amigos, ya encontraré algo.

Saffron se despierta, comatosa. Habitación desconocida. Cama grande. A su lado, almohadas y sábanas arrugadas, la cama ha sido ocupada. En la pared, la elegante silueta del monte Fuji. ¿Dónde estoy? La grabación de la pelea, de la muerte en directo, voyeurismo y culpabilidad, todo regresa de golpe. Después la huida por la noche, junto a Erwan, helado, glacial.

—¿Erwan?

Ninguna respuesta. Se levanta. Está desnuda. Su ropa está amontonada a los pies de la cama. Ningún recuerdo.

El cuarto de baño, baldosas rojas y blancas, ducha suntuosa empotrada en la pared. Bajo el chorro del agua, Saf' sale poco a poco de su ensoñación, alterna agua fría y

caliente. Y de repente siente pánico. Es sábado 28 de abril. Mi tren para Cahors, a las siete horas cincuenta y cinco minutos. Mi padre, la abuelita.

Saffron sale de la ducha, se precipita hacia el reloj. Las once y diez. Escalofrío helado. Se pone un albornoz que está colgado en el baño, corre a la habitación, los vaqueros, el bolsillo, el móvil aún está ahí. Lo coge, lo acaricia, se refugia en el baño, cierra el pestillo, marca el número de su padre. Dos timbrazos, la voz familiar. Rápido, rápido, evita que hable.

—*Dad*…

En el otro extremo de Francia, un hombre de rostro marcado, barba gris de tres días, sorprendido. ¿Cuánto tiempo hace que su hija no le llama *dad*?

—… no voy a ir, no puedo ir —las palabras salen atropelladamente—. Estoy en casa de un amigo, en el campo. El teléfono no funciona muy bien, ya volveré a llamarte. Un beso a la abuelita.

En el baño, Saf' oye que se abre la puerta del piso. Quita la tarjeta y la batería de su móvil, con torpeza y las manos temblorosas, las echa al váter, tira de la cadena y respira profundamente. ¿Acaso ahora tengo miedo de Erwan?

Conversación cortada. Neal Jones-Saber vuelve a llamar. Ningún tono, solo el buzón de voz. Guarda su móvil, herido, y refunfuña. Saffron ya es mayor, las fiestas familiares la aburren, de acuerdo. Pero hoy… Hace diecinueve años, tal día como hoy, Lucille, el amor de su vida, la madre de Saf', murió en el Líbano. Y ese mismo día también es el cumpleaños de Saf', veintiún años. La fiesta de la vida y de la muerte. Podría haber hecho un esfuerzo. Se siente abandonado, una vez más, duda, acaba saliendo para reunirse con sus invitados en un restaurante del centro de Cahors.

Más tarde, después de comer, la tarde ya está muy avanzada. Neal camina lentamente a orillas del Lot, entre sus

dos mejores amigos, dos viejos cómplices. El primero es Terrence Cooke, corresponsal en París de un importante periódico británico, *The Herald*. Es un hombre plácido con la tez rosada tan característica de los súbditos de Su Majestad. Algo más joven que Neal, ha viajado para estar a su lado en ese día de aniversario. El otro es Pierre Salleton, dueño del restaurante Au Sanglier Bleu. Como todos los años, ha concebido y preparado la comilona. Un *bon vivant* él también.

Paseo digestivo. Los tres hombres fuman sus cigarrillos en silencio. Llegan al puente Valentré, magnífica obra fortificada que cruza el río y entran en él. Se detienen entre las dos torres, se acodan en el pretil y miran la corriente, que fluye entre los pilares medievales. Una tarde tan tranquila.

—Ahora —dice Salleton sin dejar de mirar el agua—, dinos qué te pasa con tu hija. Y déjate de patrañas, estamos entre hombres.

—No sé nada —con los años el acento *british* de Jones-Saber casi ha desaparecido—, una llamada justo antes del mediodía para decir que no viene. Solo eso, no voy a ir. Ni siquiera he podido meter baza. Ha colgado y después su móvil estaba apagado.

—¿Estás preocupado?

Neal se incorpora y mira fijamente a Salleton.

—¿Preocupado? No, ¿por qué? La familia la aburre, las comilonas también. A su edad, tiene todo el derecho. No, más bien me siento triste.

Neal se acoda de nuevo en el pretil y tira su colilla al río.

—La comunicación entre mi hija y yo se ha cortado. No he sabido sustituir a su madre.

Salleton se gira de espaldas al río.

—Deja de decir bobadas de psiquiatra de pacotilla y no dejes que las cosas caigan en el abandono. Si ella no viene a verte, encuentra cualquier pretexto para ir a París a hacerle una visita, así como de paso.

Los tres hombres miran el Lot en silencio durante un rato, y luego Neal admite:

—Quizá sea una buena idea.

Salleton prosigue, como si no esperara otra respuesta que esa.

—Tengo un amigo que regenta un muy buen restaurante en París, Chez Gérard, frecuentado por los políticos de la capital. Estando en plena campaña electoral, puede ser una ocasión para una de tus crónicas gastronómicas. Política y buena comida, a tus ingleses les encantará, y mi amigo estará contento, será muy bueno para su clientela. Ya en París, encontrarás un buen motivo para ver a tu hija.

Cooke también se incorpora y saca un paquete de cigarrillos del bolsillo del pecho.

—Decidido. Vuelvo a París mañana por la mañana, te llevo conmigo. Y si insistes, acepto acompañarte para comer o cenar en Chez Gérard. Estoy seguro de que necesitarás a un asesor para descifrar la carta política de los comensales.

Neal sonríe, los tres hombres retoman su paseo.

Borzeix acaba firmando su declaración y abandona el Quai des Orfèvres hacia las cuatro de la tarde. Una vez fuera, cansada, desestabilizada por los acontecimientos y las revelaciones de la noche, desorientada, va a la deriva durante un buen rato, empujada por la multitud despreocupada del sábado que ha invadido el barrio de Saint-Michel. Detiene un taxi y se encuentra en el portal de su casa a las cinco pasadas.

Apenas entra, Borzeix se desploma sobre el sofá del salón, mira a su alrededor para retomar el contacto con su interiorismo de diseño a la última, tan desfasado esta tarde, y se da cuenta de que aún quedan restos de la cena de la noche anterior en la mesa. Por lo tanto, la mujer de la limpieza no ha venido esta mañana como estaba previsto. Una pequeña contrariedad más.

La que colma el vaso.

Las lágrimas acuden a sus ojos y Borzeix llora en silencio durante unos minutos antes de calmarse. Enciende su teléfono

móvil y, sin esperar a saber si alguien ha intentado llamarla, marca el número de su jefa, que se sabe de memoria. Le sale directamente el buzón de voz. Un mensaje seco, «Elisa Picot-Robert, déjeme un mensaje», seguido del habitual pitido. Borzeix se encuentra sin palabras, demasiado pronto para resumir todo lo que le ha pasado, y cuelga.

Abandona su móvil en la barra de su cocina americana y va en busca de un somnífero al baño. Debe dormir.

Al final del día en el 36, Pâris rinde cuentas a su jefe de sección, el comisario Stanislas Fichard, un hombre gordo con un aire falsamente bonachón y de sudor abundante, que ha pasado por allí para que le informen del asunto. Un oficial de la policía asesinado no es moco de pavo. Pero es fin de semana y Fichard no tiene ganas de eternizarse.

Pâris lo sabe y se prepara. Va al grano.

—De momento, no hay ninguna razón para no creer a la señorita Borzeix. Hemos empezado a comprobar su agenda entre sus invitados de anoche y concuerda con lo que ella ha declarado. Además, el forense ha revisado el tramo de la hora de la muerte y la sitúa claramente antes de la medianoche. Estamos esperando las conclusiones del experto médico-legal para mediados de la semana que viene.

—Así pues, ¿esa tal Borzeix no es culpable?

—No estaba presente...

Fourcade se les añade, oficialmente para conocer al *jefe*.

—Pero ello no excluye un vínculo con el asesinato. Encuentro raro que la víctima le haya mentido acerca de su trabajo como policía, ¿y usted?

Fichard ignora al joven sustituto y se gira hacia su subordinado.

—¿Cree que intenta despistarnos?

—¿Con la mentira de Soubise? No.

—Pero lo importante del asunto es que él le mintió. ¿Por qué, en su opinión?

Pâris se encoge de hombros.

—Se conocen en un círculo de juego, no es realmente un lugar recomendable para un oficial de policía. Quizá venga de ahí. El problema es que se gustan y vuelven a verse. Y la mentira continúa. Es difícil dar marcha atrás.

Un momento de silencio.

—Tampoco debemos excluir que estuviera allí por asuntos de trabajo.

—¿Por ella?

—Ella u otra cosa. Con la DCRG,[6] todo es posible.

—¿Qué más tiene sobre él?

—Poco más. A duras penas la DAPN[7] nos ha informado sobre su servicio. Para poder continuar, creo que será preciso que pregunte a sus homólogos de Beauvau. Le he preparado una nota.

Pâris tiende un papel a Fichard.

—¿Enseguida?

—Dos individuos, parece ser que dos hombres, fueron vistos saliendo precipitadamente del edificio de la víctima hacia las veintidós horas. Se montaron en un coche de color oscuro, tipo berlina compacta, un Clio o un Golf, el testigo no está seguro, y se largaron sin más.

—¿Alguna matrícula?

—Negativo de momento. He puesto a dos de mis hombres a controlar la videovigilancia del barrio. Es fin de semana, así que no podemos esperar nada inmediatamente de bancos y farmacias. Con la jefatura, quizá tengamos más suerte. En cualquier caso, con esos dos estamos sobre la pista en el tema horario.

—Entonces ya tenemos a dos sospechosos. Bien. ¿El teléfono?

—Estamos en ello. También revisamos la documentación de la víctima. Sobre todo sus cuentas, siempre con relación al juego. Quizá tenía deudas.

—Me ha dicho que solo se habían llevado un ordenador, ¿verdad?

—Es lo que parece. Soubise tenía uno, hemos encontrado una caja de embalaje vacía, unas instrucciones de uso y un certificado de garantía reciente en uno de sus armarios, pero no hemos hallado el portátil correspondiente. Aún tenemos que comprobarlo con su servicio, quizá esté ahí.

Fichard hincha el pecho y pone una mano cómplice en el hombro de Pâris.

—Yo me ocupo de Beauvau, cuente conmigo.

Dirige una sonrisa a los dos hombres.

—Bien, debo largarme. ¿Le llevo, señor sustituto?

—No, aún me quedaré un rato.

—Entonces, con su permiso...

El comisario encuentra las llaves de su coche en un bolsillo de sus pantalones y precede a sus dos interlocutores fuera del despacho. Cierra detrás de él y, tras un último saludo formal, se aleja por el pasillo.

En cuanto desaparece, Fourcade se gira hacia Pâris.

—No ha dicho nada sobre la CEA, pero se pondrá en contacto con ellos, ¿no?

—Mañana mismo. Si encuentro a alguien.

—No hace falta que le diga que ande pisando huevos, no tengo que decirle que todo lo nuclear es un tema sensible en este país.

Realmente no es tonto. Y se ha informado sobre mí. Pâris piensa que quizá habría tenido que cubrirse y hablar también a Fichard, de PRG. Una empresa tan próxima al poder. Pero no, no hay ningún motivo para perturbar al jefe. Todavía no.

Fourcade también sonríe.

—Me voy, el día ha sido largo. Buenas tardes, Pâris.

—Buenas tardes, señor sustituto.

Pâris coge uno de los coches del grupo y vuelve a su casa, un chalet en Rosny, en un barrio residencial de las afueras. Durante todo el trayecto, corto, pocos atascos un sábado a esa hora, no consigue olvidar la investigación. La DCRG, la

mentira de Soubise, el tema nuclear. Y ahora PRG como un puñetazo en pleno estómago, un regreso brutal hacia el pasado, su fracaso, su humillación. Un presentimiento, no saldrá indemne de ello.

Llega a su calle, casi sin quererlo, por automatismo puro. Una calle estrecha y tranquila, bordeada de pequeños chalets prácticamente idénticos. Se detiene en una zona sombreada, a unas decenas de metros de su puerta.

PRG, una vez más en su vida, ¿una segunda oportunidad?

Su hija mayor, de quince años, sale del chalet familiar con un chico de su edad. Lo conoce y no le gusta. Los dos se montan en una moto, eso se lo ha prohibido formalmente, y se van entre traquidos. Pâris no se mueve. Sus piernas le pesan dos toneladas.

Un coche se para delante de la puerta del chalet y su mujer se apea de él. Cuando los dos ocupantes se inclinan para despedirse, reconoce a uno de los colegas de su esposa, que da clases en el mismo colegio que ella. El hombre intenta darle un beso, ella le esquiva, le da un simple beso en la mejilla y le ofrece una cálida sonrisa. Un último ademán con la mano y desaparece en el interior de su casa.

El coche del otro profesor se aleja.

Pâris sigue sin moverse. No tiene ganas de ver a su mujer ni a sus hijas. Ya no les cuenta nada de su vida profesional desde que está en la Criminal. Poco a poco, ha dejado que se convirtieran en unas extrañas. Repentina crisis de lucidez, nunca ha querido enfrentar su derrota en su mirada.

Palpa sus bolsillos en busca de un cigarrillo, interrumpe su búsqueda, recuerda que se ha prometido dejarlo y perseverar, esta vez. Pasa otro cuarto de hora antes de que decida por fin entrar en su casa, sin saber muy bien por qué. Son más de las nueve de la noche.

Su mujer, Christelle, está en la cocina y está preparando algo de comer con el microondas.

—Ya estás aquí. ¿Has tenido un buen día?

Pâris le responde con unos gruñidos, coge tres cervezas de

la nevera y va a hundirse en el sofá del salón delante de un partido de fútbol.

Christelle llama a su hija menor, que está encerrada en su cuarto, en la planta superior.

—A la mesa, mi vida.

Después, con voz contenida, articulando perfectamente todas las sílabas, como solo saben hacerlo los profesores:

—Habría sido mejor que cenara fuera.

Tiene razón, piensa Pâris mientras se toma su segunda botella de cerveza; no sé cuánto tiempo más voy a poder soportar este naufragio.

Ceremonia del sábado por la noche. Erwan ha avisado a Saffron: aquí hay una única obligación, si estás en su propiedad, debes ir al salón de la dueña de la casa. Y ha añadido: por lo general no es desagradable, el lugar normalmente está muy frecuentado.

—¿Quiénes son estas personas?

—¿Por qué me lo preguntas?

—No lo sé. No me siento bien, aquí. No tengo nada en común con ellos.

Erwan sonríe a Saffron.

—Es el objetivo. Aquí nadie vendrá a buscarte: el escondite ideal. Respecto a los viejos veteranos de la Gran Velada que frecuentan los pasillos, no te preocupes, son inofensivos. Si hubieran hecho su trabajo, no estaríamos aquí. Ven.

Un gran salón, vigas aparentes, sofás mullidos, monumental chimenea, fuego de leña suntuoso, no solo para la escenificación, ya que las noches aún son frescas y húmedas a orillas del Sena. Poca gente esta noche, los huéspedes habituales han vuelto a sus casas para cumplir con su deber electoral al día siguiente.

En un extremo de la estancia, el escritor y director teatral y su actor están sentados en una mesa de juego, bajo la luz

dorada de una lámpara de tulipa, mudos, encerrados en la burbuja de una partida de go que les llevará horas.

En un sofá, delante del fuego, Tamara, con el pelo suelto y un vestido cómodo de lana multicolor de las mesetas andinas, está sentada junto al director de un gran teatro parisino que ha venido a preparar su vuelta a los escenarios en otoño. En otro diván, próximo pero resguardado de las llamas, Erwan, distendido, casi feliz, habla. Saf', a su lado, silenciosa, distraída, empieza a soñar con Cahors.

Tamara sirve coñac.

Erwan bebe un buen trago y sigue hablando con la mirada fija en los reflejos de las llamas en la melena de Tamara, que ella hace mover en una puesta en escena muy estudiada.

—Envidio a los hombres de teatro. Más de cuarenta años después de haber visto el Living Theatre actuar en Frankenstein, los felices espectadores todavía hablan de esos cuerpos aferrados a un andamio que formaban una sola entidad, que después estallaba y se atomizaba, hablando con una sola voz, después con voces múltiples. ¿Quién puede hacer vivir tan bien en la inmediatez, y por lo tanto dar a entender en la carne y en la sangre que todo lo que nos ata al mundo, todos los vínculos que nos constituyen, tejen existencias singulares y al mismo tiempo comunes? Me gustaría tener aunque solo fuera un ápice de su fuerza de convicción.

Erwan se bloquea. ¿La emoción, el miedo de ser demasiado sincero? Saffron nota los músculos de su muslo que se crispan contra el suyo, nota el brillo de placer en los ojos de Tamara. Los dos jugadores de go han levantado la nariz, atentos.

El director teatral suspira, pone un brazo en los hombros de Tamara, sonríe a Erwan.

—Tiene mucha razón. Pero me da miedo de que todo ello no esté comprometido. Si mañana, como me temo, Guérin se coloca por delante, la mayoría de los actores de la cultura de calidad pueden empezar a sufrir. Será el reino del dinero y

del beneficio.

Erwan se levanta, muy pálido.

—Yo le hablo de cultura y usted me contesta con las elecciones. Su democracia representativa está en las últimas: izquierda-derecha es la misma agonía, nuestra civilización se encuentra en estado de muerte clínica. Le digo que nos faltan las grandes voces para decirlo en las formas perfectas del teatro, de la literatura, de la pintura, del cine, que darían su expresión universal a esta constatación. Y usted me habla de la primera vuelta de las presidenciales. Los hombres de cultura, en este país, mantienen relaciones obscenas con los políticos y ello les oscurece el espíritu. Usted me repugna. Sylvie, vamos a acostarnos.

De camino hacia la casa roja, Saf' murmura:

—No es que hayas sido muy discreto.

Erwan se calla.

Domingo

Cuando Pâris entra en el pequeño café del distrito quince, Pereira ya está allí, con el *JDD* abierto delante de él en el mostrador y una taza en la mano derecha. Los dos hombres se saludan y Pâris pide otro café solo.

Pereira cierra el periódico y se toma un tiempo para observar a su jefe de grupo.

—Vaya cara que traes. ¿Has dormido mal?

Pâris asiente con la cabeza.

—¿Una fiesta en casa?

Pâris se toma el café de un trago.

—He pasado la noche en blanco.

Con la mano hace una señal al camarero.

—Otro.

Una pausa, que pasa rápido.

—Cuando vuelvo a mi casa, me pregunto por qué.

Nueva pausa, le sirven el café, se lo bebe.

—Y para serte franco, tampoco me jode mucho. Estoy cansado.

Se gira hacia su adjunto.

—¿Te sorprende lo que te cuento?

Pereira es un buen padre de familia, feliz en su matrimonio. Tendría mucho que decir sobre esta forma de ver las cosas. Pero la vida y su oficio le han enseñado que en esa materia los consejos suelen resultar inútiles.

—Mi hijo mayor está en Inglaterra hasta septiembre, puedo pasarte las llaves de su apartamento, si quieres.

Pâris asiente con la cabeza y su cara se relaja. El móvil le

empieza a sonar. El despacho. Contesta.

—¡Diga!

Pasan unos segundos y se intercambian fragmentos de frases durante casi dos minutos antes de que el teléfono vuelva al bolsillo del que había salido.

—Fichard acaba de pasar por el despacho.

—¿Un domingo por la mañana? ¿Este también está harto de su mujer?

Mueca irónica de Pâris.

—Tenía las informaciones de la DCRG sobre Soubise.

—¿Ya?

—Beauvau se ha dado prisa, una diligencia remarcable.

—Eres un alma triste. ¿Qué dicen los espías?

—Soubise, bien considerado, bla bla bla, hasta su destino al servicio de seguridad de la CEA desde hace tres años. No tiene objetos personales y por lo tanto ningún portátil en el ministerio, no tenía ni un servilletero desde su marcha. Por lo menos, eso es lo que dicen.

—¿Eso es todo?

—No, se han citado varios nombres de nocivos en potencia. La mayoría en relación con su último destino en otra parte.

—¿Y ahora sí está todo?

Pâris asiente.

—Es poco.

—Sí, demasiado poco para un tipo que tiene veinte años de servicio, doce de ellos en los RG.

—¿Qué piensas?

—Que de momento dejaremos que Thomas investigue eso de los nocivos oficiales. Lo volveré a llamar cuando salgamos de aquí.

Pasa un segundo.

—Por cierto, ¿qué piensas de ser recibido así, de repente, un domingo por la mañana?

—¿Por el jefe de la CEA? ¿Por un simple oficial de seguridad?

Pereira se encoge de hombros.

—Ya nada me sorprende. Y ya te lo he dicho, yo no soy como tú, un alma...

—Triste, ya lo sé.

Pâris se alegra por primera vez ese día.

—Vamos a ver a Cardona. Una última cosa, sin embargo: por lo visto, Fichard ha apreciado poco nuestra iniciativa de esta mañana. Le habría gustado estar al corriente. Así que espabilemos con el rey del átomo.

—Ya me conoces, siempre he sido respetuoso con los quinquis.

Segunda sonrisa de Pâris. Paga los tres cafés y sigue a Pereira hacia el exterior, a la calle Leblanc.

Cruzan y se presentan en la entrada de la sede social de la CEA.

Un guardia de seguridad viene a abrirles la pesada puerta, cerrada con doble llave.

—Entren, señores, les están esperando.

Las palabras del guardia resuenan en el vestíbulo desierto. Comprueba sus identidades y los acompaña en el ascensor.

Sexto piso. Un largo pasillo silencioso. Cruzan una primera estancia con tres mesas de trabajo desocupadas, sin duda la secretaría del jefe, y se detienen ante una segunda puerta. Esta vez, el guardia llama y espera.

Le llega una voz a través de la puerta. Seca. «Adelante...»

Penetran en un amplio espacio bastante despojado, frío; al fondo les espera un hombre de unos cincuenta años con aire de asceta. Delgado y austero, a imagen del reino en el que gobierna.

Está solo. Tranquilo. Seguro de sí mismo.

Monje soldado, piensa inmediatamente Pereira, servidor celoso de la República.

Algunos indicios: una medalla de oficial de la Legión de Honor, a título civil: dos diplomas de doctor honoris causa de universidades prestigiosas a nombre de Joël Cardona; un *Anuario de antiguos alumnos de la Escuela Politécnica* del año;

tres fotos; una antigua que representa a un grupo de estudiantes —¿de la Politécnica?, ¿su promoción?— y dos en compañía de eminencias grises de la política vienen a confirmar la primera impresión de Pereira.

Pâris tiene de la mano a su anfitrión y abre las hostilidades.

—Pétrus Pâris. Gracias por recibirnos tan rápido. Me imagino que el comandante Soubise era un colaborador cercano.

La cara del jefe de la CEA no trasluce nada, salvo un pliegue de ojos muy rápido. Rompe rápidamente el contacto físico con Pâris e ignora a Pereira.

—¿Está sorprendido de verme aquí un domingo por la mañana?

Invita a los dos policías a sentarse delante de él, en su despacho.

—Nuestros oficiales de seguridad forman parte de la casa, de la familia por decirlo de algún modo; la muerte de uno de ellos, por lo tanto, no es un asunto banal. Y la del comandante Soubise se ha producido en unas condiciones particularmente trágicas.

Una pausa.

—¿Qué pueden decirme?

Los dos policías intercambian una mirada y es Pâris quien contesta.

—Fue asesinado en su casa, en la noche del viernes al sábado, probablemente hacia las diez, y sin testigos identificados. Son las únicas certezas que tenemos. Es posible que sorprendiera a los ladrones al volver a su casa de forma imprevista, pero solo es una hipótesis. Seguimos investigando, tanto en su vida privada como en su trabajo. ¿Tenía enemigos? ¿Trabajaba en asuntos delicados? Su colaboración nos resultaría muy útil.

—Sinceramente, en eso no puedo prometerles gran cosa. Las misiones del comandante Soubise eran muy variadas y a menudo estaban relacionadas, de cerca o de lejos, con

secretos de defensa. Ya sabe, en el ámbito nuclear, pronto se llega a los secretos de defensa.

—¿Cuáles eran esas misiones?

—Tenía muy pocos contactos directos con él. Así que he consultado su dossier esta mañana antes de recibirles. Destacan dos ámbitos principales: encuestas de personalidad en el marco de las contrataciones, entrevistas anuales con ciertos miembros clave del personal, visitas de control de lugares, análisis de los riesgos exteriores, ese tipo de cosas.

—Así, ¿pudo haber excluido a candidatos susceptibles de ser contratados o a empleados, o pisotear a algunos jefes de servicio?

—Sí.

—¿Ello supone muchos descontentos potenciales? —Por primera vez, Pereira toma la palabra.

—No lo sé. No me ocupo de estas cosas.

—¿Podríamos consultar sus documentos? —sigue preguntando Pereira.

—Lo dudo mucho. En cambio, vamos a iniciar una investigación interna, cuyos resultados les comunicaremos, por supuesto, en cuanto los tengamos.

Pâris habla de nuevo.

—¿Y el segundo ámbito?

—Tenemos algunos problemas con ciertos grupos ecologistas antinucleares violentos, a veces vinculados a los Black Blocks alemanes, y el comandante Soubise participaba en su neutralización, si era posible. Evidentemente, con métodos legales.

—¿Estuvo implicado en incidentes recientes?

—Sí. Y los periódicos se hicieron eco con bastante intensidad. Hace seis meses, en Marcoule, con motivo del lanzamiento de un nuevo programa de investigación, todo nuestro estado mayor se encontró bloqueado durante varias horas. Una decena de ecologistas se habían encadenado en los accesos exteriores. Para limpiar la zona de paso, la policía tuvo que cortar las cadenas. Soubise se encargó de todo el

aspecto judicial del asunto. Y esto probablemente provocó que se encontrara una mañana su coche cubierto de barro. Esta acción fue reivindicada por el grupúsculo que había realizado la acción en Marcoule: afirmaba que se trataba de tierra radioactiva, recogida en las proximidades de La Hague. Soubise interpuso una denuncia y el asunto está en trámite.

—¿Conoce el nombre de este grupo y de quienes lo formaban?

—No, desde mi posición, no entro en esos detalles. Me reuní con Soubise dos o tres veces en aquella ocasión, para validar la estrategia que proponía adoptar. Estábamos de acuerdo en que esa gente estaba más comprometida en la lucha simbólica y virtual que en la lucha directa y violenta, y no queríamos darles demasiada exposición mediática. Pero quizá nos equivocamos. Encontrarán pistas de todos estos hechos si interrogan a las autoridades judiciales competentes.

—Borzeix. ¿Ese nombre le dice algo?

—No. Nunca lo había oído.

Ni el más mínimo sobresalto de Cardona. Pâris piensa que o bien es sincero o es un actor excelente.

—Es la última compañera de la víctima.

En ese momento, Cardona se permite una sonrisa.

—Muy señor mío, no tengo ninguna razón para conocer a esta persona. No me intereso por la vida privada de mis subordinados y apenas sabía quién era el comandante Soubise.

Pâris prosigue.

—¿Soubise trabajaba en este edificio?

—Sí.

—¿Podríamos echar un vistazo a su despacho?

—¿Es necesario?

—Incluso obligatorio. Pero no se preocupe, sobre todo queremos comprobar que el ordenador portátil de la víctima, el cual ha desaparecido, no se encuentra aquí.

—Ah.

Pâris cree notar una breve inquietud en su interlocutor.

—Dudo que encontremos algo interesante. De todos modos, esté tranquilo, porque, si se diera el caso, no haremos nada sin su permiso.

—Evidentemente.

Cardona se levanta para indicar el final de la entrevista.

—Llamo a alguien para que les acompañe. Yo debo ir a votar.

Los dos oficiales de la Criminal se despiden y siguen a otro guardia de seguridad tres pisos más abajo. Les abre el despacho de Soubise y los espera, de pie en el umbral de la puerta. Un cubo blanco amueblado con sobriedad con una ventana que no se abre. En el centro de la estancia, encima de una mesa de trabajo, un ordenador totalmente nuevo.

—Tan nuevo que nunca se ha usado —dice Pereira, divertido—, ni siquiera está enchufado. ¿Crees que se han esforzado por instalarle un sistema operativo?

Pâris ignora la ocurrencia irónica de su adjunto y observa bien el lugar.

Ninguna carpeta en el armario, solo algunos artículos de escritorio. Lo mismo en los cajones. Pocos objetos personales, aparte de una foto en blanco y negro enmarcada de los acantilados de Étretat en la pared, y una hilera de cactus sobre un anaquel detrás de la butaca. Algunas revistas, libros.

Ningún ordenador portátil.

—La limpieza está bien hecha. Me imagino que no servirá de nada que nos llevemos el PC.

Pereira se gira hacia el guardia.

—¿Podríamos echar un vistazo a los despachos de los demás miembros del servicio de seguridad?

—Me temo que no será posible. No he recibido órdenes para ello. Y además están todos en Saclay, en la sede administrativa. Solo el comandante Soubise tenía su despacho aquí.

Pâris se ha acercado a la foto colgada y observa los acantilados fotografiados bajo la lluvia.

En la foto una silueta femenina, de espaldas, es visible a

cierta distancia, delante de las rocas. Una espesa cabellera clara, podría tratarse de Borzeix. Étretat, una cierta visión del romanticismo. Un buen encuadre pero un trabajo de aficionado. Quizá el del antiguo ocupante del despacho.

Pâris podría haber hecho una foto de ese tipo. Ha ido dos veces allí con su mujer. Y en ambas llovía. Suspira. No sirve de nada que permanezcan más rato ahí.

Último domingo de abril y primera vuelta de las elecciones presidenciales. En la esquina de una calle muy tranquila, en un barrio residencial de las afueras de París, un grupo de una treintena de fotógrafos y cámaras espera charlando delante de la puerta de un colegio electoral.

Una limusina Citroën negra, con chófer y guardaespaldas, se detiene. Un hombre se apea; tiene unos cincuenta años, bien conservado y bronceado, figura dinámica, traje oscuro, corbata. Guérin, el candidato de la derecha, considerado el vencedor en todos los sondeos.

Flashes y ráfagas. El hombre sonríe.

En el coche, su mujer, Sonia, pelo negro corto, ojos azul oscuro, vestido blanco y azul marino, chaqueta corta en los mismos tonos, absorta en una conversación telefónica.

—No, no insista, Briançon no está previsto en el programa del candidato... Les enviaremos a Bosquin, un antiguo guía de montaña... Eso es. Los habitantes de Briançon estarán encantados.

Corta la conversación y levanta la cabeza.

Guérin, impaciente, la toma de la mano y la conduce hacia la entrada del colegio electoral.

Nueva oleada de flashes. Imágenes de la pareja unida.

Guérin, en voz muy baja, le aprieta la mano hasta hacerle daño.

—Sonríe. Si aún sabes hacerlo.

Eugène Schneider, el principal oponente de Guérin, ha votado en una nueva ciudad de las afueras de París. Su director de campaña, Paul Dumesnil, amigo de la infancia y cómplice de siempre, ha venido a buscarlo en coche a la salida del colegio electoral.

—¿Qué hay de nuevo?

—Poca cosa. Según los últimos sondeos, ninguna opción de que te pongas en cabeza. Y en la segunda vuelta, sigues cuatro puntos por debajo de Guérin. La tendencia es estable.

—Tendríamos que encontrar alguna porquería que echarle en cara a ese imbécil.

—Ni lo sueñes. Ya hemos buscado y no hemos encontrado nada en concreto.

Schneider deja que sus ojos se paseen por la tristeza periurbana que desfila detrás del cristal del coche.

—Ese tipo fascinado por el dinero que juega a tribuno de la plebe me saca de quicio.

—Ahórrame tus sentimientos, no sirven para nada, no nos consiguen votos.

Dumesnil mira de reojo a Schneider.

—Tienes mala cara esta mañana.

Schneider contesta con una voz ronca.

—Echo de menos a Mireille.

—Quizá deberías habértelo pensado antes de acostumbrarte a pegarla.

—¿Pegarla? No te pases.

Hace una pausa.

—Ha retirado la denuncia.

—Para que no afecte a tu campaña. Es una buena mujer.

—Aún espero que vuelva.

—Eso ya no depende mí, amigo mío. En cambio, te llevo a comer al Prieuré para combatir la nostalgia, que debe estar proscrita en un candidato.

Cuando llegan a las proximidades de París, Schneider ya piensa en otra cosa, concentrado en la campaña.

—¿Has visto el decreto sobre el EPR de Flamanville?

—Sí.

—Un maldito viraje. Durante meses, su ministerio bloquea cualquier avance en el asunto. Oficialmente, el proyecto no es seguro y ese imbécil se alza como defensor del medio ambiente. Sin embargo, todo el mundo sabe que trabaja bajo mano para algunos de sus amigos. Y hasta nueva orden, un eventual éxito del EPR no arregla sus asuntos. Entonces, ¿cómo te explicas su cambio de opinión?

—No tengo ninguna información.

—Si Guérin se ha movido en este asunto, es que hay una buena razón para ello. Lo nuclear es un tema sensible para nuestro electorado. ¿No hay nada que pueda aprovecharse por ahí? Intenta averiguarlo.

Dumesnil se encoge de hombros.

—No pide pan. Voy a ver qué puedo hacer.

Thomas, en el 36, se lo ha currado bien. El grupo ecologista implicado en los incidentes mencionados por Cardona se llama los Guerreros de la Ecología. Su líder, casi podría decirse su gurú, es un tal Erwan Scoarnec, cuyo nombre figura entre los que menciona la nota de DCRG sobre Soubise. Incluso es el que sale más veces. El chico, que es bastante joven, veintiséis años, ya se ha hecho notar en numerosos incidentes, cada vez más violentos. Disputas con cazadores, comandos en contra de los abrigos de piel, ataques a laboratorios que practican investigación en vivo con animales. Luego sube un punto. Ocupaciones de postes, bloqueos de trenes de transporte de residuos radioactivos y de plantas nucleares. Degradaciones diversas. En Francia y en el extranjero. Todo ello a menudo acompañado de agresiones a agentes de las fuerzas públicas o representantes del Estado. Por lo general, *en banda organizada*.

Y ahora, ¿un asesinato?

Scoarnec vive en el distrito trece, en la plaza de los Alpes. No muy lejos de la CEA. Es una mañana electoral, las calles

están vacías y Pâris no tiene ganas de volver a su casa. Así que convence a su adjunto para ir hacia el bulevar Vincent-Auriol y ver si se trata de un asesino. O solo de un convencido.

Por el camino, Pereira retoma la entrevista con Cardona.

—Buen número de claquetas.

—Sí

Se produce una pausa.

—También puede tratarse de la propensión congénita a la opacidad de la red nuclear francesa.

—¿Puedes repetirme eso más despacio?

—Hace cincuenta tacos que la CEA existe y controla de cerca o de lejos todo lo que se relaciona con lo nuclear en Francia. Tanto la investigación como los programas, y sobre todo las aplicaciones civiles, a través de Areva. Y la CEA es el accionista mayoritario de Areva. Industrialmente, ese grupo es la gallina de los huevos de oro. Con EDF, produce la mayor parte de nuestra electricidad y asegura nuestro dominio mundial en el tema atómico. Son los primeros del sector y eso significa decenas de miles de millones de euros. No hay que matar esa gallina, así que se produce silencio en todos los estratos. ¿Te imaginas que la gente empezara a preguntarse sobre los eventuales males de todo ello?

—¿Es lo que nos permitió salir ilesos de la nube de Chernóbil?

Pâris asiente.

—Entre otras cosas.

—Y tú, ¿cómo sabes todo eso?

—Por el asunto que me permitió conocerte. —El tono de Pâris es irónico—. Empezó con una empresa llamada Centrifor, que fabrica sobre todo centrifugadoras para las centrales nucleares. Es la gran competencia de Siemens, actual suministrador de Areva en la materia. PRG la compró en unas condiciones folclóricas, para llamarlas de algún modo. En cualquier caso, tuve que interesarme por el tema en ese momento. Y tengo buena memoria.

Una pausa.

—¿Y si no fuera el caso?

—¿Qué quieres decir?

—Si no se produce, como dices, el silencio, etcétera etcétera...

—Volveremos a visitar al administrador general Cardona. —Pâris hace chasquear la lengua—. Hay algo que me intriga. ¿Por qué Soubise era el único poli que trabajaba allí? Y la limpieza, ¿por qué tan rápido? ¿Y Borzeix?

—¿Aún estás así?

—¿Quién es Barbara Borzeix?

—Una mujer hermosa a quien le gusta el póquer.

—PRG vende hormigón. Las infraestructuras nucleares necesitan hormigón. Mucho. Borzeix es la directora del servicio jurídico de PRG, un grupo que mantiene vínculos estrechos con el poder.

—Es a esa gente a la que debes tu súper ascenso, así que un poco de respeto. Confiésalo, seguro que estás mejor en la Criminal que en la Brigada Financiera, ¿no?

Pâris aprieta las mandíbulas y mira hacia fuera, al bulevar Auguste-Blanqui, que acaban de coger.

—Perdóname.

Durante algunos segundos, el silencio solo se rompe por los ruidos del coche y RTL, en sordina. La radio de bordo está apagada.

Pâris se pone a buscar un paquete de cigarrillos, luego se detiene y sacude la cabeza, para sí mismo.

—Es al lado de ahí donde vamos.

—¿Cómo dices?

—El Castillo de los Rentistas[8] está al lado de donde vive Scoarnec.

Pereira saca un paquete de chicles y lo pasa a su jefe de grupo.

—Gracias.

Pâris coge dos y le devuelve el paquete.

—Me gustaba lo que hacía, ¿sabes?

—Lo sé. Aunque todo eso me supere.

—Cuando me enviaron al 36, con un simple chasquido de dedos, me di cuenta de que mi trabajo no servía para nada. Que yo no era nada.

—Si los quinquis tuvieran cojones, este tipo de cosas no pasarían.

—Te equivocas, los quinquis son como nosotros cuando se enfrentan a la misma falta de opciones. Perderlo todo o soltar poco a poco su dignidad. Eso hice, cerré el pico y acepté mi «ascenso». Y cuando veo dónde estoy ahora, me pregunto por qué.

—Eres un buen poli. Y no soy el único que lo cree.

Nuevo silencio.

Pereira acaba retomando la palabra sobre otro tema.

—Si Soubise se acercó a Borzeix por razones diferentes a las personales, debemos preguntarnos por qué lo hizo.

—Y para quién. Por lo visto, no para Beauvau, puesto que ya no trabajaba ahí.

—Lo que nos conduce de nuevo a Cardona y aquello... ¿cómo lo has llamado?

—La propensión congénita a la opacidad de la red nuclear francesa.

—Apuesto lo que sea a que deberemos volver a la CEA.

—Quizá no. Quiero decir nosotros, no lo sé muy bien. La foto, en el despacho de Soubise...

—¿Los acantilados?

—Creo que Borzeix está ahí. Es muy personal esa foto, muy íntima. Es posible que la historia entre ellos haya sido sincera.

Pereira sacude la cabeza, no está convencido.

—Ya lo comprobaremos. De momento, nuestra única certeza es que nos falta un ordenador portátil. Y que este debía ser muy valioso si alguien se ha cargado a un poli por él.

Pâris observa un instante el perfil de Pereira, que sonríe de forma carnicera sin dejar de mirar la carretera. Su adjunto

es un sabueso a quien le gusta el olor a sangre. Y esta vez, la víctima es un colega, casi como decir un miembro de la familia.

El coche se detiene al lado de un estacionamiento y aparcan en el bulevar, a unos cincuenta metros de su destino.

En la dirección de Scoarnec, encuentran a un portero arisco que, al mostrarle sus tarjetas tricolores, les indica sin dificultad el piso del «muchacho», en el edificio que da al patio, bajo el tejado. No, no le ha visto esta mañana, como si solo tuviera que hacer eso, vigilar a los inquilinos. Lo piensa y dice que ayer tampoco le vio.

Los dos policías dejan que el gruñón se encierre de nuevo en la portería y se dirigen al edificio que les ha indicado. No hay ascensor, suben por la escalera, de peldaños desgastados por los años. Al llegar a la puerta de Scoarnec, golpean y esperan. No hay respuesta. Esperan unos quince segundos, vuelven a golpear más fuerte, esta vez añadiendo la palabra al gesto. Es fin de semana, es posible que Scoarnec duerma como un bendito después de una noche de juerga.

Nadie viene a abrirles, pero en el piso inferior alguien sale al rellano y les interpela porque hacen demasiado ruido.

—¡De noche, de día! Es domingo, ¡mierda! ¡No hay forma de estar tranquilo!

Pâris baja algunos escalones y se encuentra frente a un hombre de unos treinta años, en camiseta y calzoncillos y el pelo desgreñado. Acaba de despertarse.

—¿Tiene problemas con el vecino de arriba?

—¿Quién es usted?

Pâris le muestra su tarjeta tricolor y su interlocutor se yergue de inmediato, casi se cuadra.

—Dígame, ¿tiene problemas con él?

—Bueno, no... —Duda—. Él y sus amigos no tienen mucho cuidado con el ruido, eso es todo.

En el último piso, Pereira vuelve a golpear la puerta.

El vecino de Scoarnec mira un momento sus pies y luego suelta:

—No está ahí.

—¿Cómo lo sabe?

—Anteayer me despertaron en plena noche cuando se largaron. Hicieron un ruido de mil demonios. Y había mucha tensión.

Pâris le interrumpe.

—¿Habla en plural?

—Sí. El tipo de arriba con otro chico. Y una chica, creo.

—¿Por qué dice que se han largado?

—Porque no han vuelto.

—Quizá no les ha oído.

—Cuando está ahí el otro, lo sé. Los tabiques aquí son como de papel de fumar.

—¿A qué hora se produjo ese escándalo nocturno?

—Hacia las dos de la madrugada.

Desaparición repentina, compatible con la muerte de Soubise.

Con una voz que no admite ninguna réplica, Pâris ordena al vecino que vaya a vestirse y luego llama a Pereira y le envía a buscar al portero. Si tienen suerte, tendrá un duplicado de las llaves de Scoarnec y no habrán de echar abajo la puerta. Y será perfecto como segundo testigo para la pesquisa.

Unos minutos y negociaciones más tarde, el tiempo de recordar a todos el principio de la flagrancia para acallar las objeciones, Pâris entra en el piso de Scoarnec. Solo va a echar un vistazo para comprobar que todo está bien antes de que el resto del grupo y la IJ, llamados como refuerzo, desembarquen. Solo, para no perturbar demasiado el lugar.

Y para su placer personal.

Es un momento que Pâris aprecia, un descubrimiento agradable desde que ha llegado a la Criminal. Entrar el primero en la casa de una víctima o de un sospechoso, intentar sentir quién ocupa el lugar, cómo viven las personas.

O vivían.

Lo primero que observa en casa de Scoarnec es el lío que

reina. No es el resultado de un registro, más bien se trata de lo que produce una persona desordenada. Pâris lo reconoce, es como el suyo, él solo es riguroso en el trabajo.

Se trata de un estudio, no muy grande, pero luminoso. La ventana ha quedado abierta de par en par sobre un trozo de cielo, encima de los tejados de zinc. Pâris se acerca, abajo está el patio empedrado, tranquilo. Pâris respira profundamente, dos veces, le gusta este sitio. Se gira. Dos estanterías a la izquierda, sobrecargadas de libros, un sofá cama con una manta de motivos exóticos y tejida con lana gruesa, carteles en las paredes, revistas y papeles por todas partes, encima de todos los muebles. En el rincón de la cocina vasos, vajilla sin lavar, la basura sin recoger. Al fondo, bajo la ventana, una mesa de trabajo reciclada, llena de cables informáticos.

Tampoco hay ordenador ahí.

¿Se lo han llevado? ¿Lo han robado?

Pâris va hacia el cuarto de baño. En los estantes, en la repisa, bajo el lavabo y el armario con espejo, justo encima, nada que no sea lo habitual. Pero no lo esencial. Faltan las cosas habituales de aseo: cepillo de dientes, pasta dentífrica, peine o cepillo, desodorante. No hay gel de ducha ni champú en la bañera. Ningún neceser.

Se lo han llevado. Lo estrictamente necesario. Marcha. Precipitada.

¿Huida?

Hay pelos por los azulejos de un color blanco sucio, también bastantes cabellos. Los hay de color castaño oscuro, cortos, más gruesos. Y otros morenos, muy largos y finos. Una chica.

¿La que el vecino oyó con Scoarnec la otra noche?

Colgada con chinchetas encima del lavabo, la reproducción de un cartel de 1968 cuyo eslogan proclama: «¡Abrid los ojos, apagad la tele!». Alguien ha garabateado un dibujo en la esquina inferior derecha, como una firma, un gran pato amarillo que le recuerda vagamente a algo. ¿Qué

era? ¿Algo de su infancia? Eso le hace pensar unos momentos en su abuelo. Pâris suspira, decididamente su memoria le falla, sonríe, qué le vamos a hacer, luego observa una cesta de ropa hecha de tela. Quita la tapa y mira el interior. Está medio llena. Entre la ropa descubre una camiseta bastante original, en tonos negros y azul-verde. Una camiseta de verano. Definitivamente femenina.

¿La chica vivía allí?

Hay que intentar identificarla. Scoarnec quizá está en casa de la chica en estos momentos.

Por impulso, Pâris se mete la prenda de ropa en su bolsillo y regresa a la pieza principal.

Vistazo hacia Pereira y a los dos civiles, que esperan en el rellano, luego vuelve a situarse. Todo aquello le recuerda a sus años de estudiante. Ha vivido en sitios como aquel, con chicas que a veces se olvidan sus cosas o las dejan ahí, para marcar su territorio.

La biblioteca es muy intelectual, con situacionistas, filósofos de los años ochenta y noventa, algunos grandes textos marxistas y anarquistas. Propaganda ecologista, por supuesto, en parte en inglés. Y mucha novela negra. Algunas americanas, italianas, muchas francesas, los inevitables Manchette, Daeninckx, Izzo, Fajardie. ADG, que, en otro registro, está junto a Céline, se encuentra más lejos en el mismo estante. Otros clásicos. Libros gastados por haber sido devorados.

Libros que Pâris ha leído y releído en su mayoría.

Scoarnec, un tipo cultivado, que piensa. Un poco torcido, pero piensa.

¿Y que huye?

Al pie de las estanterías, unas cajas clasificadoras de cartón mal alineadas. Delante de cada una de ellas, escrito con rotulador, la etiqueta de su contenido: banco, EDF, SFR... Casi todas están vacías. No dejar rastro alguno. La hipótesis de la huida se confirma.

Scoarnec, sospechoso definitivamente plausible. Dos

individuos por lo menos han sido vistos abandonando el edificio de Soubise. Tres personas abandonan el de Scoarnec unas horas más tarde.

Los mismos, ¿todos cómplices en la huida?

Pereira lo interpela, los demás ya están ahí, ha llegado el momento de que Pâris ceda su lugar.

En el bar de un gran hotel parisino, un grupo de hombres, los responsables de la campaña de Guérin, beben whisky para pasar el rato. Buen humor y relajación, todas las señales son positivas.

Un coche se detiene ante la escalinata del hotel. Guérin y su mujer se apean de él. Camille Guesde, el director de campaña de Guérin, está allí, al acecho. Tal como les ve, se precipita y se lleva a Guérin a un aparte.

Sonia finge no ver nada y entra sola en el hotel.

Guesde tiene unos cincuenta años, como el candidato. Es un hombre muy alto y delgado, calvo, de rostro estrecho y nariz aguileña. Se mantiene encorvado, inclinado hacia sus interlocutores, con los brazos colgando como un ave zancuda incubando. Aparte de eso, tecnócrata, inteligente, pero menos de lo que cree, sin sentido del humor y con vocación de hombre en la sombra. Guérin confía en él, porque no puede imaginárselo como un posible rival. Habla en voz baja: «Soubise, ya está hecho». Entrega con cautela un CD-ROM a Guérin y este se lo mete en el bolsillo.

—¿Y cómo lo ves?

—Mal. Lo verás tú mismo. Soubise y, por lo tanto, la CEA lo saben prácticamente todo. Hemos conocido el asunto de Borzeix por Soubise demasiado tarde. El mal ya estaba hecho.

La cara de Guérin muestra abatimiento.

—¿Crees que la CEA va a usarlo durante la campaña?

—No lo creo. No es una de las costumbres de la casa. No de este modo, no de forma tan directamente política.

Guesde calla unos segundos.

—En cambio, Cardona puede causar serios problemas al PRG...

Guérin se tensa.

—Vamos, nos esperan.

—Ve tú delante, voy enseguida.

Guesde espera a que haya desaparecido dentro del hotel y luego se dirige al parking. Al fondo, en otra berlina negra, el responsable del robo con allanamiento de morada, procedente de la SISS, espera.

—¿Y?

—Le he entregado el disco, todo va bien.

—¿Qué ha dicho de la muerte de Soubise?

—No le he hablado de ello. Ahora no, no hay prisa. Los medios aún no han hablado de ello. Esperemos los resultados oficiales de la primera vuelta, son buenos, ello atenuará el golpe. Y además eso le da tiempo para encontrar respuestas. Quizá la Criminal ya tenga sospechosos cuando le dé la noticia.

—Eso espero.

—En efecto sería mejor para usted, Michelet. Y para mí. ¿Sus superiores siguen dejándole en paz?

—El director de los RG sabe bien que estoy cerca de usted y, por lo tanto, del probable futuro presidente. Como se preocupa de su futuro, sabe que es mejor no hacer preguntas y dejarme hacer. Por encima también, prefieren mirar hacia otra parte.

—Avíseme si las cosas cambian.

Los dos hombres se despiden. El subprefecto Michelet arranca el coche y se aleja y Guesde regresa al vestíbulo del hotel.

Poco después de su llegada a París, Neal se dispone a visitar a su hija, que sigue sin responder al teléfono, y se dirige al pequeño apartamento que él le alquila, en la calle de Faubourg-Saint-Martin.

Sube hasta el cuarto piso, sin ascensor, y llama al timbre. No hay respuesta. Mira su reloj: las tres de la tarde, no es raro, seguro que la chica tiene otras cosas que hacer. Baja de nuevo y encuentra a la portera en plena reunión familiar. Neal tiene una sonrisa encantadora, un irresistible acento inglés y ella se toma su tiempo antes de responder.

—Su hija ya no vive aquí desde hace unos meses.

—¿Cómo dice? ¿Que ya no vive aquí? Yo le alquilo el apartamento; ella me llama una vez a la semana y no me ha dicho nada.

La portera duda.

—De hecho solo viene por aquí a recoger su correo.

Al ver la cara angustiada de aquel padre inocente, la portera continúa.

—¿Tiene problemas con ella?

—Es posible.

—¡Los hijos! —suspira—. Si quiere echar un vistazo al apartamento, ella esconde la llave encima de la puerta de entrada, a la derecha. Ya lo verá, hay un agujero en la junta con el techo.

Dos minutos más tarde, Neal entra en el apartamento. Huele a cerrado. Abre la ventana y el ruido de la calle llega como un soplo de vida. Colchón desnudo, nevera vacía, desenchufada. En los armarios de la cocina, algunos botes de conservas.

A Neal le flaquean las piernas. Se echa en la cama con la mirada fija en el techo.

Tu hija es una perfecta desconocida para ti. Ha desaparecido la buena hija, la buena alumna, la futura estudiante de veterinaria en París que te llama una vez a la semana. ¿Han existido alguna vez o solo son máscaras? ¿Dónde y cuándo has perdido el contacto? Sin duda hace ya mucho tiempo. Sinceramente, ¿ha habido alguna vez contacto entre vosotros? Desde la muerte de Lucille, ¿has buscado en Saf' algo más que la imagen de su madre desaparecida?

El techo blanco gira lentamente, se ahueca, vértigo.

En plena tarde, Pâris y Pereira van a Faubourg-Saint-Martin. El portero de Scoarnec ha desempeñado su papel, ha confirmado la existencia de la chica, una morena guapa, de pelo muy largo, y las costumbres de la pareja. Sobre todo acudir al árabe de la esquina. Allí, Coulanges recuperó un cheque fechado el viernes pasado que la chica utilizó para pagar unas cervezas y patatas fritas. Hacia las diecinueve horas. El cheque ha revelado su nombre, Saffron Jones-Saber, que estaba en el listín telefónico con una dirección.

Aquí, en el distrito décimo.

El STIC[9] no ha facilitado nada, no hay nada que reprochar a la señorita de apellido inglés. Un apartamento. Pero Estelle Rouyer, que se ha quedado en el 36 con Thomas, ha indicado que tenía un viejo Golf negro. Así pues, una berlina compacta de color oscuro. Como la que se vio debajo de la casa de Soubise, en la que dos individuos potencialmente sospechosos se metieron poco después de la hora estimada del asesinato. Dos individuos, ¿uno de ellos una chica?

Una razón más que suficiente para ir sin demora a llamar a su puerta.

Pâris llama. Dos golpes secos. Esperan. Nada, luego un movimiento. Alguien se acerca a la puerta. Un caminar pesado. No es femenino. Un hombre abre, los saluda, está medio adormilado y les pregunta qué quieren. Con un ligero acento inglés. Teniendo en cuenta su edad, quizá es su padre.

Pereira muestra su placa.

—Policía judicial. Buscamos a la señorita Saffron Jones-Saber. ¿Vive aquí?

—¿Qué quieren de ella?

—¿Quién es usted?

—Su padre.

Pâris observa al hombre de rostro bronceado bajo una barba gris. Una estructura corporal más bien sólida, un aire

aventurero, algo descuidado. Ha peleado. Eso añade encanto al conjunto. Habla bien el francés.

—¿Cómo se llama usted?

—Neal Jones-Saber.

—¿Su hija está aquí?

—¿Por qué quieren saberlo?

Se nota una sombra de inquietud en su voz.

—¿Podemos entrar?

Neal desconfía. Pâris toma de nuevo la palabra.

—La ley nos autoriza a ello y es por su interés.

Tras un momento de reflexión, Neal se aparta y deja entrar a los dos policías.

—¿Le ha ocurrido algo a mi hija?

Pereira camina hasta el centro del apartamento. Mira a su alrededor y luego se gira hacia su jefe negando con la cabeza.

No hay nadie.

Pâris asiente y mira la cama sin sábanas. Un apartamento abandonado desde hace tiempo.

—No sabemos nada. Pero nos gustaría hablar con ella sobre un asunto en el que seguramente puede ayudarnos.

—¿Qué tipo de asunto?

Pâris regresa junto a Neal, que se ha quedado en el pasillo de entrada, con una sonrisa en la cara.

—Somos de la Brigada Criminal.

De su bolsillo saca la camiseta recuperada en casa de Scoarnec y se la enseña.

—¿Reconoce esto?

No hay gesto reflejo, solo una respuesta sin rodeos.

—Es de mi hija. Se la compré el verano pasado. ¿Dónde está?

—Nos gustaría saberlo. ¿Tiene alguna sugerencia?

—No. ¿Debo preocuparme?

—No necesariamente. ¿Vive en París?

Pereira también se ha acercado a ellos.

—No.

—¿Dónde vive?

—En Cahors.

—Una ciudad preciosa. ¿Y a qué se dedica?

—Soy crítico gastronómico.

Pâris observa atentamente a Neal, cuya frente está surcada de arrugas de preocupación. El hombre se siente perdido. Otro padre que ya no entiende nada.

—Está aquí para...

—Comer. Y criticar.

—¿Y no para ver a su hija?

No hay respuesta.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos días.

—¿Dónde podemos encontrarle? ¿En un hotel, en casa de un amigo?

—En un hotel. El Jeu de Paume, en la isla de Saint-Louis.

—No está muy lejos de nuestras oficinas. Nos puede encontrar ahí.

Pâris le tiende una tarjeta de visita que el inglés acepta con reticencias.

—Avísenos si tiene noticias de su hija. Es por su propio interés.

Una gran tranquilidad en las calles de París. En menos de una hora se proclamarán los resultados oficiales de la primera vuelta. Todo indica que la participación será elevada. Los franceses están delante de su televisor.

Una berlina Mercedes pasa lentamente en dirección a la sede del partido de Guérin, en la calle Quatre-Septembre. En el asiento trasero, una mujer de cuarenta y tantos años, de cara cuadrada, los rasgos finos y lisos, los ojos de color verde pálido y una mata de pelo rubio dorado recogido en un delicado moño. Una belleza que provoca en los hombres con los que se cruza un escalofrío de miedo infinitamente atractivo.

Recta, inmóvil, mira cómo desfilan las calles, no escucha

la radio que está encendida como ruido de fondo, piensa en sus cosas. Suena su BlackBerry, en el asiento, al alcance de su mano. Mira el nombre que aparece en la pantalla. Borzeix. Un gesto de fastidio, se coge su tiempo para sacar un paquete de cigarrillos de su bolso, coge uno, lo enciende, conecta el altavoz, e inicia la comunicación dejando el teléfono sobre el asiento.

—Elisa, estoy intentando hablar con usted desde anoche...

Elisa Picot-Robert espira una primera y profunda bocanada de humo.

—Lo que tengo que decirle es difícil.

Silencio.

—He tenido un amante...

Elisa articula «tanto me da» de manera inaudible.

—Creía que era un directivo comercial de una empresa cualquiera...

Una pausa.

—Pero era un policía.

Con un gesto rápido, Elisa coge el móvil, desconecta el altavoz y se lleva el aparato al oído.

—La escucho.

—Fue asesinado ayer y robaron su ordenador. Se ha iniciado una investigación...

Elisa Picot-Robert aplasta su cigarrillo en el cenicero. No hay tiempo que perder en palabras inútiles.

—Quedemos hoy, a medianoche. Antes no puedo. En la sede, en su despacho. Ha hecho bien en llamarme. Supongo que no hace falta que le dé mi pésame, ¿verdad?

Corta la conversación, tira el móvil dentro de su bolso, exasperada.

El Mercedes llega a la calle Quatre-Septembre.

Grupos de militantes con la cara sonriente ocupan la calle. Una estimación fiable de los resultados de la primera vuelta ya se conoce gracias a los corresponsales extranjeros. Guérin está a la cabeza con mucho margen.

Elisa los evita y sube al primer piso, el de los patricios.

Justo antes del cierre de los últimos colegios electorales, las televisiones filman a los militantes reunidos en las sedes de los diferentes partidos y cuentan los últimos segundos. Los resultados ya se leen en las caras, alegría contenida en Guérin, decepción y seriedad en Schneider.

Caen las primeras cifras.

Guérin está a la cabeza, con el treinta y ocho por ciento de los sufragios, aplausos y gritos entusiastas entre sus partidarios. Schneider queda en un buen segundo lugar, con el veintinueve por ciento de los votos, aplausos contenidos en el otro bando, se dan ánimos, la elección se gana en la segunda vuelta.

Apenas un cuarto de hora más tarde, Guérin aparece en la escalera monumental del vestíbulo del edificio donde se concentran los militantes, en los pisos superiores. Encerrado desde hace dos horas con sus asesores, ha preparado con mucho cuidado su análisis de la primera vuelta. Quiere intervenir enseguida, antes que los demás, para dar el tono de la velada y cautivar a los medios de comunicación. Se detiene en medio de la escalera, rodeado de sus colaboradores más allegados, entre ellos Camille Guesde, para dejar que las teles tengan tiempo de filmar la ovación que resuena en el vestíbulo.

Fuera del edificio, Sonia, al teléfono con un cacique del partido, prepara el mitin del día siguiente, en una ciudad totalmente conquistada por Guérin. Necesitan un triunfo para acentuar la dinámica de la victoria. Ya habrá tiempo de visitar otros lugares más adelante. Cuentan los resultados locales, colegio electoral por colegio electoral.

Delante de Sonia hay una tele encendida, France 2, con el sonido muy bajo. De vez en cuando echa un vistazo a la pantalla. Ve a Guérin, con una amplia sonrisa, saludando a los militantes.

El comentarista señala la presencia, más bien insólita, en el grupo que acompaña al candidato, de Elisa Picot-Robert, propietaria del grupo PRG. En ese mismo instante, Guérin se

gira hacia Elisa, la toma familiarmente por el brazo, se inclina hacia ella y le habla en voz baja, riendo. La tele muestra ese instante de intimidad.

Sonia se tensa. Mira.

Luego Guérin se aparta del grupo, baja solo los últimos peldaños de la escalera, entra en la multitud, las cámaras le siguen, apretones de mano, sonrisas, palabras de ánimo.

Sonia vuelve a dirigirse a su interlocutor.

—Perdona, Raymond. ¿Podrías volver a darme las últimas cifras? No las he cogido bien.

Guérin sube a la tribuna preparada delante de la escalera, va a hablar.

Sonia apaga la tele.

Scoarnec ha tomado prestado subrepticiamente a la dueña del lugar un televisor portátil, y ahora, echado junto a Saffron en la cama de su piso del pabellón rojo, ambos miran los primeros comentarios que siguen al anuncio de los resultados. Olor de porro.

Saf' se adormece, las imágenes de televisión siempre le producen sueño.

Scoarnec silencia el televisor.

—Todos son unos títeres.

Se levanta.

—Me voy.

—¿Tan tarde?

—Tengo cosas que hacer, antes de Gédéon.

De golpe, Saffron muestra un aire perdido. Erwan le acaricia la mejilla.

—No te preocupes, todo va bien. Nadie te busca ni sabe que estás aquí. Tamara puede alojarte unas dos semanas. No te hará ninguna pregunta. Comes, duermes, lees. Tómatelo como unas vacaciones.

—Por lo general, prefiero elegir las fechas, los lugares y los amigos para irme de vacaciones.

Scoarnec ni siquiera la escucha.

—Escúchame bien, eso es lo que debes hacer. Primero, consultas Facebook. Por lo menos dos veces al día. Cuando haya terminado de programar Gédéon, Julien te fijará una cita. Probablemente hacia el final de la semana. Escondes la llave, como hemos previsto, y vas a verle. Te da el programa y tú le das el código para que vaya a buscar el lápiz de memoria USB cuando lo necesite. Así, estará preparado para la puesta en línea del asesinato de Soubise, según Gédéon. Y así no tendremos todos los huevos en el mismo cesto. ¿De acuerdo? ¿Lo has entendido?

Saf' asiente con la cabeza.

—Yo también estaré pendiente de Facebook. Así estaré al corriente de vuestra cita y después podemos encontrarnos, según nuestros procedimientos habituales. Si algo falla, cita a las doce al día siguiente. No es complicado, lo hemos hecho decenas de veces. ¿Entendido?

—Que sí, ¡no soy imbécil!

Scoarnec recoge algunas de sus cosas de la habitación y las lanza sin ningún orden en una bolsa grande de plástico. Le da la espalda y sigue hablando.

—Segunda misión, tu velada con el otro.

Un momento.

—Es realmente necesario que le mantengas bajo presión hasta el final.

No ve la mueca de Saffron.

—No tengo ganas de ir. Pierre está muy metido en Gédéon, solo quedan diez días y tengo una buena excusa, debo esconderme.

Scoarnec vuelve a la cama, se inclina hacia ella, le aparta un mechón de pelo del rostro con un gesto tierno para verlo mejor.

—Deliciosa burguesita de provincias. Es justamente porque sabrá que hemos huido que debes tranquilizarle, explicarle que no somos unos asesinos y hacer que confíe. Por Gédéon.

Un beso en la frente.

—Todo depende de ti. Un miércoles más y todo habrá terminado.

Le acaricia el pelo.

—Hazlo por mí, ¿de acuerdo?

Saffron gira la cara, tiene ganas de vomitar. Ese tipo que está ahi, ¿me gusta o le odio?

Scoarnec se ha incorporado, recoge la bolsa y se detiene en la puerta.

—Cojo el coche. Tamara te prestará el suyo, ya lo hemos hablado. Son días agitados, hay que ser prudentes y cuidadosos. Seguridad máxima. Respeta las consignas. Te quiero.

Y desaparece.

La noche electoral alcanza su apogeo en todas las cadenas de televisión.

En la planta baja de la sede del partido de Guérin se ha preparado un gran bufé para los militantes: jamones, quesos y vinos del país. Numerosos televisores retransmiten los debates y los comentarios de las diferentes cadenas.

En el primer piso, Guérin, los miembros más allegados del partido que no están en los platós de televisión y algunos amigos elegidos comentan las palabras de fulano, mengano y zutano, y beben champán.

Sonia no ha aparecido.

Elisa se ha quedado un buen rato apoyada en la rampa de la escalera, absorta en sus pensamientos, con la mirada hacia la multitud de militantes, sin verles. Luego se lleva a Guérin hasta el antepecho de una ventana.

—Soubise, ¿ha sido cosa nuestra?

—¿Cómo dices?

—Su asesinato.

El candidato palidece. ¿Ha sido asesinado? Primera noticia. Aviso de tormenta. Además, ¿cómo lo sabe ella? ¿Ella

y yo no? No dejarla escapar, reaccionar rápido.

—Aquí y ahora no. Solo un pequeño consejo, no nos esperes, limpia tu tienda. Tendríamos menos problemas si PRG no fuera una casa de cristal.

3

Lunes

Barbara Borzeix llega en taxi, a las doce y cuarto de la noche, a la sede social de PRG, en la avenue Hoche. Prefiere no conducir, está demasiado afectada y le fallan los reflejos.

El edificio, delante de ella, le parece bruscamente desconocido.

Enseguida, un guardia de seguridad le abre la puerta y ella sube a su piso, el sexto. Pasillos, despachos oscuros y desiertos. De nuevo esa sensación de estar en territorio desconocido. A menudo se ha ido del edificio por la noche, sin ni siquiera pensar en ello, pero nunca había entrado a esa hora. ¿Tiene un poco de miedo?

Llega por fin a su despacho.

Enciende todas las luces del techo, mira a su alrededor el amplio espacio, los muebles familiares, la gruesa moqueta de color tabaco, la mesa del despacho, los armarios color crema, el rincón del salón, un gran sillón y un pequeño sofá en torno a una mesa baja de cristal y acero. El lugar en el que pasa la mayor parte de su tiempo desde hace tres años.

Aún le dura la sensación de no estar del todo en su territorio, de estar un poco distanciada.

No tiene más tiempo para sentir esa angustia, ya que Elisa Picot-Robert llega al cabo de unos minutos. Siempre impecablemente vestida, maquillada y peinada, tras una velada entera de representación mundana. La similitud con las rubias de Hitchcock es sorprendente: correctas y gélidas en medio de las peores catástrofes, y no es seguro que sea fruto del azar.

Elisa, que se encuentra en su casa en todo el edificio, se sienta en el sillón más cómodo, cerca de la mesa baja, y luego se gira hacia Borzeix.

—Háganos un café, Barbara, y luego venga a sentarse. Debe contarme toda la historia.

Borzeix, contenta de tener algo en lo que ocuparse, se dirige a la cafetera dando la espalda a su jefa. Desde que trabaja con esta mujer, ningún problema. Hay sincronía, confianza. Vuelve hacia la mesa baja, deja las dos tazas de café, toma asiento y empieza a hablar.

—Hace cuatro meses conocí a un hombre de cuarenta y tantos, más bien romántico, del tipo paseo bajo la lluvia a orillas del mar...

Elisa no deja de mirarla con un brillo de aburrimiento en la mirada.

—Abrevie. ¿Dónde le conoció?

Ducha fría, hay que seguir, terminar, deprisa.

—En un círculo de juego, alrededor de una mesa de póker. Ya sabe que me gusta jugar, lo hemos hablado otras veces.

—Y controla bastante bien ese peligroso placer, por lo que sé. No se trata de eso. Centrémonos en el asunto.

—No hay mucho más que decir. Se presentó como un directivo comercial de una empresa asociada a EDF. Yo le dije que trabajaba en el servicio jurídico de una empresa de BTP. Sin más detalles. Nunca manifestó el menor interés por el tema ni me preguntó nada acerca de mi trabajo.

—¿Lo recibió alguna vez en su casa?

—Claro. A menudo.

Un recuerdo tierno sube hasta la superficie.

—Le gustaba mucho mi piso.

—No me sorprende. ¿Y qué pudo encontrar en su casa?

Borzeix se da un tiempo para responder. El diálogo se transforma en un interrogatorio. La jefa es un juez: normal, ¿qué esperabas?

—Más o menos todo a pequeños trazos, según los documentos en los que trabajaba. Siempre me he llevado

trabajo a casa.

—Bien. Por lo menos, sabemos cómo pudo conseguirlo. Pasemos a su muerte.

—El viernes por la noche, él tenía que ir a cenar a mi casa. Tuvo un accidente de coche, de poca importancia, y regresó a su casa de forma imprevista. Por lo que parece, unas personas habían entrado en su piso, hubo una pelea y le mataron. Descubrí su cuerpo en plena noche.

Un largo escalofrío, la voz se le rompe. Elisa Picot-Robert no dice nada. Borzeix prosigue.

—La policía me interrogó durante un buen rato, como si sospecharan de mí. En aquel momento descubrí su verdadera profesión, era policía. Y el robo de su ordenador portátil. Es todo cuanto sé.

—¿Quién está al cargo de la investigación?

—La Criminal. Un tal Pâris y su equipo.

Elisa se tensa y palidece. Deja de mirar a Borzeix y cruza sus manos encima de las rodillas. Pensar deprisa. Esta mujer ha sido una colaboradora irreprochable. Lo ha sido. Infantil, decepcionante y por lo tanto peligrosa, pero no traidora. Decirle lo suficiente para que no tenga la sensación de estar completamente perdida, pero lo menos posible para no correr el peligro de reactivar viejos asuntos. Y preservar a Guérin. Él o su entorno están salpicados por esta historia. Una historia de polis que ha terminado mal. Debe enterrarse urgentemente.

Cuando Elisa levanta la cabeza y mira a Borzeix, esta se encuentra con su mirada glacial. Una conversación con un oso polar.

La gran jefa habla lentamente, subrayando las palabras.

—Ese poli, Pâris, no es un desconocido para mí, es mejor que lo sepa. Hace unos años, la justicia se interesó por las condiciones en que mi padre compró Centrifor, que hoy está en nuestro grupo. Él estaba en la Brigada Financiera y estuvo al cargo de la investigación. Un entrometido obstinado, a quien no le gustan los ricos y se cree el vengador

enmascarado. El viejo Pasquier, el padre de Sonia Guérin, hizo uso de sus relaciones. Nos lo quitó de encima haciendo que lo trasladaran a la Criminal bajo el pretexto de un ascenso. Me sorprendería que se sintiera agradecido hacia nosotros. Y, evidentemente, eso complica nuestro problema.

Elisa teclea dos minutos en su rodilla y continúa.

—Tomemos el máximo de precauciones. Vamos a borrar de sus archivos todos los documentos comprometedores... por si hay una investigación.

—¿Comprometedores, como cuáles?

—Piense. Todo lo que interesaba al apuesto Soubise. Para que lo sepa, su difunto amante —Elisa recalca cruelmente en esa última palabra— estaba destinado a la CEA. Por lo tanto, debemos desembarazarnos de todo cuanto se refiera al «Jardín de las Hespérides».

Se levanta y se dirige hacia los armarios.

—A trabajar. Pero déjeme que le diga que elige muy mal a sus parejas.

Borzeix se altera, entre la pena y la rabia. Traicionada, abofeteada en su vida amorosa, desbordada, humillada en su vida profesional. Ha tenido la flaqueza de considerar a Elisa casi como a una amiga. Debe reconstruir su vida.

Barbara se levanta a su vez y va a sentarse delante de su ordenador.

Las dos mujeres trabajan en silencio. Al alba, ya no queda ningún rastro del «Jardín de las Hespérides», ni en los archivos ni en los ordenadores.

Elisa Picot-Robert suspira y se sacude con la mano unas imperceptibles motas de polvo de su traje.

—Bien. Regreso a mi casa para refrescarme. Enseguida volveremos a vernos en el despacho, como siempre. Pero esta noche, haga limpieza en su casa, a fondo. Y sobre todo, Barbara, no se deje hundir. Olvidará a ese hombre, como ha olvidado a otros. Usted y yo somos de esta raza. Lo importante está aquí, en esta casa.

Cuando entra en el restaurante de la plaza de Italie, Pierre Moal adopta su actitud de cuarentón satisfecho y bonachón. La de los periodistas instalados, implantados podría decirse, que no pasan hambre. Pierre Moal es un nombre importante en el pequeño mundo de la prensa parisina. Cronista policial y de justicia del periódico de referencia, es respetado por todo el mundo por su incomparable red de fuentes. Una red con la que mantiene vínculos tan estrechos que a menudo recibe, como esta mañana, llamadas inopinadas y llenas de promesas. Solo *Le Canard* lo hace mejor, en cuestión de apariciones de informaciones espontáneas. Y *Le Canard*, es allí donde tiene la intención de aterrizar, uno de esos cuatro, Pierre Moal.

Claude Petit está allí, lo espera, al fondo, en un rincón discreto, apartado. Trabaja en Interior, en la oficina de las investigaciones llamadas «reservadas» de los RG. Sus primeros contactos se remontan a la época en que Moal empezaba a interesarse por los coletazos de los sindicatos de policía, bajo la presidencia anterior, hace cinco años. Petit era por aquel entonces delegado del Sindicato Nacional de los Oficiales de Policía, oficialmente anclado a la izquierda, y más que dispuesto a influir en las negociaciones que tenía con el gobierno haciendo llegar a la prensa lo que servía a los intereses de su organización.

O a los suyos.

Con tipos como Petit nunca se sabe. Aunque hasta el momento, hay que confesarlo, Moal nunca se ha sentido decepcionado por las confidencias de «su Claude». Y si hoy Petit ha hecho el esfuerzo de ir hasta su territorio, seguro que no es para ir con artimañas. Vigilancia.

—¿A qué debo el honor?

Petit levanta la nariz de su taza, se traga de golpe un pedazo de cruasán sin masticarlo y se seca la boca antes de responder.

—Hola, Pierre, unas compras que hacer por aquí.

Gran sonrisa de Moal.

—Claro, claro.

Petit le devuelve la sonrisa.

—Digamos que un pequeño trabajo de comprobación que me encargaron anoche, de forma improvisada, además de todo lo que tengo que hacer. Ya que pasaba por aquí, me han entrado ganas de venir a saludarte.

Moal hace un gesto a la camarera y le pide un café y otro más para Petit. Mientras llegan los cafés, la conversación se centra en cosas banales, las mujeres, los hijos, la becaria que se tira Moal. La vida que pasa, demasiado deprisa.

Cuando les han servido y vuelven a estar solos, Petit se inclina hacia Moal y suelta en un tono de confidencia:

—Con las semanas que llevo, mi jefe encuentra la forma de encasquetarme una nueva tontería para comprobar. Una misión que huele mal, un asunto que apesta. ¡Creo que va a hacer *buuuum*!

Con los dedos imita una explosión antes de dar cuenta de su segundo cruasán. Moal se repantiga en su asiento, se toma su tiempo. El ritual de la danza de acercamiento ha terminado. Conservar la sangre fría. Saca una libreta y un rotulador del bolsillo, los pone encima de la mesa, bien evidentes.

—Cuéntame.

Petit termina su pasta y vacía la taza.

—No estoy seguro de que sea para ti.

—Déjame que lo juzgue yo mismo.

—Como quieras. Primero, un suceso. Un tipo que es agredido en su casa en la noche del viernes al sábado por unos ladrones. Muere. La Criminal investiga. ¿Tus amigos de la 36 no te han hablado de eso?

Moal, sentado cómodamente en su asiento, se contenta con un no con la cabeza. Deja que hable.

—En fin, solo tuvieron tiempo de robarle un ordenador portátil, tipo último modelo. Por lo que parece, fueron sorprendidos con las manos en la masa.

—Ahórrate las palabras, Claude. Dime lo que un sabueso

de los RG como tú hace en este asunto.

—Sabueso, me honras. —Marca una pausa—. Pero no es del todo falso. El muerto es un colega nuestro. Transferido a la CEA. Y desde que lo nuclear está en el aire, ya sabes...

Moal anota «RG», una flecha, «CEA, nuclear». Esta última palabra la rodea con un círculo.

—¿Tiene nombre ese colega?

—No sé si puedo.

A su vez, Moal se acerca a la mesa.

—Sabes que puedes confiar en mí. Como siempre pondré que se trata de una fuente anónima del ministerio.

Petit aparenta reflexionar, aprueba y prosigue:

—Soubise, Benoît. Comandante de Policía.

Moal apunta el nombre y el grado.

—OK, gracias. Pero sigo sin entender por qué te ocupas tú de ello. No es solo porque haya muerto un colega. Los de la 36 se ocuparían, les gustaría más que a vosotros al tratarse de un poli asesinado.

—Si quieres que te lo diga todo, se sospecha que un grupo de ecologistas, del tipo muy radical, ha agredido al colega. Los tipos están bajo vigilancia desde hace algún tiempo. Un movimiento que gravita alrededor de una especie de gurú con un historial que no está totalmente virgen, si entiendes lo que quiero decir. Tememos que haya actos violentos y que ese asesinato sea la primera manifestación.

Moal escribe «¿ecologistas (terrorismo)?», sin decir nada. No hay que cortar a su amigo poli cuando está en plena revelación.

—El tipo se llama Scoarnec, Erwan Scoarnec. Vivía por aquí.

Moal escribe «Scoarnec».

—¿Vivía?

—Ha huido. Desde ayer la Criminal le busca para interrogarlo.

—Y tú.

—Y yo.

—¿Por qué tú? Le vigilabais, OK. Pero ¿por qué no os contentáis con transmitir vuestras informaciones a la Criminal?

—De hecho —Claude Petit duda, visiblemente incómodo —, el dichoso Scoarnec fue visto en dos o tres reuniones alternativas a las que también asistió Schneider.

—Schneider... ¿Schneider? ¿El rival de Guérin?

—El mismo. Es por esta razón que la cosa urge. Él y Scoarnec habrían sido vistos hablando en varias ocasiones.

Moal anota «Schneider» y dibuja una flecha entre Scoarnec y Schneider.

—¿Están realmente próximos o simplemente Schneider es también una diana potencial de esos ecoterroristas, entre comillas? Porque entre hablar y tomarla con uno a veces la frontera es muy difusa.

—No lo sé. Aún no. Y es por eso que estoy en ello. Por si existen riesgos terroristas, que no deben perturbar la elección en curso. Sobre todo visto que, hasta ahora, todo va bastante bien.

Pierre Moal cierra la libreta y se levanta.

—No es que me aburra contigo, pero tengo mucho que hacer. Algunas comprobaciones.

Petit pone la mano en el brazo de Moal, como para retenerle un segundo.

—Donde las dan las toman, Pierre. También por eso estoy aquí. Tus fuentes no son las mías. Si te enteras de cualquier cosa, me lo dices.

—Como siempre.

Moal deja quince euros encima de la mesa.

—Con eso bastará.

—Gracias, Pierre.

—De nada, hasta otra.

Moal regresa al periódico a paso rápido. Publicar algo, inmediatamente, para delimitar su territorio, manteniéndose prudente. Esta primicia le pertenece. Reservar enseguida un espacio limitado en las páginas de «Sociedad». Aún no la

primera página, pero podría darse el caso. Luego realizar algunas comprobaciones. Petit no es un monaguillo.

Nicolas Fourcade no puede esconder su sorpresa cuando entra en su despacho, en el palacio. El fiscal de la República, su jefe, le está esperando en el lugar en el que los sospechosos, interrogados o en prisión preventiva, se sientan habitualmente. Primera visita de este tipo y, a decir verdad, probablemente única. Normalmente son los sustitutos los que se desplazan.

Inmediatamente Fourcade se pone en guardia, con razón.

Así que terminan los habituales saludos amables, el fiscal se centra en el tema.

—Esta historia de Soubise, ¿se ve capaz de seguirla? Acaba de llegar, quizá convendría confiarla a un magistrado instructor más experimentado hoy mismo.

—¿He hecho algo para poner el procedimiento en peligro?

—No, en absoluto. Solo me lo pregunto. Un policía asesinado, el tema nuclear, no querría que su carrera, que está en sus inicios, pudiera peligrar debido a un asunto demasiado grande para usted.

—Hasta el momento nada me parece por encima de mis posibilidades o que pueda suponer un peligro para mi integridad profesional. Me gustaría contar con unos días más.

—¿Para?

—Apreciar un poco mejor lo que dan todas las pistas que estamos explorando.

—¿Hay alguna a la que dé prioridad?

—Un grupúsculo ecologista radical.

—Muy bien. He echado un vistazo a las diferentes pruebas y esta hipótesis me parece, en efecto, la más prometedora.

El fiscal de la República se levanta.

—Las informaciones circulan deprisa en el palacio, sufro algunas presiones para captar a un juez de instrucción.

—¿Presiones?

—Sí, ya sabe hasta qué punto las autoridades judiciales antiterroristas guardan celosamente su territorio. A la cámara 14.ª le gustaría recuperar el asunto, una cuestión de legitimidad, supongo. En pleno periodo electoral, teniendo en cuenta su proximidad con Guérin, me gustaría estar seguro de no equivocarme confiando en usted.

—Intentaré mostrarme a la altura de su confianza.

Fourcade, que también se ha levantado, acompaña a su superior a la puerta de su despacho.

—Ah, una última cosa... Desconfíe de los listos de la Criminal, no deje que le paseen. Porque lo intentarán, créame. En particular, hay que tener cuidado con Pâris, el jefe del grupo. No tiene muy buena reputación.

Coulanges, invitado por Pereira, es el primero en hablar, mientras abordan el último punto de su reunión de inicio de semana, el homicidio del comandante Soubise.

—La historia de Barbara Borzeix se sostiene.

Su mirada recorre el grupo, todo él apiñado en las dos piezas que le sirven de guarida, y se detiene en Pâris, vigilante silencioso, detrás de su despacho.

—Todos los invitados confirman su presencia, el último de ellos se fue justo antes de la medianoche, y he podido encontrar al hombre de la grúa que se encargó del coche accidentado. Lo confirma todo, una tonta pérdida de control, como dijo el propio Soubise en aquel momento. Fue otro tipo, que le seguía, el que se ocupó de la grúa, porque el colega parecía un poco en *shock* después del accidente. Se había herido en una ceja.

—¿Has encontrado a ese otro tipo? —pregunta Pereira.

—Aún no, pero estoy en ello. Iré a echar un vistazo al coche con un chico de la IJ, solo para asegurarme de que no ha sido trapicheado. También trabajo en las llamadas telefónicas de Borzeix y Soubise, pero aún no he recibido las facturas detalladas. Con el fin de semana y las elecciones,

todo va más lento de lo normal. Debería tenerlo todo esta tarde.

Pâris asiente y llega el turno de que tomen la palabra el teniente Durand y el cabo Mesplède.

—Lo que hemos sabido sobre Soubise acercándonos discretamente a algunos de sus antiguos colegas de Beauvau confirma las primeras impresiones. Recto a más no poder, íntegro, ciertamente mujeriego, pero no un cerdo. Elegante. Un buen republicano, vamos.

—Hablando de buenos republicanos, espero que ayer fuerais a votar.

La frase dicha en serio por Pereira desata una carcajada general. El adjunto del grupo es un maniático del deber electoral.

—Sí, mamá —susurra Thomas—, y si no lo hemos hecho, ¿a qué nos exponemos?

—A mis patadas en el culo y a no tener aperitivo durante por lo menos... —Pereira cuenta con los dedos, falsamente concentrado— dos días.

Nuevas risas a las que Pâris pone fin retomando el hilo de la conversación.

—La pista crapulosa, vinculada a una posible deuda de juego, ¿nos lleva a alguna parte?

Durand niega con la cabeza.

—En mi opinión, no hay nada. He previsto realizar una visita al Círculo de la Aviación, para salir de dudas, pero a la vista de los datos bancarios de Soubise, parece más bien un tipo prudente y ahorrador con sus gastos.

Consulta sus notas.

—Además, sus gastos de juego se remontan a cinco meses. Antes, ningún movimiento que deje suponer una pasión por las barajas. Y todas las sumas debidas al círculo han sido reembolsadas, hasta el último céntimo, por la CEA.

—¿Entonces? Empieza a jugar poco antes de conocer a Barbara Borzeix. ¿Un servicio encargado? Una administración que transforma a un funcionario en gigoló, sería una primicia.

Durand se ríe.

—Bien, también hemos encontrado algunas cosas en la videovigilancia de su barrio.

Se gira hacia Mesplède, que está más puesto en el tema, aunque es tímido, y le hace un gesto para que continúe.

El cabo se aclara la voz y empieza a hablar.

—Las cámaras de un Monoprix situado a dos calles del domicilio de Soubise, en la dirección general tomada por los fugitivos según nuestro testigo ocular, han captado un coche negro que circulaba deprisa hacia las 22.14 h. Es compatible con la hora de la agresión.

—¿Una marca, una matrícula? —pregunta Pereira mientras se levanta para servirse otro café. Hace una señal a Pâris, y este lo rechaza en silencio.

—Negativo. Imágenes de baja definición. Además, el coche pasa bastante lejos de los objetivos. Las grabaciones originales se han enviado a Écully, al laboratorio central, para ver si pueden sacar algo en claro. En cualquier caso, puede corresponder al vehículo de nuestros ecologistas radicales.

—¿No hay más grabaciones de vigilancia?

—Nada más, de momento. Pero no hay que hacerse muchas ilusiones, a tres manzanas de la casa de Soubise, el barrio se anima y a aquella hora, un viernes por la noche, el coche sospechoso probablemente se perdió entre el tráfico intenso.

—Así pues, los ecologistas —Pâris suspira, poco inspirado por esta perspectiva—. He visto que ya se ha pasado el aviso de búsqueda nacional. OK. ¿Qué hemos obtenido de los ficheros acerca de Scoarnec?

La pregunta se dirige a Estelle Rouyer.

—Confirman lo que ya se indicaba en la nota de la DCRG, así que nada que no sepamos. Lo único interesante que he descubierto es un nombre, Julien Courvoisier. Se ha oído hablar de él varias veces en los asuntos que conciernen a Scoarnec, parece que son amigos, pero también colegas en delitos en que solo se había implicado a Scoarnec. Y por los

que fue condenado. Su especialidad es la informática. El chico es ingeniero de redes y nada le gusta más que pasearse por sistemas en los que no debería meterse para nada. A la vista de la desaparición de dos ordenadores en nuestro caso, he pensado que merecía la pena investigar en ello.

—¿El tercer sospechoso visto en casa de Scoarnec?

Estelle se encoge de hombros.

—¿Tienes una dirección?

—Y también fotos.

—Perfecto. —Pâris se incorpora en su silla—. Vas allí con Thomas en cuanto acabemos. Si lo encuentras, lo traes y hablamos con él. Si no, vas a ver de nuevo al testigo del edificio de Soubise, y al vecino y el portero de Scoarnec, y les enseñas su jeta. Que nos digan por lo menos si nuestros dos terroristas en potencia estaban juntos el sábado. ¿Y la joven Jones-Saber?

—Nada sobre ella. No aparece en ningún lugar.

Pereira retoma la palabra.

—Su padre nos ha dicho que estudiaba en la escuela veterinaria de Maisons-Alfort. Deberíais pasaros por allí cuando tengáis tiempo. ¿Los teléfonos?

Thomas es quien responde.

—Lo mismo de antes, estamos en ello. Debería llegar durante el día. Para Scoarnec y la tal Jones. Respecto a Courvoisier, realizaré la petición esta mañana.

—Muy bien. Por lo que respecta a los padres de Scoarnec, no se sabe nada. Los colegas de Clermont fueron a su casa, en Saint-Flour, pensando que se ocultaría allí, pero erraron el tiro. Sus viejos no tienen noticias de él desde hace dos semanas. También se investigarán sus teléfonos, para verificar que no hayan contado una mentira.

Pereira se gira hacia Pâris para ver si hay algo más que añadir y, ante la ausencia de reacción de este último, absorto en sus pensamientos, pone fin a la reunión.

—A trabajar.

Hacia las once, Moal ha terminado de redactar su documento. Lo relee una última vez...

> En la noche del viernes al sábado, el comandante Soubise, un oficial de la Dirección Central de Informaciones Generales destinado a la seguridad de la CEA, y muy apreciado por sus jefes, fue encontrado muerto en su domicilio. Según nuestras informaciones, se trataría de un homicidio. La Brigada Criminal se encarga de la investigación.
>
> Este policía de alto nivel ocupaba un puesto importante. Y sin embargo, ninguna declaración oficial por parte de la CEA o de la Dirección de la Policía Nacional, ningún comunicado de prensa, a pesar de la importancia de los temas de seguridad nuclear a nivel económico, político y militar. ¿Por qué ese silencio? Es verdad que en Francia todo cuando afecte a lo nuclear está tradicionalmente rodeado de secretismo. Pero existe otra razón para ese silencio, la investigación de la Brigada Criminal parece dar prioridad a la pista de ecologistas radicales, conocidos por haber llevado a cabo ya en varias ocasiones acciones violentas y por haberse distinguido con motivo de alborotos junto a los Black Blocks, un movimiento ecoterrorista a nivel europeo muy conocido por los servicios policiales. Nos hallamos todavía en plena campaña electoral y el voto ecologista es algo que debe manejarse con pinzas. El asesinato del comandante Soubise, si la pista que sigue el Quai des Orfèvres se confirma, llega en un mal momento y en los estados mayores políticos parece que se teme que tenga repercusiones políticas inesperadas. Un asunto que deberemos seguir de cerca.

Luego lo envía al servidor del periódico, para su relectura y su paso a la imprenta.

Guérin se ha eclipsado de la sede del partido, como hace regularmente dos lunes al mes. Solo en el asiento de atrás de un coche anónimo de cristales tintados que circula a poca velocidad, saborea su triunfo electoral. No se cansa de ello. Sensación de ligereza, de ingravidez. Muy pronto el hombre más poderoso de Francia. Qué satisfacción. Le divierte advertir un inicio de erección. Evidentemente, un pequeño temor, Elisa quizá le tire de la lengua sobre esa historia de

Soubise, pero enseguida se le pasa, hoy no, no se atreverá.

Llamada de Sonia. No contesta.

El chófer le deja delante de la entrada de los proveedores del restaurante Chez Gérard, y se mete en el edificio. En unos segundos, va a abrir la puerta del salón privado en el que, en la más estricta confidencialidad, se encuentra regularmente con Albert Mermet y Elisa Picot-Robert, para hablar de los progresos de sus proyectos, el estado de la campaña y la actitud de los medios de comunicación.

Nueva subida de adrenalina y de testosterona.

En el triángulo por fin ocupa una posición dominante. Durante un año, ha sido su hombre. El voto de ayer lo ha cambiado todo. Un sueño en forma de fantasma: en cuanto abre la puerta de la sala, Elisa cae en sus brazos, él la tumba en el sofá y la toma con violencia delante de un Mermet petrificado. Sonrisa, caricia furtiva al sexo en erección. Estoy preparado.

Pierre Guérin empuja la puerta. Albert y Elisa le reciben alzando sus copas de champán, un brindis en honor al vencedor.

Ella lleva un traje sastre azul marino muy sencillo y de buen corte y una blusa verde. Guérin tiembla. Ella es ardiente como el hielo. Mermet, siempre con el mismo tipo de traje inglés, hecho a medida en Inglaterra, de una gran calidad pero que no consigue ocultar del todo la vulgaridad de su silueta. Es un cincuentón rechoncho, de rostro picado por la viruela, que hizo fortuna en África desarrollando las actividades portuarias de países amigos.

Segunda llamada de la mujer de Guérin. No contesta; enseguida se reúne a la mesa con sus dos invitados.

Comen sin prestar atención una chuleta de ternera con setas y están de acuerdo en que sus proyectos van por buen camino. Elisa habla de esa victoria como de un rédito de sus inversiones y, muy furtivamente, Guérin tiene la sensación de ser una criada ganadora. Luego pasan revista al comportamiento de los medios de comunicación. Globalmente

satisfactorio. Los jefes prácticamente no han tenido que intervenir.

Llega el postre, bizcocho borracho al ron Gérard, con frutos rojos sobre un lecho de nata. Elisa insiste en el incidente de la noche del viernes al sábado.

—Les pregunté ayer si estábamos metidos en ese asunto y no he tenido una respuesta satisfactoria.

Guérin la mira. Sin piedad, impenetrable. Su excitación, su sexo doloroso a fuerza de estar en erección, le impiden concentrarse. Pero se ha aprendido su texto.

—Algunos servicios de policía han detectado las maniobras del comandante Soubise respecto a altos directivos de PRG. Han querido conocer el alcance de los estragos. Pero, evidentemente, no tienen nada que ver con su asesinato.

—Menos mal, porque un patinazo de este tipo, si se hiciera público, podría hacerle perder la segunda vuelta.

Mermet interviene.

—¿Es Cardona y la CEA los que están detrás de esto? ¿Qué harán con estas informaciones?

—Según Guesde, nada de inmediato. Por lo tanto es crucial para nosotros mantener el silencio en los medios de comunicación hasta la segunda vuelta. Después, tendremos otros medios.

Mermet asiente.

Elisa vuelve a la carga.

—El ordenador de Soubise fue robado.

—Nada que temer por ese lado.

Ella inclina la cabeza, entiende lo implícito y continúa.

—La Criminal investiga. Si descubre las actividades de Soubise, puede llegar hasta PRG.

—Por lo que sé, la Criminal ya está sobre la pista de los asesinos.

Silencio. Guérin cree haber ganado un punto y quiere explotar su ventaja.

—Si me lo permiten, nuestras grandes empresas deberían ser más prudentes y no confiar puestos clave a mujeres

enamoradas.

Mermet sonríe y se gira hacia Elisa.

—¿Diría usted que está equivocado, querida?

Ella, glacial, mira fijamente a Guérin.

—Ya he empezado la limpieza en mi casa, puede estar tranquilo. Debería hacer lo mismo en la suya y quitarse de encima a viejos esbirros que están en su entorno. Son más peligrosos que útiles.

Mermet se despide.

—Les dejo ya que todo va bien, cita urgente.

En cuanto sale, Guérin se levanta y ofrece su brazo a Elisa.

—Vayamos al salón a tomar el café.

Se sientan uno al lado del otro en un pequeño sofá delante de una mesa baja. Un camarero les trae café y unas pastas. El móvil de Guérin suena. Lo abre. Ninguna sorpresa, es Sonia, por tercera vez. Corta la comunicación, mete el teléfono en su bolsillo, se gira hacia Elisa con una mueca de excusa y dice en tono irónico:

—La futura *first lady*.

Coge la mano de Elisa y la dirige con fuerza hacia su bragueta.

—¿Ves el efecto que produces en mí?

Ella se inclina hacia él, le mira fijamente, mirada indescifrable.

—¿Yo? ¿O la proximidad del poder?

Con un gesto rápido, Elisa hace saltar dos botones.

—Debería desconfiar, señor presidente, cualquier idiota con un teléfono móvil podría convertirse en una estrella de internet si descubriera lo que estamos haciendo.

Desliza su mano sin encontrar la menor resistencia hasta su sexo. ¿Él, un exhibicionista?

Guérin siente un escalofrío que le recorre la columna vertebral, desde los riñones hasta el cráneo. Poco a poco, Elisa desliza su uña a lo largo de su sexo, sin dejar de mirarle. Luego lo coge con fuerza. Él no puede aguantar un estertor y eyacula gruñendo, sin poder controlarse.

Elisa sonríe, una sonrisa en la que Guérin cree leer mucha ironía, se levanta en un solo movimiento fluido, va hacia la mesa donde se encuentran los restos de la comida, sumerge la mano en un jarrón de agua medio vacío con un gesto natural y desenvuelto, se seca con una servilleta, recoge su bolso y después, con aire de gran dama, se gira para sonreírle, aún la misma sonrisa, y se va despidiéndose con un leve gesto de la mano del futuro presidente, tendido en el sofá, con la bragueta abierta y el pantalón manchado.

Neal, recién afeitado, con un pantalón de algodón beige, sahariana a juego sobre una camisa rosa de manga larga y cuello redondo, con un aire relajado, ya se ha bebido dos copas de vino blanco Poully-Fumé como aperitivo, y se ha aprendido el menú y la carta de vinos de memoria cuando por fin llega Cooke, con mucho retraso. El crítico hace un gesto al camarero, que inmediatamente sirve los entrantes.

—Puesto que me habías avisado que llegabas tarde, ya he pedido por los dos. Y he elegido los vinos. Un surtido de vinos del Loira, ligeros. ¿Te va bien?

—Muy bien.

—No olvides que cuento con tus comentarios para enriquecer mi crónica.

Neal saca una libreta, un lápiz finamente afilado y los coloca encima de la mesa, preparado para actuar en el momento en que los entrantes se presenten a los comensales. Crema de espárragos trigueros para él, langostinos asados laqueados con miel para Cooke.

Un momento de recogimiento, luego algunas observaciones que Neal apunta cuidadosamente.

En el último bocado, Cooke se lanza.

—¿Tienes noticias de tu hija?

—Ninguna desde que me encontré a los dos policías en su casa.

—¿Has intentado volver a llamarla al móvil?

Asiente con la cabeza silenciosamente y luego dice que no. «*No news*.»

—Caramba con tu hija.

Neal esboza una breve sonrisa de impotencia.

—No me iré de París hasta encontrarla. Tengo derecho a unas cuantas explicaciones.

—Evidentemente ya sabes que puedes contar conmigo.

—Como en los viejos tiempos.

—Claro, con las elecciones francesas por cubrir... *But I'll do my best*.

Después de los entrantes, llegan los platos principales. Molleja de ternera al hinojo para Cooke, filetes de lenguado rellenos de setas y espinacas para Neal. Los dos ingleses degustan, comentan, hablan de unas cosas y otras. Luego llegan los postres.

Delante de su pastel borracho al ron, Cooke adopta un aire de conspirador.

—Hace un momento, antes de reunirme contigo, he pasado por los lavabos, y en un pasillo, delante de mí, un camarero que llevaba en una bandeja tres espléndidos borrachos como este ha abierto la puerta de un salón privado. He echado un vistazo, deformación profesional, y adivina a quién he visto. —Neal niega con la cabeza—. A Guérin, el futuro presidente francés. Conversando con dos grandes jefes del CAC 40:[10] Elisa Picot-Robert, la dueña de PRG, y Albert Mermet, presidente y principal accionista del grupo que lleva su nombre.

—Entonces, ¿es una primicia para tu periódico?

—*I don't know*, estoy dudando. La complicidad entre Elisa Picot-Robert y Guérin no es ninguna novedad, más bien una vieja historia de familia.

—¿De qué tipo?

—Provechosa. Elisa es la hija de Denis Picot-Robert, que empezó, hace unos cuarenta años, como jefe de una pequeña empresa de construcción en el 92, el departamento más rico de Francia. Por aquel entonces, el hombre fuerte local era

François Pasquier, senador, ministro en varias ocasiones y presidente del Consejo General. Los dos se conocieron y no perdieron el contacto. Picot-Robert se convirtió en el principal empresario de la construcción del barrio de negocios de La Défense, el gran sueño de Pasquier. Ya puedes imaginar la continuación de una amistad tal, estamos en Francia, y eso resulta caro. O da beneficios.

Cooke hace una pausa para beber un sorbo de vino.

—Enseguida el grupo PRG se convirtió en el primer grupo francés de BTP. Pero no solo eso, el fundador soñaba con la diversificación, le gustaba el lujo, el poder de los medios de comunicación. Y luego murió. Solo tenía una hija, Elisa, que cogió las riendas del negocio con mano firme, con ideas muy definidas. Se deshizo de todo lo superfluo que había adquirido su padre y se centró de nuevo en la construcción, el núcleo duro de su grupo, desarrollándose a nivel internacional.

—El tipo de mujer que cuesta de encontrar.

—Y además muy guapa.

—Y Guérin, ¿qué pinta en todo esto?

—Pasquier también tenía solo una hija, a quien formó muy bien en todos los secretos de la política francesa. Ella ha sido su mano derecha en la gestión del departamento. Pero, en Francia, una mujer sola no puede mantener un feudo político tan importante como el 92. Necesita a un hombre. El viejo Pasquier la casó con Pierre Guérin, quien retomó la clientela y los hábitos políticos de su suegro. En la herencia, estaban los vínculos con PRG. Y la bella Elisa.

—¿Se acuestan juntos?

—Es un rumor que corre entre los periodistas, pero es difícil saberlo con certeza. Guérin corre detrás de cualquier falda pero ella no es de las que se dejan seducir.

—Bien, y el tal Mermet, ¿qué tiene que ver en toda esta historia? ¿*Ménage à trois*? —pregunta Neal forzando su acento británico.

Cooke se ríe.

—No, no lo creo. Mermet es un recién llegado. Dirige un conglomerado familiar, la mayor parte del cual se encuentra en el África francófona. Dado que la influencia de su grupo se encuentra en declive debido a los chinos y los americanos, se dirige de nuevo hacia Francia. Hace poco ha adquirido participaciones en muchos grupos mediáticos e intenta recomprar los activos de PRG en ese sector. Ya les va bien, Elisa quiere venderlos.

—Y nada de lo que suponga medios de comunicación resulta extraño para Guérin.

—Lo has entendido. Pero eso no justifica un artículo en mi periódico. Como máximo, un párrafo venenoso sobre las relaciones peligrosas de Guérin dentro de un artículo más general.

Neal, silencioso, garabatea durante unos segundos en su libreta.

—Si la heredera Picot-Robert vende sus filiales de medios de comunicación, contará con mucho dinero.

—Sí.

—¿Y qué va hacer con él?

—Buena pregunta. Quizá aprovecharse de las rebajas en las privatizaciones postelectorales. Si Guérin gana, lo que parece lo más probable. A la nueva derecha francesa le gusta liquidar el capital de sus electores.

—¿Quizá estaban ahí para hablar?

—Es posible.

—¿Se ha hablado de eso durante la campaña?

—No, ni una sola vez.

Cooke se toma un tiempo para mirar fijamente a su amigo.

—Dime, ¿no tendrías ganas de trabajar conmigo sobre estos temas, investigar y ahondar en el asunto? Como *free-lance*, en mi periódico. Todo el mundo te recibiría con los brazos abiertos. Dejaste muy buen recuerdo en Londres, ya lo sabes.

Neal se sumerge en sus notas, deja pasar los segundos y luego levanta de nuevo la cabeza.

—No me tientes, es malo para un viejo periodista como yo, a quien se le acaba la cuerda. He perdido la costumbre. Casi veinte años de exilio en la sección de gastronomía marcan mucho. Y además me gustaría encontrar antes a Saffron.

Tres cuartos de hora más tarde, Neal Jones-Saber y Cooke salen juntos del restaurante y se separan en la acera. Cooke sonríe.

—No te preocupes, no voy a dejar que te largues. Cuanto más lo pienso, mejor me parece la idea de que regreses al periodismo activo. Pero antes, Saf'.

Neal contesta con un vago gesto con la mano y se aleja a paso rápido, hacia L'Étoile, el metro, Maisons-Alfort. Mientras va para allá, se detiene en un quiosco y compra *The Herald*, para ver, por simple curiosidad evidentemente, lo que escribe en ese momento Cooke en ese importante periódico vespertino. Lo hojea rápidamente y encuentra las páginas de Sociedad. Si la policía judicial busca a Saffron como testigo, quizá en el periódico se entere de qué ha podido ser testigo. Hay poca cosa. Neal lee por encima un artículo firmado por Pierre Moal que narra el asesinato del comandante Soubise, un policía adscrito a la seguridad de la CEA, un puesto estratégico. Según fuentes próximas a la investigación, la policía estaría siguiendo la pista de un grupo de ecoterroristas.

El periodista hace una mueca. Según su experiencia personal, todo lo relacionado con lo nuclear es fuente de líos. Pero se siente tranquilizado al ver que ningún elemento se vincula con su hija.

—Un hombre interesante, el tal Neal Jones-Saber.

A primera hora de la tarde, Pâris está solo con Pereira en el despacho del grupo.

Su adjunto levanta la cabeza del resumen que está estudiando.

—Antes de ser crítico gastronómico, era corresponsal de guerra. Sobre todo en el Próximo y Medio Oriente. Por lo que parece, arabófono y arabófilo por lo que he podido leer en internet. Mi inglés está ya muy mohoso y por lo que he leído en los artículos que he encontrado, de él y de otros, era un periodista apreciado, al otro lado del canal de Mancha, en la época de su apogeo. Se dio a conocer con el asunto de la bomba atómica israelí. Parece que formó parte del grupo que reveló su existencia. ¿Te acuerdas de esta historia?

Pereira niega con la cabeza.

—Sí, hombre, incluso habían encontrado a un tipo, en Israel, que estaba dispuesto a dar fe de su existencia. El tipo fue arrestado enseguida y encerrado, reducido al silencio. Se volvió a hablar de él no hace mucho.

—Sí. Quizá. ¿Y qué relación hay con nuestro hombre?

—Ninguna. Salvo que era alguien antes de caer en el cuasi anonimato culinario. Incluso tiene una entrada en la Wikipedia.

—¿Y has visto dónde está hoy en día? Produce envidia.

—Su mujer murió en un atentado en el Líbano. Su hija, la famosa Saffron, apenas tenía dos años. Por lo que parece, lo dejó todo para retirarse al campo y ocuparse de su hija después del drama.

—Evidentemente el foie gras y los grandes vinos resultan menos peligrosos.

Pâris no aprecia la ironía fácil de Pereira. Jones-Saber vale mucho más que eso, lo siente, lo sabe. Trayectoria atípica, hombre comprometido, y de la noche a la mañana, cambia diametralmente su vida. Un tipo sin duda mucho más complejo que el padre perdido que conocieron el día antes. Su hija anda metida en un asunto que afecta a la industria nuclear francesa. El padre alcanzó su gloria yendo a molestar a los israelíes en su propio terreno. ¿Una casualidad?

Pereira, que no se ha percatado de que su jefe de grupo sigue absorto en sus pensamientos, prosigue con su perorata.

—Hablando de periodistas, hay un tal Pierre Moal que se

ha presentado en la recepción al final de la mañana. Quería hablar con nosotros... ¿Me estás escuchando?

Pâris vuelve a la conversación.

—¿Quién quería hablar con nosotros?

—Un periodista llamado Moal.

—¿De qué?

—De Soubise.

—¿Y?

—Le he enviado a freír espárragos.

Los dos policías intercambian una sonrisa.

—Pero parecía bien informado. Y por lo visto mantiene buena relación con el grupo Levasseur.

—¿Crees que viene de su parte?

Pereira se encoge de hombros.

—Los chicos de Levasseur, de todos modos, rajan demasiado.

—He recibido los primeros informes de los expertos, ¿os interesan?

Ange Ballester entra en el despacho con un fajo de papeles en la mano.

—Adelante.

Pâris se levanta para coger una cerveza de la nevera de bar comprada con la caja común.

—¿Quieres un botellín?

Ange niega con la cabeza. Lo mismo hace Pereira.

—Te escuchamos.

—Bien, respecto a Soubise... En su casa. La puerta seguro que fue forzada pero por un tipo que era un experto en cerraduras. Un trabajo limpio. Las huellas en el cuchillo de cocina encontrado en su despacho son las de la víctima; así pues, nada anormal. Además, la autopsia confirma que la causa de la muerte es un golpe violento en el nivel temporal izquierdo con una superficie dura y puntiaguda. La esquina de la mesa es, pues, el arma del crimen. De todos modos, el cuerpo presenta muchos hematomas, producto en apariencia de golpes violentos. Uno de ellos en el hígado, que causó

numerosos daños. Lo mismo para la fractura de la nariz y de la muñeca. Le dieron una paliza metódica. Un trabajo bien hecho.

Pâris se traga un sorbo de cerveza gruñendo.

—¿Qué pensáis sobre todo eso?

Ballester se gira hacia Pereira, que habla el primero.

—El tipo entra en su casa, encuentra la puerta abierta. No tiene su pistola, así que coge un cuchillo de cocina por si acaso, lo que explica por qué se ha encontrado este en el despacho. Allí se encuentra con el o los ladrones y le desarman sin problema.

—¿Por qué no avisó a la comisaría?

—Orgullo mal entendido. Eres de la poli, tienes a unos tipos en tu casa, tu primer reflejo cuál es: ¿avisar a los colegas o zanjar el asunto tú solo?

No hay respuesta.

El botellín de cerveza va a parar a la papelera junto a dos más. Pâris suelta un eructo.

—En cualquier caso, no sé adónde habrán ido a entrenarse, esos ecoterroristas, pero realmente son unos profesionales.

Neal no es muy bien recibido en la secretaría de la Escuela de Veterinaria. Saffron es mayor de edad y los informes de la escuela, que contienen los comentarios de los profesores, son estrictamente confidenciales. Se necesita una demanda oficial ratificada por la dirección de estudios para poder tener acceso a los mismos.

Pero la secretaria sabe que, en efecto, la joven ya no acude a las clases desde el mes de enero, así que el padre tiene buenas razones para preocuparse, y además es tan simpático, con sus rasgos marcados y su sonrisa de hombre que ha vivido mucho... La mujer le entrega disimuladamente el informe de Saffron.

—Siéntese allí, en aquel rincón, dese prisa y no diga nada

a nadie.

Jones-Saber hojea rápidamente. Saffron ha empezado bien el curso, ha asistido con regularidad, notas entre un siete y un ocho durante todo el primer trimestre. Pasa las hojas rápido. Luego ninguna evaluación más de su trabajo a partir de enero: la chica ha desaparecido. Neal levanta los ojos, mira por la ventana: un árbol, el sol, una corriente de aire. Saf' había ido a Cahors para las fiestas de fin de año, y le había parecido contenta, relajada, como siempre.

Se sumerge de nuevo en el informe, sin saber muy bien qué busca. Y allí, en una hoja suelta, quizá una esperanza para averiguar algo más, la composición del grupo de trabajo de prácticas en el que su hija participa, los nombres, las direcciones, los números de teléfono.

No tiene tiempo de apuntar nada y además se notaría mucho. Neal desliza la hoja en uno de los bolsillos de su chaleco, girándose de espaldas a la secretaria, antes de devolverle el informe, con un pequeño gesto de desánimo, y le da las gracias antes de irse.

Guérin debe desplazarse en avión a su primer mitin entre la primera y la segunda vuelta. Llega con retraso, patalea en el coche, sale disparado del mismo en cuanto se detiene delante del edificio del aeropuerto de Bourget, se mete en el salón privado donde le esperan una treintena de periodistas y todo el estado mayor de su campaña, que bebe y bromea para esconder su irritación.

Sonia se gira hacia él en cuanto entra, media sonrisa y mirada sarcástica, cambio de traje, comida movidita. Guérin enseguida le da la espalda.

El personal de la compañía aérea dirige a todo el mundo hacia la pista, hace rato que debían haber embarcado.

El candidato se sienta solo en una butaca de primera clase de cuero, al lado de una ventanilla, pide un coñac y se distrae contemplando los movimientos de los aviones. En cuanto

despegan, se levanta y, con la copa en la mano, se reúne con los periodistas.

—¿Habéis visto la jeta de Schneider anoche? ¡Qué paliza!

Levanta su vaso.

—Bebo por mi próxima victoria. ¿Quién me acompaña?

Alboroto, risas, algunas bromas amables, luego un periodista económico empieza a hablar.

—Y sobre el tema nuclear, ¿qué va a contestarle a Schneider? Su intervención parecía muy interesante.

Guérin pierde pie, se hunde. ¿El tema nuclear? ¿Por qué esa pregunta ahora? ¿Filtraciones sobre el «Jardín de las Hespérides»? ¿Sonia? No, imposible. Y Schneider, ¿qué ha escupido? Silencio espeso a su alrededor. Debe decir algo.

—El tema nuclear no es un asunto de la campaña. No me dejaré arrastrar por Schneider hacia el terreno de los tecnócratas, en el que no dudo que se siente muy a gusto. De lo que voy a hablar con todos los hombres y las mujeres que me encuentre, y con ustedes también, por qué no, es de la lucha contra la miseria y las injusticias, contra las desigualdades y la desesperanza. Quiero que el trabajo y los trabajadores vuelvan a estar en el centro de nuestra sociedad. Eso es lo que quiero. Y nada va a distraerme de mi labor.

Guérin da la espalda a los periodistas dejando su copa, empapado de sudor de la cabeza a los pies. Va a sentarse junto a su esposa y le dice en voz baja y con rabia contenida:

—¿Qué demonios ha dicho Schneider? ¿Puedo saberlo?

Sonia está muy calmada.

—No solo no contestas al teléfono, sino que encima no consultas tu buzón de voz. Falta de profesionalidad, querido. Schneider ha declarado en el noticiario de la una de TF1 que el gobierno al que perteneces acaba de adoptar a hurtadillas un decreto sobre el EPR de Flamanville que coloca a Francia en un punto muerto tecnológico y le hace perder su posición en el sector entre la competencia internacional. Exige que haya un debate público acerca del tema nuclear.

—¡Vaya morro! Fue el primero en insistir en la adopción

del decreto con todos aquellos traidores que dicen ser mis amigos y que solo esperan una cosa: ¡apuñalarme por la espalda!

Desde hace meses, sus *mejores* enemigos, en su propio campo, militan por el lanzamiento de la obra de Flamanville. Saben que un éxito en ese sector haría subir los precios y contrarrestaría sus planes con PRG y el grupo Mermet. Ha aceptado ceder solo por una razón, porque el tiempo juega a su favor. Las centrales con reactores EPR no estarán a punto hasta dentro de mucho tiempo. Por lo menos tienen un plazo de dos o tres años. Es más que suficiente.

—Esos estúpidos de la prensa no tienen memoria, ¡lo han olvidado todo!

—Es posible, pero los primeros ecos que reflejan los periodistas son más bien positivos, y no estoy muy segura de que tu brillante número populista sea suficiente para desviar su atención.

—Lo pagaran caro, ¿me oyes? Cuando tenga plenos poderes, ¡me encargaré yo mismo de colgar a algunos de ganchos de carnicero!

Neal se pone a trabajar en la lista de los miembros del grupo de trabajo. Los primeros contactos son más bien decepcionantes. En dos móviles sale el buzón de voz. En la tercera llamada, una tal Caroline Cordier, de voz juvenil, se niega en redondo a encontrarse con Neal Jones-Saber y corta la comunicación sin más explicaciones.

Cuarta tentativa, contesta Virginie Lambert.

—Ah, es el padre de Saffron.

Neal nota curiosidad en su voz, remarca su acento inglés y gana, Virginie acepta cenar con él esa misma noche. Pero es ella quien elige el lugar, un gran restaurante chino en Belleville, al lado de su casa y muy concurrido.

Tras la curiosidad, la desconfianza. Por si acaso. Quedan a las nueve de la noche.

Barbara Borzeix regresa a su casa hacia las siete de la tarde exhausta, con los nervios a flor de piel. El día, después de la noche en blanco en el despacho, y la tensión entre ella y Elisa, que ha estado junto a ella durante todo el día, han acabado con sus últimas reservas de energía. Y aún debe hacer la limpieza de sus archivos aquí.

Y además aún tiene esa sensación de no tener ya su lugar en ninguna parte, que todo cuanto le era familiar, su universo, controlado, dominado, planificado, se le ha vuelto hostil. Incluso aquí, en ese piso imaginado hasta el más mínimo detalle cuando se lo compró, no puede evitar pensar que cada mueble, cada objeto, es una trampa o un cebo.

Engañada incluso en su casa por un hombre de quien al fin y al cabo no sabía nada. Le robó documentos, pero puesto que era policía, de los RG, quizá también pinchó su teléfono, puso micrófonos y cámaras por todas partes, y hurgó en su ordenador. Las posibilidades son infinitas y le producen vértigo. Su vida amorosa, una mentira. Su vida profesional, un desastre.

Elisa no se lo perdonará nunca.

Ella nunca se lo perdonará a sí misma.

Borzeix se apoya un momento en el montante de una puerta, a punto de caerse, luego respira profundamente y se recupera. Razón, método. Fuerza. ¿Está vigilada? Así pues, no hay nada que temer, ya lo saben todo. En caso contrario, aún está a tiempo de salvar lo que se pueda. Benoît en realidad ya no era policía, estaba destinado a la CEA. Y además Elisa está próxima a Guérin y este aún controla Interior, bajo mano. Eso no puede venir de ellos.

Sobrevivir.

Barbara se despoja rápidamente de su chaqueta y de su bolso y los arroja al sofá y, de modo concienzudo, pasa por cada pieza para reunir los papeles y documentos relativos a su trabajo. Aunque no hay gran cosa, todos ellos acaban en la

chimenea de diseño del salón. Lo esencial se encuentra en el iMac, en su despacho.

Lo enciende, encuentra rápidamente sus carpetas profesionales y empieza a borrarlas tras haberlas mirado en diagonal. Aísla dos, que deja para el final. La primera lleva por título «Italia-Libia», la segunda, «Jardín de las Hespérides».

Esas dos no necesita consultarlas, sabe muy bien lo que contienen. Desde hace muchos meses, ocupan la mayor parte de su tiempo. Pero duda en tirarlas a la papelera que está junto a la barra de herramientas.

Borzeix se levanta, regresa al salón. De una cajita traída de un viaje a la India, coge un porro, ya liado. Una vieja manía, preverlo todo, siempre tiene cuatro o cinco preparados. Lo enciende y se dirige a la terraza. Le da las primeras caladas lentamente, para saborearlas y maximizar su efecto. Los efluvios de la hierba enseguida le suben a la nariz, el humo invade sus pulmones y la quema por dentro. Está a punto de toser pero se retiene. Un dolor agradable. La vida. Un minuto después, su cuerpo empieza a relajarse. Método Coué[11] o efecto real, no importa, el porro le sienta bien.

Desembarazarse de las dos últimas carpetas parece lo único inteligente que debe hacer. En el despacho ya no queda nada, salvo una copia que Elisa ha escondido en algún lado. Las últimas huellas, los últimos elementos comprometedores están en su casa, en su ordenador. No dejar nada para las autoridades judiciales. Pero... Elisa no me perdonará nunca. ¿Qué pasará luego, cuando se olvide todo este asunto y las elecciones hayan pasado? Esperarán un tiempo razonable y luego la despedirán. O, aún peor, correrá la misma suerte que Soubise. ¿Paranoica? Es posible. Estoy muy cansada.

Hay que guardar pruebas.

La mirada de Barbara se concentra hacia la calle, más abajo. Aún es de día, hace buen tiempo. Hay dos cafés junto a su edificio. Las terrazas están atestadas. La gente aprovecha la clemencia del clima, se relaja, se divierte. Tienen suerte. No

hace ni tres días, ella habría llamado a un amigo, o amiga y habría compartido con él o ella una copa de vino blanco ahí fuera. El árabe de la esquina está delante de su comercio, bromea con un peatón. La librería aún está abierta. Alguien sale del Cityssimo. Es práctico este nuevo servicio postal. Borzeix alquiló un apartado de correos allí en cuanto abrió. Estaba harta de que su portera recibiera todos sus paquetes. Aquella chismosa hablaba de ella a todo el edificio.

Cityssimo.

Borzeix sonríe. Termina su porro y regresa a su despacho. DVD virgen en el lector del iMac, copia las dos carpetas delicadas y luego las borra de su ordenador antes de realizar una limpieza a fondo del disco duro. El DVD acaba dentro de un sobre. Mañana, se lo enviará a sí misma.

Guardar pruebas, algunas cartas en la manga. Como en el póker.

Al principio de la noche ya es tarde para estar todavía en el despacho, sobre todo sin una urgencia real y después de un fin de semana particularmente cargado. Pâris sigue en el 36, oye ruidos en el pasillo, esta noche es más bien tranquila, solo un grito hace un rato, seguido de dos puñetazos ahogados por una puerta cerrada a toda prisa. Digiere las últimas novedades del día y termina su séptima cerveza. Debería volver a mi casa pero no en este estado. Y además no tengo ganas, aquí estoy bien.

Tres golpes en la puerta y esta se entreabre. Aparece una cabeza. Fourcade.

—He esperado su visita toda la tarde.

El tono es seco.

—He estado desbordado.

—¿Ni siquiera una llamada para avisarme?

—Es verdad. Debería haberle llamado.

Pâris está cansado. Es lo último que necesita.

—Entiéndame, es importante establecer una cierta

confianza entre nosotros. Necesito que me haga llegar informes con mayor frecuencia.

Ante la ausencia de reacción del oficial de la Criminal, que le mira distraídamente, Fourcade continúa.

—¿Qué noticias hay?

Pâris suspira.

—Scoarnec y Saffron Jones-Saber siguen desaparecidos. Quizá hayamos identificado al tercer ladrón, un tal Courvoisier, con mala fama entre nuestros servicios. Por fraude informático. Un pirata. Añadiremos su nombre al aviso de busca y captura nacional que se ha lanzado esta mañana.

—Si tenemos en cuenta los dos ordenadores que han desaparecido, hay una cierta coherencia. Y se vio a dos hombres debajo del edificio de Soubise, ¿no?

Pâris asiente sin convicción.

—¿El coche negro?

—Dos de mis chicos han recuperado una grabación que muestra un coche huyendo de la escena del crimen. Es imposible de momento saber si se trata del Golf de la chica Jones-Saber. Estamos esperando. Los móviles de nuestros tres rebeldes están muertos desde el sábado a las tres de la mañana. Salvo el de la chica. Una llamada a su padre el mismo día hacia el mediodía. Muy breve. Voy a investigar por ese lado.

—Se esconden. Una actitud de personas que han hecho algo malo. Creo que vamos por buen camino.

Hay una cierta alegría en la mirada y la voz del sustituto al pronunciar estas palabras: un asunto que funciona bien.

—Hay que centrarse en sus íntimos —dice casi deleitándose—. Y sobre todo no dejar que se nos escapen. Nos conducirán a nuestros sospechosos.

La mirada del fiscal se pasea por el despacho del grupo, las dos habitaciones en las que trabajan ocho personas apenas mayores que la sala que él ocupa en el palacio. Solo. Luego observa la papelera de Pâris y los botellines vacíos. Mirada confusa y luego dura. ¿Desprecio?

—¿Quiere una cerveza?

Fourcade se endereza inmediatamente, como si hubiera sido pillado en falta, y se apresura a negar con la cabeza para rechazar el ofrecimiento.

Pâris se levanta, abre la nevera para coger una pero se han acabado. Nuevo suspiro, luego se deja caer de nuevo en su butaca.

—Eso no es todo.

La frase coge al sustituto en el momento en que inicia el movimiento de dirigirse hacia la salida, con una mueca molesta y vagamente de fastidio en la cara.

¿Quién eres para juzgarme?

—Cardona ha mentido. Las facturas de Soubise han revelado que se llamaban con mucha regularidad desde la llegada de nuestro colega a la CEA. Y desde hace cinco meses, las llamadas también se producían en fin de semana. Soubise conoció a la señorita Borzeix hace cinco meses.

Pâris deja que esta última información realice su recorrido durante algunos segundos por la mente de su interlocutor.

—Otro descubrimiento interesante, el colega ha llamado mucho a Italia. Hemos detectado unos diez números diferentes. De momento, hemos identificado dos de ellos.

El silencio vuelve a caer en el despacho. Unos segundos después, Fourcade, que ya no aguanta más, pregunta a quién pertenecen esos dichosos números.

—Dos magistrados del tribunal antimafia de Roma.

—¿Sabe lo que buscaba allí?

—Todavía no.

—Páseme todos los detalles, me ocuparé de ello.

—Pensaba hacerlo mañana por la mañana. Además, creo que sería interesante ampliar las investigaciones en materia de teléfonos.

—¿Aún más?

—Interceptar las líneas de ciertas personas: Cardona, Borzeix, entre otros; identificar todos los números que hayan activado los límites en torno a la casa de Soubise, en la hora

supuesta del crimen, este tipo de cosas.

—Todo eso tiene un precio y el presupuesto del ministerio fiscal no puede ampliarse más.

No dejarse desbordar. Fourcade se sienta muy recto delante de Pâris. No ceder en nada.

—Y además, le costaría justificarlo. ¿Borzeix? Creía que las declaraciones de esa mujer ya habían sido verificadas y confirmadas. ¿Y Cardona? Estas personas, hasta nueva orden, se sitúan en el bando de las víctimas. Debemos concentrarnos en nuestros ecologistas radicales fugados.

—¿Y si eso no sirve de nada?

—¿Cómo dice?

—Los que se introdujeron en casa de Soubise son profesionales. Sorprendidos por un oficial de policía en plena posesión de sus medios, lo mataron rápidamente, sin arma y sobre todo sin hacer ruido.

—La víctima tampoco tenía ninguna arma.

—Sí, un cuchillo de cocina. Uno grande.

Pâris insiste en esa palabra: cuchillo de cocina.

—En cuanto terminaron su trabajo, sus agresores eliminaron cualquier rastro.

Marca una pausa.

—Scoarnec y Courvoisier no tienen ese perfil.

—¿En qué basa tanta convicción?

—En los informes y en veintitrés años en la policía.

—El instinto del gran poli.

—Algo así.

—Me parece que su instinto ya le ha perjudicado en el pasado. Antes de seguir una pista, es mejor asegurarse de que conduce a algún lado.

Tus iniciativas intempestivas y tus íntimas convicciones han costado ya la carrera a un sustituto y a un juez de instrucción, piensa Fourcade. No quiero ser el tercero en la lista.

Un nuevo silencio.

Pâris detecta un juicio, una desconfianza, en los ojos del

fiscal, que se han dirigido de nuevo un instante a la papelera llena de cascos de cervezas. Estúpido. Encima estoy a sus órdenes. Sabes algo, ¿te has informado sobre mí? Alguien te ha puesto en guardia. ¿Quién? Injerencia de la magistratura, probablemente. Con prisas para... ¿Para qué? Cerrar el asunto. ¿Por qué? Para agradar a alguien. ¿A quién? ¿Quién está metido en el asunto? La CEA, PRG, a través de Soubise y Borzeix. PRG. Elisa Picot-Robert está cerca de Guérin. Elecciones presidenciales. Guérin es el probable vencedor. La magistratura depende del ejecutivo. Hacer un favor. Ahogar el asunto. Cerrar el dossier.

Pâris mira fijamente al sustituto, que acaba bajando la mirada. Sacudir el cocotero. Volver a ver a Borzeix. En su despacho. Sin decirle nada a nadie. Para ver qué pasa. Para ver si tengo razón.

Fourcade se levanta.

Le estoy jorobando.

Fourcade sale tras una nueva petición de recibir informes regulares.

Ya me han jodido una vez. Dos no.

En una gran sala sin encanto, iluminada por neones y ruidosa, Virginie y Neal se encuentran cara a cara, sentados a una pequeña mesa, entre tres generaciones de una misma familia china y una pareja de alemanes.

Él la nota confusa, incómoda. Lo aprovecha.

—No se ha resistido a la tentación de conocerme. Es curiosa. ¿Por qué?

—Saffron me habló mucho de usted.

—¿De mí?

—Sí, ¿le sorprende?

—Un poco. ¿Qué dice mi hija cuando habla de mí?

—¿Realmente le gustaría saberlo?

—Me ayudaría.

—No lo creo.

Virginie reflexiona tomando un sorbo de té helado y luego empieza a hablar.

—Saffron cree que usted es un egoísta, demasiado ocupado en usted mismo para prestar atención a los demás en general, y a ella en particular. Su trabajo de cronista gastronómico, ella dice que es un pretexto para refugiarse en su cocina y no tomar partido en la vida de la ciudad, la política, los grandes asuntos, hacia dónde va el mundo y todo lo demás. Ella cree que es usted un cobarde.

—Ah. La loca carrera del mundo. ¿Y qué hace mi hija para cambiarla?

—Milita en un movimiento ecológico y vegetariano.

—¿Vegetariana, Saf'?

Neal recuerda el guiso de oca, el foie gras, los confitados de pato, el estofado de las últimas vacaciones de Navidad, y a su hija con el tenedor bien lleno....

—Incluso me llevó a una conferencia sobre el tema, el pasado diciembre. Hay que decir que fue muy impresionante. El tipo nos explicó que las técnicas de aniquilación masiva utilizadas en los campos de exterminio durante la última guerra mundial se habían inspirado en los procedimientos usados en los mataderos en Chicago y otras partes. Hubo proyecciones de fotos asquerosas, cuerpos de animales amontonados y descuartizados y un cortometraje sobre un matadero.

Se detiene un momento.

—Me dejó traumatizada.

Luego prosigue.

—Saffron decidió dejar de comer carne. Yo no. Unos días después, nos fuimos de vacaciones y ella ya no regresó a la escuela. Desde entonces, ninguna señal de vida.

Una pausa, cada uno está absorto en sus pensamientos. Comen cerdo laqueado, y luego Neal Jones-Saber vuelve al ataque.

—Esa conferencia, ¿quién la organizaba? ¿Quién era el ponente?

—Una asociación que se llama Urgencia Planeta Azul, un nombre que consideré bastante poético. El conferenciante, ni idea. No conservé ningún recuerdo concreto de esa velada; la ecología, vegetariana o no, en realidad no me interesa. Era en el Barrio Latino, pero no recuerdo dónde exactamente.

Neal se vuelve más insistente, más afectuoso también. Se inclina hacia Virginie, la coge de la muñeca.

—Intente recordar. Mi hija ha desaparecido, tiene todo el derecho a hacerlo, pero me gustaría encontrarla, tener una oportunidad para explicarle quién soy. Su decisión de desaparecer se remonta a esa noche. Deme algo para que pueda seguir buscándola.

Virginie duda, y luego se decide.

—No estábamos solas en la conferencia. Roberto Bonaldi, el novio de Saf', un veterinario que está realizando una estancia en la escuela, fue quien nos llevó allí. Él es miembro de la asociación e incluso, por lo que dice, uno de sus responsables. Ella le dejó la noche de la conferencia, pero quizá él pueda decirle algo.

—¿Y sabe dónde podría encontrarle?

Virginie duda un instante.

—No se lo puedo asegurar. Pero mañana por la noche, va a haber una asamblea de los militantes de Urgencia Planeta Azul. Probablemente Bonaldi asistirá.

—¿Y para poder entrar?

—Bonaldi me inscribió en la *newsletter* electrónica de los militantes de la asociación. Quizá es su truco para ligar. Ayer recibí un correo con la dirección del lugar en el que se celebra la asamblea. Sirve como salvoconducto para poder entrar. Le puedo reenviar todo eso en cuanto regrese a casa esta noche, si quiere.

Neal le aprieta las dos manos y sonríe.

—Gracias.

Virginie también sonríe.

—Cronista gastronómico. Le imaginaba paticorto, con un vientre abultado y la cara roja. Y...

—¿Y?
—Y no es así.
La estudiante se ruboriza.
—Saf' debe haber fallado en algo.

Martes

Moal está en su despacho desde las siete de la mañana. El día anterior, al final de la tarde, aunque no fue de forma tan directa como le hubiera gustado, había tenido la confirmación de que la Criminal seguía, en efecto, la pista de Scoarnec.

Cuando termine mi artículo, haré otra tentativa en el 36, en el grupo de Pâris. Mientras espero, internet, Scoarnec. Gurú de un grupúsculo denominado «Los Guerreros de la Ecología» (?), que reivindica algunas acciones espectaculares, el bloqueo del centro de Marcoule, la destrucción del coche de un responsable de la seguridad de la CEA («¿por qué no Soubise?»). Así que se trata de partidarios declarados de acciones ilegales. Violentas. A partir de ahí, todo es posible.

Quedan por dilucidar las relaciones entre Schneider y Scoarnec sugeridas por Petit. La verdadera primicia está ahí. Y Moal no sabe nada de los ecologistas.

Conversación informal con el jefe de la sección política de su periódico. El movimiento ecologista está muy extendido, mal definido y poco estructurado. Evidentemente, en los amplios foros altermundialistas o foros sociales alternativos, algunos responsables de partidos de la izquierda tradicional arrastran, buscando ideas, a futuros colaboradores o simplemente a voces para las próximas elecciones. Incluso los partidos de la derecha clásica practican ese deporte, pero menos abiertamente, y a menudo envían a los marginados de sus formaciones.

Así que un encuentro entre Schneider y Scoarnec es plausible.

Moal obtiene de su colega tres nombres de militantes ecologistas con buena disposición respecto al periódico. Llamadas. Scoarnec es un hombre conocido en el medio. No obligatoriamente apreciado, pero conocido. Y luego el pequeño milagro. Sí, Scoarnec fue visto, durante una reunión preparatoria del contraforo de Davos, hace dos años, hablando con Schneider. Incluso se hizo una foto de esta conversación, que se publicó en la prensa. En aquel momento, algunos ecologistas reprocharon violentamente a Scoarnec que se diera importancia.

Moal encuentra la foto, en *Le Parisien*. Scoarnec y Schneider cara a cara. El pie de foto sugiere una renovación del diálogo entre partidos tradicionales y ecologistas.

Scoarnec y su grupo de Los Guerreros de la Ecología, sus métodos ultraviolentos, buscados en la investigación sobre el asesinato de Soubise, en contacto con Schneider. Moal quiere esa primicia; se pone de inmediato a escribir.

Al despertarse, Neal pone en relación brutalmente su conversación con Virginie y el artículo de Moal que leyó en la prensa ayer por la tarde. Se ha tomado su tiempo. Saffron ecologista, la noticia le había pillado desprevenido. Pero ¿cómo no considerar la posibilidad? Unos radicales verdes implicados en el asesinato de un policía en la noche del viernes al sábado, y su hija, recién convertida, por lo tanto activa como una neófita, desaparece el sábado por la mañana. Luego se encuentra a los polis en casa de ella. Y no a polis cualesquiera.

Neal recuerda la voz de su hija al teléfono, el sábado por la mañana. *Dad, «*no voy a ir, no puedo ir... Un beso a la abuelita». ¿Cómo no pudo captar el miedo, más que eso, el pánico, en su voz? La llamada de socorro. ¿Saf' implicada en una historia relacionada con el tema nuclear? Se precipita hacia su ordenador.

Primera buena noticia, encuentra el correo de Virginie.

Una chica encantadora. La reunión se celebra en un callejón sin salida, en el distrito once de París. Para entrar, basta con dar su nombre, puesto que ella está en la lista de envío. Así que ya tiene planes para la noche.

Después, Neal navega por la red buscando todo lo que puede acerca de Urgencia Planeta Azul. Enseguida encuentra algunas informaciones: una asociación, originalmente americana, implantada en Francia desde hace cinco años, con sede social en Neuilly-sur-Seine, que practica la defensa acérrima de los animales. En su activo, el ataque a un criadero de animales acusado de realizar tráfico de especies protegidas, destruido por completo, y el saqueo de un laboratorio que practicaba experimentos con animales.

¿Cómo interpretarlo? ¿Tranquilizador, no tranquilizador? Lejos del tema nuclear, pero métodos que pueden suponer casi cualquier acción violenta.

Neal pide un contundente desayuno continental y, entre dos sorbos de un té muy negro, masticando un cruasán, se sumerge de nuevo en internet, visita varios foros y webs de intercambios para intentar familiarizarse con el lenguaje y las ideas que circulan en torno a la asociación, y sentirse menos perdido esa noche.

El despacho se encuentra en la tercera planta, sobre el patio, en un edificio dentro del laberinto de construcciones disparatadas y artificialmente unidas las unas a las otras que forman la trastienda del Ministerio del Interior. Da a un pasillo sin ningún tipo de letrero, muy cerca del despacho del director. En la familia DCRG, todo el mundo sabe quién trabaja allí. Aquellos a quienes las investigaciones no afectan, aparte del gran jefe, a veces su ministro fideicomiso. Y a veces el presidente. La veda guardada de los reservados.

Delante del subprefecto Michelet, siempre impecablemente vestido, tres periódicos nacionales de tendencias derechistas, abiertos por las páginas de Sociedad.

Se divierte haciendo comparaciones entre el artículo inicial de Moal, fechado el día anterior, y los de sus colegas demasiado curiosos que se han metido en el caso Soubise sin esperar. La versión pública de la muerte del policía ya cita a iluminados de la ecología. Y es solo el principio. Pronto vendrán nombres, sin lugar a dudas. Y como los sospechosos en cuestión, idiotas útiles, han tenido la buena idea de desaparecer, las sospechas que ya pesan sobre ellos quedarán reforzadas.

Si aparece la información sobre Schneider, Michelet habrá matado dos pájaros de un tiro. Entonces, a su debido tiempo, podrá recordar a quien se lo merece con qué habilidad ha protegido un plan al que él mismo no daba crédito al principio —pero ¿quién le había escuchado entonces?—y ha contribuido modestamente a la victoria del campeón que puede garantizarle un futuro radiante.

Suena el teléfono. El fijo, su línea directa. El subprefecto mira su reloj, casi las nueve, y descuelga.

—Michelet.

—Estoy en el café de la calle La Boétie... —es la voz familiar del jefe de la SISS—. Hay un problema...

—Ahora mismo voy.

Cuando Michelet entra el pequeño café que les sirve de lugar de encuentro habitual, el informático barbudo le espera en el mostrador delante de un expreso doble. Con su habitual cara gris de cansancio. Michelet pide un zumo, no pierde el tiempo, exige una buena razón, le molesta estar allí.

Cansancio en la voz del ingeniero.

—El ordenador portátil aún funcionaba cuando sus muchachos realizaron su trabajo. Y funcionó probablemente hasta que se lo llevaron. El poli muerto, ¿son ellos, no?

Michelet no responde.

—Sabe, leo los periódicos.

—Soubise no debería haber estado allí. —Un gesto irritado —. ¿Qué quiere decir con «funcionaba»?

El barbudo sumerge la mirada en el fondo de su taza.

—Hemos encontrado el rastro de una conexión entrante.

—¿Entrante?

—Para que me entienda, alguien del exterior se conectó a la chita callando a la máquina.

—¿Quién?

El informático niega con la cabeza.

—Es un trabajo bien hecho. Le paso los detalles técnicos, pero el tipo sabía lo que se hacía. Hora de inicio: diecinueve horas veintitrés minutos. Hacia la media, empieza a bombear el contenido del disco duro, lentamente, para no despertar sospechas. A las diecinueve horas cincuenta y ocho minutos toma el control de la webcam. A partir de entonces, ve todo lo que pasa delante del objetivo.

—¿Todo?

—Afirmativo.

—¿Hasta qué hora?

—Probablemente demasiado tarde.

Los dos hombres permanecen en silencio, para que esas informaciones y sus potenciales consecuencias puedan ser digeridas por el subprefecto. Cuando este retoma la palabra, su voz es menos tranquila que antes, a su llegada.

—¿Qué ha podido ver ese intruso? ¿Lo grabó?

—Es imposible saberlo. Pero las cámaras instaladas en ese tipo de trastos por lo general no son de muy buena calidad. No captan mucho en una habitación mal iluminada, por ejemplo, y su definición de imagen es bastante penosa. Espero que sus dos esbirros no encendieran la luz al entrar.

Michelet niega con la cabeza. Una nueva pausa.

—Es necesario que encuentre quién ha hecho eso.

—Será difícil. Y yo solo no lo conseguiré. Habrá que ir a ver a los proveedores de acceso. Entre otros.

El subprefecto coge una servilleta de papel del mostrador, le da la vuelta y escribe en ella un nombre y un número de teléfono.

—Llame de mi parte. No dé muchos detalles. Pida solo lo que necesita.

El barbudo asiente.

—Y hágalo rápido.

Lo primero que sorprende a Pereira, al entrar en el coche de servicio de Pâris, es el olor a tigre, señal de que su jefe de grupo ha pasado la noche en su interior. Luego observa su traje arrugado y las manchas en las mejillas.

—¿No encontraste el camino de regreso al nido anoche?

Pâris se contenta con señalar con la barbilla un vasito de café colocado en el salpicadero y bebe de otro idéntico, que coge entre las dos manos.

—¿Aún te interesa el apartamento?

—Sí, me interesa. Y por cierto...

Pasa un minuto sin que ninguno de los dos diga nada.

—¿Cuándo podría ir?

Pereira sonríe, saca un manojo de llaves y recupera dos de ellas, colgadas de una anilla.

—La grande es de la puerta del edificio; la otra, del último piso, la puerta al final a la derecha.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¿Alguna noticia del despacho?

—Ninguna, salvo algo sobre el joven Julien Courvoisier, el as de las redes. Su móvil activó el mismo repetidor de telefonía que los de Scoarnec y Jones-Saber entre las dieciocho treinta, el viernes, y las cero horas cuarenta y cinco, el sábado. Después, silencio total, como los otros dos. Por lo menos eso confirma que estaban juntos.

—¿Dónde está el repetidor? Espera, déjame adivinar, cerca de la casa de Scoarnec.

Pereira asiente.

—¿Y? Nada demuestra que no fueran a casa de Soubise. Podían haber dejado sus móviles en el piso y moverse. Courvoisier es informático, sabe hacer ese tipo de cosas.

—Nada demuestra tampoco que fueran allí.

—Ya, intentemos encontrarles de una vez por todas, de este modo se lo podremos preguntar.

—¿Rouyer y Thomas fueron a casa de Courvoisier?

—Irán esta mañana. Ayer no tuvieron tiempo.

Pereira deja pasar unos segundos.

—Dime, ¿por qué estamos aquí?

Sus ojos se fijan en la entrada de la sede social de PRG, al otro lado de la avenida Marceau.

Pâris sonríe, coge su impermeable del asiento de atrás, le ordena que venga y sale del vehículo.

—¿Fichard y Fourcade están al corriente?

—¿Para qué?

En cuanto entran en el vestíbulo, Pâris muestra su tarjeta tricolor y solicita ver a Barbara Borzeix. Dice discretamente al oído de Pereira que sabe que está allí, pues la ha visto llegar una media hora antes que su adjunto.

Rápidamente, un guardia de seguridad escolta a los dos oficiales de policía hasta los ascensores, situados detrás de una barrera de seguridad de cristal cerrada a las personas ajenas a la empresa, y les explica que una secretaria se ocupará de ellos en la quinta planta.

Suben y luego son conducidos por una joven tímida y elegante hasta el despacho de Borzeix, quien les espera. Tras los saludos de rigor, ella les ofrece unos cafés y les pide que tomen asiento. Se masca la tensión, tanto por el lado de Pereira, no muy convencido de que lo que están haciendo no sea una gran tontería, como por parte de la directora jurídica de PRG, cuya voz, demasiado atropellada, revela un cierto nerviosismo. Una visita de la policía siempre pone nerviosas a las personas. No hay que sacar muchas más conclusiones.

En cuanto a Pâris, no deja de dibujar una ligera sonrisa que quiere decir todo y nada.

—¿Cómo está desde el sábado, señorita Borzeix?

—Supongo que no es solo para saber qué tal estoy por lo que han venido a verme. Además, ¿todo eso es ortodoxo?

—¿Preferiría que la citáramos en el 36?

—No, claro que no.

—Es lo que creía. Somos gente de bien, no lo dude.

Borzeix asiente con la cabeza.

—Déjeme empezar entregándole esto...

Pâris saca una tarjeta de visita de su cartera.

—Había olvidado dársela tras nuestra primera entrevista.

La tiende a su interlocutora, que no se mueve, y acaba dejándola encima de la mesa baja, delante de ellos.

—Así pues, ¿está mejor?

Un momento.

—Estoy todo lo bien que puede estar una persona que acaba de perder a su compañero. Y de darse cuenta de que este le mentía acerca de su vida desde hacía meses.

Pâris sonríe.

—Por cierto, a propósito de la mentira, me preguntaba si ha reflexionado sobre las razones que habían podido empujar al comandante Soubise a ocultarle su verdadera profesión.

Ninguna reacción.

—Sé que ya hablamos de ese punto el sábado pero con el tiempo quizá...

—No, sigo sin entender lo que pudo justificar su actitud. Esperaba que ustedes pudieran aclararme este punto. Entre policías...

En ese momento es Pereira quien sonríe. Es buena.

—El comandante Soubise y nosotros no estamos cortados exactamente con el mismo patrón. Su profesión y la nuestra difieren en numerosos aspectos. Y además no era realmente un poli. Trabajaba para la CEA.

Ni rastro de sorpresa en la cara de Borzeix. Está al corriente. ¿Desde cuándo?

—¿El grupo PRG o una de sus filiales tiene contactos con la CEA?

—Es posible. Debería comprobarlo.

—¿No lo sabe?

—¿Tiene usted idea del número de asuntos de los que debo ocuparme?

—La verdad es que no.

—Muchos. De todos modos, dudo que los motivos de Benoît tuvieran nada que ver con las actividades de PRG. No tenemos nada que esconder y sobre todo nada que pueda interesal a la CEA.

—Parece que en lo que respecta a la relación PRG-CEA Joël Cardona es de su misma opinión.

—¿Quién?

Jugadora de póker.

—El jefe de la CEA. Nunca ha oído hablar de usted y está convencido de que el drama de este fin de semana es un asunto perteneciente a la vida privada de la víctima. Pero usted nos asegura que no. ¿A quién debemos creer?

Pâris espera antes de volver al ataque.

—Hay algunos detalles que me chirrían, ¿sabe? Es probable que nuestro colega fuera asesinado por individuos que sabían lo que se hacían. Unos profesionales, por decirlo de otro modo.

Al oír la palabra *profesionales*, se advierte una sombra en la cara de la directora jurídica de PRG.

—Me temo que no le entiendo.

—¿Alguien podría tener motivos para querer matar a su amante? ¿Alguien que usted también pudiera conocer? En el círculo, por deudas de juego, ¿por ejemplo? ¿Su comportamiento había cambiado recientemente? ¿Estaba más tenso de lo habitual?

—Ya me interrogaron sobre todo eso.

—Lo sé, pero con dos o tres días de perspectiva...

—Sigo sin saber qué contestarles.

—¿Quién podría estar al tanto de su cena? ¿Quién podía saber que no estaría en su piso el viernes por la noche?

—Si le mataron unos profesionales, ¿no deberían haber esperado más bien un momento en el que estuvieran seguros de encontrarle en casa?

Pâris no contesta. Pereira tampoco. Miran fijamente a Borzeix, impasibles.

—No sé a quién pudo hablar de la cena. Yo creo que solo se lo dije a mis invitados. Por motivos evidentes.

Pâris asiente, aparentemente satisfecho. Hace ademán de levantarse y luego suelta:

—Por cierto, ¿por casualidad sabe por qué Soubise se había puesto recientemente en contacto con dos jueces antimafia de Roma?

En ese momento Borzeix no puede disimular su sorpresa. E incluso una cierta angustia. Los dos policías lo notan. Pereira toma la palabra.

—¿El grupo PRG tiene intereses en Italia?

La pregunta coge desprevenida a Borzeix por segunda vez. Pasa un segundo, se alarma y luego intenta recuperarse como puede.

—No veo la relación con...

—¿Salvo que ello esté vinculado con usted, a título personal? —pregunta Pâris.

—¿Nuestro colega podría haber sido asesinado por culpa de usted? —lanza a su vez su compañero.

—¿Anda usted metida en una historia mafiosa, señorita Borzeix? —pregunta de nuevo Pâris.

—¿Está amenazada? —pregunta Pereira.

—Sobre todo, ¡no conteste!

Inmediatamente la voz de Elisa Picot-Robert se impone a las demás.

—¿Puedo saber qué pasa aquí?

Se planta en medio del despacho. Detrás de ella, en el umbral, tres guardias de seguridad indecisos.

Borzeix se levanta de un salto, como si la hubieran pillado en falta. El mismo impulso hace que coja la tarjeta de visita de Pâris, encima de la mesa, para esconderla en un bolsillo de su pantalón.

No lo bastante deprisa. Su jefa lo ve. Por un instante, la traición y la desconfianza oscurecen los rasgos de la gran dama rubia, enseguida sustituidas por la máscara de frialdad distante que ofrece habitualmente al mundo exterior.

Pereira también está de pie, reflejo de casta. Solo Pâris no se ha movido. Mira a Elisa. Y esta le devuelve la mirada. Están los dos solos, los otros dos no existen.

—¿Puedo saber por qué están aquí?

—Estamos aquí para mantener a la señorita Borzeix al tanto de los últimos progresos de una investigación en la que está implicada. Y para aclarar con ella ciertos puntos con el fin de hacer avanzar esa investigación.

—No estoy segura de que el lugar y el momento sean los más oportunos.

—A veces las circunstancias no nos dan otra opción. —Pâris se incorpora a su vez—. Pero creo que de momento ya tenemos suficiente.

Alarga la mano hacia Borzeix.

—Gracias por su ayuda, ha sido un placer, señorita Borzeix.

Luego se detiene a la altura de Elisa Picot-Robert y se despide de ella. La jefa de PRG no realiza el mínimo gesto hacia él.

Pâris se aleja de su interlocutora y se cuela entre los guardias de seguridad, que se apartan lo suficiente para dejarle pasar.

Pereira balbucea una despedida rápida y le sigue.

Elisa cierra la puerta detrás de ellos y las toma con Borzeix, muy enfadada.

—Debería haberme hecho llamar.

—No he tenido tiempo.

—Pues, mire, ¡seguridad sí que ha tenido tiempo! ¿Acaso no la puse en guardia, no la había avisado de que este policía intentaba perjudicarnos? ¿Desde hace cuánto tiempo?

Busca en la memoria de su BlackBerry, aprieta una tecla de llamada y espera.

—¿Pierre? Soy Elisa. ¿Sabes quién acaba de salir de las oficinas de PRG? Nuestro viejo amigo el comandante Pâris. Creía que la Criminal ya tenía los sospechosos adecuados controlados.

Activa el altavoz para que su subordinada pueda apreciar la reacción de Pierre.

Borzeix tarda unos segundos en darse cuenta de a quién pertenece la voz que vomita una sarta de tacos, al otro lado de la línea telefónica, con un tono vulgar y violento. Guérin, el probable futuro presidente de la República. Acceso directo e inmediato, historia común, familiaridad, el otro se deja ir. Juego en una mesa en que las apuestas me superan. Lo sabía, pero una cosa es saberlo, y otra tocarlo con el dedo.

«¡Esta vez voy a aplastar a ese idiota!»

—Es lo que quería oír. Hasta muy pronto.

Elisa cuelga y mira fijamente a Borzeix.

—Lo que acaba de decirse no debe salir de aquí.

Se dirige hacia la puerta, luego cambia de opinión y se gira hacia Borzeix.

—Mañana estaré ausente de la oficina toda la tarde para preparar la inauguración de nuestra nueva galería, en la isla de Saint-Louis. Si sea quien sea, policía o magistrado, que esté relacionado con esta historia, vuelve por aquí, exijo que me avisen inmediatamente. Y usted aplácelo todo hasta que regrese. Con el «Jardín de las Hespérides» es el futuro industrial y financiero de mi grupo lo que está en juego. ¡Nadie va a cruzarse en mi camino!

Luego, justo antes de salir, Elisa añade:

—No cometa el error de subestimarnos. Tenemos la costumbre de jugar fuerte. Y ya hemos visto muchas cosas. Sobre todo, no se equivoque de equipo.

Una hora antes de la salida del *Journal du Soir*, el artículo de Pierre Moal está en la pantalla del ordenador de Dumesnil, el director de campaña de Schneider. Hay tres personas en su despacho, y lo leen y releen estupefactos.

—¿Quién es ese tal Scoarnec?

—Ni idea, nunca he oído hablar de él.

Llamada a su candidato, él tampoco ha oído hablar nunca

de él. Los documentalistas del partido están obligados a contestar a la pregunta lo más rápido posible.

Dumesnil se aísla para llamar a un contacto del Ministerio del Interior.

Un pub al otro lado del Pont-Neuf, detrás de Les Halles, lo suficientemente lejos como para no arriesgarse a encontrarse a demasiados colegas. El grupo se reúne allí al mediodía. Rouyer y Thomas llegan con retraso y se encuentran con los demás. Todos están ahí salvo Pâris.

Les hacen un lugar, se sientan, Pereira empieza.

—Decidnos, Courvoisier, ¿ya le habéis puesto a la sombra?

—Negativo.

—No estaba en su casa, el rey de internet.

Un camarero deja una cerveza delante de Thomas, que, como de costumbre, bebe rápido y suelta un eructo.

—¿Desde cuándo?

—Imposible saberlo. Un edificio penoso, sin portero y ningún vecino disponible.

Thomas se termina su cerveza. El camarero regresa, para que pidan los platos. Pereira espera a que se aleje para continuar.

—Bien, no puede decirse que nuestro caso avance a grandes zancadas.

Suspira.

—¿Dónde está el jefe? —Thomas hace la pregunta y todos los demás se sumergen en sus platos. Coulanges finalmente responde.

—Con Fichard.

La cosa pinta grave, el carcelero se ha saltado su comida.

—Desde que está usted entre nosotros, no puedo más que alegrarme de lo que ha conseguido.

El comisario Fichard suda la gota gorda, su ventilador está

estropeado y hace mucho calor.

—Ha sabido ganarse la confianza de sus subordinados y ha demostrado que ha podido adaptarse a nuevos métodos de investigación... Lo que no estaba muy claro, créame, teniendo en cuenta su trayectoria. Aquí, en la Criminal, el trabajo es diferente.

Pâris encuentra obscena la visión de toda esa grasa húmeda.

—Siempre le he apoyado...

Ya estamos.

—Pero ahora debo confesarle que estoy decepcionado. Hace tres días que nuestro malogrado colega murió, tiene una pista sólida, a unos sospechosos y, sin embargo, nadie ha sido arrestado. Me esperaba algo mejor por su parte. Ese asesinato, de un policía destacado...

Destacado.

—... Ha provocado una gran conmoción entre las filas de la institución. Sobre todo entre los oficiales. Necesitamos resultados. ¡Y rápido! La reputación de la Criminal está en juego. No debe sufrir iniciativas desagradables. Nuestro índice de resolución de casos es el mejor de Francia, ¿sabe por qué?

Pâris niega con la cabeza. Su móvil empieza a vibrar. Se concentra en eso más que en el monólogo consabido de su jefe, que le recuerda la prosecución de las pistas sólidas y del trabajo concreto. Evitar ver cosas donde no las hay, a menudo la realidad es más prosaica, bla bla bla.

—Concéntrese en los ecologistas, son el meollo del caso. Y olvídese de PRG.

Pâris sonríe en su fuero interior. Luego nota más vibraciones en su bolsillo.

—PRG es el pasado. No sirve de nada reabrir las viejas heridas, el caso no está ahí. ¿Estamos de acuerdo?

Menos de tres horas desde su intrusión en el feudo de la bella Elisa. Con la mejor voluntad del mundo, será difícil no reavivar antiguas disputas.

—Pâris, ¿estamos de acuerdo?

A Fichard le irrita el silencio de su jefe de grupo.

—Claro que sí, señor.

—Entonces, encuéntreme al tal Scoarnec lo antes posible.

Pâris espera a estar en la escalera principal del 36 antes de escuchar el buzón de voz de su móvil. Primera llamada, su mujer. Está preocupada por su ausencia imprevista esta noche, normalmente la avisa siempre. «Por fin», estaría tentado de pensar, pero el tono de Christelle indica que se trata de una angustia más amable que real.

Borra el mensaje y pasa al siguiente.

Fourcade. Ese mensaje no le sorprende lo más mínimo. Después de la bronca disfrazada de Fichard, esperaba también la de la magistratura. El sustituto se pregunta sobre la pertinencia de su iniciativa de esa mañana de ir a PRG. ¿Por qué no le puso al corriente anoche? Esa visita imprudente podría comprometer el curso de la investigación, deben hablar lo antes posible.

El policía mira la hora, demasiado tarde para reunirse con los demás, así que es mejor pasar enseguida por el mal trago.

Fourcade está comiendo un bocadillo en su despacho cuando Pâris llega. Delante de él, una montaña de carpetas. Invita a su visitante a sentarse y ataca con decisión, cortante.

—¿Por qué no me informó de sus intenciones de ir a la sede de PRG?

—Solo he ido a hablar con Barbara Borzeix. Es nuestra principal testigo y necesitaba algunas aclaraciones.

Los dos hombres se quedan mirándose un rato, desconfianza de rigor por parte del uno y el otro, luego Fourcade pone fin al intercambio de miradas.

—Solo pido poder confiar en usted, comandante, pero este tipo de cosas funciona en ambos sentidos. ¿Cómo puedo proteger esta investigación si no sé cuándo y de dónde pueden llover los golpes?

Nuevo silencio. Pâris saca un paquete de cigarrillos.

—¿Puedo?

Fourcade asiente, pide un pitillo. Dan una primera calada.

—La investigación está estancada —afirma Pâris.

—Lo sé. Casi cuatro días y aún no tenemos a Scoarnec.

—Déme los medios para investigar los teléfonos.

—¿Para qué?

—Porque ya hemos encontrado unos inicios de pista prometedores.

—¿Italia?

—Sí, entre otras cosas. Y también la proximidad entre Soubise y Cardona, el jefe de la CEA, mucho más importante de lo que este último quiso comunicarnos.

—¿Le ha interrogado sobre este tema?

—Me gustaría pero no me coge el teléfono y su secretaria solo me ha podido concertar una cita a finales de esta semana. Siempre podría hacerle venir aquí, pero...

—Una vez más, todo eso nos aleja de nuestros sospechosos prioritarios: Scoarnec, la chica de nombre impronunciable y Courvoisier.

Pâris suspira.

—Todo eso es demasiado simple, por no decir simplista.

—De todos modos, siguen en libertad.

—Es solo cuestión de tiempo. Escuche.

Pâris se inclina hacia la mesa de despacho de Fourcade.

—La profesionalidad del o de los visitantes y probables asesinos de Soubise, las mentiras de este último a su amante, las de Cardona, el nerviosismo de Elisa Picot-Robert después de mi número de esta mañana en PRG, y sus consecuencias inmediatas y directas en las altas esferas...

Mira fijamente al magistrado.

—¿Qué pretende decir?

—Nada. Los dos sabemos por qué estoy aquí, ¿no?

Fourcade asiente de nuevo.

—Todo ello, además de esa historia de la magistratura antimafia...

—Me he ocupado de ello. Espero una respuesta de Roma.

Pâris sonríe.

—Así que me decía que todo eso nos aleja naturalmente de la pista de los partidarios de la ecología.

El sustituto se deja caer en su sillón, sin dejar de mirar a su interlocutor.

—El fiscal de la República insiste mucho en que siga esta pista. Probablemente demasiado.

Nueva sonrisa del policía.

—De todos modos, Scoarnec y sus dos compinches están fugados. Y me niego a creer que ello no esté vinculado con nuestro caso. Es por ello que debe encontrarles, Pâris. Enseguida.

El Jardín de las Tullerías, poco después de las catorce horas. Zonas verdes, algunos corredores, paseantes no desalentados por el olor de la tormenta que se aproxima.

—¡Mierda! ¿No podíamos hacer eso en el despacho?

Michel gira alrededor de su silla metálica.

—¡No solo tenemos que venir aquí por cojones sino que, además, nos va a pillar el aguacero!

—Seguramente tendrá sus motivos. Cálmate, me tapas el surtidor.

Jean, impasible, sentado con las piernas al borde de un estanque. Ningún velero en miniatura cruza el agua hoy.

Llega Michelet. Saludo rápido con la barbilla.

—Vamos a darnos prisa porque va a llover.

Mira un momento al horizonte, duda y empieza a hablar: solo dirá lo estrictamente necesario.

—Tenéis que encontrarme a unas personas lo antes posible.

El tono serio provoca una mirada de Jean a Michel. Y es este último, la voz cantante, quien plantea la pregunta.

—¿A quién y por qué?

—El porqué es asunto mío.

—¿Quién? —pregunta Jean.

—Se llaman Julien Courvoisier y Erwan Scoarnec.

—¿Como el tipo de los periódicos?

Michelet asiente con la cabeza. Deducción lógica. Dos o tres llamadas, algo de reflexión para intentar entender por qué ese imbécil de Scoarnec se las piró antes de la llegada de los polis, lo que convenía a todos al principio, una pequeña inspección a su dossier y al de Soubise, en el despacho, lo justo para enterarse de la existencia de Courvoisier, un pirata informático ya condenado. Sumar dos y dos. La intrusión informática fue cosa de ellos, pondría la mano en el fuego. Y se largaron porque se asustaron. O es posible que preparen un golpe. El tipo de la SISS solo podrá confirmarlo. Cuando lo encuentre. Si lo hace. Y eso no va a resolver su problema, es decir, impedir que los putos ecologistas hablen.

—¿Hay algún problema?

—Es posible, ya os lo diré cuando los hayáis encontrado.

—No es fácil si tienen a los colegas de la Criminal detrás de su culo.

—No hay elección.

Jean mira fijamente a Michelet, le calibra. Su superior está realmente inquieto.

—¿Y si no los encontramos antes que ellos?

—Será una mierda. Nuestra misión a freír espárragos y nuestras carreras también.

Michel coge el dossier de su silla, atento, y se sienta cerca de su jefe. Muy cerca. Él también, aunque no es el más sutil de los psicólogos, ha detectado el miedo en la voz del jefe.

Demasiado cerca. Al subprefecto eso no le gusta. Por una razón que se le escapa, el gran negro no puede prescindir del pequeño pelirrojo. Pero él teme a ese tipo del mismo modo que aprecia a Jean. Demasiado inestable. Totalmente capaz de liarla bien si se enterara de que el asesinato de Soubise probablemente fue filmado. Todo lo contrario de lo que necesita en estos momentos. Así que el mínimo de información.

La Criminal tiene poca ventaja sobre nosotros, es verdad, y es gracias a mí, se fustiga Michelet en silencio, pero cuento

con algunos elementos que no se les han comunicado. Contactos, entre otros. No hay nada que una buena serie de escuchas administrativas no pueda revelar. El mejor amigo de Scoarnec se llama Bonaldi. Militan juntos desde hace años. Tiende un sobre, que ha sacado de su gabán, a Jean.

—Sabréis dónde encontrarle aquí dentro. Acercaos a él y ved lo que tiene que decir.

Los dos oficiales de los RG se levantan.

—Y señores... Esta vez, con suavidad.

Cuando Pâris entra en el despacho de su grupo, todos están allí y le siguen con la mirada mientras se dirige a su sitio, al fondo.

Pereira ni siquiera espera a que se siente.

—¿Dónde te habías metido? He pasado delante del despacho del carcelero, pero estaba con otro. Creía que habrías ido a pegarte un tiro.

El tono quiere ser ligero pero no lo consigue.

—¿Matarme por Fichard? Ni en mis peores sueños. Estaba con Fourcade.

—¿También te ha masacrado?

—No exactamente. Pero está inquieto, teme que le retiren el caso para que lo confíen a la magistratura antiterrorista.

—¿Perderíamos el caso?

—Seguro.

—Entierro de primera clase.

—Sí, se acabó el recreo. —Pâris levanta la voz—. ¡Venid todos!

El resto del grupo se apila delante de su jefe.

Pâris espera a que el alboroto se calme y retoma la palabra.

—Bien, el ventilador de Fichard, las prevenciones de la magistratura, ya sabéis de qué va. Para los que no estén al tanto, es debido a mi visita esta mañana a la sede de PRG. Lo que nos confirma lo que pensamos sin decirlo: los ecologistas,

pista falsa. Bueno, quizá no del todo. Pero, vaya, todos estamos de acuerdo en que seguro que no han matado al colega. ¿Alguna objeción?

Nadie reacciona.

—Ahora mismo, Scoarnec, Courvoisier y Jones-Saber seguro que no son ajenos a nuestro homicidio, si bien aún no entiendo de qué modo están vinculados al mismo. Así que hay que cargarles el mochuelo, para que todo el mundo esté contento. De momento.

Pâris se gira hacia Estelle Rouyer.

—¿Algo en casa de Courvoisier?

La joven niega con la cabeza.

—Su piso estará bajo vigilancia desde esta tarde. Fourcade está de acuerdo en avisar a la BRI.[12] Deberían registrarlo enseguida pero todavía es posible que nuestro pirata regrese a su casa de forma imprevista. Así que voy a esperar hasta mañana para enviar a la IJ. Con un poco de suerte... Para vuestra información, los colegas también van a vigilar los domicilios de Scoarnec y Jones-Saber. ¿*Coule*?

Al oír su apodo, Coulanges aparece detrás de Thomas.

—¿Venerado jefe?

—¿Qué nos dan los teléfonos de nuestros chicos?

—Muchas personas aparecen en las listas de nuestros tres amigos, un amigo de Scoarnec que era su antiguo compañero de piso, un profe del Collège de France que es más o menos su gurú, un tipo que trabaja en France Télévisions...

—¿Periodista?

—No, un técnico.

—¿Se ha hablado con todos?

—Sí.

—Vuelve a ponerte en ello y después me das la lista de sus demás allegados. Y comprueba que no nos olvidemos de nadie.

El *Journal du Soir* está en los quioscos desde hace unas horas

y en el estado mayor de la campaña de Schneider se produce alerta general. Avalancha de llamadas de periodistas más o menos inquietos, más o menos agresivos. ¿Qué se sabe de esa historia con el presunto homicida de un importante poli? ¿De verdad el candidato conocía a Scoarnec? Sí, por casualidad, en un foro altermundialista, y en realidad se produjo un altercado entre los dos hombres. Grave. ¿Lo puede demostrar? No, pero no somos nosotros quienes debemos proporcionar pruebas. En cualquier caso, no niega el encuentro. No, pero no hubo ninguno más. Es usted quien lo dice, no lo puede demostrar. No hay nada que demostrar, Eugène Schneider no tiene nada que ver con ese iluminado y si continúa insinuando lo contrario, ¡les denunciaremos por difamación! Solo hago mi trabajo, yo no me he inventado la foto...

¿De dónde viene toda esa información basura? ¿Hay que presentar una protesta oficial contra el redactor jefe del periódico que ha sacado en primicia la información? No, lo mejor es que no. La defensa de la libertad de prensa es uno de los puntos fuertes de nuestra campaña, no debemos olvidarlo. Pero ya le hemos hecho llegar nuestro malestar por el artículo de Pierre Moal.

Schneider sugiere que puede tratarse de una respuesta en forma de aviso a las preguntas fundadas y serias que el día anterior ha planteado a Guérin acerca de su estrategia en materia de energía nuclear. Es partidario de añadir algo más, de pegar donde haga daño. Aunque, de momento, admite que es a ciegas. Dumesnil se opone. No le gustan las cosas a ciegas. Como siempre, gana su punto de vista.

Neal llega con tiempo al lugar en el que debe celebrarse la asamblea de los militantes de Urgencia Planeta Azul, un taller rehabilitado, al fondo de un callejón sin salida, con una fachada elegantemente repintada en blanco y negro, medio escondida entre arbustos y flores. Mucho encanto pero la

puerta está cerrada. Por suerte para él, ya no llueve. Se pasea por el barrio, que no conoce en absoluto, y descubre una sucesión de callejones bordeados de antiguos edificios industriales renovados con mucho gusto y mucho dinero, ocupados por talleres de artes gráficas y publicidad, grupos de teatro, gabinetes de abogados y algunas asociaciones, sin duda con bastantes medios.

En la callejuela paralela a aquella en la que está situada la entrada del taller en el que se celebrará la reunión de los ecologistas, admira una antigua fábrica de una planta, de ladrillos barnizados en múltiples colores, soberbia. Ahora contiene un despacho de arquitectos. Todo el barrio está silencioso, tranquilo, casi muerto. A un centenar de metros de allí, empieza el jaleo de las grandes arterias.

Neal regresa lentamente sobre sus pasos. Esta vez la puerta del taller está abierta, los militantes entran en grupos pequeños. Sigue el movimiento y, gracias al nombre de Virginie Lambert, cruza sin problemas el control de entrada. La planta baja está totalmente ocupada por una larga sala diáfana, de suelo de cemento, con un estrado en uno de los lados, equipo de sonido y pizarra, y sillas amontonadas a lo largo de las paredes. Los recién llegados cogen sillas y se instalan de forma informal. En una esquina, una escalera sube hacia un entresuelo, probablemente despachos ocupados durante el día.

El local se llena deprisa con personas de todas las edades, que se juntan por afinidades y empiezan a hablar. Neal se concentra. Observar cada instante, cada individuo, cada detalle sin que nadie se dé cuenta, un arte difícil que antes había practicado mucho, cuando era corresponsal en el Próximo Oriente, en medios a menudo hostiles, en los que a veces una simple mirada indiscreta podía suponer la muerte. Recupera los viejos reflejos con una facilidad que le asombra. Y con un gran placer.

Enseguida se reúnen más de doscientas personas y las conversaciones ahora son generales. A pesar de sus esfuerzos

de formación acelerada, Neal no capta todo lo que dicen. Luego un hombre de unos cincuenta años sube a la tribuna, coge el micro y se presenta: Sébastien Bontemps, de Aix-en-Provence.

Se hace el silencio.

—Ya me conocéis, no soy partidario de debates interminables, sin acciones. Pero soy como todos, leo los periódicos y se ha abierto la caza contra los ecologistas. Además, Erwan Scoarnec formó parte de nuestra asociación durante un tiempo y la policía seguro que tarde o temprano se enterará de ello. Debemos mantenernos tranquilos durante unos días. Ya volveremos a hablar de acción cuando ya no estemos en el punto de mira.

Algarabía, algunos gritos, «rajado».

Neal apenas les oye, está sudando, con los nervios a flor de piel. Scoarnec, el nombre que ha leído en el *Journal du Soir*. Es posible que haya conocido a su hija en la asociación. Es cada vez más probable, Saffron anda metida en esta sucia historia.

Luego aparece una mujer en la tribuna. Da su nombre, tiene el aspecto de ser una venerable abuela y defiende la idea de que, al contrario, hay que aprovechar la exposición mediática. No hay excusas, ella por lo menos no tiene nada que ver con los asesinos, pero los caballos mártires transportados desde Polonia en condiciones indignas no pueden esperar.

Se inicia el debate, los oradores empiezan a sucederse.

Borzeix se estira largamente. Se ha quedado hasta tarde en la sede de PRG. Delante de ella los restos de una bandeja de sushi, una cerveza japonesa vacía y diferentes documentos de un informe que Elisa le ha pedido que trate con urgencia. Los reúne y los mete en un sobre, se arregla, deja abandonados los restos de comida y va a echar el sobre al correo, para su jefa. Luego se va a su casa.

El primer reflejo al llegar, quitarse los zapatos. Una única idea en la cabeza, darse un buen baño. Se quita la chaqueta en su habitación, coge de la mesilla de noche la novela policíaca que está leyendo, la abre por la página que marca una carta doblada con cuidado. La que le envió Soubise, hace unas semanas, tras su escapada juntos a Étretat. Sensación de tristeza y de nostalgia. Sigue con el dedo las primeras palabras, «Querida mía», buena letra, recorre con los ojos la página abierta... Y no entiende lo que lee. Necesita algunos segundos, seguramente es por el cansancio, para darse cuenta de que el marcador de página no está en el sitio que debería estar. Hojea, encuentra el párrafo en el que lo había dejado esa misma mañana, el teniente de policía acaba de descubrir el cadáver de su mujer asesinada. Recuerda con toda precisión haber colocado la carta de Soubise entre esas dos páginas y haber cerrado el libro con cuidado sobre sus propios recuerdos. No puede haberse equivocado. Alguien ha tocado su libro durante su ausencia.

Le invade la paranoia.

Deja el libro y se precipita a su despacho. Lo enciende todo, pasa algunos segundos observando la habitación en sus más mínimos detalles, luego entra. Quizá algunas carpetas se han movido, en la librería, encima de las estanterías. Están en el orden adecuado, pero ¿están bien alineadas? Su cartapacio está mal centrado, ¿y el ángulo del pie de la lámpara del escritorio? ¿Está delirando? Quizá sí, pero hay una nota claramente discordante. Su silla de despacho movida hacia la banda de cristal y acero inoxidable, el respaldo roza las materias duras. Va hacia allí, dos pequeñas raspaduras en el respaldo de madera buena y frágil. Es por ello que ella siempre la deja bien alineada, a diez centímetros de la mesa. Ahora está segura. Alguien ha entrado y ha estado registrando su piso.

Momento de pánico seguido de un nerviosismo creciente. Regresa al salón, da vueltas durante unos minutos, coge su BlackBerry y empieza a buscar en su agenda. No. Hay que

dejar que la cólera se disipe. Deja de nuevo el teléfono, se obliga a calmarse.

Va a servirse una copa en la cocina y busca en el cajón de los cubiertos antes de volver a echarse en el sofá. Enseguida se toma el primer sorbo de vodka helado y se traga tres somníferos de golpe. Cerrar los ojos, hundirse.

Neal ya lleva allí dos horas, extremamente tenso, y sigue esperando que un hombre suba al estrado y diga «Roberto Bonaldi.» En vano. Sensación de una presencia pesada a su izquierda. Finge mirar su reloj de pulsera y advierte, a pocos metros de él, la silueta de un negro alto, con el pelo muy corto, con una facha más militar que militante, que lleva a cabo el mismo juego de observación que él, con las mismas técnicas. Los polis. Ya están al corriente acerca de Scoarnec y la asociación. Los ecologistas ya han perdido muchos trenes. Ha sido astuto enviar a un negro. Debe encontrar a Bonaldi antes que ellos. Muévete.

El periodista ve a un chico muy sonriente que circula entre los grupos y distribuye unas pequeñas tarjetas. Quizá son números de turno para poder subir a la tribuna. El chico se acerca a la zona donde está Neal. Este se le acerca y le toca el brazo:

—¿Roberto Bonaldi está aquí?

—¿Qué quiere de él?

—Hablar con él. Soy el padre de su ex novia. Ella ha desaparecido. Y él puede saber dónde está.

—¿Conoce a Bonaldi?

—No.

—No sé si está aquí. Voy a preguntar, no se mueva de aquí. Ahora vuelvo.

Mirando ostensiblemente hacia otra parte, Neal sigue atentamente las idas y venidas que hace el chico, quien acaba deteniéndose al lado de un hombre rubio de unos treinta años, apoyado en la tribuna, con un mechón que le cruza la

frente, cara rechoncha, silueta fofa, cansada. Nota un sobresalto en el pecho. Es Bonaldi. ¿Qué es lo que Saf' pudo ver en ese tipo? Ella cree que eres un cobarde y ese de ahí, ¿encarna la valentía?

Bonaldi mira con ojos inquietos hacia el lugar en el que está Neal, luego inicia una retirada hacia la pared del fondo de la gran sala, esquivando los grupos, un poco demasiado rápido para pasar desapercibido.

Neal se halla en estado de alerta máxima. Entrevé una puerta que se abre, al fondo de la pieza, parcialmente oculta por el jaleo, imagen furtiva de una pared de ladrillos barnizados de varios colores, luego la puerta se cierra. Bonaldi ha huido por la salida de emergencia. Atraparle antes de que llegue a las grandes arterias. Neal sale por la puerta principal. Mientras va hacia allí, observa, sin detenerse en ello, que el negro alto ha desaparecido.

En cuanto está en la calle, no ve a Bonaldi por ninguna parte, el periodista corre hasta el segundo callejón, vistazo circular, tampoco ve a Bonaldi. Se mete en el callejón sin salida y se detiene en seco. Bonaldi está arrinconado contra la pared de ladrillos barnizados por dos hombres cuyas intenciones no parecen muy pacíficas. El negro alto que ha visto en la asamblea y un pelirrojo, muy fornido. Bonaldi está descompuesto, no le responden las piernas, los dos hombres le han cogido por los brazos y le sujetan contra la pared.

Neal se para a unos veinte metros, saca su móvil y grita:

—¡Deténganse! Roberto, ¿qué pasa? Llamo a la policía.

Al mismo tiempo, los dos sicarios dejan a Bonaldi, que cae al suelo, se giran y ven a un hombre con el teléfono en la oreja, que habla de agresión y facilita el nombre del callejón. El pelirrojo asesta una violenta patada en el bajo vientre del militante, el muy imbécil, y los dos se largan a toda velocidad sin mirar siquiera a Neal.

Este, en cuanto los dos han doblado la esquina, se mete el móvil en el bolsillo y se arrodilla al lado de un Bonaldi quejumbroso, con lágrimas en los ojos y ambas manos

protegiendo su sexo. Un pobre pingajo.

—Soy el padre de Saffron.

Bonaldi rechina.

—Lo sé.

—La estoy buscando. Y usted debe ayudarme a encontrarla antes que esos dos matones.

Silencio. Espera.

Bonaldi se pone lívido, se inclina y vomita.

Neal se incorpora, salta a un lado y evita por un segundo el flujo de bilis. Ese tipo no tiene ninguna clase. Le tiende un pañuelo de papel.

—¿Y? Sigo esperando a que me conteste.

—¡Déjeme en paz! No sé nada. ¡Hace una eternidad que no veo a esa imbécil!

Neal pone una mano en la nuca de Bonaldi, casi como una caricia, luego, con una presión fuerte y rápida, le sumerge la cara en el charco de vómito y lo suelta. Le tira el paquete entero de pañuelos.

—Séquese, tiene un aspecto repugnante. Y no se ría de mí. Sabe, Saf' no me conoce bien. Le pregunto más concretamente: ¿con quién se fue después de la conferencia de diciembre?

Bonaldi no contesta. Unos espasmos le sacuden, intenta ponerse de pie, no lo consigue, mueca de dolor.

Neal pone de nuevo la mano en su nuca. Bonaldi lloriquea.

—¡Suélteme! Se fue con Erwan. Erwan Scoarnec.

Escalofrío helado. Tranquilízate. En el fondo, ya lo sabías.

—¿Cómo puedo encontrar a ese Scoarnec? ¿Antes que la poli si es posible?

—Tiene un apartamento, un sitio muy protegido, en el distrito trece. Seguramente se han escondido allí los dos.

Neal se levanta, saca su libreta de notas y le obliga a darle la dirección, Luego comprueba que lo tiene todo en orden y fuerza su acento inglés.

—Gracias por su información. En unos minutos, podrá

andar. Si le puedo dar un consejo, desaparezca durante un tiempo porque los dos tipos que le han agredido son realmente peligrosos y, si vuelven a visitarle, yo ya no estaré allí para sacarle las castañas del fuego.

4

Miércoles

En plena noche, una callejuela estrecha del barrio de la Goutte-d'Or, un alumbrado público no muy bueno, fachadas con más de un siglo de antigüedad, amontonadas las unas junto a las otras y que necesitarían una buena rehabilitación. En esa calle se respira un aire de pobreza. Los ruidos de la ciudad parecen extraordinariamente lejanos, el lugar está casi desierto. De vez en cuando, alguna sombra se apresura por entrar en su casa.

Invisibles en su viejo Renault Trafic reconvertido en coche de incógnito, dos hombres de la BRI vigilan desde hace horas la entrada del número 18. Intercambian sin convicción bromas con poca gracia, comparten un refresco, un paquete de galletas pasa de mano en mano. La rutina.

De repente, fuera, se produce una agitación.

Un coche de la BAC[13] llega en tromba con la sirena tronando como para despertar a los muertos, y se detiene delante del número 16; enseguida llega también una ambulancia del SAMU y algunos camiones de bomberos. Con la iluminación de los faros de los coches en las paredes, la calle se tiñe de azul y naranja. Las sirenas se callan unas detrás de otras, enseguida sustituidas por instrucciones dadas con profesionalidad. Tres bomberos entran en la puerta del parking del 16 mientras que otros preparan lo necesario para hacer frente a un incendio.

Entre todo el jaleo, pasada la sorpresa inicial, anuncian el incidente por la radio a los colegas que esperan a dos manzanas más allá, en otro vehículo de incógnito. Estos

últimos se acercan para tener noticias sin desvelar el escondite de los observadores. Enseguida, una evidencia, es una falsa alarma.

—Una costumbre del lugar —dice un suboficial de los bomberos, cansado—, salvo que a menudo les hace gracia hacer arder uno o dos contenedores.

Menos de veinte minutos más tarde, todo el mundo se ha ido y los vigilantes regresan a su aburrimiento. En una de las paredes interiores del utilitario, numerosas fotos de Julien Courvoisier. Es por culpa de ese tipo que están perdiendo el tiempo ahí. Sin muchas esperanzas, les ha avisado su jefe de grupo.

En el patio del 18, uno de los bomberos ha entrado sin que nadie se percate de ello. Bajo el casco, Jean. Se quita el uniforme y lo mete en una gran bolsa de color azul oscuro. En voz baja:

—¿Qué tenemos afuera?

La respuesta no tarda en llegar, discreta, a sus oídos.

—Nada especial, no hay movimiento...

—Subo.

Pasamontañas, guantes, tres pisos subidos de puntillas, ningún ruido en el edificio, encuentra la puerta con el halo rojizo de la luz de la escalera, una cerradura básica, dos o tres golpes de pistola de agujas en el cilindro, las clavijas saltan y luego se rompen. Jean gira el pomo y entra en la casa del cómplice de Scoarnec. Nadie le ha visto.

Reconocimiento rápido, dos piezas principales. El salón-despacho está atestado de material informático colocado sin una lógica concreta sobre todos los soportes disponibles. Por el suelo, en medio de un lío de cables, hay dos viejas carcasas de PC vacías. Y cajas diversas, ropa, papeles. La cocina es americana ya que está abierta a esa pieza. Seguramente nadie pensó en aislarla del resto.

Al otro lado de un tabique de yeso, la habitación. Otro PC, portátil, en el suelo, cerca de la cama. Más ropa amontonada y un montón de documentos administrativos, inestable. Un

cuarto de baño no muy limpio.

Este piso es una covacha. Deshabitado desde hace muchos días y que apesta a cerrado. Es difícil saber si todo ese desorden que reina es la consecuencia de una simple acumulación en el tiempo o de una huida precipitada.

«¿Cómo es allá arriba?»

—Siniestro.

«No debería molestarte mucho...»

Una carcajada.

Regresa al salón. Pesquisa ilegal metódica, muy apresurada. Quizá ha hecho limpieza, no es seguro. Si lo ha hecho, no ha tomado muchas precauciones. Parece que solo falta un ordenador, en el centro de lo que probablemente hace las veces de mesa principal. Pero aún quedan bastantes soportes de almacenaje y dos unidades centrales desmontadas, enchufadas, en la misma mesa.

Jean apaga las máquinas, desenchufa y desatornilla sus discos duros, recupera los DVD y los disquetes que están alrededor del espacio vacío, todo lo que puede, y los mete en una gran bolsa de basura de plástico. Descubre dos viejos teléfonos móviles y los coge también. Luego va a la habitación y se lleva el portátil.

Mañana, al alba, seguro que el 36 desembarca aquí, le ha dicho Michelet, pero esas desapariciones informáticas no van a sorprender a nadie, muy al contrario, es una constante de este caso, la desaparición de ordenadores, todo ello refuerza las sospechas de culpabilidad que pesan sobre Courvoisier y Scoarnec. Y además, en vista del desorden, hay muchas posibilidades de que los colegas de la Criminal tarden tiempo en darse cuenta de las ausencias.

«¿Cómo va? ¿Encuentras algo?»

—Sí, sí, no te preocupes.

«Recuerda, nada de bragas ni juguetes eróticos...»

La risa socarrona de Michel provoca de nuevo crujidos electroestáticos.

Jean pone cara de pocos amigos, cierra la primera bolsa

de plástico, abre una segunda, se toma su tiempo para observar el caos de la habitación. Suspira. Desánimo al comprobar la envergadura de su trabajo. Habría sido mejor hacerlo entre dos, pero alguien tenía que quedarse vigilando afuera y controlar a los derribapuertas de la BRI.

Jean se acerca al montón de documentos y empieza a inspeccionarlo. El montón se cae. Echa pestes entre dientes, suspira de nuevo, refunfuña, irritado, vuelve al trabajo, lo deja todo como lo ha encontrado, a ser posible en el orden en que estaba. Descubre un cajón de contrachapado solo, colocado en el mismo suelo, lleno a rebosar de porquerías, objetos viejos, cables, chips, una libreta garabateada en todos los sentidos. Personas, sus direcciones, números de teléfono, a veces correos electrónicos. A la bolsa. Una foto de familia, en el reverso, una fecha, unos nombres. Courvoisier, su hermana aparentemente, una tal Marilyn, mayor, y sus padres. A la bolsa también.

«Las cuatro y media, estás tardando...»

Michel se impacienta.

Jean se incorpora, mira a su alrededor. En las paredes, algunos carteles ecologistas y sobre todo cuadros espantosos, sin marco, grapados a la pared. También carteles de exposiciones, todas del mismo colectivo de artistas. Uno de ellos está ilustrado por una de las telas de la habitación. Entre los artistas de este, una tal *Marie-Line*. Debajo de todos los cuadros, menos uno, la misma firma.

El pequeño Julien aprecia el trabajo de su hermana.

Mucho. Al pasar al salón, Jean descubre otros cuadros y carteles. Por el suelo, folletos, también de las exposiciones. Recoge algunos, los mira. Todo tiene lugar siempre en el mismo sitio, un local de Montreuil. Un estudio de artista. Una guarida de ratones.

¿Allí estará la hermana? ¿Encontrar a la hermana, encontrar a Courvoisier? Si están tan unidos, ella tiene que saber dónde se esconde. Quizá.

Vistazo a su reloj, casi las cinco, ya no tiene mucho

tiempo. Nueva pasada de revista por el salón.

Media hora más.

«Empiezan a llegar...»

Y no ha encontrado nada interesante.

«Debes largarte de ahí...»

Tensión en la voz de su cómplice.

—Ya bajo.

Jean se cambia y luego coge las dos grandes bolsas de plástico negro.

—Tres minutos.

Abre lentamente la puerta, comprueba que no hay nadie, coloca delicadamente su botín en el rellano, cierra el piso detrás de él y baja la escalera.

«Se reúnen delante del 18...»

Una vez abajo empieza la parte delicada, la salida. Para entrar, ha bastado con la distracción. Hacer lo mismo para largarse es imposible. Por eso el cambio de indumentaria. Una túnica, un fular azul para cubrir solo su cara e impedir una identificación mostrando el color de su piel, completamente negra. Y luego franquear la puerta, sin más, como cualquier negro del barrio. Lo más probable es que los colegas no reparen en él. Y si le sacan una foto, les costará reconocerle, más adelante. Además posee documentos falsos, sobre todo una tarjeta de residencia, una reliquia de una operación anterior, por si hace falta.

Un poco asustado, de todos modos.

Jean coge una buena bocanada de aire y se pone de nuevo en marcha. En cuanto cruza el patio, observa que la pared medianera de separación con el edificio de al lado, encima del local de la basura, no es muy alta.

—Cuidado, entran. ¿Dónde estás?

Escondido en la parte de atrás de un Kangoo Express con matrícula falsa, Michel observa con los prismáticos, a través del parabrisas, la armada de la Criminal que cerca el 18.

—Jean, ¿dónde estás, coño?

Han venido muchos, los maricones. Sigue sin respuesta.

Mierda, ¿qué está haciendo ese gilipollas? Si le pillan... Mejor no pensar en esa probabilidad, todo se iría a la mierda.

—Jean, ¡contesta!

Michel debe moverse, hacer algo. ¿Cómo reaccionaría Jean en su lugar? ¿Iría a ver qué pasa? Que no le cojan los de la casa, mierda, ¡no!

—¡Jean!

Seguramente ha cerrado su radio para evitar que le descubran.

Más lejos, en la calle, cada vez hay más alboroto.

Subida de adrenalina. Seguro que le han pillado. No quedarse aquí. Tengo que avisar al jefe. No, primero tengo que largarme de aquí. No, Jean es mi amigo, ¡mierda! ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Qué hago? Todo está bien jodido. Michel duda, empieza a pasar a la parte delantera del cocho y luego se para en seco.

Jean sale del 16 vestido como un jodido tuareg escapado del desierto. Arrastra dos grandes bolsas de basura negras.

—¡Apártate, imbécil! —dice Michel entre dientes.

Michel ve a un guarda de uniforme que se hace a un lado para dejar pasar a su amigo. Sonríe.

—¡Banda de paletos!

Indolente, el negro llega a su utilitario y se sienta en el lado del copiloto. Se largan sin hacer ruido.

Saffron se aburre, viendo pasar las horas en su escondite de lujo. Siente desconfianza y aversión espontáneas por Tamara, que esta le devuelve, y le hace sentir en cualquier palabra que dice hasta qué punto es sorprendente que un ser luminoso como Erwan esté colado por esa pequeña provinciana.

Y Saf' también acaba planteándose esa misma pregunta.

En su huida no se ha llevado nada, ni libros, ni radio, solo su iPod, del que ya ha escuchado tres veces todas las canciones grabadas, y ha devuelto el minitelevisor que les prestaron para la noche electoral. Evita comer en la mesa de

Tamara, las veladas en su salón, muy brillantes esa semana, en torno a un gran pintor que ha salido de su retiro en el sur de Francia para inaugurar la retrospectiva que le dedica el Centro Pompidou y ha decidido alojarse durante unos días en la residencia. Ello ha provocado una gran afluencia de mentes pensantes.

Sin embargo, Saffron se ve obligada a ir a la biblioteca, junto al salón, en la que se encuentra el único ordenador a disposición de los invitados, un PC que ha conocido tiempos mejores, instalado en un rincón, encima de una pequeña mesa, justo al lado de una ventana que da al Sena.

En esta especie de convento de las letras y las artes, ese aparato es el único vínculo que le queda con el mundo real. Va allí a conectarse por lo menos dos veces al día, cuando espera poder estar sola, a primera hora de la mañana o por la noche, a la hora de la cena. A veces navega al azar, para matar el aburrimiento, a veces se detiene en Facebook, con la esperanza de tener noticias de sus cómplices. De su amante.

El lunes, nada. El martes, nada, pero Saf' se entera aquí y allá en webs de noticias independientes que se busca a unos ecoterroristas por la muerte de Soubise, lo que la inquieta e intriga. Por mucho que piense que por fuerza se trata de Erwan, Julien y ella, no se lo puede creer. Demasiado absurdo. Nada fiable.

Faltan pocos minutos para las siete de la mañana del miércoles cuando Saffron se desliza en silencio por la casa de Tamara. Ni un ruido, todos duermen aún, agotados por las interminables conversaciones de salón de la noche. Se sienta delante del viejo PC. El ordenador tarda más de un minuto en ponerse en marcha y Saf' espera jugando a desplazar el cursor del ratón por la pantalla. Luego se conecta a internet, a través de Explorer.

Abre Facebook y se identifica con el seudónimo de *Roudoudou Lelapin*. Ve que en su muro ha pasado *Placide Lechien*, Julien. *Gédéon Lecanard* es Erwan. Todos ellos nombres extraídos de álbumes de *Gédéon*. Hay otros, como

Goupil Le Renard, pero prefiere no pensar en ese de momento.

«Hola, ¿qué hay de nuevo, querida Roudoudou?»

Así que el informático le ha dejado un mensaje esta noche.

Saf' sonríe y hace clic en el perfil de su cómplice. Allí abre un álbum que contiene más de un centenar de fotos. Se trata sobre todo de modelos femeninas, sacadas de webs de moda. Placide Lechien es un admirador de las mujeres bellas y de los artículos de lujo para metrosexuales sin complejos. Una coartada ideal que Saf' sospecha desde hace tiempo que es la expresión de los fantasmas que avergüenzan a Julien.

Pasa las once primeras fotos y se detiene en la que hace doce. La ha añadido hace tres horas. La copia en el PC y luego se dirige a otra web que ofrece programas gratuitos de descarga. Encuentra el que le interesa, que lleva un nombre abstruso que al principio le cuesta retener, y lo instala en el ordenador de Tamara.

Vistazo a su alrededor mientras espera a que la descarga finalice. Saffron aguza el oído, todo está en calma dentro de la casa.

Doble clic en la utilidad, otro clic en la foto, el PC funciona con lentitud y luego le ofrece una línea de texto incomprensible. La foto ha desaparecido. Esteganografía, arte del disimulo o, en palabras simples, cómo ocultar un mensaje en otro contenido, sea cual sea. A los chicos les encantan estos jueguecitos de espías. Saf' no comprende totalmente su utilidad. Pero obedece las reglas de Erwan, es muy importante para él.

Imprime el fichero, desinstala el programa, borra el histórico de navegación de Explorer y el registro de uso de las aplicaciones, y apaga el PC. Satisfecha, recupera su copia y se va a su habitación.

Nadie la ha visto.

Julien les ha enseñado otro truco. Para que nadie entienda sus intercambios, ha decidido cifrarlos a través de un viejo método que requiere una tabla y una clave. Esta última, el apellido de un antigua novia de una estancia de verano,

islandesa, es ABRAMSDOTTIR. Tiene la ventaja de ser una palabra extranjera, sacada de un idioma cuyas frecuencias de vocales y consonantes son diferentes del francés, y por lo tanto más difíciles de identificar, y es bastante largo, doce letras.

Doce letras, la decimosegunda foto, fácil de memorizar.

Saffron se instala en su cama, empieza buscando *«Abramsdottir»* en todas las palabras ininteligibles de su mensaje codificado, tantas veces como sea necesario, hasta el punto final. Luego forma como un crucigrama con dos alfabetos, uno escrito horizontalmente, el otro verticalmente. En cada columna a partir de la segunda, coloca un nuevo alfabeto, cada vez saltándose una letra. De este modo, la segunda empieza con una C, la tercera con una P y así sucesivamente hasta la número veintiséis, que empieza con una R.

A partir de cada letra del mensaje y de la letra de la palabra clave correspondiente, halla la letra original y poco a poco reconstruye el mensaje de Julien.

Cita dentro de cuarenta horas en el Pacífico. No olvides traer nuestros recuerdos.

La foto se ha subido a la red social a las cuatro de la madrugada. Así que deben verse para el intercambio de los lápices de memoria USB al día siguiente a las veintidós horas, en aquel bar donde suelen quedar y que tiene nombre de océano.

Por fin.

Saffron se deja caer sobre la cabecera de la cama, aliviada. Ya no está sola, Courvoisier existe, Erwan leerá el mensaje también, la chica recupera sus puntos de referencia, tiene algo que hacer, una especie de permiso para salir.

Ahora solo falta ir a ver a Tamara, con algo más de seguridad en sí misma, y como habían acordado con Erwan, pedirle el viejo coche de la residencia, en teoría a su disposición.

Está previsto que Soubise sea incinerado en el cementerio de Père-Lachaise. La ceremonia empieza muy pronto, a las ocho, y la gente se agolpa en los aledaños del crematorio.

Pâris acude con un cierto placer. Realmente el lugar es siniestro y los rituales laicos que rodean a la muerte son desesperadamente huecos y sin sentido. Pero los entierros siempre son momentos privilegiados para observar y *formarse una idea*, como se suele decir, sobre los allegados del muerto. El policía llega tarde a propósito para que su presencia pase desapercibida lo máximo posible y se queda de pie, al fondo de la sala desnuda del crematorio.

El ataúd está encima de un estrado, delante de la puerta cerrada del horno. Está cubierto de flores, coronas, ramos. Hay flores por todas partes. La CEA lo ha hecho bien. Unas quince filas de sillas, cuidadosamente alineadas al pie del estrado, casi todas ocupadas.

A la izquierda, delante, la familia y los amigos del muerto, su madre y su hermana, con los ojos hinchados, los hombres con el rostro crispado. Pâris sigue mirando. Busca a Borzeix y la acaba encontrando, apartada, en la cuarta fila, sola, con un vestido negro discreto y un fular de seda negra, gris y azul en la cabeza. Casi irreconocible. La cara y los párpados hinchados, la mirada fija, está muy afectada. Pero ¿por qué?

Detrás de Borzeix, Pâris identifica a los representantes de la gran casa de la policía. Han ido a la fuerza —¿servicio ordenado?— y escuchan con fingida atención a uno de ellos que, en la tribuna instalada junto al ataúd, pronuncia el elogio del difunto. Un gran policía, un gran servidor del Estado, su muerte trágica será vengada, en nombre de todos los colegas, realiza la solemne promesa a la familia del muerto, en ese día de recogimiento y de duelo. Lo típico.

A la derecha de la familia, los superiores uniformados, la delegación de la CEA, poco numerosa, y entre ellos Cardona, con expresión afectada. Ha ido. ¿Le han obligado? No está seguro. El tipo sentado junto a Cardona se levanta, sube a la

tribuna y pronuncia unas palabras en homenaje a Soubise, que parecen sinceras. Un hombre perspicaz, luchador, porfiado y un buen analista. Benoît Soubise, le vamos a echar mucho de menos.

Pâris no deja de mirar a Cardona. Está realmente emocionado. Diez contra uno a que es el autor de esa homilía que su concepto de los intereses de la CEA le ha impedido pronunciar. Los dos hombres estaban unidos, mucho más allá de sus obligaciones profesionales. Y las operaciones en las que Soubise andaba metido no podían ser mediocres.

Pierre Moal aparece al lado del policía sin que este le haya visto llegar. Se sobresalta, sorprendido y enfadado de estarlo.

—Buenos días, usted es Pâris, ¿verdad? —Le tiende la mano, se presenta—: Moal, del *Journal du Soir*.

Pâris le estrecha la mano sin decir ni una palabra. Le suena el móvil y lo aprovecha.

—Perdone.

Se aleja y saca su teléfono. Su mujer. No contesta y luego borra el mensaje sin escucharlo. Se ha quitado de encima a Moal. Intenta evitarlo.

Los discursos han terminado. Un réquiem. La puerta del horno se abre y deja ver un fuego intenso, el ataúd se pone en movimiento.

Pâris sale a la explanada, da unos pasos para intentar ocultarse entre los árboles y espera.

Apenas dos minutos después, Borzeix aparece, se dirige directamente hacia él, se queda quieta, se quita la bufanda y se arregla el pelo con la mano.

Pâris la mira hacer sin impaciencia.

—Dígame una cosa, comandante, ¿por que se metió en mi casa a escondidas? ¿Qué buscaba? ¿El arma del crimen?

El tono es provocativo, agresivo. Pâris sonríe, divertido.

—¿Han entrado en su casa?

Borzeix se impacienta y mete el fular en su bolso.

—Espero una explicación.

—No hemos sido nosotros —contesta Pâris, con un tono

tranquilo—. Las pesquisas clandestinas no forman parte de los métodos de la Criminal. Además, no tengo necesidad de esconderme para hacer eso y usted lo sabe. En cambio, los tipos que a veces contratan nuestras grandes empresas...

Borzeix duda, rehúye la mirada de Pâris, abre la boca para hablar, cambia de opinión. Pâris sigue hablando.

—Si realmente han registrado su domicilio, le recomendaría que sea prudente. Ya ha habido un muerto en esta historia, lo sabe perfectamente.

Borzeix le da la espalda sin decir ni una palabra y se aleja hacia la salida de cementerio caminando demasiado deprisa.

Pâris la mira hasta que desaparece de su vista. Sí, alguien se ha metido en su casa. Ahora ella sabe quién ha sido y siente miedo. Pero su miedo no la llevará a hablar conmigo, y yo me quedaré estancado.

La ceremonia ha terminado. La sala del crematorio se vacía hacia la explanada, la gente rodea a la familia de Soubise.

El policía ve a Moal, que da vueltas en torno a los grupos. Le hace un gesto y el otro se le acerca.

—Dentro de media hora, en el Phares, en la plaza de la Bastille.

Moal refleja una expresión sorprendida y golosa.

Pâris se ha sentado en el interior del bar, al fondo, cerca de los lavabos. No hay nadie a aquella hora, solo un camarero que prepara las mesas para el desayuno. Encima de la mesa, al lado de su taza de café con leche, un montón de periódicos abiertos en la página de los artículos que narran todos más o menos lo mismo acerca del asesinato de Soubise, la pista de los ecoterroristas y sus posibles vínculos con Schneider. Se come un bocadillo de jamón, los entierros siempre le abren el apetito, y mira hacia el vacío. Lo del periodista ha sido una iniciativa improvisada, no dominada del todo. ¿Qué debe decirle? Lo menos posible, lo suficiente para que tenga algo

para escribir...

Moal llega puntual.

Pâris lo recibe con una sonrisa y lo invita a sentarse. Señala los periódicos.

—La ha armado bien gorda con los terroristas ecologistas. He escuchado la radio esta mañana. Lo mismo. Todos siguen su historia. El asesinato de Soubise, la pista de los radicales verdes, Schneider metido en el lío. Casi no hay variantes. Debe estar contento.

—Mucho.

—¿No cree que un ecoterrorista es una fórmula soberbia pero un traje una pizca demasiado grande para Scoarnec y sus amigos?

Se acerca el camarero, Moal le pide un café solo, Pâris otro café con leche. Esperan en silencio a que les sirvan. Moal hojea los periódicos con una sonrisita en los labios.

—¿Está insinuando que Scoarnec no tiene nada que ver con el asesinato de Soubise? Lo escucho, comandante. Y, por supuesto, nunca lo he visto y no le citaré.

—No estoy diciendo esto. Pero la policía trabaja también sobre otras pistas y me sorprende que los medios solo se interesen por esta. Incluso me pregunto por qué.

—Porque es la única que conocemos. Solo usted puede...

—La amante de Soubise, por ejemplo. Directora del servicio jurídico de PRG. Fue ella quien encontró el cadáver. Las circunstancias de cómo conoció a un poli destinado a la CEA, hace unos meses, son, para decirlo de un modo suave, extrañas. Debería ir a ver qué encuentra en el Círculo de la Aviación.

—PRG, la CEA, ¿qué relación existe?

Pâris se levanta y recoge las cuentas de encima de la mesa.

—No sé nada. Aún no. Pero lo encontraré.

Pâris se despide y enseguida se dirige a la casa de Julien Courvoisier, donde las pesquisas aún están en curso.

Delante de la entrada del número 18, se encuentra al picapleitos del grupo, Ange Ballester, que mete objetos

precintados en uno de los coches del grupo.

—¿Qué tal el entierro?

—Mucha gente, era interesante. ¿Qué habéis encontrado en la casa del pirata?

—Parece que chapotees en un barrizal. Por lo visto nadie le ha enseñado a poner orden en su habitación.

—Muy bien, pero ¿en concreto?

—Documentos, material informático. Nos llevamos todo lo que podemos, y luego ya seleccionaremos. Ah, y creo que hay novedades respecto a su hermana.

—¿La famosa rebelde anarquista y bohemia que ni siquiera sus padres no saben dónde está?

—La misma. Por lo visto vive en Montreuil.

—Hay que ir a verla.

—Ya lo hemos previsto. Otra buena noticia, el lugar de la última llamada de uno de los móviles de nuestros tres fugitivos se ha podido localizar.

—¡Por fin! ¿Cuál?

—El de la chica. El sábado activó un repetidor en un sitio a orillas del Sena. Durand va ir allí en algún momento del día.

Pâris asiente, satisfecho.

—¿Pereira está arriba?

—Sí, ¿subes a verle?

Pâris asiente de nuevo y se dirige hacia la entrada del edificio. Un oficial de la BRI se le acerca para decirle que el equipo que se esconde en el distrito trece acaba de ver a Neal Jones-Saber entrando en casa de Scoarnec. Sus chicos piden instrucciones.

Pâris sonríe.

—Que lo intercepten y lo mantengan allí. Voy para allá.

Los faros en el techo, carril bus, de este modo el policía solo tarda diez minutos en cruzar París y llegar a la plaza de los Alpes. El inglés le espera en el vestíbulo del edificio, discretamente vigilado por un policía. El buen hombre ya no muestra el mismo aire tranquilo, tiene la cara crispada. Por fin es consciente del lodazal en el que se ha metido su hija.

No es seguro que eso haga que colabore más.

—Señor, Jones-Saber, ¿le acompaño hasta su hotel?

—¿Tengo otra opción?

—Claro que sí. También puedo llevarle a mi despacho en el 36 para tomarle oficialmente declaración.

Los dos hombres intercambian una mirada y se dirigen al coche. Neal está en guardia. ¿Qué relación puede haber entre este poli de la Criminal y los dos matones de anoche? Por experiencia sabe que cuando no se sabe donde se pisa, es mejor callar.

—¿Sigue sin noticias de su hija?

—Ninguna.

—¿Y cómo consiguió la dirección de su novio?

—He averiguado su existencia después de llegar a París.

—Así que es un crítico gastronómico con muchos recursos.

Neal opta por ignorar la pregunta subyacente. Pâris prosigue.

—Está metido en una historia muy fea, en la que ha muerto un hombre.

—Lo sé, ya me lo había dicho. Y leo la prensa.

En los periódicos, en la radio, en la tele, el nombre de Scoarnec se asocia regularmente a la palabra *terrorismo* y, desde esta mañana, se cita junto al nombre de uno de los dos candidatos en liza para las elecciones presidenciales. El caso apesta a instrumentalización política y su hija anda metida en ello. *And when the shit hits the fan…*

—Pero nadie está acusando a su hija. De momento, Saffron puede estar tranquila.

Saffron, utiliza su nombre de pila. Neal ahoga una risa socarrona. Buscar lo íntimo, la emoción, aproximarse, mostrar empatía. Siempre los viejos trucos de polis. O de periodistas.

—Pero la está buscando.

—Para hablar con ella. Creemos que nos puede ayudar.

—Yo también la estoy buscando —hace una pausa—. Porque parece que la he perdido desde hace mucho tiempo.

Pâris deja que hable, tiene ganas de oír la continuación.

—Tenía que reunirse conmigo en Cahors este fin de semana. Cada año, en la misma época, nos reunimos, con algunos amigos y algunos miembros de la familia de Lucille, era mi mujer... —La voz del inglés se quiebra—. Lucille murió un 21 de abril.

Por lo visto, aún le cuesta encajarlo.

—También es la fecha del cumpleaños de mi hija.

Pâris no puede evitar pensar que no debe ser fácil de digerir para la chica.

—Cuando Saffron me llamó para decirme que no iba a ir, me enfadé mucho. Noté que algo no iba bien, pero me dejé dominar por mi cólera. ¿Cómo podía hacerle eso a su madre?

Patético. Neal se gira hacia el policía.

—¿Tiene usted hijos?

—Dos.

—¿Chicas, chicos?

—Chicas.

—Espero que sea mejor padre que yo.

—Ojalá... aunque no entiendo nada de su forma de comportarse. Creo que nunca lo he entendido.

Pâris se abstiene de añadir «y no estoy muy seguro de querer entenderlo».

—Yo tampoco, ya no entiendo a Saf'.

Nuevo silencio, hasta que llegan a la isla de Saint-Louis, delante del hotel Jeu de Paume. Pâris detiene el coche.

—Señor Jones-Saber, ¿es el padre o el antiguo corresponsal en el Próximo Oriente quien está detrás de la pista de su hija?

Neal se contenta con soltar una pequeña carcajada. El poli lo sabe. Conoce su trabajo, evidentemente ha estado hurgando en su pasado. ¿Cómo contestar a esa pregunta? Ni siquiera él tiene la menor idea.

—Espero que el padre haya entendido que debemos hablar con Saf'.

Ahora el diminutivo.

—Con nosotros estará más segura que sola y escondida.

Neal, con la mano en la manija de la puerta, interrumpe el gesto un segundo. Recuerda las siluetas del negro alto y del pelirrojo bajo en plena acción en el callejón. «Soy consciente de que ella está en peligro.» ¿Decírselo? No.

Pâris ha notado su duda.

—Debe confiar en mí.

Neal sale del coche y desaparece en el vestíbulo del hotel. Esta es la cuestión, ¿por qué confiar en él?

Pâris aparca el coche unos metros más lejos. Necesita reflexionar. Enciende un cigarrillo, se reprocha que haya vuelto a caer en la nicotina con tanta facilidad. El inglés en casa de Scoarnec. Realiza su propia investigación, no he sabido ganarme su confianza, mala señal. Seguro que saldrá de nuevo del hotel, ¿para ir adónde? ¿Cómo ha encontrado esas señas? ¿Qué sabe él que yo no sepa?

Al otro lado de la calle, una camioneta Options aparcada delante de una puerta del parking abierta de par en par. El logotipo de la empresa, aparentemente especializada en envíos de todo tipo, le recuerda a Tintín, *Los cigarros del faraón*, su infancia. Un tiempo más lento, más simple.

Pâris se relaja, sonríe y se deja caer en el asiento, mientras sigue vigilando la puerta del hotel.

Unos repartidores descargan vajilla y se meten bajo el porche. Neal sigue sin aparecer. Una mujer alta y rubia pasa junto a su coche. Pâris se sobresalta. Elisa Picot-Robert. Ella no le ha visto. Entra en el edificio de delante. Como los repartidores. ¿Qué está haciendo allí?

Pâris no reflexiona. En cuanto la mujer desaparece, él sale del coche y la sigue. Entra en el patio de una gran mansión particular, invisible desde la calle. En la entrada, en una ancha placa de cobre, grabada en una tipografía sobria y elegante, un nombre: *Gran Galería de la Île*.

Mucha agitación en el patio y en el interior. A través de los cristales de las monumentales puertas-ventanas de la planta baja, Pâris observa unas pinturas contemporáneas colgadas en las paredes y algunas esculturas. Y a Elisa

conversando con dos hombres más jóvenes, vestidos, por lo que él sabe, a la última. El traje es oscuro, debe serlo, y ajustado. La camisa se lleva blanca, sin cuello y, por lo tanto, sin corbata, y ampliamente abierta. Aquí también la gran dama ordena, dirige y decide. Pero sin duda con algo de relajación y quizá mayor placer que en PRG.

Pâris aplasta su colilla. Ya ha pasado el primer momento de sorpresa y se da cuenta de que no tiene nada que hacer ahí. Incluso sería una falta si lo descubrieran. Se gira sobre sus talones y, en el mismo momento, capta un movimiento detrás de los cristales. Elisa le ha visto, está seguro. En el vacío hace un gesto con la mano y se va, sin darse la vuelta de nuevo, sin acelerar el paso.

En cuanto el policía desaparece, la dueña de PRG desenfunda su BlackBerry y llama a Pierre Guérin.

En el barrio de Austerlitz, Saffron da bastantes vueltas antes de encontrar una plaza de estacionamiento autorizado. Consigna: nada de multas, el menor número de rastros posible. Primero va a correos del bulevar del Hôpital para dejar el lápiz USB en un apartado de correos numerado. Consigna: no llevar nada encima cuando se reúna con Courvoisier, mañana, en el lugar que han convenido.

Luego baja hasta la estación, disfrutando del sol que le baña la cara, compra el *Libération* en un quiosco, toma asiento en la terraza de un restaurante y pide un cruasán y un té con leche. Perfume de libertad y de felicidad. Con las piernas relajadas, la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados, absorbe la luz, con suma felicidad. Mientras se come el cruasán, contempla el tráfico de vehículos y los peatones que circulan. Magnífico. La vida real.

Mientras sorbe su té, abre el periódico, casi de forma distraída. El golpe. En el periódico, en la tercera página, un gran artículo facilita la identidad del presunto asesino de Soubise, Erwan Scoarnec. El corazón de Saf' late con fuerza.

Parece que no actuó solo, sino con un cómplice. La policía está buscando a los dos hombres, actualmente huidos.

Saffron enloquece, esboza un gesto para esconderse, espía las miradas a su alrededor. ¿Debe volver directamente a casa de Tamara, encerrarse en el pabellón rojo? ¿Cómo han podido escribir esas palabras? ¿En qué se han basado? Quizá lo haya leído mal.

Coge de nuevo el periódico y lee más detenidamente. En otro párrafo, hablan de los encuentros entre Scoarnec y Schneider. ¿Acaso Schneider se había dejado seducir por ese joven teórico a quien todos los testigos describen como una mente brillante? Están locos. Erwan no puede soportar a los políticos de la izquierda tradicional en general y a Schneider en particular. El carácter absurdo de la proximidad entre Erwan y Schneider la tranquiliza un poco. Es demasiado. Parece una farsa.

Pide un café. Tiene la sensación de flotar sin poder agarrarse a ninguna parte. Cálmate. Nadie te mira de forma insistente. Tu nombre no aparece en el periódico. Y de golpe recuerda el lápiz de memoria USB, prueba irrefutable de que Scoarnec y Courvoisier no son los asesinos de Soubise. Se incorpora en su silla. Debe convencer a Erwan de hacerlo público. Se negará. No antes del jueves. Es testarudo. No, no es testarudo. Saf' busca la palabra. Mesiánico. Eso es, es mesiánico. El lápiz de memoria está allí, a su alcance, a pocos metros de ella. Podría... No va a hacerlo. ¿Qué la retiene? No puede entenderlo.

Saffron paga la cuenta y se levanta.

Cierra los ojos, respira hondo y haz lo que han decidido. Erwan sabe lo que se hace.

Para matar el tiempo, entra en el Jardin des Plantes, escalofríos garantizados delante de las serpientes del terrario. Luego al cine, cualquiera, varias sesiones hasta la hora de la cita con el infame Goupil Lerenard,[14] un nombre que le hace venir arcadas. Sonrisa amarga. Chica, ahora te toca a ti.

Neal consulta su reloj, las tres y pico. Con un poco de suerte, Cooke estará en su despacho. Y aún no tendrá mucho lío. Debe ir a verle, es una ayuda muy valiosa. Es el único en el que puede pensar. Lo llama. Sí, Cooke está ahí, contento de oírlo.

«Ven enseguida, te espero.»

Para llegar al pequeño espacio que un gran periódico francés pone a su disposición en sus locales, en contrapartida por su propio corresponsal en Londres, hay que cruzar la sala de redacción de la sección de Política. Entre las filas de ordenadores, una treintena de periodistas escriben, llaman por teléfono, hablan, consultan, se mueven en un gran desorden aparente. Neal respira profundamente, hacía mucho tiempo. Un periódico en la fase del parto, una verdadera droga.

Cooke va a su encuentro, arrebata a su amigo de aquella vorágine, coge dos cafés de la máquina automática de la planta y lo conduce a su despacho.

—¿Qué hay de tu hija?

—Es mucho más serio de lo que pensaba.

Neal hace una pausa, reflexiona sobre la forma de exponer el asunto.

—Primero, debo decirte que Saf' en estos últimos meses se ha convertido en una ecologista militante.

—Hasta aquí, todo va bien.

—Tiene un nuevo novio, un tal Scoarnec.

—¿El de los periódicos?

Neal asiente.

—Y está metida en el caso hasta el cuello. La policía la anda buscando. Ya te lo he dicho, me quedo más tranquilo.

—*Shit!*

—No me di cuenta de nada.

—Es lo típico de casi todos los padres. El tal Scoarnec, ¿te has informado sobre él?

—Un payaso. Anoche obtuve sus señas a través de uno de

sus amigos. Un refugio que pretendía ser supersecreto. He ido allí esta mañana y me he encontrado con los polis, que estaban allí como Pedro por su casa.

Un momento de silencio que parece muy largo.

—Eso no es todo. No era el único que buscaba a Scoarnec anoche. Me encontré con dos matones, tipo *spooks*, que también le andaban buscando. No quiero dramatizar, pero si le añades el tema nuclear a la ecuación...

—Saf' está en peligro —dice Cooke, preocupado—. ¿Qué esperas de mí?

—El poli que dirige la investigación sobre la muerte de Soubise y que busca a Saf', en teoría para escuchar su testimonio y para protegerla, se llama Pâris y trabaja en la Criminal. Ya me he topado con él dos veces. Creo que es sincero pero prefiero comprobarlo. Mira qué puedes encontrar sobre él.

—En cuanto tenga algo, te llamo.

Al dejar a Cooke, Neal se detiene en un café y pide una cerveza. Angustia punzante. ¿Qué puedo hacer ahora para encontrar y ayudar a Saf'? Es como un bucle, no hay respuesta. Esperar. Con todo el dolor de su alma, debe hacerlo. Contraste con el ambiente de la sala de redacción que acaba de cruzar. Sus recuerdos de gran reportero, ocultos desde la muerte de Lucille, reaparecen teñidos de nostalgia. La sede de Reuters está a dos pasos. Por qué no pasar un momento por allí, para ver, sería una forma de matar el tiempo de espera. ¿Y quizá encontrar a viejos conocidos?

Cuando entra en la agencia, Neal se siente más bien confuso pero enseguida se encuentra con dos periodistas que conoció en el Próximo Oriente. Abrazos. Muy contentos de volver a verle, aprovechan la ocasión para recordar los viejos tiempos, le pasean por los locales, le presentan a los jóvenes que no han conocido la guerra, cuentan las hazañas de Neal y las de todos ellos.

Neal constata con sorpresa que más o menos todos han oído hablar de él y eso que ya hace veinte años. La gente se

da empujones para estrechar la mano a la vieja gloria. El padre de Saffron vacila, los antiguos recuerdos se encabalgan con las angustias de los últimos días, y las botellas de whisky salen de los cajones.

Un edificio de cuatro pisos en lo alto de la calle Paris, justo antes de llegar a la Croix-de-Chavaux, en Montreuil. La fachada es abigarrada y, por encima de la entrada, cuyos montantes han sido decorados con esculturas de yeso de todos los colores, un gran cartel anuncia *Bienvenidos* en letras de púrpura y oro.

—Cojones, yo nunca podré entender el arte.

Aún sentado detrás del volante del Kangoo, Michel examina el exterior de la casa ocupada con una mirada circunspecta.

—Ni caso, no te pagan por eso.

—Si eso es arte, me las corto.

—No bromees con esas promesas, puede pasarte cualquier accidente. ¿Vas para allá?

Algunos visitantes entran y salen del lugar, curiosos tipo turistas y otros, más locales. La entrada es gratuita.

—¿Estás seguro de que se encuentra ahí?

Jean suspira.

—Solo hay una forma de saberlo, ir a echar un vistazo al interior, así que mueve el culo y ve a hacer el numerito.

Michel sale del coche, irritado, cierra la puerta de golpe y cruza la calle.

En la planta baja, en el vestíbulo, el puesto del portero se ha reconvertido en recepción. Detrás del mostrador, bastante alto, un melenudo lee una revista.

El poli de los RG se le acerca y, en un tono que quiere ser lo más inocente posible, esboza un saludo.

—La otra noche estaba en casa de unos amigos galeristas y vi esto...

Saca del bolsillo un folleto ilustrado con una de las obras

de Marie-Line.

—Busco a la persona que lo ha hecho.

El melenudo coge el folleto y lo mira un momento.

A la espalda de Michel, un tipo que no se parece a nadie pasa hablando muy alto a una chica en minifalda. Marrana.

—Es una exposición antigua.

—Sí, pero esta pintora...

—Ya no está aquí.

El tono de la respuesta no admite réplica.

—Pues mis amigos me habían dicho...

El melenudo se levanta con cara de pocos amigos. Es alto.

—Hace tiempo que se fue.

Ese imbécil es una bestia. Michel se desternilla de risa interiormente, le gusta encontrarse con imbéciles de tomo y lomo. Por lo general, se creen que tienen suficiente con su altura.

—¿Y no sabe dónde vive ahora mismo? Me gustaría mucho ver su trabajo.

Una familia africana entra en el vestíbulo y se granjea durante unos segundos la atención del melenudo. Incluso hace un gesto al último que ha entrado, un negro que sonríe con toda la dentadura.

Michel aprovecha este momento para examinar la recepción detalladamente. En la pared, detrás de su interlocutor, numerosos planos del local y de los talleres, piso por piso. En el del segundo, en el piso de la derecha, está escrito *Marie-Line*.

—Ella se fue, ya se lo he dicho. No creo que encuentre nada que le guste aquí. Que tenga un buen día.

El policía mira durante un instante la cara de suficiencia del melenudo, tiene ganas de darle un cabezazo por encima del mostrador, luego asiente con la cabeza y sale.

El negro sonriente se ha separado del resto en el primer piso en un taller de un escultor y finge admirar el trabajo del artista. En su bolsillo, su móvil vibra una vez.

SMS. Michel. «Segundo derecha.»

Jean sube un piso. Tres apartamentos. El de la derecha es el único que no está abierto. En la puerta, ninguna indicación del nombre de la artista, contrariamente a los otros dos.

Jean se acerca, pega un oído contra la puerta de madera, oye una radio y un inicio de conversación. Escucha, no distingue lo que dicen, pero entiende que se trata de una charla entre un hombre y una mujer. Echa un vistazo a su alrededor. Nadie se acerca. Se concentra de nuevo en la conversación. El tono es vivo y de repente se oye un «¡no!» seguido por un nombre, dicho por la mujer, que consigue captar. «Julien». ¡Está aquí!

—Este taller está cerrado.

Jean casi tiene un sobresalto, pero la voz a su espalda, también femenina, es muy suave.

—No estaba seguro. —Se gira y dibuja una cara sonriente —. Y como quiero verlo todo...

La artista que ha hablado es bajita, de unos sesenta años, y de joven tuvo que ser muy bella.

—Entonces venga por aquí, podrá visitar mi espacio. Mi especialidad es la pintura con pigmentos obtenidos a partir de desechos orgánicos prensados.

Gran mitin de campaña en el palacio polideportivo de Clermont. En los vestuarios se ha preparado una cabina de maquillaje para el candidato y un bufé, en una pieza adyacente, donde los asesores y los periodistas más allegados, entre intercambios de impresiones y pseudoinformaciones, se hartan de canapés de foie gras y de salmón bajo el ojo atento de Patoux.

En la cabina, Guérin, que ha acudido con su maquilladora personal, está sentado delante de un gran espejo escuetamente iluminado, con una toalla blanca alrededor del cuello y los hombros para proteger su camisa.

Sonia, de pie, vigila las operaciones.

Guérin ve en el espejo su cara atenta al más mínimo

detalle, sus breves diálogos, una palabra y el bosquejo de un gesto con la maquilladora, su connivencia. Demasiado pálido, dice Sonia, súbelo un poco. Hoy no coge bien, contesta la otra. Él, un objeto inerte en las manos de esas dos mujeres.

Suena el móvil muy privado del candidato. Lanza una mirada hostil a la imagen de Sonia en el espejo, interrumpe el trabajo de la maquilladora y se lleva el teléfono a la oreja. La voz de Elisa.

«¿Pierre?»

—Sí.

«¿Por qué no me has llamado? Te he dejado varios mensajes.»

—He tenido que hacer cosas urgentes.

«Lo mío también era una urgencia. Una gran urgencia. Ha vuelto a meter las narices.»

—¿Quién?

«Pâris. Ha pasado por la galería hacia el mediodía.»

—¿Para qué?

Guérin se levanta, súbitamente nervioso, y empieza a andar arriba y abajo.

—¿Qué quería?

«No lo sé. Ha venido y ha vuelto a irse sin decir ni una palabra...»

Unos segundos.

«Sigue ahí y ha venido a hacérnoslo saber.»

El candidato lanza con todas sus fuerzas su teléfono contra el espejo, que se rompe, da una patada a la silla, que choca contra la maquilladora. La mujer se cae. Guérin se arranca la toalla blanca, la lanza a la cabeza de su mujer y empieza a gritar.

—¡Estoy hasta los huevos! ¡Hasta los huevos, me oyes, zorra!

Sonia se precipita hacia la sala del bufé, hace una seña a Patoux y cierra la puerta de comunicación detrás de él. Entre los dos levantan a la maquilladora, colocan bien la silla y hacen que Guérin se siente.

Sonia rebusca en su bolso y encuentra un frasco lleno de píldoras, prepara un vaso de agua y lo ofrece a Guérin, quien lo vuelca con el brazo.

—¡Ya no quiero tus venenos!

Patoux empieza a hablarle, en voz baja, como si salmodiara.

—La sala está llena. Hay miles de personas, te esperan, nuestro mejor mitin, faltan diez días solo…

Guérin se calma poco a poco, cierra los ojos, respira hondo unas cuantas veces, luego se levanta y se pone bien la americana delante del espejo roto.

—Vamos allá.

Patoux, preocupado, mira a Sonia, y esta le responde encogiéndose de hombros.

Cuando Guérin entra en el vestíbulo, le aplauden de pie. No consigue ni sonreír ni saludar. Sube a la tribuna, la sala empieza a hacérsele borrosa, se agarra al pupitre para no caerse, intenta centrar la vista en la primera fila del público y no lo logra. Está lívido y mudo, los segundos pasan.

El público se calla, consciente de que el ritual no se ha respetado. Está desconcertado e inquieto.

Por fin el candidato consigue articular algunas palabras.

—Somos el partido del pueblo en movimiento…

Su voz es inaudible. Se le aclara la vista. Ahora ya ve claramente la primera fila, se concentra en una joven con gafas. Mujer con gafas… Y por fin acelera.

—Quiero, con vosotros, gracias a vosotros, construir una Francia fuerte…

La voz adquiere amplitud.

—Crear puestos de trabajo, construir viviendas. Quiero que el trabajador pueda vivir de su trabajo, quiero dar su oportunidad al niño pobre…

El tribuno ha regresado. En el fondo de la sala, Patoux besa la mano de Sonia.

Hace una hora que es de noche, Saffron llega a Ville-d'Avray, aparca el coche en una calle tranquila del centro, en un estacionamiento permitido, y va a pie hasta el portal de entrada de una propiedad espléndida, cuyo terreno se extiende hasta la cima de la colina que domina la aglomeración, en un conjunto muy sofisticado de árboles centenarios, césped y macizos de flores.

Durante un segundo, Saf', mientras saca una llave de su bolsillo y abre el pequeño portillo junto a la verja, piensa en otra cosa que no es el asesinato de Soubise y sus interpretaciones y consecuencias. Una pausa saludable.

Sube hasta lo alto del parque por un sendero oculto bajo los árboles y se acerca a la gran villa del siglo XIX que domina el lugar. Todas las luces están apagadas salvo una, en una estancia del primer piso. Probablemente una lámpara de mesilla de noche, en la habitación de la vieja propietaria de la casa. Y esa única y débil luz hace parecer la casa aún más desolada y solitaria.

Saffron la rodea esforzándose en no hacer crujir la grava del patio y manteniéndose protegida por los árboles. En sus visitas anteriores, todo ese tejemaneje la divertía mucho, ese olorcillo de clandestinidad, aunque el peligro no era tan grande, le recordaba los juegos de la niñez, el escondite, cuando, con el corazón latiéndole fuerte, se acercaba entre las hierbas altas a los prisioneros para liberarles sin que la vieran.

Hoy no consigue apartar de su cabeza la idea de que todos los policías de Francia quizá la están buscando. Y ese jueguecito le parece lastimoso.

Delante de la villa, una vista espléndida de todo el oeste parisino, hasta la torre Eiffel; al lado, una larga piscina, azulada durante la noche, y al final de esta, oculto entre los árboles, un pabellón cuya arquitectura recuerda los refugios de caza antiguos.

La propiedad pertenece a la abuela de una militante de Urgencia Planeta Azul, que admira y adora a Scoarnec, el jefe

de los Guerreros de la Ecología, precisamente porque es el jefe y porque esos Guerreros son misteriosos y hechizantes. Una fan dispuesta a todo para que él la mire con consideración y que sueña con acceder a sus secretos. Él, como un gran señor, consiente en aceptar sus homenajes y sus dones, manteniéndola en la periferia alejada de los no iniciados.

En cuanto a Saffron, está en el círculo muy restringido de las iniciadas útiles, muy cerca del centro, muy cerca del jefe, lo que pone a la otra verde de celos. Pero esta noche ella no saca ningún provecho.

Cuando Scoarnec se lo pidió, la fan puso a su disposición el pabellón que ella utiliza cuando va a visitar a su abuela, con gran diligencia, con la condición de que sea discreto y que nadie note nada. La suerte es que la abuela es muy mayor y no se da cuenta de casi nada.

Así pues, es en ese lugar en el que Erwan ha decidido que Saffron se reúna con Goupil Lerenard, cuyo verdadero nombre es Pierre Marsand, técnico de telecomunicaciones a su servicio, todos los miércoles por la noche, hasta que finalice la operación. Allí la chica juega al juego del amor para asegurarse mejor su colaboración, su lealtad. Erwan piensa que ese decorado tan lujoso y ese olor de aventura son particularmente adecuados.

Y Marsand cree en ese amor.

Saf' abre la puerta del pabellón, entra y cierra las cortinas antes de encender la luz. Una única gran pieza, suelo de azulejos provenzales, un rincón de la sala con dos canapés de cuero delante de una chimenea de piedra blanca, una mesa baja con varios libros de arte, y un rincón que hace las veces de habitación, con una amplia cama recubierta con un edredón blanco. Dos albornoces están encima de la cama y la puerta del cuarto de baño, al fondo, está entreabierta.

Saf' se desviste y se acuesta desnuda en la cama, con el edredón hasta la barbilla. Rápido. Lerenard llegará pronto, por la noche, todos los raposos. Desnudarse delante de él está

por encima de sus fuerzas.

Se repite fragmentos del razonamiento de Scoarnec. «Eres una mujer liberada... Hemos realizado la revolución sexual hace más de treinta años... Juegas un papel, como en el teatro, no es tan difícil... La suerte de toda nuestra operación depende de ti, de tu capacidad para volver loco al imbécil de Marsand... Vas a estar brillante, como siempre, confío en ti.» Y el domingo pasado, todavía le dijo «hazlo por mí». Y ella, obediente, se dispone a tocar una vez más la música del sentimiento sincero a aquel pobre desgraciado.

Vergüenza.

Tiene ganas de vomitar.

Esta noche, el técnico llega tarde, la espera se prolonga. Saffron empieza a tener la esperanza de que no aparezca. Y se enciende un porro para pasar el tiempo y darse ánimos.

El chico llega, una hora más tarde de lo previsto, y se detiene en el umbral de la pieza. Parece haber bebido.

Saffron se incorpora en la cama. El edredón se desliza y descubre sus senos. Son altos, redondos, de un blanco lechoso con unos pezones oscuros. Le hace un gesto para que vaya a sentarse junto a ella. Su pecho se mueve lentamente.

—¿Qué te pasa? Ven aquí.

—Scoarnec es un asesino. Y yo no quiero trabajar con un tipo como él. Armar escándalo en una emisión de mierda es una cosa. Matar a un tío es otra muy distinta. A partir de ahora, os las arregláis sin mí.

Realmente esta noche tenía que ir. Todo habría podido irse a la mierda. Erwan tenía razón, una vez más. Saf' deja que el edredón se deslice más abajo, por debajo de su cintura. Aparece el principio de su vello púbico.

—Erwan no ha matado a nadie.

—Lo dicen todos los periódicos.

—¿Y? ¿Tú te crees todo lo que cuenta la prensa oficial? Es una novedad.

Marsand se ha sentado al borde de la cama, tiene el cuerpo de Saf' al alcance de su mano. Lucha pero no puede

evitar mirar el sexo de su amante.

—Y encima los polis vinieron a verme.

—¿Cuándo?

—El lunes, a última hora. A mi casa.

—¿Qué les dijiste?

Matiz de inquietud en la voz de Saffron, al principio, pero se recupera enseguida.

—Nada, espero.

—Claro que no. ¿Por quién me tomas?

El gallito ha vuelto.

—¿Qué querían saber?

—Si os había visto, cuándo fue la última vez. Lo que hice el viernes por la noche. Trabajaba, tuvieron que comprobarlo porque no pudieron arrancarme nada sobre eso. Pero me da miedo. No tenía que haber ningún muerto, ese era el trato.

—Erwan no ha matado a nadie, hay pruebas.

—¿Cuáles? ¿Dónde? ¡Hay que usarlas!

—Están a buen recaudo. Las usaremos pero después de la operación. Si lo hacemos ahora, tendremos que dar explicaciones y testificar, y Gédéon se irá a pique.

Saffron parece muy segura de sí misma. Se deja caer sobre las almohadas, descubriendo un poco más su pubis.

Marsand se esfuerza por apartar la mirada y prosigue.

—Tenemos a los polis detrás. He estado a punto de no venir. Creía que encontraría a una banda de polis en tu cama.

Saf' le coge la mano y la lleva hasta su vagina.

—No hay razón alguna para que tengas miedo. Erwan no ha dejado ningún rastro.

Ligero suspiro, lo bastante provocador. Ella está húmeda.

—Ya lo conoces, no tiene tarjeta de crédito, ya no tiene ni móvil, ni coche. La policía solo tiene la sombra de un inicio de pista y nuestros escondites son seguros. La prueba es que estoy aquí. Si mantienes la boca cerrada, todo irá bien.

Los dedos de Saf' masajean la entrepierna de Marsand. Lo atrae hacia la cama y lo desnuda, con gestos muy lentos. Él tiembla y luego, en cuanto está desnudo, se coloca encima de

ella, la toma muy deprisa y con gran torpeza.

Ella contempla el techo, por encima de su hombro, se esfuerza en no pensar en nada y luego, de repente, la sacude un acceso de rabia incontrolable, tiembla, se odia, lo odia, le da la vuelta, le propina puñetazos, le muerde en el hombro.

Él, engañado por aquel ataque de violencia, sin aliento, se corre muy deprisa, y se separan, tendidos el uno junto a la otra en la cama.

Saffron lía otro porro, que se pasan en silencio.

—¿Estás mejor?

Asiente con la cabeza.

—Mañana por la mañana, cogeré los billetes de avión de los que hemos hablado. En cuanto termine la operación, nos largamos los dos.

Saf' recoge un albornoz que está en el suelo, se envuelve con él y va a tomarse una larga ducha. Cuando regresa, Marsand está dormido.

Se separarán hacia las seis de la mañana, con un último beso sin alma tras haber franqueado el portillo de la propiedad. Saffron recuperará el coche y volverá a casa de Tamara. Una hora escasa de trayecto, todo el tiempo del mundo para meditar sobre la noche pasada, entre asco y orgullo por la misión cumplida, y con ganas. Luego dejará de pensar en ello, saldrá el sol, solo quedará un gran alivio. Pase lo que pase, ya se acabó lo del pabellón de Ville-d'Avray.

Ya nunca más hacer de puta.

Jueves

Son ya las dos de la madrugada y Jean sigue en Montreuil. Apoyado contra un coche aparcado delante de la casa ocupada de los artistas, está de espaldas al edificio, vagamente atento a la música que suena en el segundo piso. Esta noche hay una fiesta en casa de esos pintamonas. Y es una mierda. Eso les complica la vida. Bosteza. Estoy cansado. Un día más como este y es la gilipollez asegurada. Tengo que dormir. En ese estado de vigilia letárgica, adivina más que ve u oye la berlina que se le acerca por detrás y aparca entre dos coches unos veinte metros más allá.

Michelet se le acerca a pasos rápidos, algo intranquilo de estar ahí tan tarde. El suburbio este no es su territorio de caza habitual. Jean se ríe interiormente.

Breves saludos con la cabeza.

—¿Sigue ahí dentro?

El subprefecto señala la casa con la barbilla.

—Eso creo.

—¿En qué piso?

—Con su hermana, en el segundo. Las ventanas oscuras al lado de la fiestecita.

Michelet suspira. Parece perdido, incapaz de tomar una decisión.

Jean empieza a lamentar haberse dejado embaucar en esa historia por ese tipo incapaz de dar la cara.

—¿Realmente debemos hablar con él?

—Sí. Y también hay que atrapar rápidamente a Scoarnec.

—Supongo que no tiene sentido esperar que la Criminal lo

detenga para sumarnos al interrogatorio.

—No, realmente no.

—Entonces hay que actuar deprisa. Al salir de allí esta tarde, he visto a dos tipos del 36 que se presentaban a la recepción preguntando por Marilyn Courvoisier.

—Son rápidos, esos gilipollas.

—Sí. Y volverán. ¿Quiere decirme por qué es tan importante que nos adelantemos a ellos?

Michelet se irrita y acaba cediendo.

—Julien Courvoisier tiene una grabación. La necesito. Con todas las copias existentes.

—¿Una grabación de qué?

Pasan unos segundos.

—Del contenido del ordenador de Soubise.

El subprefecto dirige la mirada hacia la casa.

—¿Cómo lo ve?

—No tenemos muchas opciones. O esperamos que nuestro amigo salga solo como un buen chico. Con el riesgo de que los colegas regresen y le cojan antes que nosotros...

—¿O?

—Entramos a buscarle. Esta noche.

Pasa un minuto. Dos quinquis en chándal pasan delante de ellos en una moto y los miran de reojo. Se alejan y luego vuelven sobre sus pasos, con aspecto belicoso.

Jean se incorpora y les ofrece su mejor sonrisa.

La moto arranca y el ruido del tubo de escape se pierde en la noche tras unos segundos.

—¿Dónde está Michel?

—Detrás del edificio hay un jardín para los vecinos. Muy agradable. He tomado el té allí con una de las artistas, esta tarde —Jean se echa a reír—. El jardín tiene una puerta de acceso a la calle paralela a Paris. Michel la está vigilando.

Nueva pausa.

—OK, adelante.

Michelet regresa a su coche.

Jean lo observa dar media vuelta para volver a irse en

dirección a París, luego cruza, coge una callejuela perpendicular y se reúne con Michel, que lo espera dentro de su vehículo. Rápida revisión del material que han preparado para la ocasión: grilletes, un buen saco de tela de esparto para meter la cabeza de ese gilipollas dentro, y el pelirrojo prueba su porra eléctrica.

—Con eso, el informático no nos dará problemas.

Con los pasamontañas doblados como gorros encima del cráneo, abandonan su Kangoo y se deslizan hasta el portal. Un chorro de líquido desencallador en los goznes para evitar que la puerta chirríe, algunas manipulaciones en la cerradura —por una razón que Jean no puede entender, Michel prefiere hacerlo la antigua, con la ganzúa— y entran en el jardín. Se ocultan en la penumbra que les ofrece un árbol, cerca de la pared del cercado. Se tapan los rostros, dejan que sus ojos se habitúen a la oscuridad y luego avanzan hacia la casa ocupada.

Vaya poetas asquerosos que ni siquiera cierran la puerta de atrás. Michel entra el primero en el oscuro vestíbulo desierto. Por encima de su cabeza, se oye la música en sordina. Realmente esos parásitos no tienen nada mejor que hacer. Empieza a subir las escaleras. Jean le sigue. Primer piso, nada anormal. Solo cabe esperar que el informático duerma como un buen chico en casa de su hermana. Segundo piso. Michel se detiene en la entrada del rellano, aguza el oído, se toma su tiempo. Todo está OK. Hace una seña a Jean, que se le adelanta y va hacia la puerta de Marie-Line.

Cerrada con cerrojo.

Con dos pistoletazos, Jean nota que saltan las bisagras, gira el pomo de la puerta y entra en el piso. Michel, detrás de él, cierra, pero no del todo. Oscuridad total. Se ponen las cintas en la frente con la luz roja. Están en el salón. Un sofá hace las veces de cama. Vacío. Hay un ordenador portátil justo al lado, en una mesa baja. ¿De Courvoisier? Jean hace una señal a su cómplice para que espere cerca de la entrada. Avanza dentro del piso, hasta la habitación. También vacía.

¡Mierda! El chico y su hermana están juntos. Regresa al salón. Signos cabalísticos a Michel. No hay nadie. Señala el PC. ¿Nos lo llevamos? Diálogo silencioso e incómodo. Dudas.

Luego se produce la sorpresa a la espalda de Michel. El poli, en cuclillas, está a punto de caerse hacia adelante. Alguien ha empujado la puerta.

Una mujer.

—Pero ¿qué están haciendo aquí?

Jean se sobresalta.

Michel, de pie, golpea hacia delante. La zorra no tiene ni tiempo para preguntar quiénes son, recibe un golpe y se cae de espaldas sobre el rellano. Luz. Hay alguien en el umbral de la casa en la que se celebra la fiesta.

Se oyen gritos.

Jean empuja a Michel hacia la escalera. Ruidos detrás de ellos. Se oyen voces de hombres y mujeres mezcladas. Llegan al vestíbulo y las oyen más lejos. Enseguida solo pueden percibirse insultos de voces masculinas. Los persiguen. Cruzan el jardín, empujan el portal y se van corriendo a toda velocidad por la calle y, en un mismo reflejo, dejan allí el Kangoo. Más tarde, después de unos centenares de metros, Jean y Michel pueden por fin aminorar la marcha, ya no hay nadie que les pise los talones.

Cuartel general de Schneider, es muy pronto y todo el mundo está en su sitio. Hoy es un gran día. El candidato presenta su programa a una asamblea de altos directivos. Operación seducción. Hay que convencerles de que en estos momentos ya no está de moda el rojo revolucionario, lo que ya han entendido desde hace tiempo, y que Schneider pretende hacer lo mismo que Guérin en el tema de los tratos de favor a las grandes empresas francesas, pero aún hay algunas reticencias, a nadie le gusta cambiar sus costumbres.

El equipo revisa una vez tras otra el discurso, añade un detalle, una cifra aquí y allá. Schneider los oye

distraídamente y se aburre. Cree que se trata de una reunión inútil. Y que su campaña es demasiado conformista, demasiado tecnócrata. Dumesnil le diría: «¿Qué te crees?». De tal palo tal astilla. Cuando el texto esté a punto, un especialista en comunicación le ayudará a pronunciarlo con sentimiento. Mientras espera, toma un café y contempla la foto de su rival, a punto de desmayarse en la tribuna de un mitin, que aparece en primera plana en toda la prensa de la mañana.

Dumesnil, sentado junto a él, lo observa por el rabillo del ojo.

—Da gusto de ver pero Guérin no va a irse al otro barrio antes de la segunda vuelta. No cuentes con ello. Y los sondeos de ayer no mejoran mucho las cosas.

—Ya lo sé. ¿Hay alguna idea de lo que provocó su indisposición?

—He oído algunos rumores, pero no son del todo fiables.

—Dímelos de todos modos.

—Parece ser que Elisa Picot-Robert, la propietaria de PRG y gran amiga de Guérin, recibió dos veces la visita de la policía con motivo de la investigación sobre el asesinato de Benoît Soubise, aquel poli destinado a la seguridad de la CEA. Guérin posiblemente hubiera sufrido una crisis de angustia al saberlo, justo antes del momento de subir a la tribuna. Además, Moal ha sacado esta mañana un editorial en *France Inter* a propósito de los vínculos que podría haber entre PRG y el asesinato de Soubise.

—La CEA, PRG, Guérin, interesante, ¿no? ¿No hay forma de activar nuestras redes en Interior y en la CEA para averiguar más?

—Sí, evidentemente, pero no estoy seguro de que sea productivo.

—Hazlo de todos modos.

Guérin, en su despacho, arrellanado en una butaca elegante,

está terminando muy relajado una larga entrevista muy seria sobre «la Francia del mañana», laboriosa, combativa, en movimiento.

Delante de él, el periodista pregunta amablemente, registra las palabras, las frases, seducido por el estilo y el tono.

Sonia entra.

—Lo siento, señores, ha llegado la hora. El coche espera.

Los dos hombres se levantan.

El periodista se arriesga a una última intervención.

—Una última pregunta, señor ministro. La indisposición de anoche...

Guérin lo corta.

—No hubo ninguna indisposición. Ha sido una invención de los medios de comunicación. Al entrar en aquella sala atestada de gente cálida y entusiasta, me sentí emocionado, profundamente emocionado. Noté físicamente las esperanzas que todas aquellas personas depositaban en mí. No podía decepcionarlas, ¿me entiende? Viví unos segundos de intensa emoción. La política también es emoción.

El periodista se va.

Sonia empieza a recoger del despacho algunos objetos: bolígrafos, agendas, pañuelos, caramelos, píldoras, una botella de agua, y lo mete todo en un maletín de cuero.

—Un poco en la cuerda floja, pero has salvado bien lo de anoche.

Guérin, algo torpe.

—Sonia, te necesito.

Ella, sensible al tono inhabitual, se gira hacia él, bruscamente atenta.

—El momento es delicado y me da miedo que esta historia de Soubise tome un giro inesperado.

Sonia, con las cejas arqueadas, se hace la sorprendida.

—¿Y eso? ¿Qué tienes que ver tú con todo ese asunto?

—Nada de nada. Pero la magistratura ha colocado a un poli que ya conoces, el tal Pâris... Que continúa su cruzada

contra los Picot-Robert y contra nosotros.

—Lo del PRG lo sé, he leído la prensa, ¿pero a ti?

—Por favor, Sonia —dice irritado—. No te hagas la ingenua. Ya ha hecho una visita a la sede de PRG y, pese a unas órdenes muy estrictas de sus superiores, ayer siguió a Elisa hasta su galería de arte. Una maniobra de intimidación, sin duda. Quiero saber si tiene en reserva algunas bombas con intención de lanzárnoslas a la cara y...

—Cuentas conmigo para ir a preguntárselo.

—Exactamente. Y aconsejarle con firmeza que acabe con ese juego peligroso. Por su bien.

—No estoy muy segura de que sea una buena idea este tipo de procedimiento en plena campaña electoral. Solo quedan diez días. Y mi visita podría atraer la atención de la gente. De Schneider, por ejemplo.

Guérin se acerca a Sonia, con ternura, le pone la mano en el hombro, busca su complicidad.

—No se trata de nada oficial, un encuentro casi amistoso. Te lo pido porque sé que puedes hacerlo. Vuestro primer encuentro, en tiempos de tu padre...

Sonia se para un momento, pensativa. Pâris. Hace mucho tiempo que no pensaba en él. Una voz, un tono, una mirada. Una diferencia. Algunos momentos sorprendentes. ¿Ganas de volver a verle? Tiende el maletín a su marido.

—De acuerdo, pórtate bien en Burdeos, sin mí. No hagas tonterías. Te veo esta noche.

En el coche que le lleva a Bourget, Guérin llama a Elisa.

—Ha aceptado. Esta noche sabremos algo.

Entre los bastidores de un gran salón del hotel Park Hyatt, a dos pasos de la plaza Vendôme, el personal de campaña de Schneider hace pasar un severo examen de control al candidato. La forma de vestir es la correcta, idéntica a la de los jefes del CAC. Le han dado unos toques de maquillaje para darle sensación de salud. Schneider ya ha declamado dos

veces su texto y lo han prevenido sobre todas las trampas posibles y cómo evitarlas. La entrada en escena se anuncia en cinco minutos. Un asistente viene a informarle de que en la sala hay unos treinta directivos y el doble de periodistas.

Dumesnil se acerca a Schneider y le habla al oído.

—Nuestros amigos confirman que PRG aparece en la investigación de la Criminal. Algunos incluso llegan a decir que la pista ecoterrorista no es más que una patraña. No te emociones demasiado deprisa, pero debes reconocer que es interesante. Otra cosa, el policía que dirige la investigación, el comandante Pâris... ¿recuerdas el caso Centrifor, hace unos años?

—Vagamente.

—En resumen, el viejo Pasquier organizó el salvamento de una empresa del 92, Centrifor, gracias a dinero del Estado, con el apoyo de PRG. Hubo muchas sospechas de comisiones ocultas. En el grupo encargado de la investigación, estaba un tal capitán Pâris, por aquel entonces de la BRIF. Dado que se acercaba demasiado a Pasquier, le «ascendieron» a la Criminal. Y la investigación se cerró. Seguramente aún siente un gran rencor por ello.

—¿Crees que vale la pena reunirse con él? ¿Hablaría?

—Lo podemos intentar.

—¿Te encargas de ello?

—De acuerdo. Venga, al escenario. Y pórtate bien.

En el coche de France 2, aparcado delante del hotel, Pierre Marsand está detrás de la consola. A la señal del realizador, selecciona un primer plano de Schneider, antes de seguir su mirada y barrer la sala, repleta y en silencio.

A la hora de la comida, Pâris se va solo del 36. Necesita escaparse un rato del peso del grupo, que le dejen tranquilo. En esos casos, tiene sus costumbres, un ostrero de la calle

Saint-Jacques. Va hacia allí caminando despacio, como un paseante más. De vez en cuando aprovecha la suerte que tiene de trabajar en el corazón del viejo París. La fachada de Notre-Dame, un brazo del Sena, el presbiterio de Saint-Séverin.

Le suena el móvil: echa un vistazo, su mujer, la llamada de todos los días. No contesta y sigue andando. Saber dónde estoy, saber lo que quiero. Demasiado tarde, demasiado viejo. ¿Qué hacer? Decide llamarla.

—Soy yo... Por favor, ahora no... No por teléfono... Sí, esta noche, una cena... ¿Astier? ¿A las ocho? Allí estaré.

Pâris suspira, no es lo que quiere, se mete el teléfono en el bolsillo y levanta la cabeza, está delante del bar de las ostras.

Entra, va a sentarse al extremo de la barra y saluda al camarero. Una docena de ostras y una botella de vino Pouilly-Fumé, como siempre. Le traen el vino, se sirve una copa, muy frío, como le gusta, empieza a relajarse y abre el periódico, que está en la barra. La tele, al fondo del restaurante, ofrece unas imágenes de Schneider ante una asamblea de altos directivos, en el marco suntuoso del Hyatt Vendôme, sin el sonido, que ha sido silenciado.

El camarero le lleva su bandeja de ostras y le comenta:

—¿Lo ha visto? Schneider hace la pelota a los poderosos, como el otro.

Pâris refunfuña y sigue leyendo el periódico, mientras unta de mantequilla una rebanada de pan de centeno.

—¿Está libre este asiento? ¿Puedo sentarme?

Una voz femenina que no le resulta desconocida. Pâris levanta la cabeza y ve a Sonia Guérin en el taburete a su lado. Primero muy sorprendido, luego divertido, hace un gesto al camarero para que traiga otra copa, se la llena de vino y se la acerca en la barra.

Sonia la coge y sus manos se rozan.

—Seis ostras para mí, para acompañar al señor.

Prueba el vino, le gusta.

—No ha cambiado nada. Siempre el mismo bar, las mismas ostras, el mismo vino.

—¿No ha cambiado nada? ¿Usted? ¿Así que no se trata de una visita de amigos? —Pâris insiste en el *usted*—. Parece que usted tampoco ha cambiado mucho. Le sigue gustando este vino. Y apuesto a que ha venido a decirme lo mismo que en nuestro primer encuentro: no se meta en nuestros asuntos, deje a mi padre, perdón, a mi marido, tranquilo.

—Más o menos. Pierre es un huraño. Va a ser elegido presidente. Usted corre demasiado peligro. Y para nada.

—Para nada.

Pâris coge su copa, la vacía de un sorbo y la llena de nuevo.

—Sabe, estoy tocando fondo en mi vida privada. Así que, ¿renegar de mi vida profesional? ¿Ahora? Sería como abandonar lo poco que me queda. Su marido se equivoca al preocuparse. La gente acabará notándolo y se preguntará si hay gato encerrado.

Los dos se terminan las ostras en silencio.

Pâris la observa de vez en cuando, por encima de la bandeja.

—Es un procedimiento extraño hacer intervenir a la esposa para proteger a la amante. ¿Por qué lo ha aceptado? No le gusta este papel. Y aún le gustaría menos si conociera a fondo el asunto. Y, como yo, detesta a aquella mujer. De otro modo, sería más persuasiva. Después de su padre, ¿los caprichos de Guérin? ¿No tiene ganas de ser usted misma, libre, por lo menos una vez en la vida?

Sonia, turbada, mete la mano en el bolso, busca sus cigarrillos, hace caer el mechero. Pâris lo recoge, juega un momento con él, lo enciende. Ella se inclina hacia él, con el cigarrillo en los labios, le roza el hombro. Él respira el olor de su pelo, acerca la llama y enciende el cigarrillo con un gesto lento, atento, casi tierno.

Ella se incorpora, da una primera calada.

—Mi vida privada no es mucho mejor que la tuya.

Recoge su bolso, se levanta y pone la mano encima de la de Pâris.

—Olvida lo que he venido a decirte. Me ha gustado mucho volver a verte.

Pâris, con un nudo en la garganta, mira como se aleja. Qué elegancia.

En el momento en que Sonia Guérin y Pétrus Pâris se toman sus ostras, Elisa Picot-Robert entra como una furia en el despacho de Barbara Borzeix con unas hojas impresas en la mano. Primera edición del *Journal du Soir*, regalo de Albert Mermet. Blanca de rabia, pronuncia algunas acusaciones apenas veladas hacia su empleada. Según ella, es la fuente de las filtraciones a la prensa. Mencionan a PRG y asocian al grupo en la muerte de Benoît Soubise. Siguen amenazas de demandas contra su directora jurídica, por divulgación de informaciones confidenciales o cualquier otra cosa, ya verá, y una promesa de carrera rota, si se verifica que es la responsable de todo ello.

Borzeix tarda unos segundos en reaccionar, sorprendida por la violencia de la intrusión. Luego se recupera, se levanta, coge su bolso y su americana y deja plantada a su jefa. Antes de salir le suelta:

—Ya no soy una niña. Y siempre me ha horrorizado la histeria. ¡La creía mejor preparada para enfrentarse a lo peor!

Regresa a su casa. Por el camino, hace algunas compras, unos DVD en el videoclub. Encerrarse, reflexionar. ¿Tengo algo para fumar? Cuando llega a su casa, Borzeix se apresura a desconectar el teléfono y el ordenador y a apagar su móvil. Desconexión total hasta el lunes.

En la penumbra de su habitación de hotel, Neal emerge difícilmente de un sueño pesado, sumergido en whisky. Gran dolor de cabeza. Un rayo de sol se filtra entre las cortinas. Mira su reloj, casi las dos de la tarde. Recuerdo confuso de lo que pasó el día anterior. Empezó a beber en las oficinas de

Reuters. ¿Y luego? ¿Cómo volvió a su hotel, a su cama? Se arrastra hasta la ducha, caliente, fría. Un día de resaca difícil de pasar, porque lleva a cuestas una enorme mala conciencia. Y ya no está acostumbrado. Se viste concienzudamente. Se siente mal. No tiene ganas de comer. Pero un helado, buena idea, unos helados, van bien contra las náuseas, va hacia el café de la esquina, el Berthillon.

Al salir del hotel, compra el *Journal du Soir*, el sol le hace daño en los ojos, se refugia en el fondo del café, desierto y fresco, pide un surtido de sorbetes y empieza a sentirse mejor. Abre el periódico, busca un artículo de Moal y lo encuentra. Unos segundos antes de poder fijar la mirada en unas líneas que padecen una odiosa tendencia a mezclarse, un rato antes de entender lo que acaba de leer. Parece que la pista de los ecoterroristas no es la única que sigue la policía. ¿El grupo PRG y una tal Barbara Borzeix, directora jurídica, andarían metidos en el asunto? Neal se siente invadido por una ola de adrenalina, nota las manos húmedas, las ideas confusas y agitadas. ¿Mi hija libre de toda sospecha? ¿Una gran empresa detrás de todo esto? Quizá libre de toda sospecha, pero no fuera de peligro. Ir a ver a Cooke. Coge su móvil, lo enciende y recibe el SMS que su amigo le ha enviado de buena mañana. «Estoy en mi despacho, ven a verme en cuanto recibas este mensaje.»

Hacia las dos y media de la tarde, reunión de los sustitutos en el despacho del fiscal. Los asuntos del día se despachan en tres cuartos de hora, después el tono cambia muy sutilmente. Fourcade sabe que la bronca va a ser para él. Lo ha sabido apenas ha entrado, cuando ha visto el ejemplar del *Journal du Soir*, abierto por las páginas de Sociedad, encima de la mesa de su superior. PRG citado en un artículo acerca de la muerte de Soubise, el gran jefe espera que aquello no provenga de ellos; si no, se mostrará furibundo. Insiste en la necesidad de mantener sus investigadores. Fourcade nota las miradas de los

demás magistrados sobre él. No dice nada, no reacciona para que nadie se dirija directamente a él. Justificarse significaría reconocer su falta y, sinceramente, no ve en qué momento la ha cometido. Y no cree ni por un segundo que Pâris se haya extralimitado de nuevo. No después de lo que se dijeron el día anterior. O quizá es que el hombre lo ha entendido mal. Deja que pase la tormenta, aunque se siente irritado.

Al salir del restaurante, Pâris se siente turbado. Creía que había pasado ya esa página. Debería haberlo hecho. Y no es el caso. No tiene ganas de encerrarse en el 36 y llama a Pereira para que le transmita las últimas noticias y darse tiempo para reflexionar durante la tarde.

«Hace un momento aún te estaba buscando el carcelero...»

—Eso ya no es amor, ¡es pura rabia! ¿Crees que estaba enfadado?

Fichard no lee la prensa, es demasiado perezoso, pero es muy sensible a los sobresaltos de la jerarquía. Y entre el incidente de ayer, en la galería, y el artículo de Moal, esta tarde, ha habido varios sobresaltos. Empezando por la visita de Sonia.

«Que va. Más bien lo contrario. Quería saber en qué punto estábamos.»

—¿Qué le has dicho?

Cigarrillo, mechero, concentrarse en el humo que invade sus pulmones. Sienta tan bien.

«No te preocupes, estamos a salvo. Le he hablado de Courvoisier, del edificio ocupado y de nuestra segunda visita de esta mañana, más profunda, que ha quedado en agua de borrajas. Parecía decepcionado, pero nada más.»

—¿Nada más? ¡Que imbécil! Yo sí que estoy decepcionado. Creía que lo teníamos.

«Creo que le teníamos.»

—Explícate.

«Coulanges ha regresado justo después de que te fueras. El

árabe del café de delante le ha dicho que esta noche ha habido follón en el edificio de los artistas. Intento de robo. Cuando la agitación se ha calmado, tres personas han abandonado el edificio en coche. Una de ellas corresponde a la descripción de Courvoisier. La pista está caliente.»

—¡Por fin una buena noticia! ¿Qué se sabe de la pequeña Jones-Saber?

«Dudu está en ello con Besnier. Está buscando. Le he enviado a Estelle y a Thierry porque hay muchos refugios potenciales por visitar.»

Pâris deja pasar unos segundos sin decir nada. Piensa en Neal Jones-Saber, que está preocupado por su hija. Se pregunta qué pensaría de un tipo que acosa a sus propios hijos. Un tipo como él. Seguro que no estaría muy tranquilo.

«¿Vas a volver al despacho?»

—Voy a ver a Christelle esta noche.

Silencio.

—Hace dos días que intenta contactar conmigo para que tengamos una conversación entre adultos.

Da una última calada de nicotina, aplasta el cigarrillo a medio consumir, se enfada consigo mismo en silencio por no poder sacarse de la cabeza la imagen de Sonia, junto a él, en el mostrador.

—Entre adultos, joder...

«Si necesitas hablar después, dejo mi móvil encendido.»

—Gracias.

¿Qué quedará por decir después?

Cuando Neal Jones-Saber entra en su despacho, Cooke está en pleno trabajo, muy concentrado en un artículo. Le hace una seña para que tome asiento y espere.

—*I'll be just a minute*.

Neal le da la espalda, escucha el sonido del teclado, los ruidos de la redacción que llegan a sus oídos a través de la puerta abierta.

Cooke envía su artículo sin releerlo y por fin se gira hacia su amigo.

—¿Has leído lo de Moal?

—Evidentemente.

—*It's going to be big*. Quizá un asunto de Estado. ¿Qué piensas de ello?

—Nada, yo solo busco a Saf'.

—Querido amigo, la mejor forma de encontrarla es poner todo eso en claro. Y no es quedándote sentado, emborrachándote y sintiendo lástima por tu suerte que vas a ayudarla de salir de ahí. Supongo que aún eres capaz de entender lo que te digo.

Neal cierra los ojos, se calla.

—Tú como *free-lance*. Solo para este caso. He llamado a Londres esta mañana, después de haber oído a Moal en *France Inter*. Están de acuerdo. ¡Están muy de acuerdo!

El padre de Saffron abre los ojos y se levanta lentamente.

—¿Por dónde empiezo? ¿Quizá podría ir a ver a esa tal Borzeix de la que habla Moal?

Cooke se acerca a él, radiante, y le da un abrazo.

—Mi viejo Neal, hace veinte años que espero esto. En fin, casi veinte años.

Saca de su cajón una botella de whisky.

—¿Lo celebramos?

—No, por favor, ya me ha costado bastante recuperarme de lo de ayer. Ya no tengo edad para estas tonterías. Las viejas costumbres laborales, OK, pero para el whisky esperemos un poco.

—Mira, ya te he preparado una mesa, junto a la puerta. No es mucho, pero es lo que he podido hacer. Incluso he encontrado un viejo Mac. Te he copiado tres carpetas.

—¿Tan seguro estabas de que iba a aceptar?

—Primera carpeta, lo que he podido encontrar sobre Pâris, como me habías pedido. Ya lo leerás, es sorprendente, este tipo tiene ya una larga historia con Guérin y PRG, que debe haberle granjeado bastantes odios. Pero por lo que he podido

ver, no es un perfil retorcido.

Neal se instala delante del ordenador.

—Segunda carpeta, la empresa PRG. Un análisis muy económico de la empresa, lo que maneja, la evolución del sector.

Neal hace clic en el icono que lleva el nombre del grupo de BTP y se sienta en el centro de la mesa del ordenador.

—Tercera carpeta, Picot-Robert, Pasquier, Guérin. La forma en que estas familias se han ayudado para llegar a la conquista del poder y del dinero. Ya te lo había explicado a grandes rasgos en la comida en Chez Gérard. Aquí he reunido bastantes documentos para que puedas hacerte una idea más precisa del tema. En mi opinión, deberías leer todo eso antes de quedar con nadie. Pero antes de que te pongas al trabajo, voy a buscar dos cafés y te cuento una historia.

Unos minutos más tarde, los dos hombres, sentados en su despacho, beben lentamente un café caliente, bastante malo.

Cooke ha añadido al suyo un chorrito de whisky para disimular el sabor.

—Lo que voy a contarte no lo escribiré, pero debes saberlo. El viejo Pasquier se casó en segundas nupcias con una mujer treinta años más joven que él y de la que estaba perdidamente enamorado. Denis Picot-Robert, un hombre apuesto, más joven que Pasquier, seguro de sí mismo y un gran seductor, dispuesto a pisar a todo el mundo incluyendo a sus mejores amigos, le robó la mujer a Pasquier, de lo que se hizo eco toda la prensa rosa francesa. Se dijo que la pena mató al viejo. Su única hija, Sonia, que le adoraba, nunca se lo perdonó a la familia Picot-Robert, y cuando Denis murió en un accidente de avión, transfirió su odio hacia la bella Elisa, de la que hoy se dice que es la amante de Guérin.

—Los Atridas a la francesa, una historia llena de adulterios y de pasta. Pero, ¿por qué me cuentas todo eso? ¿Qué relación tiene con Saffron y el asesinato de Soubise?

—Seguramente ninguna. Pero nunca se sabe.

Hacia las diecisiete horas, el teniente Pierre-Marie Durand y el cabo Mesplède están aparcados, con el motor en marcha, en el arcén de una pequeña calle lateral a orillas del Sena, a la entrada de un escueto camino privado bordeado de robles centenarios. Durand, sentado en el lugar del copiloto, tiene desplegado un mapa en sus rodillas.

—Creo que es ahí.

Un cartel de madera, clavado a un árbol, indica *Moulin de Saint-Pierre*.

Un 2 CV rojo aparece en el camino y traquetea sobre su suspensión hasta la carretera. Al volante, una mujer, de edad incierta, con un fular en la cabeza y unas grandes gafas que le ocultan la cara. Gira delante de ellos en dirección a París sin prestarles ninguna atención.

Los dos policías miran cómo se aleja y luego vuelven a la pista llena de rodadas.

—Si ella ha pasado por allí, nosotros también.

Por el retrovisor, Saffron ve que el Peugeot gris se dirige a la casa de Tamara. Su corazón palpita a gran velocidad, sin que entienda muy bien por qué. ¿Dos tipos, en un coche anónimo, ahí, en medio de ninguna parte? Sin embargo, la han dejado pasar. Y no la siguen. ¿Encontrar otro escondite? ¿Qué haría Erwan?

Sonia Guérin se ha reunido con su marido en los platós de France 3 Región Aquitania.

Al final de la grabación, tras haber pasado por el desmaquillaje, el candidato se dirige enseguida hacia ella y la coge por al brazo, atento y sonriente.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Y? ¿Cómo ha reaccionado? Dime.

—No le he hablado de su investigación.

Guérin suelta el brazo de Sonia.

—¿Puedo saber por qué?

Sonia se muestra muy fría, con la cara seria e inexpresiva.

—Por dos razones. La primera, creo que se trataba de un paso inútilmente contraproducente, ya te lo había dicho. La segunda, más importante, siento afecto por ese hombre. —La voz subraya la palabra *hombre*—. Y no quiero sentirme desacreditada a sus ojos.

Y se aleja rápidamente. Guérin se queda mudo.

Astier, una institución del distrito once. Una institución en su vida, en su vida de antes. Antes de las chicas, antes de todo lo demás. Pâris entra en el restaurante.

Christelle ya ha llegado, tiene una copa de vino blanco y unas finas lonchas de salchichón en una bandeja delante de ella. Mira cómo él se acerca, no se atreve a moverse o sonreír. Esta noche, se lo juegan todo y ella lo sabe.

Él toma asiento, intercambian algunas palabras vanas y pide el mismo aperitivo que su esposa. Deja el móvil encima de la mesa, ya no tiene la fuerza o la necesidad de decir «por el trabajo». Y su copa de vino llega al mismo tiempo que una llamada de Pereira. Pâris contesta, ni siquiera se levanta.

—Dime.

«¿Estás ya con ella?»

—Sí.

«Entonces siento mucho molestar, pero pensaba que lo querrías saber. Tentativa fallida respecto a Saffron Jones-Saber. A Durand le gustaría que nos escondiéramos cerca de una comunidad cerrada de intelectuales pero creo que perderíamos el tiempo.»

—¿Courvoisier?

«Nada de nada de momento.»

Echa un vistazo a su mujer. La mirada que le dirige no es muy amable.

—Te dejo. Hablamos mañana.

Pâris cuelga.

—¿Vas a apagarlo?

—No.

—Tenemos cosas importantes que decirnos.

—Esto también lo es.

—Demasiado.

Un camarero viene a tomarles nota. Pâris, poco inspirado, se conforma con una carne poco hecha; su mujer tomará un entrante y una lubina. Y piden vino blanco, una botella.

En cuanto vuelven a estar solos, ella empieza a hablar.

—¿Qué te pasa? ¿Qué nos pasa?

Pâris no contesta nada, sus ojos se pasean de su copa de vino a su teléfono, desesperadamente mudo.

—¿Has pensado en las niñas?

Saffron llega al Bar du Pacifique, en la esquina de las calles Belleville y Pyréneés, por esta última, tras haber subido por la calle Mare, después Ménilmontant, donde ha aparcado el 2 CV. Ha llegado pronto, se sienta bajo el toldo, delante del café, no al borde de la acera, sino un poco más atrás; pide una caña y espera. Esta en tensión. No se siente tranquila debido a aquellos dos hombres con los que se ha cruzado a la salida del Moulin. Tiene la impresión de que el tiempo se alarga, que Julien nunca va a llegar.

Tiene la cerveza en la mesa. Un grupo de guardias urbanos, dos hombres, tres mujeres, con pantalones de uniforme azul marino, camisas blancas, casi todos con sobrepeso, pasa delante del café y se detiene un momento. Uno de los polis saluda al propietario, charlan. ¡Atrapada! Demasiado tarde para esconderse en el lavabo, aquello atraería la atención hacia ella. Saffron gira la cara de la forma más natural posible, detrás de sus gafas y bajo su fular y finge interesarse por un cartel en una de las puertas de cristal. Esperar a que se vayan.

Julien sale del metro en la estación Belleville. No está solo, su hermana y otro chaval de la casa le acompañan. Suben la cuesta en dirección a la calle Pyrénées. A medio camino, su escolta lo abandona, como habían previsto, en mitad de la multitud china, muy activa a esa hora de comidas y de negocios. La noche se acerca, los escaparates se iluminan, ideogramas y colores llamativos redibujan las fachadas. La calle está llena de coches, atascos en ambos sentidos. Un jaleo de mil demonios.

El informático se cuela entre la gente, por la acera, a veces por la calzada, entre las bicicletas y los coches. Camina a buen paso, le falta el aliento, tiene prisa por terminar, por desprenderse de ese lápiz USB que le quema en la palma de la mano, en su bolsillo. Dárselo todo a Saffron. Informarse o recuperar la otra clave, desaparecer hasta recibir la señal de Erwan, cuando todo haya terminado. Ya sabe dónde va a ir. Tiene un amigo en el sur, en Marsella. Le irá bien tomar un poco el sol, bañarse. Lejos de todo esto.

Llega al cruce, no puede evitar echar un vistazo en dirección al bar. ¡Un grupo de polis! Se alejan, tranquilamente. Saffron está allí. No la han visto. Aún no se reúne con ella, cruza la calle Pyrénées, sigue subiendo unos cien metros, observa los dos lados de la calle, tal y como Erwan le ha enseñado, para ver si hay vehículos sospechosos escondidos. Si alguien le sigue.

Pero nada.

Tranquilizado, Julien vuelve sobre sus pasos. Al acercarse al café, mientras se encuentra todavía en la acera de enfrente, no puede evitar sonreír a Saf', que acaba de verlo. Apenas consigue retener el gesto de levantar la mano para hacerle una señal.

Luego un coche le tapa el horizonte, colocándose delante de él, en la esquina del cruce. No le presta atención, hay gente a su alrededor, ese negro alto... La puerta lateral del vehículo está abierta, nota que le empujan hacia delante, empieza a gruñir pero una mano le tapa la boca, ni siquiera

tiene tiempo para gritar. En aquel momento, piensa, el hombre lleva guantes y la piel de su muñeca es negra. Le empujan por detrás. Julien cae hacia delante dentro del coche. Un cuerpo pesado cae encima de él. Nota que el vehículo se mueve, una descarga eléctrica, y luego la oscuridad total.

Saf' ha visto que Julien le sonreía. Saf' ha visto a aquellas personas junto a él, en el semáforo. Saf' ha visto el coche, un utilitario que se detiene justo delante de Julien. Saf' ha visto a su amigo que se acerca al coche con un movimiento extraño, poco natural, y luego desaparece en su interior. Mucha gente a su alrededor. ¿Qué sucede? Se levanta, demasiado lenta, tira la mesa y la cerveza sobre otro cliente, que protesta. Tanto le da, grita el nombre de Julien. Demasiado lenta. Quiere salir, pero un hombre la coge por el brazo. Grita de nuevo, aún más fuerte, intenta liberarse. Demasiado lenta. Algo se levanta a su alrededor, le oculta la vista. Está fuera, por fin. Demasiado lenta. Alguien la sigue sujetando. El utilitario desaparece en dirección a Buttes-Chaumont. Es el dueño quien le echa un rapapolvo.

—¡Hay que seguirlos!

¡Demasiado lenta! La patrulla de polis llega corriendo. Han oído los gritos.

Demasiado tarde.

—¿Qué quieres oír? ¿Que todo es culpa mía?

Christelle, que se resiste a gritar, se concentra en su postre, un fondant de chocolate que no consigue terminarse.

Pâris la mira fijamente, irritado, amargo. Todo aquel circo le pesa, no viene a cuento. Ya no soporto toda esta hipocresía. Ya no hay nada que salvar, excepto las apariencias. Y aún. A medida que la cena avanza, la tensión aumenta y sus vecinos de mesa aprovechan el espectáculo patético que les están

ofreciendo.

El móvil del policía empieza a sonar. Lo mira. Pereira. ¿Otra vez? Una urgencia.

Su mujer ha visto la ojeada disimuladamente.

—Si respondes...

Pâris contesta.

«Tenemos a la chica Jones-Saber...»

—¿Qué? ¿Cómo?

«Una causalidad. Una patrulla, en Belleville. Ballester ha ido a buscarla con Thomas para traerla hacia aquí...»

—Voy para allá.

Pâris se levanta, busca en sus bolsillos, encuentra unos billetes y los tira encima de la mesa. Seguro que hay de sobras.

—Soy el único responsable. Me gusta mi trabajo. Más que tú. Más que las niñas. Ya te lo he dicho. Ya no cambiaré, es demasiado tarde. Rehaz tu vida, mereces algo mejor.

Sale sin esperar la reacción de Christelle, corre hasta su coche y lo pone en marcha. Se siente feliz, por primera vez desde hace mucho tiempo. Entonces la imagen de Sonia Guérin aparece delante de él. ¿Por qué? Breve reminiscencia de sus últimas palabras, «me ha gustado mucho volver a verte...». Pâris arranca en dirección al 36.

5

Viernes

Pâris ya está instalado detrás de su mesa de despacho, con Pereira sentado en una de las esquinas de la mesa, cuando Saffron Jones-Saber entra, recta como un palo, diáfana y hermosa a pesar de su ropa sucia y arrugada, y la cara surcada de haber llorado tanto. Se parece poco a su padre, salvo quizá la línea de los ojos.

Detrás de ella, empujándola, Ballester y Thomas. Ambos adoptan un ademán irritado y el primer reflejo de Ballester, al ver a su jefe de grupo, es negar con la cabeza.

Pâris se levanta, pasa por delante de la joven sin dirigirle la mirada y va a hablar en voz baja con Ballester. Asiente con la cabeza y Pâris regresa hacia Saffron. Con un gesto, la invita a tomar asiento en una silla delante de él.

Saf', preparada para lo peor, se contrae mirando por primera vez a su nuevo interlocutor.

Pâris ofrece a la joven su mejor sonrisa.

—Buenas noches, señorita Jones-Saber. Me alegro de conocerla por fin, he pensado mucho en usted estos últimos días.

Saf' solo le devuelve una mirada negra y opaca.

—Hay tantas cosas de las que me gustaría hablar con usted.

—No tengo nada que decirle.

—Al contrario.

—¡No tienen ningún derecho a retenerme aquí!

Saf', nerviosa, se mueve y hace ademán de irse. Con una mano firme en su hombro, Pereira la obliga a sentarse de

nuevo.

—¡No me toque, cerdo asqueroso!

—Deje de lado su numerito de aspirante a izquierdista.

Mientras pronuncia estas palabras, Pâris nota un atisbo de miedo en la mirada de Saffron.

—Ya lo sabe, no tiene nada que temer de nosotros si se muestra cooperativa.

—Y, si no, ¿qué? ¿Van a darme el mismo tratamiento que a Julien? ¿Toda esa parafernalia de brutalidades policiales? ¿Dónde se lo han llevado sus amigos?

—¿De quién habla?

—De sus colegas. Los que se han llevado a mi amigo Julien en Belleville.

—¿Courvoisier?

Pâris mira a Pereira, que se encoge de hombros.

—Lo he dicho a los otros, en el distrito veinte; unos de los vuestros se lo han llevado por la fuerza en un coche normal y corriente. Delante de mis narices.

Ballester interviene.

—Es efectivamente lo que les ha contado a los colegas de la comisaría. Pero ellos no tenían ninguna patrulla de paisano en la esquina en aquel momento. Y nadie vio nada allí. Aparte de ella, que gritaba.

—¿La BRI?

—Negativo, lo he comprobado.

Pâris se gira de nuevo hacia Saffron.

—¿Se había citado allí con Julien Courvoisier?

Silencio.

—¿Y si nos lo contara todo desde el principio? Quizá así podríamos entender qué le ha sucedido a su cómplice.

Risa sarcástica de Saf', más para darse fuerzas que para otra cosa, ya que sigue sintiendo miedo.

—Ha estado bien el numerito, pero no cuela. Han sido ustedes quienes se han llevado a Julien, nadie más.

—Si fuera así, lo sabríamos.

No hay reacción.

—Creo que no se da cuenta de la gravedad de su situación.

—¿Por qué me retienen?

Saf' se levanta de nuevo. Pereira la empuja hacia abajo con la mano.

—¡Siéntese!

—Te he dicho que no me toques, ¡imbécil! ¿Estoy a disposición judicial o qué? Porque si no, ¡no tengo nada que hacer aquí!

—Cálmese. Así que tenía una cita con Julien Courvoisier.

Silencio. Que se prolonga.

Pâris observa fijamente a la joven. Se ha replegado en sí misma y de momento no sacarán nada en claro. Consulta su reloj, suspira.

—Señorita Jones-Saber, pasan veintitrés minutos de la medianoche. Desde este mismo instante, está a disposición judicial por ser cómplice de asesinato, mediante un grupo organizado, de la persona del comandante de policía Benoît Soubise. El cabo Thomas la conducirá sin demora al Hôtel-Dieu para que le hagan un chequeo médico. Luego retomaremos esta conversación, si es posible en una mejor disposición.

Lo único que Julien percibe de su entorno es el eco que provoca cada ruido, cada palabra. Y el frescor. Se encuentra en una gran habitación que resuena y que está fría. Bajo sus pies, el suelo es duro y resbala como si estuviera cubierto de polvo. Tiene un saco en la cabeza, las manos atadas a la espalda con unas cuerdas que le cortan la circulación y está sentado en una silla. Le duele todo el cuerpo. Y tiene miedo.

—Dime, imbécil, ¿qué ibas a hacer en Belleville?

La voz es de un hombre, muy agresiva. Vagamente familiar.

—¡Contesta!

Esa familiaridad acentúa el malestar de Julien. ¿Dónde ha oído esa voz? Tarda un tiempo en reaccionar y una bofetada

vuela, rápida. Le da en el cráneo, a la altura de la oreja. Zumbido violento, la tela que le cubre la cabeza no ha amortiguado el golpe.

—¡Espabila!

Otra.

Julien grita, nota que las lágrimas le suben a los ojos.

—¿Qué hacías en Belleville? Hablarás, claro que sí. Desembucha, no tenemos toda la noche.

Tercera bofetada, con el dorso de la mano, en plena cara. La nariz le pica, luego nota la calidez y el sabor de su propia sangre, muy metálico, sobre sus labios, en su boca.

—Mira esto.

Otra voz, también masculina, más grave y calmada.

Julien no logra entender la conversación.

—¿Qué es este lápiz USB?

De nuevo la primera voz.

—¿Es aquí donde has grabado las cosas?

—Sí.

—¿Tienes copias?

—No, ¡es la única!

—¡No te burles de nosotros!

Otra bofetada.

—¡Es verdad¡ ¡Se lo juro!

Jean da un codazo a Michel. Se está formando un charco entre los pies de su prisionero.

—Es evidente, la revolución, la de verdad, ¡duele!

Intercambio de sonrisas.

—No es fácil cuando ya no estás escondido detrás del ordenador, ¿eh?

La voz del principio vuelve.

—Entonces, ¿qué coño hacías en Belleville? Contesta o te doy de hostias.

—Tenía una cita.

—¿Con quién?

—Con una amiga.

—¿Quién es esa amiga?

Duda. Un puñetazo esta vez. En las costillas. A Julien le cuesta recuperar el aliento. El dolor es agudo, tiene la impresión de que un cuchillo le destroza el lado izquierdo.

—Saffron... —consigue decir entre hipidos—. Se llama Saffron... Jones... Saber.

—¿Cómo te has comunicado con ella?

—Por internet.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más?

No hay respuesta. El castigo es inmediato. Una nueva bofetada.

—Facebook, tenemos cuentas en Facebook. Con nombres de Gédéon.

—¿Qué es eso de Gédéon?

—Un cómic.

—Nos tomas por imbéciles, ¿eh?

Michel levanta la mano para volver a golpearle, pero Jean le retiene.

—Espera. Gédéon. ¿Qué nombres son?

—Yo... —inspira—. Placide Lechien. Lechien, todo junto. Erwan es Gédéon Le... Lecanard. Todo junto también.

Julien escupe en el saco.

—Saf' es... Roudoudou Lelapin. Y...

—¿Por qué os habíais citado?

—Por los lápices USB.

—¿LOS lápices?

Michel se lanza sobre Julien y lo agarra con brutalidad.

—¿Te ríes de mí? ¡Has dicho que solo había uno!

Bofetada.

—¿Dónde está el otro? ¿Dónde?

Bofetada.

—¡No lo sé!

Julien gira la cara para intentar evitar la violencia que ve venir.

—¡Saffron me lo tenía que decir esta noche!

—¿Qué hay ahí dentro? Habla, ¿qué hay?

Michel empieza a sacudir al prisionero tan fuerte que la

silla en la que está sentado se cae. El policía cae también hacia delante, arrastrado por el peso de Julien. Con toda su rabia, pone las dos rodillas delante de él y, aprovechando la inercia, cae pesadamente encima del pecho del joven. Alguna cosa se rompe bajo sus rótulas.

Costillas.

Julien grita.

Pero Michel no se amedrenta. Le golpea la cabeza contra el suelo de cemento.

—¿Qué hay ahí dentro? ¡Contesta, maricón!

El cuerpo del militante es presa de temblores y de contracciones. Respiraciones sibilantes. Bajo el saco se oyen gorgoteos.

Jean se precipita, desata la cuerda que mantiene la tela atada alrededor del cuello de Julien y la retira con un golpe seco. Ojos en blanco, piel azulada, nariz llena de coágulos, saliva rojiza que sale de la boca. Respiración trabajosa. Tos líquida.

—¡Se está ahogando!

Vistazo hacia Michel, que ha retrocedido y ya no sabe qué hacer.

—¡Hijo de puta! ¿Qué has hecho?

Jean coloca a Julien en posición lateral de seguridad, le desatasca las vías respiratorias, pero no provoca otra cosa que un flujo de sangre suplementario. Entre dos espasmos, una palabra, *grabación*, y luego el inicio de otra, *asesi*... Luego nada más. Julien se ha ido.

Un policía de uniforme se encarga de Saffron a su regreso del Hôtel-Dieu.

—Su abogado está aquí.

La joven, que no ha abierto la boca desde hace una hora, arruga la nariz.

—No tengo abogado. Y no tengo nada que decirle.

—Es el procedimiento. Levántese.

El guardia la lleva hasta un cubículo preparado al extremo del pasillo, con una mesa, dos sillas y la luz siniestra de un fluorescente en el techo.

Un hombre de unos sesenta años, bajo, de rostro afable, gafas serias, una bonita mata de pelo encanecida y un traje estricto, la espera. Se levanta para presentarse.

—Señor Lemercier, soy su abogado. A menos que me recuse, evidentemente.

Saffron, con el rostro blanco y el cuerpo crispado, se muestra a la defensiva.

—¿Quién le envía?

—Su padre, señorita.

—¿*Dad*?

Sorpresa, luego agresividad.

—Está en Cahors. ¡No tiene nada que ver conmigo!

El señor Lemercier vuelve a sentarse. La mira por encima de la montura gris acero de sus gafas.

—Su padre está en París desde el pasado domingo. Para encontrarla. Me ha sacado de la cama hace menos de una hora y nos hemos reunido. Me ha parecido más bien preocupado para ser alguien que «no tenga nada que ver con usted». Ahora mismo, me espera afuera para tener noticias frescas.

Desarmada, Saf' toma asiento delante de su interlocutor con gestos torpes, sin mirarle.

—¿Cómo lo ha sabido? No le he hecho avisar…

—Y lo ha sentido mucho. Le puso al corriente el responsable de la investigación, que se ha reunido con él en los últimos días y sabía que estaba inquieto. Un trámite poco habitual. Y probablemente no gratuito.

El señor Lemercier prosigue:

—Tenemos muy poco tiempo, no lo desperdiciemos. Estoy aquí para asegurarme de que la han tratado bien y regularmente seguiré su caso mientras esté a disposición judicial.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Saffron, con un hilo de

voz.

—Por lo menos veinticuatro horas, pero...

—¿Pero?

—A la vista de lo que se sospecha de usted, un homicidio y la calificación de banda organizada, puede llegar hasta las noventa y seis horas.

Saf' efectúa el cálculo en silencio. Cuatro días... Se acurruca.

—Y el hecho de que la víctima sea un oficial de la policía no mejora las cosas. Aún no he tenido acceso a su dossier para empezar a preparar su defensa, pero su padre ya me ha explicado todo lo que sabía. ¿Hay algo que quiera decirme?

—Sí. Uno de mis amigos, Julien Courvoisier, con quien me había citado anoche, fue secuestrado en la calle, delante de mis narices. Lo metieron en una camioneta blanca. Grité, quise perseguir la camioneta, pero los clientes del café me lo impidieron. Luego los polis me arrestaron. Tengo mucho miedo por él.

Cierra los ojos, vuelve a ver las dos siluetas del vídeo.

—Hay que hacer algo.

—¿Ha avisado de este secuestro a los investigadores que la interrogan?

—Sí. Es lo único que les he dicho. No me creen. O quizá fingen no creerme. Porque seguro que saben.

—¿Qué saben?

—Que son sus compinches los que han secuestrado a Julien.

—¿Otros policías?

Saf' asiente con la cabeza.

—¿Tiene pruebas de lo que me dice?

—Lo sé, ¡eso es todo! De todos modos, he decidido que no diré nada más.

—No es fácil resistirse a esta gente, ya lo sabe. Pero sería preferible que lo hiciera hasta que no sepamos algo más. Ahora, y de forma totalmente confidencial, ¿tiene algún mensaje que quiera hacer llegar a su padre?

Saffron mira fijamente al abogado durante unos segundos. Una propuesta realmente inesperada. ¿Una trampa? ¿Una oportunidad que se le presenta? Pensar, pensar rápido. Y tomar una decisión.

—Sí, dígale: Correos del bulevar Hôpital, apartado de correos número 137, mi fecha de nacimiento. A partir de las doce horas y hasta las trece horas, Chez Jenny, primer piso.

El abogado se levanta, la entrevista ha terminado.

Última angustia de Saf', ahora que lo ha soltado.

—¿Se acordará?

Sonrisa.

—Creo que sí.

El alba es gris, el día aún no ha llegado. Vigilando cada paso que dan, Jean y Michel se acercan al agua por un pequeño sendero que serpentea entre la densa vegetación a orillas del Marne. Al llegar a la orilla, se desembarazan de su fardo, envuelto en viejas mantas de mudanzas de color gris. Uno, dos, tres, y el cadáver de Julien Courvoisier agujerea la superficie a pocos metros de la orilla. Rápidamente desaparece bajo el agua.

—¡Eh! ¿Qué hacéis ahí vosotros dos?

Los dos hombres, sorprendidos, localizan rápidamente el origen de la voz. Un pontón bamboleante, a una treintena de metros de donde se encuentran. Distinguen la silueta de un hombre, negra contra el cielo más claro. Con un perro. Grande.

El ruido provocado por el golpe en la superficie del agua ha atraído la atención de ese hombre insomne que había ido a pasear por allí con su perro. Al ver largarse a los dos hombres, uno alto y el otro bajo (es todo lo que ha podido observar, después de que tiraran algo al agua), se precipita hacia la carretera. Un motor arranca. Enseguida un Peugeot oscuro acelera en la dirección opuesta. El paseante sabe que es un 307 porque tiene el mismo modelo. Pero no tiene

tiempo de apuntar el número de la matrícula.

Tras una noche muy corta, Neal acude con una cierta impaciencia a la oficina de Correos del bulevar Hôpital. Apartado de correos. Encuentra el número, introduce el código. El apartado de correos se abre. Dentro, un lápiz USB. Se lo mete en el bolsillo y se va. Luego se pasea por el barrio, para asegurarse de que no le han seguido. Aún faltan cuatro horas para la cita en Chez Jenny. Llama a Cooke.

—Novedades, sí... Difícil de explicar. ¿Estás en el despacho? Voy para allá.

Michelet ha llegado muy nervioso, avisado por el jefe de la SISS. Jean se halla en la sala de reuniones, solo, esperando. Se ha negado a transmitir a los informáticos lo que ha encontrado en el cuerpo de Courvoisier.

Cuando el subprefecto entra en la sala, encolerizado, Jean saca el lápiz USB de Julien y lo deja encima de la mesa.

—¿Es el único?

Movimiento de Michelet para cogerlo. Jean pone la mano encima del dispositivo de almacenamiento USB.

—¿Qué hay ahí?

El alto funcionario retrocede, sorprendido a la vez por el tono de la voz y el gesto de insubordinación, ambos inhabituales.

—Ya se lo he dicho, una grabación.

—¿De qué?

No hay respuesta.

—Tú lo has querido, vamos a jugar limpio. Si no, me lo quedo y me espabilo con lo que encuentre.

—¿Dónde está Michel?

—Eso no te importa.

—También le concierne a él.

Michelet hace una señal al barbudo para que salga. En

cuanto se va, retoma la palabra.

—La noche en que entrasteis en casa de Soubise, Courvoisier estaba pirateando su ordenador. Copió el contenido de su disco duro, pero, según nuestro amigo —señala el despacho, fuera de la sala de reuniones—, también grabó todo lo que veía la webcam de Soubise. Hasta el momento de su muerte.

Jean lo pilla enseguida.

—¿Hay una grabación del asesinato?

—Quizá. Es posible.

—¿Qué esperabas para decírnoslo?

—Tenía miedo de vuestra reacción. Sobre todo la de tu acólito. Me equivoqué. Ahora ya no pasa nada, puesto que lo hemos recuperado.

Michelet señala el lápiz.

—No sé qué vas a encontrar ahí dentro, pero probablemente no es lo que buscas. El vídeo lo tiene Saffron Jones-Saber. Courvoisier se había citado con ella anoche, cuando lo interceptamos. Para hacer el intercambio. Hemos actuado demasiado pronto.

—¡Mierda! ¿Y dónde está esta zorra?

—Ni idea.

—Volved a hablar con Courvoisier. Hay que encontrarla.

—Está muerto.

Michelet abre la boca pero no dice nada. Su cara refleja estupor.

—Michel se pasó un poco y el otro no lo aguantó. No soy médico.

El subprefecto se sienta, abatido.

—Nos hemos deshecho del cuerpo. Eso hará que ganemos tiempo.

—¿Para qué?

—Para encontrar a Jones-Saber. Courvoisier tuvo tiempo para explicarnos en parte cómo fijaban sus citas. Utilizan Facebook para mantenerse en contacto. Scoarnec y la chica aún están por ahí, no todo está perdido. Les echamos el

guante enseguida y después nos desembarazamos de ellos.

—¿No creéis que ya es suficiente?

—No tenemos otra opción. ¿Qué crees que pasará si los colegas de la Criminal los encuentran vivos antes que nosotros? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que hablen?

—No sabemos lo que vieron en realidad. Ibais con pasamontañas.

—Es mi vida y mi carrera. No corro riesgos.

—Son unos muchachos.

—Son unos putos terroristas que se meten donde nadie les llama. Cuando juegas fuerte, a veces hay que hacer estas cosas.

Michelet mira al negro alto como si lo viera por primera vez.

—Y eso también vale para ti.

El lápiz USB abandona la mano de Jean y se desliza hasta la del subprefecto.

Bomberos y policías se afanan en las orillas del Marne. En el agua, unos submarinistas registran el lecho del río. Hacia las once, el objeto que el hombre del perro ha visto que lanzaban al agua es repescado. Mucho más abajo del lugar en el que se había sumergido. La corriente. Una Zodiac lo recoge y le deposita en una pequeña ensenada en la que todos esperan. Su forma, su talla y su peso no dejan lugar a dudas y han llamado a la autoridad judicial para que acuda junto con el forense de guardia.

Cuando este llega, después de sacar algunas fotos de referencia, se deshace el «paquete» y los socorristas descubren el rostro gris de un chico joven. Parece en calma, a pesar de tu tez mórbida y los signos evidentes de golpes. Un examen rápido indica que está completamente desnudo. No hay documentos en los pliegues de las mantas. Van a tener trabajo para identificarle.

—Yo ya he visto esta cara antes.

Un cabo con una buena resaca acaba reconociendo al muerto.

—En un aviso de busca y captura que se lanzó a principios de esta semana.

Acaban de llevarse a Saffron a su celda. Fourcade, que ha asistido al tercer interrogatorio de la joven, se queda un momento con Pâris y Pereira en su despacho. Los dos policías, apoltronados en sus rincones respectivos, muestran signos de fatiga en sus rostros.

—Estoy inquieto por Julien Courvoisier.

Pâris enciende un cigarrillo. El último del paquete que había empezado el día anterior antes de la cena con su mujer. Ya fumo demasiado. Hace una bola con el paquete vacío y lo tira a la papelera.

—La chica no da su brazo a torcer con esta historia.

—¿Cree realmente en esa fábula sobre unos policías implicados en un secuestro?

El aire escéptico del sustituto no deja lugar a dudas acerca de su opinión.

—Respecto a los colegas, claro que no. Pero el secuestro...

—¿No puede ser que le tome el pelo? ¿Que quiera ganar tiempo? ¿Para que los otros dos puedan huir? Por lo que veo, se niega a hablar de nada más.

—Dos de mis chicos han vuelto a visitar a la hermana del informático esta mañana a primera hora. Ha acabado confesando que había tenido en su casa a su hermano durante unos días. Hasta el intento de robo, antes de nuestra visita. Luego se alojaron en otra parte una noche y acompañó a su hermano a Belleville, con un amigo, para su cita. Lo dejaron apenas a cien metros del lugar de encuentro. Se ha asustado mucho al saber lo que ha contado la señorita Jones-Saber.

Fourcade calla durante un buen rato. Se termina el café que le han traído y al final retoma la palabra.

—A la luz de los recientes acontecimientos, lo que tengo

que decirles no es muy tranquilizador. He tenido respuestas, oficiosas pero aparentemente fiables, de mis homólogos italianos.

Los dos policías se enderezan en sus asientos.

—Benoît Soubise se interesaba por una empresa llamada Trinity Srl., especializada en el tratamiento de residuos. Hasta aquí, todo bien. Salvo que la justicia italiana sospecha que esta empresa realiza entierros ilegales de residuos de todo tipo, incluyendo nucleares. En Libia, sobre todo. Recientemente, se la ha asociado a un asunto oscuro de vertidos de barcos, también cargados de materias radioactivas, en las costas italianas. Y su capital pertenecería en parte a intereses camorristas.

—¿La Mafia?

—La Camorra. Estos también existen.

El sustituto corrige a Pereira.

—Pero, bueno, es casi lo mismo. Personas que tienen por costumbre secuestrar o matar a los que los molestan. Aquí, en París, de todos modos, sería una novedad.

—¿Qué relación hay con PRG?

Fourcade se gira hacia Pâris, con un rostro severo.

—¿Por qué debería haber alguna?

—Soubise investiga sobre Trinity Srl. y al mismo tiempo se encuentra con Barbara Borzeix, directora jurídica de PRG.

—Dos cosas que quizá no tienen nada que ver la una con la otra. Además, en su razonamiento, nuestros ecoterroristas no desempeñan ningún papel. En cambio, si Soubise se interesaba por Trinity por encargo de la CEA, con el fin de controlar la probidad de sus dirigentes y su reputación, en vista de una eventual colaboración, por ejemplo, lo que podría ser su misión, y esto llegó a los oídos de nuestros militantes anticucleares, quizá ellos se metieron en algún asunto que les sobrepasaba.

—Sin embargo, nuestra investigación molesta a Elisa Picot-Robert. Y a sus amigos políticos.

—Unas personas que, por naturaleza, detestan que se

metan en sus asuntos. Sobre todo en periodo electoral. Y sobre todo cuando se trata de usted.

Fourcade fija su mirada en Pâris.

—Espero que siga mostrándose prudente respecto a esta cuestión.

Duda del policía, que echa un vistazo en dirección a su adjunto.

—Anteayer me encontré con la señora Picot-Robert. De una forma totalmente fortuita. Ni siquiera hablé con ella. Pero sé que este encuentro la —Pâris busca la palabra adecuada— turbó.

Fourcade mira durante unos instantes a su interlocutor, con el rostro neutro, y luego se relaja.

—¿Bronca del jefe? Yo también la he tenido y me preguntaba por qué.

—No, esta vez han intentado ser suaves.

—¿Y?

—Dudo que haya funcionado como esperaban.

—De todos modos, vaya con cuidado, estamos pisando huevos.

Mediodía, Chez Jenny, un gran restaurante alsaciano cerca de la plaza de la République, con una decoración recargada y acogedora, mucha gente que entra y sale. El primer piso está menos frecuentado, pero hay un vaivén incesante de los clientes que van a los lavabos. Neal considera que el lugar está bastante bien elegido para la circunstancia. Se sienta a una mesa cerca de la ventana, pide un chucrut casero, una caña y coloca encima del mantel blanco, bien visible, el lápiz USB, sin manifestar el menor interés por todos los que le rodean.

El tiempo pasa muy lentamente. Neal recuerda cada palabra, cada expresión del abogado. «Su hija está muy afectada por su arresto, poco preparada para enfrentarse a permanecer a disposición judicial, en la que seguramente

estará cuatro interminables días. Está convencida de que su amigo Courvoisier fue secuestrado delante de sus ojos, en plena calle, sin que nadie más se diera cuenta de ello. Y por policías, además. Pâris, a quien conozco bien, en un contacto rápido y oficioso, califica toda esa historia de pura invención.» Si pudiera verla, oírla, lo sabría. Ver lo que la trastorna, su terror, entender la verdad. ¿Lo sabrías? ¿Lo crees? Recuerda el sábado pasado, su llamada, no supiste entender nada. Sí, pero fue el sábado pasado, de eso hace una eternidad.

Aunque se haga de forma lenta, comerse un chucrut cuando se está solo no ocupa ni una hora. Neal pide una tarta de manzana y un café. A la una en punto, se levanta, se mete de forma ostensible el lápiz USB en el bolsillo, paga la cuenta y se va del restaurante. Toma la dirección de la plaza de la Bastille, andando lentamente por la amplia acera durante un centenar de metros, y luego percibe una presencia detrás de él. No se gira, sigue andando.

Una voz masculina.

—¿Quién es usted?

—El padre de Saffron.

Un hombre aparece a su lado. Neal le mira discretamente. Qué joven es…

—¿Lo puede demostrar?

Neal registra sus bolsillos, saca su cartera y extrae su permiso de conducción internacional, muy desgastado por el uso.

Su interlocutor lo escruta y toca la foto. Parece auténtico.

—¿Y usted quién es?

—Yo soy su chico.

Scoarnec, por fin le veo.

—¿Tiene algo para mí?

El periodista saca el lápiz USB de su bolsillo y se lo da a Erwan.

—¿Por qué no ha venido la propia Saf'?

Neal respira profundamente. Es ahora cuando hay que

estar atento y jugar bien las cartas.

—La policía la ha detenido.

La noticia golpea a Scoarnec; es evidente que nunca había previsto tener que enfrentarse *de verdad* a situaciones de este tipo.

—¿La ha detenido? ¿Cuándo?

—Anoche, en un café de Belleville.

Es creíble. Scoarnec recupera el aliento.

—¿Cómo lo sabe?

Buena pregunta. El hombre intenta recuperar su equilibrio.

—Busco a mi hija desde el domingo. Enseguida entendí que no era el único y que la Criminal le seguía el rastro. Vuestros rastros. Me avisaron cuando fue detenida y le busqué un abogado. Es él quien me ha explicado las condiciones del arresto. También me ha transmitido el mensaje para el lápiz USB y la cita del mediodía. No sabía con quién tenía la cita ni lo que contenía el apartado de correos.

Scoarnec permanece silencioso, reflexiona.

Neal se toma su tiempo para examinarle. Es más seductor que Bonaldi, con sus ojos muy azules e inquietos, pero no desprende ningún tipo de simpatía. Un intelectual imbuido de sí mismo. Vamos a ver cómo reacciona ahora.

—El abogado me ha dicho otra cosa. Saf' tenía que encontrarse con un amigo vuestro, Julien, cuando la arrestaron. Está convencida de que se lo llevaron en una camioneta, en medio de la multitud, delante de sus narices. Parece que no vio quién era, pero cree que se trata de polis.

Scoarnec vacila, se sienta en un banco, su cabeza se cae hacia atrás, tiene los ojos cerrados.

Neal teme por un momento que se desmaye.

Erwan respira profundamente varias veces, se incorpora y recupera poco a poco la calma.

Para Neal, una cosa es segura, el secuestro de Courvoisier le parece verosímil. Muy inquietante.

Scoarnec se coge la cabeza entre sus manos, intenta reflexionar. Probablemente la cita no era conocida, ya que Courvoisier fue secuestrado antes. Así que nadie llegó a ellos a través de Facebook. Courvoisier fue identificado y seguido de otro modo. ¿Por quién? Y Saf', ¿los polis también le seguían el rastro? Puedo intentar comprobarlo. A dos pasos, ve que hay una cabina telefónica.

—Tengo que hacer una llamada, espéreme.

Le Moulin, Tamara. Sí, unos policías habían pasado por allí ayer, su amiga —¿cómo se llamaba?— ya no estaba ahí. ¿Y mi coche? Scoarnec ya ha colgado. A Saf' también la seguían. Si Facebook aún es *safe*, todas las redes humanas están infectadas. Angustia, mareo. ¿Qué hacer?

Neal, cansado de esperar junto a la cabina, le coge por el brazo y le arrastra hacia el laberinto de las callejuelas del Marais.

—No sé a quién ha llamado, pero, sin querer parecer paranoico, es más prudente alejarse de aquí.

Erwan se aparta con violencia, da unos pasos en silencio y luego se gira hacia Jones-Saber.

—¿Por qué hace todo esto?

—Porque quiero a mi hija y porque ella me lo ha pedido. Porque creo que ella no ha matado a Soubise, usted tampoco, y porque es preciso que le eche una mano para sacarla del atolladero en el que se ha metido. Usted puede ayudarme a hacerlo.

Caminan en silencio. Al llegar a la plaza de los Vosgos, Scoarnec pregunta:

—Necesito un escondite durante unas horas o días. ¿Me podría ayudar?

Neal reflexiona, deja que pasen un montón de segundos.

—Quizá sí.

A primera hora de la tarde, regreso al despacho de Joël Cardona. Esta vez, otro hombre asiste a la entrevista, a quien

el jefe de la CEA presenta a Pâris y Pereira como un responsable jurídico. No da ningún nombre.

Los policías explican en primer lugar cómo se desarrolla la investigación y expresan sus dudas respecto a la culpabilidad de Scoarnec y Courvoisier en el caso Soubise.

—Nuestras investigaciones, sobre todo en materia de telefonía, tienden a demostrar que usted estaba mucho más próximo a Benoît Soubise de lo que nos quiso decir.

Cardona, que hasta el momento les ha escuchado con educación, se contenta con asentir con la cabeza.

Y es su subordinado quien toma la palabra.

—Las relaciones entre los señores Cardona y Soubise son confidenciales.

—Lo entiendo —contesta Pâris—, pero quizá habría sido oportuno decirnos que llevaba a cabo investigaciones potencialmente peligrosas acerca de sociedades de capital mafioso.

—¿Qué quiere decir?

—Trinity Srl., señor Cardona.

Pâris ignora a propósito al abogado.

—¿Qué nos puede decir sobre ello? Que no sea secreto de Estado, evidentemente.

Una sombra de sorpresa oscurece el rostro de Cardona. Conoce esa empresa pero no se esperaba que se mencionara en esta entrevista. De todos modos, guarda silencio.

—¿Cómo han oído hablar de esta sociedad?

—Somos policías. Encontrar información es lo que hacemos todos los días. ¿No tenía contratado a Benoît Soubise para este cometido también?

Una sonrisa falsa de Pâris, que sigue mirando fijamente a Cardona.

—Así pues, ¿qué hay de Trinity?

—No hay nada que le podamos decir —de nuevo habla el jurista.

—¿Ni siquiera sobre los entierros ilegales practicados por esta empresa? ¿Trabaja con ellos?

—¿O tenía el proyecto de hacerlo? —Pereira entra en el baile.

Esta vez, el jefe de la CEA no puede impedir reaccionar.

—¡Por Dios, no!

—Entonces, ¿quién?

El responsable jurídico está a punto de responder, pero Cardona se le adelanta.

—Esta información, como todo cuanto concierne a las actividades de Benoît Soubise, es secreto de defensa. Si desea que se levante el secreto, deberá hacer la petición según las normas. Y ahora, si quieren excusarme, tengo mucho que hacer.

Los dos policías abandonan la CEA contrariados.

—Ese viejo imbécil seguro que sabe quién ha matado a Soubise pero se niega a decirlo.

El monólogo de Pereira ha empezado en el ascensor.

—Y nosotros currando como zoquetes.

Pâris no le presta atención. Durante la cita, ha recibido una llamada de Coulanges, que le ha dejado un mensaje. Lo escucha y cuelga.

—Malas noticias. El cuerpo de Courvoisier ha sido recuperado esta mañana en el Marne. Y se ha transferido al IML[15] en cuanto ha sido identificado. Ballester y Coulanges están ahí.

—Mierda.

—Vamos para allá.

Cruzan París y entran en el Quai de la Rapée, en una larga y fría sala en la que los muertos son más numerosos que los vivos. La autopsia aún no se ha realizado, pero el forense, tras un primer examen superficial, ha observado unos hematomas en la caja torácica. A la izquierda y a la derecha, más importantes en este último lado, en el que una distensión sugiere un neumotórax traumático.

—El médico cree que lo golpearon demasiado fuerte, que tuvo una lesión en el nivel costal y que los pulmones no aguantaron. Causa probable de la muerte: asfixia.

Ballester acaba de consultar sus primeras anotaciones.

—¿Quién le ha encontrado?

Pâris, con ademán triste, examina el cadáver del informático.

—Un jubilado, que ha avisado a los colegas porque ha visto cómo dos tipos tiraban algo al agua.

—¿Descripción de los tipos?

—Uno alto y el otro bajo, de pelo claro. Aún estaba oscuro.

—No es mucho. ¿Hacia qué hora?

—Las seis y media.

—¿Qué coño hacía a aquellas horas a orillas del Marne el viejo?

—Paseaba a su perro.

—¿Nada más?

—Sí, ha visto un 307, negro o gris oscuro, que se largaba a toda pastilla.

Intercambio de miradas entre los policías y es Pereira quien verbaliza lo que todos piensan sin decirlo.

—Dos hombres, una berlina compacta oscura: eso se parece a los dos asesinos de Soubise.

—Y ello convierte en inocente a Courvoisier, ya que está muerto —prosigue Coulanges.

—La chica sabe cosas. Y es necesario que nos las diga, por las buenas o por las malas.

Pâris ordena a Ballester y Coulanges que saquen fotos del muerto y que se reúnan con ellos luego en el 36.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, todo el mundo ha tomado asiento alrededor de Saf', en el despacho del grupo.

Pâris ataca, sin ponerse guantes, quiere asestarle un buen golpe.

—Es preciso que hable.

De un sobre extrae dos fotos del cadáver de Courvoisier. La primera, de su cuerpo entero desnudo; la segunda, de su rostro tumefacto.

Saf' se lleva las manos a la boca y aparta la mirada. Se

pone a llorar, más pálida de lo habitual. Sin mirar, pregunta:

—¿Cómo ha muerto? ¿Ha sufrido?

—Creemos que le dieron una paliza y acabó asfixiándose. No es una muerte muy dulce.

Con una voz tranquila, Pâris aprovecha su ventaja.

—Debemos encontrar a su novio, Erwan Scoarnec. Está en peligro.

Saffron se incorpora y mira fijamente al policía con sus ojos enrojecidos, acusadora.

—¿Para qué? ¿Para poder ejecutarle, como a Julien?

—¡Deja de hacer acusaciones estúpidas! —Pereira golpea la mesa con la palma de la mano—. ¡No inviertas los papeles! ¡Nosotros no somos los asesinos! Nosotros los arrestamos. Si sigues teniendo la boca cerrada, no haces más que ayudar a los dos maricones que se han cargado a tu amigo a seguir tranquilos con su trabajo. También se han cargado a uno de nuestros amigos, recuérdalo.

—¿Cómo saben que son dos?

Demasiado tarde, Saffron entiende que ha dicho demasiado.

Pâris reacciona inmediatamente.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

No hay respuesta.

Pereira se inclina hacia la joven, con un aire malvado.

—¿Qué nos escondes? ¿Viste algo? Suéltalo de una vez, ¡mierda!

—Estos hombres son peligrosos, señorita Jones-Saber. Piense en Erwan.

Saffron ya piensa en Erwan. Y siente miedo por él. Casi más que por sí misma. Espera que su padre lo haya podido encontrar. Sí, espera con todas sus fuerzas que Erwan se haya puesto en contacto con él y que ahora esté a resguardo. Reflexionando sobre la mejor manera de usar el vídeo para sacarla de allí. De todos modos, Gédéon se ha ido a la mierda. Julien tenía que darme su lápiz USB, con el software para Marsand, y no ha podido. Y ahora está muerto. Tengo que

aguantar como sea. Erwan está con mi padre. Saldremos de esta. Me ayudarán. Aguantar.

—¿Señorita Jones-Saber?

—No sé nada. No tengo nada que decirles.

Según el plan establecido esa misma mañana con Cooke, Neal ha recogido un coche de alquiler y se ha llevado a Scoarnec a esconderse en los altos de Trouville, en una mansión perteneciente a un amigo de Cooke que ahora está destinado a China.

Dos horas y media de carretera, un viaje siniestro. Scoarnec, encogido en su asiento, altivo y encerrado en sí mismo, responde con onomatopeyas y monosílabos a todas las tentativas de diálogo de Neal. Desprecia profundamente a los periodistas y quiere que Neal lo sepa. Será aún más duro de lo previsto. Neal nota que le invade la rabia. Durante ese tiempo, Saf' está entre barrotes, el tal Courvoisier, su amigo, quizá en peligro de muerte, y el intelectual está de morros y quiere aparentar ser un pensador profundo. Me costará controlarme. Esperaré la llegada de Cooke, esta noche, para hacerle hablar como sea.

Por fin llegan delante de una bella mansión, una casa rural de estilo normando, bien oculta en un jardín de césped y flores, ceñida por altos y espesos setos. Scoarnec no abre la boca.

En la planta baja, una amplia sala de estar y una cocina abierta; en la planta de arriba, cuatro habitaciones, dos de ellas con vistas al mar. Erwan elige la suya, instala de manera imperativa el Mac de la casa y se encierra. Tras algunas manipulaciones, se conecta a Facebook. No hay rastro de Marsand ni de Courvoisier. Navega para pasar el rato, volviendo regularmente a la web de la red social, pero sin éxito.

Neal se encarga toda la intendencia y toma posesión del lugar, eso le ocupa tiempo. Airea el gran salón y las

habitaciones desocupadas, encuentra ropa de recambio y efectos de aseo para Scoarnec y para él que Cooke ha dejado allí en sus diferentes estancias.

Patoux y Guesde han hablado de ello largamente antes de reunirse con el subprefecto Michelet. No es fácil encontrar el tono adecuado.

—Estamos jodidos. Ese imbécil de Michelet lo ha llenado todo de mierda, pero si pura y simplemente le ponemos de patitas en la calle, puede hacernos saltar. Un riesgo que no podemos correr. Tiene que seguir pensando que su futuro está ligado al nuestro.

Guesde asiente.

—En resumen, que lo ha llenado todo con tanta mierda que nos tiene pillados, es lo que me estás diciendo.

—Algo así, por lo menos durante un tiempo. Después...

Así que Michelet ha sido convocado al final de la tarde en un pequeño despacho del Ministerio de Economía, para que la cita mantenga un carácter oficial, pero se han tomado todas las precauciones posibles para garantizar su confidencialidad.

Guesde abre el fuego.

—Dos muertos en plena campaña electoral, ¿qué piensa de ello exactamente, Michelet?

—Dos chapuzas graves, soy consciente de ello.

—Menos mal. Así que no hace falta que diga nada más. Pero le aviso, se acerca una tormenta, tanto para usted como para nosotros. Espero que me entienda.

—Perfectamente.

Patoux toma la palabra.

—No queremos saber nada de lo que va a hacer, tenemos otros problemas. Pero tenemos que encontrar a quien posee el dossier de Soubise y saber qué va a hacer esa persona con el mismo. Rápido, si es posible. Tampoco nos mostraríamos hostiles a que la presión sobre los ecologistas se mantuviera hasta la segunda vuelta, pero sin correr riesgos desmesurados.

—Y, sobre todo, todo lo que pudiera permitir llegar hasta Guérin debe ser cuidadosamente limpiado. No haga trampas, Michelet, puede tener consecuencias.

Neal ha preparado la cena con lo que ha podido encontrar. Confit de pato y alubias, un poco pesado después del chucrut del mediodía, pero no hay otra opción. En la mesa, Scoarnec, crispado, admite que la mansión es agradable y muy conveniente para lo que necesitan. Neal le anuncia la próxima llegada de Cooke, el propietario del lugar. Un periodista de *The Herald*, un gran periódico londinense.

Scoarnec conoce *The Herald*, le recuerda que la policía lo está buscando, que su protección exige un respeto mínimo de las reglas de seguridad, además un periodista...

Neal no contesta.

Tras los últimos bocados a la comida, Scoarnec sube a su habitación. Al fin y al cabo, un periodista de la prensa internacional puede ser un contacto útil, después de Gédéon. Si salvo a Gédéon.

Después de haberlo limpiado todo cuidadosamente, Neal se sienta en una gran butaca de cuero, con un ojo puesto en la puerta de Scoarnec, esperando.

Cooke llega hacia la medianoche y se produce un breve conciliábulo. Saca un ordenador portátil.

—Aquí dentro tengo la copia del contenido del lápiz USB realizada esta mañana. Pero se trata de un documento encriptado con un programa de tipo PGP. Scoarnec debe darnos su código de entrada. ¿Cómo lo ves?

—No ha empezado muy bien. El chico no suelta prenda. Parece esperar algo, y quizá incluso lamenta haberse dejado encerrar con unos extranjeros, lejos de todas sus bases. En cualquier caso, no abre el pico.

—Aprovechemos su aislamiento para zarandearle un poco. Un poco de presión no hace daño a nadie.

Neal hace una mueca.

—No sé qué decirte. Me da miedo que luego no lo podamos dominar.

—¿Tienes otra idea?

—Irnos a dormir, estoy muy cansado. Y esperar, escondernos. No somos los únicos actores en esta partida, ni siquiera los protagonistas. Tiene que pasar algo. Y estaremos aquí.

Sábado

El día será largo. Tres ciudades, dos mítines, una decena de reuniones. Schneider, que se ha levantado con mal pie, está delante del espejo, en el cuarto de baño. Advierte que tiene mala cara, que parece exhausto. Ya tiene ganas de que todo eso termine. Una radio como fondo sonoro, el noticiario de las seis.

«Henri Joubert, exministro del último gobierno de izquierdas, anuncia su alianza con Guérin declarando que el futuro ha cambiado de campo.»

Schneider rechina los dientes, su futuro, sin duda. Con jabón en la barba, brocha, una bella espuma blanca, una sensación de relax y bienestar, coge la maquinilla de afeitar y, de repente con suma atención, empieza a afeitarse cuidadosamente.

«Anoche, en un mitin en Estrasburgo, Guérin afirmó que Europa es el futuro de Francia. En el otro extremo del Hexágono, Schneider, en un mitin en Burdeos, pronunció la misma frase. Consenso respecto a los temas europeos.»

Schneider gruñe. Consenso de mierda.

«Novedades en la investigación sobre el asesinato del comandante Soubise. El cuerpo sin vida de Julien Courvoisier, uno de los jóvenes militantes ecologistas buscados por la policía, fue recuperado ayer en las aguas del Marne...»

Al oír el nombre de Courvoisier, Schneider realiza un gesto brusco y se hace un corte en el mentón. Suelta un taco, tira la maquinilla al lavabo, coge una toalla para detener la hemorragia y se precipita a la habitación para llamar a

Dumesnil. Una bella joven rubia holgazanea en la cama de matrimonio, mientras lee *Gala*. Schneider se había olvidado totalmente de ella. Al ver su rostro lleno de espuma rosácea, la muchacha se echa a reír, lo que no mejora el humor del político.

Schneider consigue hablar con su director de campaña.

—¿Has oído las noticias? ¿Aún no? ¿Pero qué coño estás haciendo? Uno de los ecologistas buscados por el asesinato de Soubise ha sido hallado muerto... ¿Crees que van a intentar meternos en ese atolladero? Es demasiado grave, hay algo más, algo que ha fallado... Creo que ha llegado el momento de que te veas con ese comandante Pâris y obtengas algunas informaciones de primera mano... Y sí, eres tú quien debe encargarse de ello, ¿quién crees que debe hacerlo?

Neal se levanta temprano. Ha dormido mal. Unos pensamientos obsesivos, en bucle, hacen que navegue entre la angustia y la excitación. Baja a prepararse un café. Enciende la radio en la cocina. Intenta encontrar el café, la cafetera. Y se queda paralizado. «France Info: Julien Courvoisier, uno de los jóvenes militantes ecologistas buscados por la policía, fue hallado muerto ayer en las aguas del Marne. Presentaba señales de golpes que, según las primeras constataciones, podrían haberle producido la muerte. El fiscal no ha realizado ninguna declaración.» Al cabo de un momento, el inglés es consciente de que está descalzo sobre las baldosas, vestido con una camiseta y unos calzoncillos, en medio de una corriente de aire, y que afuera llueve. Está helado, abandona la idea de hacerse un café y sube para despertar a Cooke.

Menos de una hora más tarde, un buen desayuno está servido en la mesa del gran salón, con la radio encendida en el centro. Y Neal va a buscar a Scoarnec a su habitación.

—Venga a escuchar el noticiario de las siete treinta con nosotros. Es importante.

Los tres están sentados alrededor de la mesa y el café

circula. El descubrimiento del cadáver de Courvoisier es el segundo titular de la sección de política interior. La noticia de la AFP se transmite sin comentarios.

Scoarnec ha dejado caer la taza de café que estaba a punto de llevarse a sus labios, está paralizado.

Cooke se ha situado de pie detrás de él, con las manos en el respaldo de la silla.

Neal, delante de él, se inclina hacia él, casi tocándole.

—Ahora, dejémonos de tonterías. ¿Quién ha matado a Courvoisier? ¿Quién quiere vuestra piel? ¿Por qué?

Scoarnec, con la cabeza gacha, parece no oír nada.

Neal le coge la muñeca, lo zarandea.

—¿Entiende lo que le digo? ¿Quién quiere vuestra piel? ¿Por qué?

Scoarnec levanta la cabeza, mira fijamente al padre de Saffron como si le viera por primera vez, unos segundos después se levanta, vacila, recupera el equilibrio y dice en voz muy baja: «Síganme». Se dirige hacia la primera planta, rodeado, sostenido por Neal y Cooke.

En la habitación, sentado frente al ordenador, Scoarnec conecta el lápiz USB, carga un programa de desencriptación desde un buzón de Gmail personal y lo abre dirigiéndolo hacia el contenido del lápiz. Luego hace doble clic en un fichero de vídeo, que aparece claramente ante ellos.

Silencio tenso.

En la pantalla, una grabación de baja resolución. En el primer plano, la cara de un hombre: mira hacia la cámara, luego baja los ojos, pocos movimientos. Detrás de él, una sala con claridad, que puede ser una biblioteca o un despacho.

—Soubise —murmura Scoarnec.

Los otros dos han entendido, miran sin un gesto, sin el menor ruido, con el corazón en un puño.

El policía se levanta y se va. Durante mucho rato, no pasa nada. Ruidos de ambiente, a lo lejos, mal captados por un micrófono de mala calidad. Y el silencio. La luz baja poco a poco. La oscuridad continúa y la pantalla es la única fuente

luminosa, débil.

Scoarnec hace avanzar el vídeo desplazando el cursor hacia delante.

Ruidos de una puerta. Pasos. Unos instantes después, una silueta oscura, una sombra en las sombras, se acerca y manipula, inclinada, el ordenador. Dos minutos, quizá tres. Una voz masculina que murmura tacos a la máquina para que «se dé prisa». La luz se enciende en la habitación, la sombra se incorpora, grita «¡Joder!», se gira, su espalda ocupa toda la pantalla, suelta un «espere» y otra cosa. El sonido es muy malo. Otra voz: «no te acerques... Ve hacia la ventana...» La silueta se aleja, se la ve mejor. Muy alta, fornida, con pasamontañas negro, un grueso anorak y guantes del mismo color.

Detrás de la sombra, Soubise, que da órdenes. «Deprisa... Date la vuelta...» Tiene un objeto de reflejos metálicos en la mano y saca su móvil. Alguien le coge la muñeca por detrás, un cuerpo a cuerpo, el policía es lanzado contra la pared, sale del campo de visión, ruidos, gritos. Aparición de una segunda silueta negra enmascarada, más baja y rechoncha. Episodio de combate muy confuso, gruñidos, una masa pasa rápidamente delante del objetivo, un golpe, zarandeos, la imagen salta violentamente, se estabiliza, luego las dos siluetas con el pasamontañas reaparecen, sin aliento.

La pequeña, un hombre también: «¡Larguémonos!». La alta no se mueve, mira hacia el suelo y luego el ordenador, no dice nada. La baja: «¡Rápido, nos vamos!». La alta parece despertarse, se dirige al ordenador. Detrás de ella, la otra suelta: «¡Vamos! ¡Hay que ahuecar el ala!». No hay más sonido ni imágenes. El vídeo se para.

Asesinato en directo, emoción máxima.

Scoarnec, obsesionado por la muerte de Julien, tiene los ojos anegados de lágrimas y se tira encima la cama con el rostro oculto en la almohada.

Neal piensa en Saffron. ¿Habrá visto el vídeo?

Cooke es el primero en recuperarse. Se sienta delante del

ordenador, en el lugar de Scoarnec, dándole la espalda, y saca de su bolsillo un llavero en forma de lápiz de memoria USB. Virgen. Estar siempre dispuesto a todo, en cualquier parte, un truco de viejo profesional. Lo conecta y copia todos los ficheros desencriptados. Luego se levanta.

—Neal, sígueme.

Tiene prisa por largarse antes de que Scoarnec se recupere, además de ganas de poner la copia en un lugar seguro y ver finalmente todo lo que contiene aquel maldito lápiz de memoria. Coge a Neal por el brazo, lo arrastra.

Scoarnec, hundido en la cama, alelado, no se mueve.

Cooke cierra la puerta detrás de él.

Erwan permanece durante muchos minutos postrado, sumergido en vagas imágenes y pensamientos violentos y desorganizados. Poco a poco se recupera. Sí, no ha estado a la altura de las circunstancias delante de esos dos viejos chupatintas, lo que es profundamente humillante, hay que reconocerlo. Recuperarse. Se incorpora. Dominar de nuevo la situación. Y ante todo, puesto que los militantes parisinos ya no están a salvo, ir a ver qué pasa en Facebook e intentar contactar con Marsand, alias *Goupil Lerenard*. Con prudencia, claro está, Courvoisier puede haber hablado. Se sienta delante del ordenador.

En el gran salón de la planta baja, Neal gruñe.

—Quiero hacerle algunas preguntas. Entender por qué no ha hecho nada con ese vídeo.

—Escúchame bien, tu hija está segura mientras esté a disposición judicial. Pero eso no va a durar. Así que si quieres ponerla a salvo de los asesinos, debemos darnos prisa en entender toda la historia antes de que salga a la luz. Y toda la historia quizá está ahí dentro, en mi lápiz USB. No sé si eres consciente de la importancia... Ayúdame.

Limpian los restos del desayuno, instalan sus ordenadores, el uno delante del otro, a cada lado de la mesa. Cooke comprueba que el contenido de la memoria sigue pudiendo leerse y lo envía todo a Neal. Luego realiza un primer examen

del contenido. Primero el vídeo. Lo deja a un lado; con una vez es suficiente. Luego la copia del disco duro de Soubise. Alza el puño en señal de victoria y de homenaje a Courvoisier, un excelente *hacker*. Hay tres carpetas, llamadas «Trinity», «Flouze» y «Hespérides».

Neal se encarga de «Trinity», Cooke de «Flouze», y se ponen a trabajar.

En pocos minutos, Neal está totalmente absorto. Curiosidad, excitación, las delicias del robo. En juego, recuperar a su hija, encontrar un trabajo, una nueva vida. Trabajar rápido, muy rápido, bajo presión; delante de él Cooke, en connivencia, es perfecto. La mañana pasa sin que se den cuenta.

Scoarnec no ha salido de su habitación.

Quai de la Rapée, el Instituto Médico-Legal. El rojo de los ladrillos está oscurecido por la circulación ininterrumpida de las vías de las orillas muy próximas. El patio es gris, haciendo juego con el vehículo y los empleados de las pompas fúnebres que esperan delante de la puerta. Acompañan a una familia de duelo que ha venido a recuperar a uno de los suyos, muerto el día anterior en un accidente de tráfico.

Son las nueve y pico, el sol juega al escondite y el lugar rezuma tristeza.

Pâris y Fourcade toman el aire bajo el puente del metro descubierto que pasa junto a la morgue. El sustituto lo necesitaba después de la autopsia de Julien Courvoisier. Era su primera autopsia. Pero si está afectado es seguramente más por lo que sugieren los descubrimientos del médico sobre el calvario del informático, un poco más joven que él, que por el acto forense en sí mismo.

—Tenga.

Pâris tiende su paquete de cigarrillos abierto al magistrado.

—Gracias.

La mano de Fourcade tiembla ligeramente cuando se lleva el cigarrillo a los labios. Pâris le ofrece fuego y aspira una larga calada.

—Malos tiempos para los ecologistas.

—Y para los polis. Soubise sufrió el mismo tipo de tratamiento, justo antes de estirar la pata contra la esquina de su mesa.

—¿Y todo eso para qué?

Pâris se encoge de hombros.

—En casa de nuestro colega, robaron el ordenador. Courvoisier era informático. ¿Buscan o buscaban ficheros informáticos?

—No es lo que quería decir. ¿Cómo justificar la muerte de dos personas? ¿Qué puede valer eso? Soubise trabajaba para la CEA y para Interior. Entonces, ¿qué es, lo nuclear, una cuestión de Estado?

El policía niega con la cabeza.

—Cardona, a pesar de su numerito de prominente alto funcionario del Estado, se ha mostrado muy afectado por la muerte de Soubise. O es muy buen actor.

Da una última calada a su pitillo y lo tira al suelo.

—Hay otros actores en este asunto. Han intentado contener y orientar nuestras investigaciones y desde hace mucho tiempo ponen el interés general al servicio de sus intereses particulares. ¿Voy demasiado lejos?

Fourcade mira a Pâris directo en los ojos pero no contesta.

—Entendámonos, no siento ninguna simpatía por los imbéciles del tipo Scoarnec, Jones-Saber y Courvoisier, su paranoia militante y su rebelión de pacotilla. Pero aún me gustan menos los que usan y abusan de la generosidad de la República y se creen a salvo porque, hasta ahora, nadie haya conseguido aún pararles los pies.

—¿Y que estarían dispuestos a matar para protegerse?

—Y que estarían dispuestos a matar para protegerse.

—Esto no puede pasar. *Dura lex sed lex*.

Pâris sonríe mientras mira el Sena. Está muy verde este

chico. Demasiado. Ya se le pasará. Con el tiempo siempre acaba pasando. O no. A mí no se me ha pasado. Aún no. Pero empiezo a hacerme viejo.

—Anoche recibí una llamada del fiscal general.

—¡No! ¿Una bronca de más arriba?

—Aún no. Pero podría pasar. Me ha sugerido que me centre en la hipótesis de un ajuste de cuentas en los medios ecologistas radicales, personas muy peligrosas, según sus palabras. Courvoisier sería su primera víctima.

—¿Y de dónde sale esta estupidez?

—Ni idea. De todos modos, si queremos poder profundizar en la pista más interesante, es decir PRG... Es en ellos en quien piensa, ¿no?

Pâris asiente.

—Entonces es preciso seguir dando caramelitos a mi jerarquía.

—¿Qué sugiere?

—Encontrar a Scoarnec y ponerlo a salvo. Todo hace pensar que sabe cosas. Y que no está lejos. La prueba es que los otros dos aún estaban por aquí.

Pâris asiente de nuevo.

—Hay que conseguir que la señorita Jones-Saber nos cuente lo que sabe.

—No es fácil. Calla. Un cóctel de creencias políticas y de sentimientos por Erwan Scoarnec, demasiado para ella.

—Scoarnec es un punto débil potencial que debemos explotar lo mejor posible.

—De momento, la chica está convencida de que todos los polis son unos cerdos asesinos. Primero hay que conseguir que cambie de opinión.

—Confío en usted para ello, Pâris.

Fourcade apoya una mano en el hombro del policía. Este asiente en silencio. Me gustaría poder decir lo mismo.

—Poco después de las ocho de esta mañana, *Gédéon Lecanard*,

alias Erwan Scoarnec, se ha conectado a Facebook. Lo sabemos porque ha escrito en su muro y ha añadido una nueva foto a su álbum del perfil. No hay reacción de *Placide Lechien*, porque está muerto, ni de *Roudoudou Lelapin*.

Es el barbudo de la SISS quien habla. Está sentado en el asiento de atrás del coche de Michelet, estacionado en un parking subterráneo.

Jean, sentado delante, junto al subprefecto, intenta olvidar el olor a pizza, que el otro siempre lleva encima. ¿Es que nunca cambia de comida?

—En cambio, un cuarto de hora más tarde, un tal *Goupil Lerenard* ha dejado un comentario en el muro de Scoarnec. Un mensaje oculto, probablemente codificado. Estoy en ello, me encantan estas estupideces.

Se le escapa la risa.

Michel, sentado al lado del informático, le mira con ademán condescendiente.

Tose un poco y prosigue.

—He recuperado la foto colgada por Scoarnec. La he manipulado y he encontrado en su interior un mensaje codificado. Son listos, utilizan la esteganografía. He encontrado una foto parecida en el perfil de Courvoisier, con otro mensaje, fechado hace unos días. Lo usaré como referencia para intentar descodificar lo que se dicen.

—¿Cuánto tiempo?

Michelet está tenso. El barbudo se encoge de hombros.

—Hay que apresurarse.

—Como siempre.

—¿Qué más?

—El tipo a quien di el lápiz USB de Courvoisier ha encontrado para qué servía el programa que estaba grabado ahí. Es una especie de virus específicamente concebido para los programas que utilizan algunos regidores de televisión. Creo que os podré decir el modelo esta tarde. Así sabremos quizá cuál es su meta. Aparentemente, su objetivo es provocar un apagón en la tele. En mi opinión, no tiene mayor interés.

Salvo error por mi parte, la capa informática de este tipo de equipamiento es muy limitada y puede ser cortocircuitada físicamente en cualquier momento.

—Así que no sirve para nada.

—Yo no he dicho eso. En cuanto el virus está activo, se necesitan uno o dos minutos antes de que el regidor pueda volver a trabajar. Sobre todo si se trata de la regiduría final. Por lo tanto habría una pantalla negra temporal. Si se usara en el momento oportuno, podría ser molesto.

Michelet despide al barbudo, cierra los ojos para reflexionar y retoma la palabra tras unos segundos.

—Por fin buenas noticias.

Jean hace una señal interrogativa con el mentón a Michel, quien, como él, no entiende lo que alegra al prefecto.

—Esto confirma algunas cosas que descubrí ayer. Hace tres días se reservó un billete de avión para Saffron Jones-Saber. Destino: México. Salida el próximo jueves, por la mañana. Solo ida. ¿Sabéis quién pagó?

Michel contesta con seguridad:

—¿Scoarnec?

El subprefecto le sonríe por el retrovisor.

—Falso. La visa utilizada para la reserva pertenece a un tal Pierre Marsand. ¿Y a qué se dedica ese Marsand?

—Trabaja en la televisión.

—En France Télévisions. Técnico. Regidor.

—¿Y? —pregunta Michel, ofendido—. ¿De qué nos sirve eso?

—Courvoisier tiene una cita con Saffron Jones-Saber para intercambiar lápices de memoria. Él le tiene que entregar un virus informático. Para un control televisivo. ¿Y la chica está en contacto con un tipo que es regidor de France Télés? ¿Que prevé irse de viaje con ella? ¿No veis la relación?

—Sí. Pero eso no resuelve nuestro problema del vídeo. ¡Yo no tengo ganas de ver mi jeta en YouTube!

Michelet asiente con la cabeza. Nota dos pares de ojos puestos sobre él.

—Creo que debemos dejar de alarmarnos con ese vídeo. Si existiera, la pequeña Jones-Saber lo habría entregado a vuestros amigos de la Criminal que la retienen desde hace veinticuatro horas. Para que no la inculpen y no inculpen a sus amigos. Ella lo tenía, ¿no? Si es así, ¿por qué no les ha dicho nada?

—¿Está seguro?

—Tengo mis contactos en el 36. De momento, la chica tiene el pico cerrado.

Jean no parece muy convencido.

—De todos modos, me gustaría echar el guante a lo que tienen. Para estar bien seguro de que no hay nada que nos acuse.

Golpea el hombro del subprefecto con un dedo imperativo.

—Todos nosotros tenemos mucho que perder en esta historia.

—Es lo que todo el mundo no deja de recordarme estos días.

Michelet se gira hacia sus dos polis.

—La solución es Marsand.

Jean intercambia una mirada con su cómplice y luego ambos asienten.

El subprefecto arranca el coche. Está a punto de poner la marcha atrás cuando Michel vuelve a hablar.

—Sin embargo, hay algo que no pillo.

Michelet pone los ojos en blanco. ¿Por dónde saldrá ahora este pelo de zanahoria?

—¿La chica no era la novia de Scoarnec?

—Sí. ¿Y?

Es Jean quien responde, molesto. Tiene prisa por iniciar la caza.

—Entonces, ¿que coño hace largándose con el otro?

Hacia el mediodía, Neal y Cooke levantan la nariz, casi al mismo tiempo. Es el momento de intercambiar primeras

impresiones y de tomar un bocado.

Neal empieza. Trinity Srl. es una sociedad italiana, domiciliada en Nápoles. Sector de actividad: recogida y tratamiento de desechos industriales, gestión de descargas. Dos accionistas principales: en un cuarenta por ciento Sobo, otra sociedad italiana también domiciliada en Nápoles, y en un treinta por ciento, Intour, domiciliada en las islas Vírgenes. Soubise intenta saber quién está detrás de Intour, vendida, rebautizada y cambiada de sede social cada mes, de paraíso fiscal en paraíso fiscal. Sigue investigando y, ¡bingo!, hace dos meses encuentra PRG, que posee el treinta por ciento del capital de Trinity Srl.

—¿Y quién, en PRG, ha seguido el caso y ha realizado esta cascada de ventas ficticias?

—Déjame adivinar. ¿La famosa Barbara Borzeix, citada por el *Journal du Soir*? ¿La amante del difunto Soubise?

—Exacto.

Los dos hombres entrechocan sus manos por encima de la mesa.

Neal prosigue.

—Unos meses antes del descubrimiento de Soubise, parece ser que la directora jurídica de PRG se lanzó a realizar esta serie de maniobras destinadas a sacar lo antes posible al grupo del capital de Intour. Muchos informes presentes en el dossier demuestran que Borzeix se da cuenta de un problema con Trinity y se le dan órdenes rápidamente para que se saque de encima esta filial.

Cooke coge el relevo. «Flouze.» PRG pretende vender su sector de medios de comunicación al grupo Mermet. El rumor ya circula por todo París. El proyecto está más avanzado de lo que dice el rumor general, hay acuerdo sobre los precios y el procedimiento. La suma de que se habla ronda los quince mil millones de euros con los activos de telefonía e internet. Hasta aquí, nada nuevo. Pero, cuidado, si el CSA[16] no presta su consentimiento, la transacción no es posible. Hace seis meses, un correo enviado a Borzeix por Elisa Picot-Robert

la informa de una reunión con Mermet y Guérin, en la que el último se compromete a obtener el imprescindible acuerdo del CSA, si es elegido presidente.

Un momento de silencio, luego Neal plantea la pregunta evidente.

—¿Cuáles son las contrapartidas?

—No hay correos a Borzeix sobre ello. Pero de momento tengo algo mejor. El tercer dossier. Una sociedad llamada Hespérides está minuciosamente disecada. Primero, sus estatutos. Se trata de una sociedad en la que el Estado tiene una participación mayoritaria, a través de una empresa pública. Se proponen varios esquemas para proceder a una privatización. Incluso hay el proyecto de los futuros estatutos. Se propone un calendario para la operación que debe tener lugar en los seis meses posteriores a la elección presidencial. Se evalúan los haberes, luego se esboza una reorientación de la política industrial y de las alianzas. Los diferentes informes están redactados por directivos de PRG y enviados a un tal CG, quien los corrige y los anota y muy a menudo menciona el acuerdo o desacuerdo de su jefe. Todo ello también es controlado por algunos altos funcionarios de Bercy. CG, quizá me precipite, pero podría ser Camille Guesde.

—¿La eminencia gris de Guérin?

Cooke asiente.

—¡Qué imprudencia!

—Yo diría más bien inconsciencia. Hacen sus negocios entre amigos. En pocas palabras, los intereses privados se preparan para tomar el control de un gran pastel público, en cuanto los astros les sean favorables, y ellos mismos redactan el contrato que aceptarán firmar enseguida. Nadie es mejor servido que cuando lo hace uno mismo. Tengo alguna idea sobre la identidad de las Hespérides. También corren rumores sobre ella por París. Aunque necesitamos pruebas.

Cooke y Neal se levantan, se estiran y caminan por la sala. Afuera, sigue lloviendo.

Neal pregunta:

—Scoarnec sigue arriba, ¿le llamo para que tome algo?

—Déjalo estar. Ya comerá por la noche.

Neal prepara un plato de pasta con una salsa de tomate de lata. Comen sin prestar la mínima atención al plato, obsesionados por lo que van descubriendo poco a poco.

—Siguiente etapa, completar nuestras informaciones sobre Trinity Srl. ¿Por qué PRG tuvo la necesidad de esconderse y de borrar sus huellas?

—No es difícil averiguarlo, tenemos un muy buen corresponsal en Roma. Voy a llamarlo.

—Más complicado. Validar estos dossieres, asegurarse de que no se trata de documentos falsos.

—Enseguida se me ocurren en dos personas que nos lo pueden decir: Borzeix y Cardona.

—¿Quién es Cardona?

—El jefe de Soubise en la CEA.

—Sí. De todos modos, ninguno de los dos tendrá ganas de hablar con nosotros, por varias razones. Y además el tal Cardona quizá no sea la persona adecuada. Soubise pertenecía al Ministerio del Interior. ¿Su actual inquilino no sueña con derrotar a Guérin?

Cooke niega con la cabeza.

—No lo creo. Ya habría salido. Tomamos un café y volvemos al trabajo. Yo cojo Trinity; tú, Borzeix y Cardona.

Neal echa un vistazo a la escalera que conduce a la habitación de Scoarnec. No se oye ni un ruido procedente del piso de arriba. En el exterior, sigue lloviendo. Vuelve a sentarse delante de su ordenador refunfuñando.

Pierre Marsand es futbolista aficionado. Este sábado, el equipo de Montreuil del que forma parte recibe al Tremblay-en-France. Un partido duro, ganado por la mínima por los suyos. Hacia las tres de la tarde, los jugadores llegan a los vestuarios cansados pero contentos, con felicitaciones mutuas y evocaciones fanfarronas de las principales acciones del

partido.

Marsand sale de la ducha cuando un trabajador del estadio viene a buscarle para decirle que lo esperan en el parking. ¡Una morena que está muy buena! ¿Saffron? Después del mensaje de Scoarnec ha intentado sin éxito contactar con ella. ¿Gédéon anulado? ¡Panda de acojonados! Pero Saffron, ¿qué coño viene a hacer aquí? Si nunca le había hablado del fútbol. No importa, tiene los billetes de avión y van a largarse como habían previsto, después del debate. Y que los demás se jodan. Se viste rápidamente y sale corriendo del vestuario entre las burlas de sus compañeros de equipo.

La joven no está en la entrada del estadio. Marsand da algunos pasos entre los coches cuando le aborda un negro alto que, discretamente, le muestra su tarjeta tricolor y lo invita, sin darle más opciones, a subirse a un Peugeot de color gris antracita. Al volante, otro hombre, pelirrojo.

Poco desconfiado, el técnico se sube a la parte de atrás con el primer poli y enseguida se ve tendido en el asiento, esposado y ciego, ya que le han tapado la cabeza con una capucha sin aperturas.

—¿Qué quieren de mí?

—¡Cierra el pico! ¡Y mantén la calma!

Marsand empieza a protestar y recibe en respuesta un puñetazo en las costillas. Sin aliento, ha entendido el mensaje y deja de moverse.

El trayecto dura unos veinte minutos. En un momento dado, el coche baja a un sitio en el que los ruidos parecen resonar. Un parking. Los policías le hacen salir, franquean una puerta y luego otra, cruzan un pasillo, giran a la derecha, a la izquierda y de nuevo a la derecha.

Marsand tropieza una o dos veces y, cuando se atreve a preguntar de nuevo qué es lo que pasa, solo obtiene el silencio de sus guías. Finalmente, le hacen sentarse en una silla y le quitan la capucha. Se encuentra en una sala desnuda, delante de una mesa. Los dos polis están ahí y le observan.

El negro toma la palabra.

—Eliges mal a tus amigos, Pierre. ¿Puedo llamarte Pierre?

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí?

Bofetada de Michel en lo alto del cráneo.

—¡Contesta al señor!

Marsand lo mira fijamente, incrédulo. Es una pesadilla y voy a despertarme.

—¿Y?

—Sí... Sí, puede llamarme Pierre. Creo...

Va a añadir algo pero el negro levanta la mano para que se calle.

—Sabemos quién eres, dónde trabajas y, sobre todo, sabemos con quién te mezclas. Y lo que estáis maquinando. Y eliges mal a tus amigos.

—No sé lo que...

—Erwan Scoarnec, Julien Courvoisier, ¿te dicen algo estos nombres?

Lo saben.

—No.

Nuevo bofetón.

—¿Estás seguro? Piénsalo bien.

El técnico apenas osa levantar los ojos hacia Michel, su mirada le da miedo.

—Tus amigos son asesinos de polis.

—¡Es falso! Es mentira. ¡Lo pueden demostrar!

—¿Entonces sí les conoces?

Sonrisa de Jean.

—Eres realmente un imbécil, pobre Pierre. Tus amigos no solo son unos asesinos, sino que encima han empezado a matarse entre ellos. Scoarnec se ha cargado a Courvoisier.

¿Julien, muerto? ¡Imposible!

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Ayer lo encontraron en las aguas del Marne. Por lo visto, no sabía nadar muy bien.

Muerto. Ayer. Gédéon anulado esta mañana por Erwan. Saf', desaparecida.

—Esto te convierte en el cómplice de un asesino.

—No, no estaba previsto así. No tenía que suceder nada. ¡No lo sabía! ¡Se lo juro! Hay que encontrar a Saffron, ¡ella lo explicará todo!

—¿Jones-Saber, la putita?

—¡No hable así de ella!

Michel se echa a reír.

—Pero si parece enamorado.

Se gira hacia Jean y señala a Marsand con el pulgar.

—¡El imbécil está enamorado! Te han jodido, Pierre. Y ha sido una putita, sí. Tu Saffron ha sido detenida y ha hablado. ¿Cómo crees que hemos llegado hasta ti?

—¡Ella no lo haría! Ella... me quiere.

—Ella me quiere.

Le imita burlón Michel.

—Nos íbamos a largar juntos a...

—¿México?

Jean corta el final de la frase.

Lo saben todo. Ella se lo ha dicho todo.

—Ya lo ves, el problema es que, de momento, el único que sigue libre por ahí es tu amigo Erwan.

Jean se inclina hacia el técnico y le habla con dulzura.

—De él, en cambio, ella no nos ha dicho nada. Extraño, ¿no?

Se incorpora.

—Estás de mierda hasta el culo, Pierre —dice Michel.

—Sí, hasta el cuello —corrige Jean.

Marsand se echa a llorar.

—A menos que nos ayudes —dice Jean.

—Ayúdanos a encontrar a Scoarnec —concreta Michel.

Al final de la tarde, Erwan está dando vueltas en su habitación. No ha bajado, no tiene ganas de ver a esos dos viejos imbéciles. Pasa el rato, intenta reflexionar sobre lo que debe hacer, sin mucho éxito; tiene un gran lío en la cabeza.

Más que nada, tiene miedo. Y está muy decepcionado. Por Gédéon. No le gusta perder y no consigue decidirse a renunciar a ello. Dar el gran golpe. En el corazón del aparato mediático estatal. ¿Jodido? ¿Cómo han llegado hasta ahí? ¿No hay nada que hacer? Piénsalo bien.

Cuando se siente muy mal, navega por internet. Y desde esta mañana lucha contra las ganas de conectarse a su perfil de Facebook. Sabe que no puede esperar nada. Julien muerto, Saffron detenida, Marsand, el imbécil de Marsand, desaparecido. Se ha acabado Facebook. Como Gédéon. Sin embargo, como si tuviera el mono, no puede resistir la tentación de una última ojeada.

Goupil Lerenard ha actualizado su perfil. El muro y también el álbum de fotos.

Sorprendido, Erwan tarda unos segundos en decidirse y luego descarga la decimosegunda foto, el programa idóneo y desencripta el mensaje del técnico. Quiere verle.

—¡Joder, no!

Erwan se levanta, da cien vueltas alrededor de la cama. Sabe que hay que cortar los puentes. Quemar sus barcos. Pero contesta y acepta el principio de una cita, al día siguiente por la mañana. Propone un lugar y una hora, codifica su envío y regresa a la página de *Gédéon Lecanard*.

—Ha mordido el anzuelo.

El barbudo se echa para atrás, alejándose de la pantalla de su PC, y se gira hacia Michelet.

—Quiere ver a vuestro chico mañana por la mañana.

—Perfecto. Confírmelo.

El subprefecto sale.

Jean le espera en el patio interior del edificio de la SISS.

—¿Y?

—Ha funcionado. Tienen una cita mañana por la mañana.

—De lujo. Cogemos a Scoarnec, nos da el vídeo y después...

—¿Y después?

—Hacemos lo debido.

Michelet niega con la cabeza.

—No tenemos otra opción, recuerde.

Vuelve a hablarle de usted, aunque el tono sigue siendo agresivo y amenazante. Esos dos tipos son peligrosos. El subprefecto asiente.

—Lo sé. A Marsand, ¿cómo le veis?

—¿Qué quiere decir?

—¿Se prestará al juego?

—Está cagado, hará todo lo que le digamos. También siente odio.

—¿Por la chica?

—Sí.

—Quizá sea un buen actor, ¿no?

—Ni idea. Y me importa un pimiento.

—A mí no. Me gustaría una solución más... —Michelet busca la palabra— elegante. Y definitiva. Que no deje huellas.

—Lo único que cuenta es esa mierda de vídeo. Quiero saber si existe y qué contiene.

—Y también lo que los jodidos ecologistas han entendido de los informes de Soubise, no lo olvide. Esta era la misión, al principio. Averiguar qué sabían los demás.

—Por lo tanto, necesitamos ese lápiz de memoria.

—Y conseguirlo de forma que nadie se plantee muchas preguntas. En particular nuestros amigos de la Criminal.

—¿Y cómo va a hacerlo?

Michelet sonríe.

—Ya tengo una idea sobre eso.

Cómplice, coge a Jean del brazo y le conduce hacia la calle.

—Voy a ocuparme de hacer sonorizar el piso de Marsand. Usted me lo guarda calentito. Intente que el bruto que tiene por amigo no lo estropee. Aún lo necesitamos. Esta noche vendré a verles.

En su habitación, Erwan intenta mantenerse ocupado, pero no lo consigue. Cada cuarto de hora vuelve a Facebook. ¿Marsand ha leído la prensa? ¿Sabe lo de Julien? Si es así, se habrá rajado. Y Saffron ya no está ahí para parar el golpe. Luego llega la confirmación. El técnico acepta, lo verá mañana, al final de la mañana, en París.

Erwan, con el corazón latiéndole con fuerza, se echa en la cama, con los ojos cerrados, para digerir la noticia. Una esperanza loca de recuperar el dominio de la situación, de salvar lo esencial, Gédéon, el gran golpe, y de volver a ser el jefe. Que el sacrificio de Julien no haya sido en vano. Después, ya se verá. Se siente mejor, capaz de enfrentarse de nuevo con aquellos dos vejestorios, allá abajo, con sus aires de que saben porque han vivido. Y decirles adiós y gracias. Mañana salgo de nuevo al combate.

A la hora de la cena, Scoarnec sale de su habitación, baja la escalera, aseado, cambiado, con una sombra de sonrisa en los labios. Demuestra seguridad y tranquilidad con una puesta en escena muy controlada.

Neal nota que le invade una ola de agresividad.

Cooke pone encima de la mesa una cazuela humeante.

—Dos latas de estofado de buey. ¿Se une a nosotros?

—Claro que sí.

Tras haber probado el estofado en conserva, la agresividad de Neal evoluciona hacia el hastío y ataca desde el primer bocado.

—Los dos creemos que debería entregar este vídeo a la policía.

—Si lo hago, me detendrán, por toda una serie de razones válidas. Más otras que se inventarán.

—Es posible. ¿Y? ¿Le da miedo?

—No quiero ir a la cárcel.

—Sin embargo, allí estaría más seguro que en cualquier otra parte, en los tiempos que corren. Su amigo Courvoisier aún estaría con vida si hubiera acudido antes a la policía.

Scoarnec acusa el golpe.

Aprovechando la ventaja, Neal prosigue.

—Mañana por la mañana, muy pronto, vuelvo a París. Me voy hacia las siete. Le llevo y lo dejo en la Criminal.

Erwan se levanta.

—De acuerdo, voy con usted.

Coge una gran copa de vino, se la bebe de un trago y la deja en la mesa con una sonrisa.

—Para enjuagarme la boca después del estofado.

Cuando la puerta de la habitación de Scoarnec se cierra, Cooke se gira hacia Neal.

—¿Eres consciente de que existe una gran posibilidad de que Scoarnec no acuda a la Criminal?

—Si no va, los avisaremos.

—Somos periodistas, no auxiliares de policía, ¿lo has olvidado?

—Mi primer objetivo sigue siendo sacar a mi hija de ese berenjenal. Creo que ya he sido claro sobre eso. Evidentemente protegeré mis fuentes y ni siquiera hablaré de los documentos.

—Así está bien.

—Ahora ya sé por qué Scoarnec no ha hecho nada público. Tiene miedo de que le enchironen.

Cooke hace una mueca escéptica.

—Si te gusta creerlo así... Volvamos a lo nuestro. Trinity Srl. es objeto de una investigación de los jueces antimafia italianos desde hace seis meses. Se sospecha que pertenece a la Camorra y que no ha sido siempre muy ortodoxa, por no decirlo de otra manera, en su forma de tratar los residuos que se le confiaban.

—¿Y el vínculo con PRG?

—De 2001 a 2006, la Terrail, una filial del grupo de la bella Elisa, se ocupó de una gran obra de renovación de clínicas privadas, en Francia y en Italia. Quien dice clínica dice radiología y, por lo tanto, materiales radioactivos. Fue comprobando el tratamiento de esos materiales como Soubise

llegó hasta Trinity Srl.

—Lo nuclear en todas partes.

—No es sorprendente que quisieran salir de aquel atolladero a toda prisa. No es del gusto de nadie sentarse en los mismos consejos de administración que los mafiosos. Eso no tranquiliza los mercados.

—*Indeed*. Por mi parte, he buscado datos sobre Cardona. Estudió en el Politécnico, promoción de 1972. He ojeado el anuario de los antiguos alumnos, las promociones de 1971, 1972 y 1973. ¿Y sabes a quién he encontrado? No te canses, no lo adivinarías. A Gérard Blanchard, el dueño del restaurante Chez Gérard.

—*Small world*. ¿Quién lo hubiera creído?

—Su teléfono personal está apagado, sale el buzón de voz. Los domingos, el restaurante está cerrado, iré a verle el lunes. En cuanto a Borzeix, mañana la pillaré de forma imprevista.

Los dos cómplices se sonríen mutuamente, les sienta bien volver a trabajar juntos. Luego Cooke empieza a bostezar.

—Me voy a acostar, no puedo más.

Antes de subir, Neal consulta su correo una última vez. Correo del abogado Lemercier. La detención preventiva de su hija, como habían previsto, se prolonga cuarenta y ocho horas más. El padre de Saf' se sorprende a sí mismo pensando que más bien es una buena noticia.

6

Domingo

Neal saca el coche del garaje, cierra el portón y espera a Scoarnec dando vueltas por el jardín. La hierba está empapada pero quizá haga buen día.

Erwan cruza el jardín, en vaqueros y camiseta, con ademán insolente, hermoso, joven y orgulloso de serlo. Se apoya en el techo del coche.

—Antes de meterme ahí dentro, pongámonos de acuerdo. Usted me deja en la Porte de la Chapelle, yo sigo en metro. Con Saffron puede jugar tanto como quiera a ser un padre atento y protector, pero yo no soy su hijo.

—OK.

Neal agacha la cabeza y se mete en el coche para disimular sus ganas de reír. Buenas noticias, no hay incesto en mi casa. Por lo menos, en eso tengo suerte. Pobre diablo. Conduce con cuidado, casi con el piloto automático, y se esfuerza en pensar en su encuentro con Borzeix. Muy próximo. Quizá decisivo.

La presencia de Scoarnec, obstinadamente girado hacia la ventanilla de la puerta, absorto en la contemplación del paisaje que desfila, mudo, le molesta, le irrita y le impide concentrarse. Saffron está ahí, entre los dos; Saffron, que ha elegido al otro. Neal acaba rompiendo el silencio y plantea la pregunta que le ha obsesionado durante toda la noche.

—¿Saf' estaba con usted la noche en que grabaron el asesinato de Soubise en directo?

—No es a mí a quien debe preguntarlo, sino a ella.

Erwan ni siquiera se ha girado para hablarle.

—Está en prisión preventiva durante dos días más. No puedo comunicarme con ella, ya lo sabe. Pero necesito saberlo para actuar, ¿cómo lo ha dicho usted?, de forma atenta y protectora.

Un largo silencio.

Scoarnec deja pasar los segundos y acaba diciendo de mala gana:

—Sí, estaba allí.

Neal imagina el golpe que su hija tuvo que encajar, ella que nunca había visto la muerte de cerca, y aún menos la muerte violenta. Protegida. ¿Demasiado protegida? A su edad, tú vivías en directo la masacre de los rehenes y de sus captores en los Juegos Olímpicos de Munich. ¿Y? ¿Qué ha sido de tu rica experiencia?

—Pase lo que pase, nunca cite su presencia, déjela fuera del asunto del vídeo.

Erwan se gira, con la mirada clavada en el perfil de Neal.

—Guárdese sus consejos, no los necesito. Usted es su padre, me ha dado alojamiento durante veinticuatro horas, pero eso no le da ningún derecho. Su hija piensa que es usted un imbécil y estoy de acuerdo con ella. La ha encerrado, asfixiado, yo le he abierto el mundo y la he convertido en una combatiente. ¡Así que no se meta en nuestros asuntos!

Neal intenta conducir un poco más rápido, para calmarse. Sin dejar de mirar la carretera, articula de forma muy clara:

—*You're so full of shit.*

Los dos hombres no pronuncian ni una palabra más hasta que llegan a París. Neal se detiene cerca de la entrada del metro Porte de la Chapelle, deja allí a Scoarnec y repite una última vez, con voz neutra:

—Comandante Pâris, Brigada Criminal, Quai des Orfèvres 36, metro Cité o Saint-Michel.

Erwan se inclina hacia la portezuela.

—¡Que te jodan!

Neal le sigue con la mirada hasta que le ve desaparecer en la boca del metro.

Pâris se encuentra con Perrin, un delegado del sindicato al que está afiliado, mientras baja la gran escalinata de la Criminal. ¿Él, aquí, un domingo por la mañana?

—Te estaba buscando. Me han dicho que interrogabas a una chica.

—¿Te han dicho?

Sonrisa.

—Tengo un amigo que querría verte, ¿tienes cinco minutos?

Pâris inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Y qué quiere de mí ese amigo?

—Creo que nada malo.

Risa forzada por parte de los dos.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Ahora mismo, afuera, delante del edificio. Sabe quién eres.

Pâris suspira y coge el pasillo del primer piso, en el que habitualmente se cruzan los abogados de todo tipo, para llegar a la entrada de la plaza Dauphine. Al llegar a la acera, no espera ni treinta segundos antes de que una berlina negra Citroën de cristales tintados aparque delante de él.

Se abre una portezuela de atrás y aparece un hombre, de cara ancha, rasgos achatados y pelo encanecido.

—Gracias por concederme un poco de su precioso tiempo.

Se aparta para dejar que el policía se suba al coche.

Última mirada a su alrededor y el coche se pone en marcha de nuevo.

Pâris observa a su interlocutor, rígido y aparentemente algo incómodo, que busca las primeras palabras. Debe costarle mucho venir a buscarme hasta aquí. Pero tiene que jugar su última carta.

—Señor Dumesnil, hay otras formas de contactar conmigo en vez de este secuestro un tanto melodramático.

—Por lo menos sabe quién soy.

—Es difícil, hoy en día, escapar al poder de los medios de comunicación. Aunque se sea un hombre en la sombra. —Pâris sonríe—. Supongo que, como yo, está muy ocupado. Así que dígame a qué debo el honor de esta visita dominical.

—Muy directo. Ya me habían avisado.

—Realmente la gente habla demasiado.

—Benoît Soubise.

—Una investigación de la que me encargo junto con mi grupo.

—Oigo hablar mucho de ello.

—Lástima... Pero no es sorprendente.

Mueca de Dumesnil, que pretende ser cómplice.

—Elisa Picot-Robert y Pierre Guérin... ¿Hay que anticipar revelaciones?

—Directo, ¿eh?

Son casi las diez y media cuando Erwan llega al parque de Buttes-Chaumont. Aunque el tiempo es incierto, ya hay gente paseando, familias con cochecitos, bastantes corredores, algunos aficionados al taichi matinal. Sentimiento de seguridad relativa. Pero eso no le impide vigilar su entorno, buscando un par de ojos demasiado centrados en él o una vigilancia discreta. Pero no ve nada y, tras dar una primera vuelta de seguridad, se dirige hacia el mirador y su quiosco de música.

Erwan nunca se ha tomado a Marsand muy en serio. Demasiado blando, poco valiente, que solo sirve para gestiones básicas. Un simple ejecutor y no muy cuidadoso. Pero fácilmente manipulable. Y está allí esa mañana, fiel a su puesto, seguramente ansioso por entender qué sucede.

Scoarnec no pierde el tiempo en efusiones, el saludo es breve. Su voz le parece sorprendentemente cansada cuando toma la palabra.

—¿Nadie te ha seguido?

Eres tan tonto que ni siquiera te habrías dado cuenta, de

todos modos. Pero ¿quién podría sospechar de ti?

—Gédéon está jodido. Hay que anularlo.

Se le hace un nudo en la garganta. Por mucho que lo razone, sigue siendo tan difícil admitirlo...

—¿Qué ha pasado, joder? ¿Qué has... quiero decir, qué les ha pasado a los demás?

—Julien está muerto.

Surrealista, increíble, unas palabras que suenan falsas. Julien, su amigo, se ha ido para siempre. No, ha sido ejecutado. Un profundo sentimiento de injusticia invade a Erwan. Habrá que vengarse. Luego la tristeza le atrapa de nuevo. Traga saliva para no echarse a llorar. No delante de Marsand.

Junto a él, el técnico no se pierde nada. No demuestra nada pero se alegra de ver al bastardo de Scoarnec deshacerse a ojos vista. El gallito ha desaparecido. ¿Qué pudo ver en él Saffron?

—¿Cómo sucedió?

—¡No es asunto tuyo!

La agresividad ayuda a Erwan a retener las lágrimas.

—Está muerto. Y lo paramos todo.

Cuanto menos sepas, mejor te portarás. Y mejor para nosotros también. No confío nada en ti, si te pillan, te harán cantar como un pajarito, eso seguro, y aún vas a incriminarnos más.

Marsand mira fijamente a Scoarnec, sin conseguir disimular del todo su nerviosismo. Tú nos has cubierto a todos de mierda y ahora intentas protegerte. Es posible que los polis tengan razón y te hayas cargado a Julien. Joder, has matado a tu mejor amigo. ¡Capullo!

—¿Y Saffron?

Erwan suelta la pregunta de forma muy seca pero el técnico se recupera enseguida.

—¿Dónde está?

—¿Por qué me haces tantas preguntas? Ya te he dicho que todo quedaba anulado, ¡punto final!

—Pero ¡joder! Los periódicos dicen que...

—¡Mentiras!

—¿Y el poli muerto? ¿También una mentira?

Erwan niega con la cabeza. Realmente ese tipo es demasiado imbécil, incapaz de reaccionar en combate, de ver dónde están las prioridades. Se obliga a apoyar una mano en el hombro de Marsand.

—Vuelve a tu casa. Ve a tu trabajo como si no pasara nada. No corres ningún riesgo. Pero en cuanto puedas, pon tierra por en medio. Lejos. Haz que te olviden durante dos o tres semanas.

Le suelta el hombro, da media vuelta y empieza a alejarse.

—¡Espera!

Marsand se alarma, no puede dejar que se vaya. Traga saliva, echa un vistazo a su alrededor, indeciso. Piensa. ¡Deprisa!

—Pero no hemos hecho todo esto para nada. ¿Y Julien?

—¿Qué pasa con Julien?

—¿Unos tipos se lo cargan y no haces nada?

—¿Qué sabes de eso?

Erwan, encolerizado, vuelve sobre sus pasos y se planta delante de Marsand, quien retrocede.

—Lo único que digo es que por lo menos deberíamos intentar hacer algo. ¡Que Julien no haya muerto para nada!

—¿Ah, sí? ¿Qué quieres hacer, exactamente? No tengo el virus que nos preparó y sin eso...

—Quizá yo tenga una solución. Una especie de cortocircuito manual. Más pedestre, seguramente, pero sobre todo quizá más eficaz.

«Sobre todo quizá más eficaz...»

Sentado en un banco al pie del mirador, Michel finge estar leyendo el *Journal du Dimanche*. En su oído, la conversación entre Marsand y su cómplice prosigue aún durante dos minutos y luego se detiene. Un largo rato.

«OK, lo intentamos...»

Al oír estas últimas palabras de Scoarnec, Michel mira a Jean, sentado más abajo que él, entre unos arbustos de denso follaje que le ocultan a la vista de los paseantes.

El negro se guarda los prismáticos y se gira hacia su compañero.

Los dos policías asienten discretamente con la cabeza.

Michel se levanta y se mete en la avenida más cercana. Va a buscar el Kangoo mientras que Jean se dirige hacia los dos ecologistas.

Pâris admira los muelles que desfilan al otro lado de la ventanilla de la berlina, un espectáculo del que nunca se cansa. Reflexiona. ¿Qué puede ganar hablando con el director de campaña de Schneider? ¿Hacer tropezar a Guérin ahora que está a punto de subir al peldaño superior? En los últimos días, este pensamiento se le ha pasado por la cabeza. Y no una sola vez.

—Sé que usted ya ha tenido antes algunos problemas con Guérin y su camarilla —le dice Dumesnil—. Tenemos quien nos informa dentro del aparato policial. Y sabemos mostrarnos agradecidos con nuestros amigos.

—¿Agradecidos? Hable más claro. —El tono de Pâris es bruscamente áspero—. Lo primero que aprendes cuando eres un poli joven y entras en un servicio un poco delicado es que hay que desconfiar de los políticos.

—Por favor, evite generalizar.

—Sus amistades solo duran mientras les son útiles. O mientras no supongan riesgos. ¿Se ha informado bien? Entonces ya debe saber que, cuando estaba en el Château des Rentiers, vi pasar muchas historias. Y sus adversarios del momento no eran los únicos protagonistas.

Se hace el silencio de nuevo en el interior del coche. Delante, el chófer hace como si no oyera nada y mira al frente.

Dumesnil carraspea.

—El tema nuclear es un problema serio. De una importancia vital para nuestro país. Se ha necesitado tiempo para desarrollar este sector y hacerlo competitivo. Los retos estratégicos y financieros son enormes. Sin hablar de la dimensión medioambiental. Si, entre bambalinas, existen colusiones entre determinados intereses económicos privados y decisores políticos para repartirse ese pastel sin la más mínima consideración a largo plazo por el futuro estratégico de Francia, hay que denunciarlas.

—¿Y qué le hace creer que esté pasando eso?

—La CEA está implicada. Y PRG. Y a través de PRG, Guérin, ¿no? Es lógico que lo consideremos.

—¿Usted o sus amigos altos directivos que temen que les quiten el gran negocio delante de sus narices?

—La postura de Eugène Schneider sobre el tema es totalmente democrática y republicana.

Pâris no puede evitar una mueca irónica. Deja pasar unos segundos y vuelve al ataque.

—Mis investigaciones están lejos de ver el final del túnel. Pero estoy dispuesto a poner la mano en el fuego en que, a su término, voy a invalidar la hipótesis de los ecoterroristas asesinos. Ellos no han matado a Benoît Soubise.

—Entonces, ¿quién?

—Aún no lo sé. Pero es posible que algunas personas de las que hemos hablado hayan dado las órdenes.

Dumesnil silba entre dientes.

—¿Tiene pruebas?

—Si las tuviera, ¿estaría aquí hablando con usted? Pero ¿desde cuándo necesita pruebas para filtrar cosas a la prensa? Solo hay que usar el condicional.

—¿Por qué no se ha hecho ya?

—Cada uno a su oficio, señor Dumesnil, cada uno a su oficio. Sea como fuere, estoy vigilado de cerca y sufro fuertes presiones. Indirectamente, a través del ministerio fiscal, pero también a través de mis superiores jerárquicos. Erwan

Scoarnec es un culpable que gusta a todo el mundo.

—A nosotros no.

Están de regreso a la isla de la Cité.

Pâris pide que le dejen en la esquina de Pont Neuf con el Quai des Orfèvres. Se apea del coche y ve a los turistas, ya despiertos, que aprovechan los pocos y tímidos rayos de sol. Por última vez, se inclina hacia Dumesnil.

—No me hago ilusiones con sus motivaciones, sé que tienen poco que ver con las mías. Dejémoslo ahí. Esta reunión nunca ha tenido lugar.

Suelta la portezuela y esta se cierra de inmediato.

El Citroën se aleja.

Borzeix vive al norte del cementerio de Père-Lachaise, un trayecto corto que deja el tiempo justo a Neal para imaginarse un enfrentamiento severo con una dama de hierro y preparar una entrada forzada y algunas réplicas insistentes.

Llega a una calle muy tranquila, sube por ella, aparca más lejos, da la vuelta caminando hacia la manzana de casas y observa un coche aparcado a un tiro de piedra de la entrada del edifico de Borzeix. Dos hombres en su interior, uno de ellos leyendo un periódico. ¿Protección? ¿Vigilancia? ¿Coincidencia?

Una sexagenaria peripuesta entra en el edificio arrastrando a su perro y un carrito de la compra lleno a rebosar. Neal apresura el paso, llega hasta ella, le sostiene la puerta, acaricia al perro, le ayuda con el carrito, todo él sonrisas, y acaba con ella dentro del ascensor.

Ella se para en el cuarto, él sube directamente al último piso, el octavo. Ha leído en Facebook algunos comentarios sobre la suntuosa terraza de Borzeix. En el rellano, dos puertas, los nombres están en los timbres. Neal se endereza, comprueba su vestimenta y llama.

Tras apenas unos segundos de espera una mujer alta y soberbia le abre la puerta. Una mata de pelo castaño con

reflejos dorados, un rostro ovalado que recuerda a las mujeres de Botticelli, unos ojos de color verde jade, Neal se queda sin aliento. Lleva una especie de chilaba de varios colores y le recibe con una sonrisa amable, desde el fondo de su paraíso artificial.

—Entre, entre.

Neal se encuentra, desorientado, de pie en medio de una gran sala muy luminosa, tres sofás de cuero, toda una pared dedicada a un escritorio, un hermoso mueble muy contemporáneo, de cristal y acero, y una biblioteca repleta de libros. Observa los ceniceros llenos de colillas, el penetrante olor del hachís, algunas botellas más o menos vacías y almohadas y toallas de baño esparcidas.

Borzeix se le pone delante y lo mira con una sonrisita.

—No está mal... ¿Quién es usted, señor desconocido, que desembarca de buena mañana en mi vida destrozada en mil pedazos?

Hay que recuperarse, deprisa, entrar en su juego, aprovechar la euforia y la angustia. Neal cuida la sonrisa y el acento.

—Me llamo Neal Jones-Saber y soy inglés.

—Lo hubiera apostado. ¿Quiere algo para beber? ¿Una cerveza, un poco de ginebra?

Lo toma por el brazo.

—Venga conmigo a la terraza, esto parece un campo de batalla.

Neal levanta las cejas, un campo de batalla, en fin, no se lo parecía... Pero bueno.

La terraza es suntuosa, con muchas flores, muy tranquila y ordenada, con una espléndida vista de todo París, más allá del cerro de los árboles del cementerio.

Neal se sienta en una tumbona y opta por una cerveza, que no tiene intención de beberse.

Borzeix se sirve unas gotas de ginebra en una copa y se echa en otra tumbona junto al periodista.

—Ha sido muy oportuno, empezaba a aburrirme de

verdad aquí sola. Y dígame, señor inglés, ¿qué le trae por aquí?

—Soy el padre de Saffron Jones-Saber.

La mirada de Borzeix no refleja nada, parece evidente que el nombre no le dice nada.

—Una joven de veinte años que actualmente está a disposición judicial en el marco de la investigación sobre el asesinato del comandante Soubise.

Borzeix se incorpora y deja su copa.

—Estoy convencido de que no tiene nada que ver con su muerte, que se trata de una terrible mala suerte e intento ayudarla a salir de esta. ¿Sería tan amable de hablar de este tema un rato conmigo?

—Creo haber dicho todo lo que sé a la policía, pero ¿por qué no?

Su interlocutora frunte el ceño, hace grandes esfuerzos para salir de la bruma, actuar deprisa antes de que lo consiga. Con ella no valen los subterfugios.

—¿Sabe en qué temas estaba trabajando el comandante Soubise en el momento de su asesinato?

Borzeix ríe, una risa sorprendente, un autoescarnio alegre.

—Ni idea, imagínese. Benoît y yo nos conocimos alrededor de una mesa de póker, era un hombre apuesto, seductor, atento. Yo seguramente me sentía sola.

Echa un vistazo intenso a Neal.

—Como hoy. Nunca supe que era policía o que trabajaba en la CEA. Como ve, nos entendíamos muy bien en la cama, pero nunca, nunca jamás, habíamos hablado de nuestras actividades profesionales. Los policías dicen que fui víctima de una conspiración. Víctima, ¿puede creerlo?

Se levanta, coge su copa de ginebra y la vacía en una jardinera de flores.

—Voy a hacerme café. ¿Qué desea? ¿Té? ¿Café también?

—Un café sería perfecto.

Borzeix desaparece en la cocina, regresa con una bandeja, dos expresos y dos vasos de agua fresca. Se sienta haciendo

equilibrios en el borde de una butaca.

El estado de gracia ha terminado. Hay que pasar a la fase de desestabilización.

—Por lo que me han dicho, Soubise se interesaba por los proyectos de recompra por parte del grupo Mermet de las actividades mediáticas de PRG.

Borzeix ríe de nuevo, de forma más franca.

—No vale la pena disfrazarse de padre desconsolado para obtener informaciones sobre eso. Los salones parisinos no hablan de otra cosa.

—Parece ser que Soubise también se interesaba en la reinversión de las sumas que podría comportar esta operación en el «Jardín de las Hespérides».

La jurista se levanta con el cuerpo tenso. El esfuerzo por salir de su estado letárgico y feliz es doloroso, hace una mueca.

—¿Quién es usted realmente? ¿A qué juega? ¿Y de dónde ha sacado todas estas informaciones?

—Soy Neal Jones-Saber, el padre de Saffron, como ya le he dicho. También soy periodista e intento esclarecer todo este asunto.

Borzeix toma a Neal por el brazo.

—Venga, lo acompaño hasta la puerta.

Él la sigue, sin dejar de hablar.

—Acepte contestar algunas preguntas, es por su propio interés, señora. Corre un gran riesgo. En todo el lío sobre el capital de Trinity Srl., el único nombre que aparece de PRG es el suyo...

Ella se detiene, conmocionada.

—Sabe muchas cosas.

—Cuando el escándalo estalle, usted será el chivo expiatorio perfecto. ¿Acepta hablar conmigo?

Borzeix lo conduce hasta la entrada, abre la puerta.

—Pensaré en ello.

Neal se inclina hacia ella, habla en voz baja.

—Piense deprisa, quizá no tenga mucho tiempo. Hay

pruebas de que Soubise no fue asesinado por ecologistas radicales, sino por profesionales. ¿Al servicio de quién? ¿De los que quieren entrar en el «Jardín de las Hespérides»? ¿De los que quieren impedirlo? ¿Competidores? ¿O quizá los *silent partners* camorristas de Trinity Srl.? ¿Y se detendrán ahí? ¿A quién quieren hacer callar? Hacer público lo que sabe es la mejor de las protecciones.

Borzeix empuja al periodista al rellano del piso y se dispone a cerrar la puerta.

Él le tiende su tarjeta.

—Concédame una cita.

Ella la coge.

—¿Por qué no, al fin y al cabo? Mañana, imposible. Pongamos el martes por la mañana, a las ocho treinta, en el Café de la Mairie, en la plaza Gambetta.

Una sonrisa.

—Gracias por venir a verme.

Y cierra la puerta.

En la calle, Neal constata que el coche y sus dos ocupantes siguen ahí. Por si acaso, anota el número de matrícula.

Borzeix regresa a la terraza para echarse en la tumbona, completamente consciente de que ha llegado el momento de decidirse de una vez por todas. ¿Contra o con Elisa? ¿Existe aún un posible futuro para ella en PRG? ¿Adónde la puede llevar ponerse en contra de Elisa? También es perfectamente consciente de que está demasiado *stone* para poder decidirse ahora. Tiene que descansar, dormir la mona. Mañana ya veré.

Graba el número de teléfono de Jones-Saber en su móvil, rasga la tarjeta en mil pedazos y la tira al aire. Y de repente se da cuenta de que Soubise ya no está en su paisaje. Ha pasado página.

En un restaurante próximo al Père-Lachaise, Neal come un entrecot de buey acompañado de puré de patata, todo ello con un vino blanco Saint-Pourçain. Así borra el recuerdo de la siniestra cena de estofado de la noche anterior. Un pastel de cerezas no muy bueno, mi suegra lo hace mejor. Un café.

Debe decidirse y llamar a Pâris. Una cierta aprensión. Ejercicio peligroso en la cuerda floja, entre la necesidad de decir lo menos posible, para proteger sus fuentes, y lo bastante para obtener que Saffron quede en libertad. Evidentemente, si Scoarnec ya se ha pasado por la Criminal, todo sería más simple, pero no hay que contar con ello. Registra sus bolsillos en busca de la tarjeta de Pâris y saca su teléfono móvil.

Hacia las cuatro de la tarde, Neal se presenta en el 36; le acompañan hasta la Criminal, donde Pâris le espera detrás de su mesa de despacho.

El policía le hace una señal para que tome asiento.

—A ver, ¿qué es lo que no me podía decir por teléfono hace un rato?

—He venido a traerle esto.

Neal le tiende una memoria USB.

—Mírelo.

Pâris la conecta a su ordenador, gira la pantalla para que Neal también pueda verlo y hace doble clic en el dossier que acaba de aparecer en el icono de su disco duro.

En primer plano, la cara de un hombre.

Neal va a hablar, mira a Pâris y se calla. La tensión brutal de su rostro manifiesta claramente que ha reconocido a Soubise y que ve ese vídeo por primera vez. Scoarnec no ha ido. Por indicación de Neal, Pâris adelanta el cursor hasta que la pantalla se anima de nuevo. Neal, profundamente incómodo, no consigue apartar los ojos de la pantalla y vuelve a ver toda la escena del crimen, fascinado y herido por su propio voyeurismo.

Fin del vídeo.

Pâris, con el rostro endurecido, aparta la pantalla y se inclina hacia el periodista.

—¿De dónde ha salido esto?

—Secreto de fuentes. Soy periodista, no lo olvide.

—Cuando le va bien. ¿Para qué periódico?

—Escribo para el *Herald* sobre el desarrollo de la campaña electoral francesa.

—¿Y el asesinato de Soubise forma parte de ese desarrollo?

—Creo que sí. En cualquier caso, este vídeo ha aparecido durante de la preparación de mi artículo, no tengo más que decir.

Pâris se restriega la cara.

—Me está jorobando, Jones-Saber. Es un especialista en la mezcla de géneros. Padre de familia desgraciado, luego periodista frustrado. Y ahora ayudante de policía cagueta. ¿Se identifica con todos?

—De momento, sí. He recuperado este documento como periodista. Se lo comunico con la conformidad de mi equipo, para poder sacar del apuro a mi hija. Actúo como padre de familia, no como ayudante de la policía.

—Los asesinos, si se trata de ellos, son difícilmente identificables.

—No es mi problema. Pero es evidente que no se trata de mi hija y sus amigos. Si consigo que sea puesta en libertad, lo dejo ahí. Si no, subo el vídeo a internet con mis comentarios personales.

—¿Es una amenaza?

—De ningún modo. Es una información para que a nadie le pille desprevenido.

—Su negativa a decirnos de dónde procede este vídeo le quita mucha credibilidad.

—Confío en la competencia de su policía científica. Y en su inteligencia para sumar dos y dos.

Pâris se levanta.

—Le acompaño hasta la puerta.

Caminan hacia la salida de servicio, dos pisos más abajo.

—¿Cuándo podré ver a mi hija?

—No antes del final de la prisión preventiva. Avisaremos a su abogado.

Un silencio.

—Gracias por traerme este vídeo.

Neal sonríe.

—Estoy seguro de que lo utilizará de modo adecuado.

En los oídos de Jean, rock duro, metálico. Aquello dura desde hace cuarenta minutos sin descanso. Y no capta nada más. Imposible saber si esos dos imbéciles hablan, lo que se dicen. Imposible encontrar un lugar desde el que poder ver el piso de Marsand.

Michel llega con una bolsa de plástico en la mano. Un olor de fritura china invade de inmediato el habitáculo del Kangoo.

—¿Y?

—Nada de nada. Siguen teniendo la tele a todo volumen.

—Marsand se ríe de nuestra jeta, ya te lo digo, no es de fiar. Es posible que se lo esté contando todo al otro. Ese maricón de Michelet nos enviará a la mierda con tantas estupideces.

Un momento.

—Hay que subir ahí arriba, hacer que escupan todo lo que saben y hacerles callar de una vez por todas. Esta vez, nos tomamos el tiempo que haga falta y que parezca un suicidio. Uno de sus amigos está muerto; la otra, enchironada. Los están buscando, están acorralados. Seguro que cuela.

—Pásame mis rollitos y cállate, estoy escuchando.

—¿Ah, sí? ¿Y qué estás escuchando?

—Música de blancos descerebrados. Me estoy cultivando.

Jean alarga la mano sin girarse hacia Michel.

—Mis rollitos.

Marsand está sentado en el brazo de su sofá, medio adormilado.

Junto a él, chupando lo que queda de su tercer porro —

para darse ánimos o solo porque no tienen nada más que compartir, o por ambas cosas—, Erwan mira a su cómplice, pensativo. El nuevo plan puede funcionar. ¿Quién hubiera pensado que Marsand era capaz de reaccionar de ese modo? Además, ahora que acaba de pasarse una hora intentando hacerle entender otra vez todo el interés del electrochoque que puede provocar Gédéon —la alerta, es lo que hay que lograr—, duda de si ha convertido completamente al técnico en las sutilezas y la importancia de su lucha. Marsand es uno de esos rebeldes modernos, veleidoso y conformista.

Suerte que Saffron ha estado allí para motivarle hasta el final.

Saffron lo entendía. Ahora, ella está sola en una celda. Un sacrificio necesario. Como el de Julien, al fin y al cabo. Ahora le toca a él enarbolar la bandera, él tiene que escribir el último acto. Y el primero de todo lo que vendrá después sin falta.

Erwan mira a su alrededor. Está todo desordenado. Por un momento, está tentado de bajar el volumen de la tele, conectada en el canal MTV, que emite un concierto de Queens of the Stone Age. Por lo visto, al técnico le gusta aquello. Él solo ve en ello el enésimo avatar de la esclavitud a la cultura de la entropía.

Con gestos torpes, Erwan aplasta la colilla en el cenicero y coge un trozo de pita entre los restos de comida que se acumulan en la mesa delante de él. Luego se levanta comiéndoselo y va a encerrarse a la habitación de Marsand. Tiene que descansar.

Lunes

Como todos los lunes, Cardona llega a las siete a su despacho, con la prensa bajo el brazo, y, a su estela, aparece un joven salido de la Escuela Politécnica, que acaba de desembarcar en las esferas directivas de la CEA y que se llama Pierre Bonnot.

Cardona está de buen humor. Un poco más, y canturrearía. Al pasar llama a su secretaria.

—Odile, tráiganos dos cafés, ¿quiere? ¿Y unas pastas? Gracias, es usted muy amable.

Poco después, Odile deja una bandeja bien servida encima de la mesa del despacho.

En cuanto sale, Cardona aparta la bandeja, esparce los periódicos económicos de la mañana, abiertos por las páginas de Vida Empresarial. Todos hablan de las relaciones peligrosas de PRG. Los subtítulos hablan de una instrucción de la magistratura antimafia en Italia, de tráficos ilegales de materias fisibles y de la asociación desde hace tiempo de la Camorra y PRG en esos sustanciosos tráficos.

Cardona está contento, se come dos panecillos de pasas y da golpecitos a los titulares de los periódicos.

—Ya lo ve, Bonnot, la Picot-Robert quiere comerse Areva, nosotros vamos a impedirlo, permaneciendo estrictamente en el campo económico. Esta mañana, al leer los periódicos, la bella Elisa va a entender que su bulimia puede costarle cara y que incluso puede perder la guerra. Mire.

En su ordenador, Cardona refleja el curso de la acción de PRG en directo. Desestabilización en la apertura, luego baja.

—Y no es más que una escaramuza. La guerra empezará la

semana próxima.

Bonnot está estupefacto.

—¿Tenemos algo que ver con los artículos?

—Hay veces en las que hay que saber aprovechar la ocasión. Y las filtraciones que han alertado a la justicia italiana acerca de la colaboración entre PRG y la Camorra, o las que han indicado a ciertos periodistas franceses la existencia de investigaciones de los magistrados italianos, han sido muy oportunas para la CEA. Ponen el dedo exactamente en la llaga. Medio siglo de independencia bajo el control imparcial de los poderes públicos, totalmente a salvo. El día en que nuestros activos caigan en la bolsa de grupos privados, quién sabe, con riesgo de cambios en el accionariado, ¿quién acabará controlándolos? ¿Se imagina las centrales nucleares en manos de mafiosos?

—¿Cómo puede saber la señora Picot-Robert que el disparo de advertencia viene de nosotros?

—No se preocupe por eso, es inteligente, lo sabe.

Odile en la línea directa.

«Un tal Neal Jones-Saber, del periódico *The Herald*, de Londres, pide hablar con usted. Dice que le han interesado mucho los artículos de la prensa de esta mañana sobre los tráficos de materias fisibles y le gustaría saber su opinión.»

Cardona duda unos segundos. No, demasiado pronto.

—Dígale que no estoy disponible, pero coja sus señas, y hágame una ficha de ese... ¿cómo se llama? Jones-Saber.

Mermet, sentado en el asiento trasero de su Mercedes, en el trayecto entre su domicilio de Neuilly y la sede del grupo en la calle Saint-Honoré, sigue escuchando RTL.

Esta mañana, sondeo exclusivo Ifop-RTL sobre las perspectivas de voto en la segunda vuelta. Los electores que han votado al Frente Nacional en la primera vuelta declaran tener la intención de votar a Guérin en la segunda en un ochenta y cinco por ciento.

Mermet sonríe satisfecho.

Su chófer comenta:

—Yo también votaré a Guérin en la segunda vuelta, señor.

Llamada de Patoux.

«¿Ha leído la prensa económica esta mañana?»

—No, no la leo, y no soy el único.

«Alguien quiere perjudicar a PRG...»

—Es una prensa de chantaje. No tiene mayor importancia.

«Estoy de acuerdo con usted. Le llamo para saber si cree que puede haber un riesgo de contagio a la prensa corriente.»

—No lo creo. Pero, por precaución, comprobaré lo que afecta a mi grupo. Esté tranquilo.

En cuanto termina la conversación, Mermet anota en su BlackBerry: «demanda informe prensa económica. Capital. Decisores. Control. Tirada. Difusión. Lectores».

A las nueve de la mañana, con *Les Échos* bajo el brazo, Borzeix llega a la sede de PRG. Ya ha leído el periódico y, por lo tanto, sabe que el grupo está sufriendo un ataque en toda regla. Y ve venir una reacción violenta de su jefa, ya que el contenido de las revelaciones la convierte en sospechosa. Por el camino, ya estaba preocupada. Tiene pocas dudas sobre la implicación de Pierre Guérin, sus esbirros y, por extensión, Elisa Picot-Robert y Albert Mermet, en los acontecimientos que han llevado a la muerte de Benoît. ¿Debería desandar el camino?

Ahora es demasiado tarde, ya ha entrado en el vestíbulo.

Borzeix no tiene tiempo de entrar en su despacho. Una de sus dos secretarias viene a avisarla de que la reclaman en el piso de arriba, el último, el reino de los cielos. Elisa quiere verla.

Y esta última parece esperarla con impaciencia, con la prensa esparcida delante de ella, el curso de la Bolsa en technicolor en todas las pantallas del despacho de su jefa. Las dos mujeres se saludan de manera formal. Un cambio radical, desde hace una semana. Cualquier complicidad entre ellas se ha esfumado.

Elisa Picot-Robert le hace una señal para que tome asiento. ¿Quiere tomar algo? La distancia existe pero el tono pretende ser amable. La gran dama se está dominando y el esfuerzo parece enorme.

Tras las amenazas, ¿el momento de la reconciliación?

Les sirven unos cafés y luego vuelven a quedarse solas. Intermedio de silencio, solo roto por el tintineo de metal contra la cerámica de las tazas.

—Mis palabras se impusieron sobre mi pensamiento, la semana pasada.

Así que ahora viene la zanahoria. Borzeix la deja hacer.

—Y entiendo que todo ello la haya trastornado. Una actitud...

Las palabras salen a trompicones. A Elisa Picot-Robert le cuesta pedir perdón, encima se siente realmente traicionada por la mujer que está sentada delante de ella, esa colaboradora en apariencia sin sangre en las venas. Solo en apariencia. Demasiado tierna y probablemente demasiado indiscreta. Lo de la prensa, sin duda ha salido de ella.

—Fuera de lugar. Creo, y lamento, que nuestras relaciones quedarán irremediablemente afectadas. De ahora en adelante nos será difícil afrontar un día a día profesional que presiento cargado en los próximos meses.

Borzeix asiente, no dice nada. Sabe que no ha terminado. El inicio no es el de un despido a bombo y platillo. Elisa no se encarga de este tipo de problemas. Lo que tiene es alguna propuesta.

—El año pasado me habló de ese proyecto de gabinete especializado en el derecho de los negocios que quería montar. ¿Dónde lo quería instalar?

—En Ginebra.

—Ah, sí, Ginebra, ya recuerdo. ¿Y si la ayudara a hacerlo? Con la garantía de una base anual de honorarios, por supuesto. ¿Qué le parece?

Borzeix se toma su tiempo para contestar.

—Estos últimos tres años han sido para mí

particularmente ricos en formación. He aprendido mucho junto a usted.

La gestión de su jefa es totalmente lógica. No quiere conservar a una *enemiga* potencial en el seno del grupo. Y además, convirtiéndome en tu abogada o la de tu grupo, me tienes cogida por la cláusula de confidencialidad.

—Lo primero que he aprendido es que no hay que tomar una decisión precipitada. —Sonríe y luego retoma la palabra —. Este fin de semana recibí una visita. —Mientras espera, puedo darle algunas pruebas de buena voluntad—. Un hombre que se presentó como el padre de la joven arrestada en el marco de la investigación por el asesinato de Benoît Soubise. Parece ser que la chica pertenece a ese grupo de militantes que están en el punto de mira de la policía desde el principio del caso.

Elisa Picot-Robert no dice nada, escucha.

Está al corriente, piensa enseguida Borzeix. Así que ha sido ella la que ha hecho registrar mi piso. Y la que ha hecho que me sigan.

—Quería información sobre Benoît, sobre su trabajo. Le comuniqué a ese señor que no le podía decir mucho ya que yo misma ignoraba a qué se dedicaba hasta el día que le mataron.

—¿Esta respuesta le satisfizo?

—Sí y no, me pareció decepcionado.

—¿Algo más?

Borzeix duda un momento. ¿Elisa sabe que el tal Neal Jones-Saber es periodista? Es posible. No debe decirle que le ha pedido una cita para hablar. Por si acaso.

—Solo ha hablado de unas pruebas que declararían totalmente inocente a su hija y a sus supuestos cómplices.

—¿Pruebas? ¿De qué tipo?

—No me lo concretó.

—Gracias por haberme informado de ello.

Sé que tú sabes que yo sé. Y que acabo de avisarte de que las cosas podrían volverse en tu contra. Borzeix se levanta.

Elisa le sonríe, con los labios apretados.

—Piense en mi propuesta.

Después de la zanahoria, ¿el palo?

—Sea razonable, señorita Jones-Saber, ayúdenos. Sabemos que existen pruebas que la pueden exculpar del caso que nos ocupa. Como al señor Scoarnec. Díganos dónde encontrarlo.

A pesar de su tono conciliador, el sustituto Fourcade choca desde hace una hora contra la pared que le opone Saffron.

Enésimo interrogatorio de la joven, en el despacho del grupo de Pâris. Están presentes este, el magistrado y Estelle Rouyer, que teclea la declaración.

Y Saf' solo contesta lo mínimo indispensable, fiel a su línea de los tres últimos días. Pero está cansada, se le nota en la cara y tiñe su tez. Está sentada de cualquier modo en la silla, con la cabeza hacia delante y los hombros caídos.

—Si hay pruebas, ¿por qué estoy aquí aún?

Pero su mente sigue despierta.

—Porque tú y tu amiguito sois demasiado imbéciles para usarlas.

Saffron se gira hacia Rouyer, que acaba de dirigirle la palabra desde detrás de la pantalla de su ordenador.

—¡No me hables así!

Despierta y mordaz.

—Te hablo como quiero, pequeña. Y ya me estás tocando las narices con tus aires superiores de revolucionaria bobalicona.

—¿Por qué? —pregunta Fourcade.

—¿Por qué qué?

—No ha comunicado inmediatamente sus pruebas.

—No sé de qué me habla.

—No nos tome por imbéciles.

—No sé de qué me habla.

Pâris interviene.

—La única razón que podría justificar que no haya

intentado exculparse antes sería que usted y su pequeña banda de inútiles estuvieran preparando algo. ¿Es por eso que no nos quiere decir dónde está Erwan Scoarnec?

Saffron mira al policía. Es perspicaz pero se anda por las ramas. ¿De qué pruebas habla? ¿El vídeo? Erwan no se lo habría dado a cualquiera. Si hubiera tenido que usarlo, lo habría hecho él mismo, a través de sus enlaces habituales. Y ya estaría en internet. Y en todos los periódicos. ¿Está ella en todos los periódicos o los polis se están tirando un farol? Parece, sin embargo, que han entendido cosas.

—Si no he hecho nada y tienen pruebas de ello, libérenme. ¿O entonces es que soy una prisionera política?

—No diga tonterías. Está aquí porque es sospechosa de ser la cómplice de un asesino.

—Creía que tenían una prueba de lo contrario.

—¿Hemos dicho eso?

—¿De qué prueba se trata?

Asentimiento con la cabeza de Fourcade a Pâris, que suelta:

—Una grabación.

—¿Cómo... cómo la han conseguido?

La voz de Saffron se rompe. ¿Se ha hecho público el vídeo? ¿Y aún estoy aquí? ¿Y Erwan sigue libre? ¿Qué esperas para sacarme de aquí?

—Entonces no niega que esta grabación exista.

Silencio.

Pâris se levanta, da una vuelta a su despacho y se planta delante de Saffron.

—¿De dónde viene esa grabación?

—No sé de qué me habla.

—Yo creo que sí. Y muy bien incluso.

—¿Qué le han hecho a Erwan?

Es la única explicación. Han cogido a Erwan y seguramente le han zurrado para que dijera dónde estaba la memoria USB. Quieren saber si existen copias. El cuerpo de Saffron se sacude por un espasmo de miedo.

—Nada. Antes deberíamos detenerle para hacerle algo.

Miente. Negar, negarlo todo, hasta el final.

—Estas pruebas de que me habla son una estupidez.

—¿Qué preparan usted y Scoarnec? ¿Qué ha podido justificar que haya dejado que Julien Courvoisier la palmara?

Pâris levanta a la fuerza la barbilla de Saffron, que intenta evitar cruzarse con su mirada, y centra sus ojos en los de la joven.

—Creía que eran amigos. A menos que lo matara él mismo.

—¡No es verdad! ¡Erwan no haría eso!

—¿Ah, sí? ¿Está segura de eso?

Saffron vacila. Fourcade lo aprovecha.

—Entonces, ¿por qué deja que usted críe moho aquí?

Silencio.

—¿Vale la pena el sacrificio que está haciendo por él?

—¡Mienten! ¡Todos ustedes mienten! ¡Déjenme tranquila!

Silencio.

—¿Vas a desperdiciar tu vida por ese tipo?

De nuevo, lentamente, Saffron se gira hacia Estelle Rouyer, con los ojos húmedos. Inspira profundamente.

—No por él. Por lo que defendemos.

Pâris suspira. Estelle levanta los ojos al cielo.

—Ustedes no lo pueden entender, están encerrados en su sistema.

—Dos muertos ya y un secuestro delante de sus narices, si hay alguien que más bien no entiende nada es usted. Erwan corre un gran peligro.

—No mientras esté lejos de ustedes.

Fourcade intercambia una mirada con los policías y ponen fin al interrogatorio. Saffron se niega una vez más a firmar su declaración y Rouyer la acompaña hasta la celda.

En cuanto está de nuevo solo con Pâris, el magistrado toma la palabra.

—Cabezota.

—Convencida. Una cualidad rara. ¿Qué vamos a hacer con

ella? No tenemos nada que reprocharle.

—Salvo si conoce la existencia del vídeo.

—No lo sabemos. Y además ello significaría que Scoarnec es la fuente del padre.

—¿No cree que sea así?

Pâris se encoge de hombros.

—En el vídeo es evidente que son los asesinos los que roban el ordenador. Por lo tanto, la grabación. Y si hay algo en lo que podemos estar de acuerdo es que los asesinos no son Scoarnec y Courvoisier.

—Courvoisier era un pirata informático. ¿Podría haber realizado esta grabación a distancia, después de haber pirateado el ordenador de Soubise? ¿Es posible?

—Supongo que sí. Debería preguntarlo a los servicios técnicos.

—Si es así, la joven sabe que existe. Quizá ella misma estaba ahí en el momento en que se realizó la grabación. Ella lo vio. Y no ha dicho nada. Ocultación de pruebas, falta de asistencia a una persona en peligro, suficiente para examinarla y entregarla bajo control judicial. No puedo dejarla ir así como así.

—¿Por qué?

—¿Ha leído la prensa esta mañana?

Fourcade se inclina hacia su maletín de cuero y saca un periódico. Lo enseña a Pâris. En las páginas de economía, un documento sobre PRG y sus dudosas amistades italianas.

—Al menos esta filtración no es nuestra, ¿verdad?

Pâris niega con la cabeza. Ayer no habló a Dumesnil de Trinity, así que el asunto no viene de ahí. Si, a través de uno de sus apoyos más sólidos en el mundo de los negocios, se apunta realmente hacia Guérin. Quizá simplemente se trata de competidores de Elisa.

—Eso no impedirá que algunas personas lo crean. Un pretexto más para quitarnos el caso. Eso o un sobreseimiento para nuestra verde rebelde que no haría más que demostrar que ya no tenemos en cuenta seriamente esa pista.

—¿Sigue estando convencido de su estrategia respecto al vídeo? Ponerlo en el dossier podría protegernos de ese tipo de disgusto. Si aportamos elementos que puedan contradecir la hipótesis de los ecoterroristas asesinos, haríamos acallar enseguida cualquier crítica.

Fourcade sonríe.

—No se preocupe, lo he añadido al dossier. Simplemente he extraviado las actas que lo mencionan durante unos días. Ganamos tiempo evitando atraer la atención hacia ese elemento crucial. Haré oficial su existencia en el momento oportuno. O si es realmente necesario.

Pâris asiente.

—He entregado el CD-ROM de Neal Jones-Saber a la IJ. Ellos han enviado una copia a Écully, al laboratorio central, para un análisis más profundo de la grabación. Ya veremos lo que sacan en claro.

Neal está sentado delante de Gérard Blanchard, el dueño del restaurante Chez Gérard, en su pequeño despacho del piso de arriba, atestado de carpetas, facturas y documentos diversos.

—Gracias por su reseña del viernes pasado en *The Times*, me emociona, porque creo que sus palabras son sinceras y pienso que ha hecho un buen trabajo. Y cuento con ello para atraerme a una clientela anglosajona que de momento no tengo.

—¿La ha leído?

—Claro, ¿qué pensaba? Tengo mi sistema de alerta.

Beben un café delicioso, a pequeños sorbos, en unas tazas de porcelana.

—¿De qué quería hablarme?

—Tengo una petición muy particular. ¿Conoce a un tal Joël Cardona?

La actitud de Blanchard cambia imperceptiblemente. Se ha puesto en guardia.

—Es un cliente bastante habitual.

—He aceptado una colaboración en la sección de Internacional de un gran periódico británico e intento obtener una cita con este señor. De momento, no lo he conseguido.

—No me sorprende.

—¿Aceptaría hacer de intermediario con él?

—¿Qué le hace creer que eso está en mis manos?

—Entre antiguos alumnos de la Escuela Politécnica, son cosas que se hacen.

Gérard se echa a reír.

—Ya veo que está usted muy bien informado. Nadie está al corriente de ello, ni entre el personal ni entre mi clientela. Pero, ¿sabe?, hay politécnicos y politécnicos. Cardona pertenece a la elite, lo mejor de lo mejor. Yo soy uno de esos energúmenos, siempre hay uno o dos en cada promoción, que están a la cola del pelotón y que terminan en el teatro, la danza o la restauración.

Neal opta por ignorar el descarte.

—He leído la prensa económica de esta mañana, y creo que un encuentro sería provechoso para ambas partes. Simplemente le pido que le haga llegar este mensaje.

Gérard duda, no mucho tiempo.

—Deme su número de móvil.

Pierre Marsand coge cuatro pizzas de la sección de congelados y las tira en su carrito. Luego se dirige hacia la sección de la panadería. Ha dado la vuelta dos veces, acabará pareciendo sospechoso. Está concentrado en un paquete de pan de molde cortado de siete cereales cuando oye una voz junto a él.

—¿Dónde está tu amigo?

Jean está allí, con una cesta de plástico en la mano.

—En mi casa. Camina arriba y abajo, habla solo. Va a volverme loco.

—Pronto se acabará. ¿Has encontrado algo? ¿Una memoria USB, un CD, un tique de consigna, un recibo de

correos?

—Nada. Ni en su ropa ni en su mochila. Esta noche lo he tenido que hacer en dos turnos para registrarlo todo.

Por reflejo, Marsand se gira hacia el policía.

—¡Sé discreto! Concéntrate en tus compras.

El técnico, rígido, fija la mirada en un punto delante de él.

—He intentado hacerle hablar del vídeo, como me habéis pedido, pero evita el tema...

Lo sabemos, pedazo de imbécil, os escuchamos.

—La verdad es que me pregunto si existe. Y no me atrevo a insistir demasiado. Si no, va a desconfiar de mí.

—¿Qué pasa? ¿Estás cagado?

Marsand baja la mirada.

—Ha matado a vuestro colega. Y también a Julien. Me pone nervioso. No tengo ganas de que descubra que estoy compinchado con vosotros.

—No te preocupes, no falta mucho. Sigue así, lo estás haciendo muy bien.

Jean desaparece.

El mitin electoral de Guérin en el 93 termina. Todo ha ido muy bien, sala de tamaño mediano, entradas por invitación, ningún problema y mucho entusiasmo. Claro que el partido había elegido una zona residencial, no las barriadas de las ciudades, pero algunos creían que la apuesta era demasiado arriesgada, y la prensa, que había acudido en masa, vigilaba cualquier paso en falso.

Guérin había exigido ese mitin, era importante para él. Ahora, respira, se relaja, celebra con los militantes el éxito de la operación en torno a un bufé de zumos de frutas y pastas secas. Está en manos de una dama de edad respetable, con el pelo teñido y permanente, que hace melindres.

—Señor presidente, ¿me permite que le llame señor presidente...?

Sonrisa ambigua de Guérin.

—¿Sabe?, todos y todas aquí contamos con usted para quitarnos de encima a esos jóvenes...

El teléfono ultraconfidencial de Guérin vibra en su bolsillo, se disculpa por su mala educación, los imperativos de la campaña, y se aleja unos pasos dejando a la dama que quiere que le quiten de encima a los jóvenes en manos de Sonia.

Guérin apresura un poco el movimiento, la fiesta termina hacia la medianoche. Un coche les deja, a Sonia y a él, delante de su casa. Y allí, en la acera, Guesde camina arriba y abajo esperándolos.

Sonia está sorprendida.

Guérin le da un afectuoso beso en la frente.

—Tengo algunas cosas que tratar con él. No será mucho rato, sube, voy enseguida.

En la habitación, Sonia empieza a desnudarse lentamente, intentando poner palabras a la ola de fatiga y de asco que la invade. Se acerca a la ventana y echa un vistazo a la calle.

Guesde y Guérin caminan el uno junto al otro, lentamente, hablando. Una gran berlina negra está aparcada a su lado.

Sonia de repente se pone en alerta.

El coche de Elisa. El chófer se va. Guérin sube detrás, Guesde delante, las portezuelas se cierran.

Sonia vuelve al centro de la habitación, se queda quieta, con los ojos cerrados durante más de un largo minuto, luego se dirige hacia el armario y coge una maleta.

El abogado de Saf' ha ido a recogerla a la salida de su prisión preventiva. A dos pasos del 36, Neal les espera, con aprensión, en el restaurante Soleil d'Or, casi desierto a esa hora tardía. ¿Qué decir a su hija, cómo decírselo? ¿Y si ella no quiere verle?

Distingue la silueta de Saffron, rígida, seguida de la de su abogado, ambos entran en el restaurante, se dirigen hacia la mesa. Neal se levanta para recibirlos.

Saffron, sin un gesto hacia él, se sienta, mirando hacia ninguna parte.

El abogado lo coge del brazo, lo lleva a un aparte.

—Su hija ha sido puesta en libertad bajo control judicial, es una situación bastante favorable. Pero está preocupada. No ha abierto la boca, incluso tengo la impresión de que no me oye. Los dejo solos. A ver qué puede hacer usted, llámeme mañana y hablamos.

Neal regresa junto a su hija, la besa. Saffron se deja hacer, sin reaccionar.

—Ven, he reservado para ti una habitación en mi hotel, a dos pasos de aquí, estaremos más tranquilos. Podrás descansar.

Caminan en silencio, pasan junto el espléndido presbiterio de Notre-Dame, cogen el puente y luego el muelle de la isla de Saint-Louis. A cada paso, Neal se hace más consciente de la brecha que lo separa de su hija.

En el vestíbulo del hotel, Saffron abre la boca.

—¿Hay un ordenador aquí?

Neal señala una sala, al fondo.

—Antes de subir, tengo que conectarme a internet.

Saffron mira fijamente a su padre.

—Y quiero estar sola.

Va a instalarse a la salita reservada a los clientes, teclea febrilmente, se conecta a Facebook, nota el rastro del paso de Scoarnec, su intercambio con Marsand, el sábado. Así que está con vida y libre. Ningún mensaje, ninguna señal para ella. Nada. Como si hubiera dejado de existir. Sensación de flotar sin protecciones, un vacío en el pecho que se hunde en espiral. Para. Para de pensar en ello, ahora no.

Saf' se reúne con su padre, que la espera cerca de los ascensores y suben juntos a la segunda planta, habitación veintiséis. Una minúscula bombonera, que da a un patio tranquilo, un gran ramo de rosas rojas encima de la mesa delante de la ventana. Encima de la cama, Neal ha dejado ropa limpia que ha ido a buscar al pequeño piso abandonado

de la calle Faubourg-Saint-Martin y le ha comprado artículos de aseo que la esperan en el cuarto de baño adyacente.

Saf' reconoce el agua de colonia de Guerlain que utilizaba en Cahors, las lágrimas le suben a los ojos.

—Voy a darme una ducha.

Las palabras le salen con gran esfuerzo. Entra en el cuarto de baño.

Y Neal oye que cierra la puerta con pestillo.

Saffron se desnuda rápidamente, se sienta dentro de la bañera, abre el grifo de la ducha y, con unos espasmos convulsivos, se echa por fin a llorar.

Neal se sienta en la única butaca de la habitación, una Voltaire muy blanda y adornada con volantes azules y blancos. Escucha los sollozos de su hija. Hay una puerta entre ellos. Una pared. Nada que hacer. Y además seguro que él no sabría encontrar la palabra, el gesto. Un pensamiento fugitivo, nunca vi llorar a Lucille. Excepto en el cine. No pienses en ella. Se esfuerza por vaciar su cabeza y espera, con las manos entrelazadas. Dejarle la iniciativa.

Al cabo de un tiempo indeterminado, los sollozos se calman y luego Saf' sale del cuarto de baño enfundada en un albornoz azul, con el rostro hinchado y enrojecido, el pelo mojado cubierto por una toalla blanca. Se sienta encima de la cama, el único sitio que queda disponible, y empieza a hablar de inmediato.

—¿Recuperaste la memoria USB? ¿Se la diste a Erwan?

Neal se concentra unos segundos. Optar.

—Hice lo que me dijiste. Me contactó a la salida de Chez Jenny, le comuniqué tu detención y el secuestro de vuestro otro amigo.

El rencor acumulado lo invade por completo.

—Un imbécil de tomo y lomo, ese Erwan.

La respuesta no se hace esperar.

—Piensa lo que quieras, me da lo mismo, pero guárdatelo para ti.

—Tienes razón.

Un momento de silencio.

—Quería que le consiguiera un escondite de inmediato. Fui con él a ver a Cooke, el único aliado que tengo en París. Nos encontró una casa, en Normandía, y nos quedamos allí los tres. No sabíamos lo que contenía la memoria USB, Scoarnec se negaba a decírnoslo y a darnos su código de acceso. Pero cuando se enteró del asesinato de Courvoisier, se vino abajo y nos lo enseñó todo.

Una nueva pausa.

—La memoria no solo contiene el vídeo del asesinato de Soubise.

Neal observa a su hija.

Saffron, incómoda, avergonzada de no saber nada, no quiere hacer preguntas.

Su padre continúa.

—Contenía los documentos en los que Soubise trabajaba en el momento de su muerte. Aquellos por los que fue asesinado. Me puse a trabajar con Cooke sobre esos documentos. Como... antes.

Neal se detiene. Teme una reacción violenta, te entrometes en la vida de tu propia hija, y se sentiría pillado en falta, incluso con esa versión trapicheada de la realidad, pero no sucede nada. Saf' no parece interesada en lo que dice.

Prosigue.

—Volvamos al vídeo, lo único que interesaba a Scoarnec. Sé que estabas con él cuando lo grabó, me lo dijo. Así que lo has visto.

Saf' asiente con una sombra de espanto en la mirada.

—Este vídeo os exculpa a los tres.

Saf' asiente de nuevo.

—Cooke y yo no entendíamos por qué Scoarnec no lo había hecho llegar a la policía. Se lo preguntamos. Nos contestó que no quería ir a la cárcel. Pensé que lo había convencido el sábado, después de la muerte de Courvoisier, de que lo entregara a la policía. Pero el domingo desapareció llevándose la memoria USB.

Saf' lo capta enseguida. Sábado por la noche, contacto con Marsand, Erwan aún tiene esperanzas en Gédéon. ¿Por qué? ¿Marsand tiene el virus? Y el domingo va a encontrarse con él, llevando consigo el vídeo, que ha tenido que esconder.

Neal nota que su hija empieza a animarse y continúa.

—Habíamos hecho una copia de la memoria el sábado por la mañana. Cuando fui consciente de que Scoarnec no lo haría, llevé yo mismo el vídeo al comandante Pâris el domingo por la tarde.

Descarga de cólera, Saffron se incorpora de golpe.

—¡No tenías derecho a hacer eso! ¡Este vídeo pertenece a Erwan, nos pertenece! ¡Lo has robado, lo has dado a los polis!

Neal se pasa lentamente la mano por la cara para calmarse. Las explosiones siempre se producen en el momento en que menos se esperan.

—Scoarnec no quería correr el riesgo de ir a la cárcel...

—¿Claro! Gédéon sería el miércoles por la noche, algo muy espectacular. Había que esconderse hasta entonces. El jueves lo habría hecho público.

—¿Gédéon?

Saf' se encierra de golpe en sí misma y Neal lo nota. No insiste, no es el momento, y prosigue con un tono que pretende ser conciliador.

—Erwan no ha corrido ningún riesgo adicional, puesto que fui yo quien se lo dio a Pâris y no le dije de dónde lo había sacado.

—¿Y no te lo preguntó?

—Sí, pero no le contesté. Soy periodista, oculto mis fuentes.

Saf' se tumba, cierra los ojos.

Ese rostro tan joven, marcado por el miedo, las lágrimas. Una niña perdida. No le digas lo que piensas de su lamentable desatino, no le hagas preguntas sobre su espectacular acción. Déjala, espérala.

Saffron, sin incorporarse, pregunta con una voz enronquecida:

—¿Crees que nos podrían subir algo de comer a la habitación?

Neal, aliviado de poder moverse, se levanta.

—Ahora mismo me encargo de ello.

Elisa regresa de una gran fiesta mundana, en el Pré Catelan, en el Bois de Boulogne, ofrecida por un competidor de PRG que ella tiene intención de absorber en los próximos años. Ha ido muy bien vestida, en un esmoquin de Saint Laurent, maquillada, peinada, está deslumbrante.

Los dos hombres, en traje y corbata, casi pasan desapercibidos al lado de la radiante Elisa, que ha exigido que le hagan un informe rápido de los acontecimientos del día, ya que, como dice, hay que saber anticiparse. Empieza hablando de los artículos de la prensa económica de la mañana contra PRG.

—Estoy de acuerdo con ustedes: sobre todo no hay que responder si queremos mantener a los grandes medios de comunicación fuera de la polémica. Pero les puedo decir que todos los altos directivos de mi entorno los habían leído y se frotaban las manos. No haría falta mucho más para que toquen el alalí. Cardona está detrás de todo esto. Utiliza las armas que le proporcionó Soubise. Pero solo se trata de un aviso. Si Cardona profundiza más en ello, puede crearme, crearnos, verdaderos problemas. ¿No hay forma de comprarle?

Guérin interroga a Guesde con la mirada.

—Lo podemos intentar. Pensaremos en ello. Yo tengo otra preocupación. Los medios de comunicación están más o menos bajo control. Pero ¿qué pasa si Schneider usa los documentos de Soubise durante el debate del miércoles?

—No los tiene, esos documentos.

—Ya no sabemos quién los tiene o quién no.

—¿Ello podría afectar el voto del domingo?

—No lo creo. La distancia es demasiado importante. Pero

podría hacer estragos, sería mejor evitarlo.

—Habría que explicar a Schneider que es un riesgo inútil también para él.

—Patoux conoce bien a Dumesnil. Estudiaron en la Escuela Normal Superior juntos. ¿Estás de acuerdo en que hable con él antes del debate?

—Sí, me parece oportuno.

Elisa retoma la palabra.

—Para mí, los problemas de verdad están en otra parte. En esta fiesta no solo había gente de la alta sociedad. Había un maldito metomentodo, que ustedes han utilizado más o menos en esta historia, si he entendido bien lo que me ha explicado, un periodista llamado Moal, que ha tenido el descaro de venir a hablarme en persona. ¿Sabíais que la joven Jones-Saber será puesta en libertad esta noche?

Guérin y Guesde intercambian una rápida mirada. El sentido es evidente, silencio. Guesde responde.

—Lo sabía, sí. La Criminal no tiene casi nada contra ella y los cuatro días de prisión preventiva han pasado... No veo motivos reales para preocuparnos por ello.

—Voy a poner los puntos sobre las íes. El gran problema es que la Criminal ya no cree en la pista de los ecologistas, según Moal, y como son buenos policías, algunos de ellos los conocemos, ¿verdad, Pierre?, pues bien, buscan en otra parte. Por lo visto, están siguiendo la pista de una acción de grandes empresas.

—¿Cuáles son sus fuentes?

—¿Se ríe de mí, Pierre?

—Da igual, no perdamos el tiempo. Hay que actuar, tiene razón, porque tenemos que mantener nuestra libertad de acción a cualquier precio.

Guesde se gira hacia Guérin.

—¿Podemos obtener la declaración de incompetencia de la Criminal?

Neal regresa, al cabo de veinte minutos, con una bandeja cargada con una tortilla de queso, una botella de Beaujolais y una buena ración de tarta de manzana. Una proeza a esas horas de la noche. Empiezan a comer en silencio. Luego Neal se decide a hablar, en voz queda y sin mirarla.

—Cuando comprendí que estabas implicada en una historia relacionada con el tema nuclear, tuve un momento de pánico. Todo lo relacionado con lo nuclear es mi pesadilla desde hace veinte años. Debo hablarte de la muerte de tu madre.

Saffron se sobresalta, tan sorprendida que se interesa bruscamente por lo que dice su padre.

—¿Mamá no murió en un atentado masivo en Beirut cuando yo tenía dos años?

—No exactamente.

Un silencio que se prolonga. Volver allí siempre es doloroso...

—Cuando conocí a tu madre, yo era corresponsal de guerra de algunos periódicos ingleses en el Próximo Oriente, con base en el Líbano. Ella daba clases de francés en un instituto de Beirut. Nos amamos con pasión, con locura. Tu madre hacía que la vida brillara a su alrededor.

Neal sonríe en el vacío y luego se gira hacia su hija.

—Tú naciste seis años después. Lucille quería regresar a Francia para criarte con tranquilidad y en paz. A mí me gustaba la guerra, y nos quedamos.

Su rostro se crispa.

—Un año después de tu nacimiento, me encargué de una gran noticia, la bomba atómica israelí, el secreto de Estado mejor guardado del mundo. Trabajando mucho, encontré a un testigo que aceptó hablar, fotos, planos, documentos. Estaba llegando a mi objetivo en el mayor de los secretos. Un día, un periodista americano que yo conocía bastante bien, un tal Vincent Hanna, me invitó a tomar una copa y a cenar en los alrededores de Beirut. Acepté.

Neal suspira. Ha llegado el momento del gran chapuzón.

—Tenía que ir yo solo, pero como el lugar era encantador, lleno de flores y césped, y estábamos juntos los tres, tu madre, tú y yo, porque acabábamos de celebrar tu segundo cumpleaños, fuimos todos juntos. Tu madre se puso al volante... ¿Por qué ella? Soy incapaz de decirlo. Y, a la salida de la ciudad, recibimos un cohete muy bien dirigido, un trabajo de profesional. Ella murió en el acto. Tú y yo —Neal se permite una risa socarrona— salimos ilesos con algunos rasguños.

Una pausa.

—Al día siguiente, los servicios secretos británicos me sugirieron que abandonara el Líbano lo antes posible. Conseguí enviar a mi testigo y todos los documentos a Londres, otros periodistas tomaron el relevo y consiguieron las pruebas de la existencia de la bomba atómica israelí. En aquella época se armó un buen jaleo. Y no ha cambiado absolutamente nada en la historia del Próximo Oriente. Una gran causa, pero pequeños efectos. Salvo que yo... nosotros perdimos a tu madre.

Intercambio de miradas entre el padre y la hija. La pena está allí, compartida claramente por primera vez.

—Inmediatamente me instalé en Cahors contigo. Y nunca me perdoné el no haber entendido a tiempo que Hanna trabajaba para la CIA y estaba compinchado con el Mossad. Tampoco me perdoné que tu madre muriera en mi lugar. Y ahora tengo mucho miedo a todo lo que tenga que ver con lo nuclear.

Neal se calla, con la cabeza entre las manos.

Saf' se inclina hacia él, le pone una mano en el hombro, se la pasa por el pelo. Lo abraza.

—Gracias, *dad*.

Le da un beso en la mejilla.

—Estoy cansada, tú también. Vamos a dormir, ¿quieres?

Sonia avanza hacia la limusina de Elisa con la maleta en la

mano. La deja junto al coche y abre la portezuela de atrás.

Guérin, inclinado hacia la dueña de PRG, le da la espalda. Está hablando.

—¿Así que estamos de acuerdo con la declaración de incompetencia de la Criminal y la transferencia a los de la Brigada Antiterrorista? Me encargo mañana mismo.

—Siento molestarles —dice Sonia con un tono neutro—. Tengo algo que decir a mi marido, no será mucho, se lo devuelvo enseguida.

Guesde adopta un ademán inquieto.

Guérin sale del coche, se pone de pie en la acera delante de Sonia, algo desconcertado y bastante malhumorado.

—¿Qué es tan urgente?

—Escúchame bien. Hace mucho que pienso en ello, y esta noche he tomado una decisión. Te abandono, me voy.

Guérin abre la boca para protestar, para gritar que eso es imposible, ¡en plena campaña! Su mujer le detiene con un gesto.

—Cállate. *Never explain, never complain*, ¿recuerdas? Durante un tiempo utilizabas esa frase. Me voy esta noche. Mañana pasaré mis documentos a Patoux, todo está en orden, no le costará ponerse al día. No haré nada público antes del domingo. El lunes pediré el divorcio. Te enviaré a mi abogado. Entra en el coche, te esperan, te necesitan. Y así tendréis otro tema más de conversación.

Sonia da la espalda a quien será aún su marido durante unos días, recoge la maleta y se va a buen paso, renovada.

«No te hagas ilusiones, tu carrera está acabada...»

Michelet aparta el teléfono con las últimas palabras de Guesde en la cabeza.

«Pero nada se moverá antes del final de las elecciones. Es todo el tiempo que te queda...»

Apenas unos días para salir adelante. O encontrar una alternativa, como ser el primero en golpear enseguida y con

fuerza. Filtrar eventuales revelaciones y darles el sentido que quiera. Cubrirme al máximo y soltar nombres. O largarme y vender mi silencio a cambio de un retiro apacible en un país cálido. Tienen los medios y otros lo han hecho antes que yo.

¿Qué haría Guesde, el amigo de su padre, que le tomó bajo sus alas y hasta ahora ha sabido hacerle subir protegiéndole? Guesde se preservaría. Además es lo que Patoux y él tienen la intención de hacer si las cosas salen mal.

«No te hagas ilusiones, tu carrera está acabada...»

Sin cuartel.

Michelet se hunde en su butaca. Es tarde y aún está en la plaza Beauvau. En el escritorio, delante de él, tres CD-ROM, las grabaciones de las conversaciones entre Marsand y Scoarnec durante las últimas veinticuatro horas. Ya las ha oído una vez antes de que Guesde le llamara y no ha sacado mucho en claro. ¿Qué esperaba?

Nada.

Michelet mira de nuevo la hora, se dice que ahora mismo no tiene nada mejor que hacer e inserta el primer CD en su ordenador portátil.

La pista inicial es la del encuentro de los dos activistas en el parque Buttes-Chaumont. La escucha, que empieza con una larga espera de un Marsand haciendo un soliloquio para pasar el rato y darse ánimos, es aburrida. Llega Scoarnec. Hablan. Michelet se concentra, va hasta el final, cuando se van del parque, y vuelve atrás con un clic del ratón.

Caer por un par de gilipollas como aquellos.

Tercera vez. Michelet suspira cada vez más a medida que el *timecode* avanza. Está a punto de interrumpirlo cuando Marsand propone una solución alternativa a su famoso plan Gédéon. Escucha, coloca el cursor hacia atrás unos veinte segundos. Vuelve a escuchar.

«Solución. Una especie de cortocircuito manual. Más pedestre, seguramente, pero sobre todo quizá más eficaz...»

¿Cortocircuito manual? ¿Incluso en France Télévisions?

Vuelve hacia atrás.

«Más pedestre, seguramente, pero sobre todo quizá más eficaz...»

¿Un atentado en directo?

Vuelve hacia atrás.

«Más eficaz...»

¿Delante de todo el mundo?

«Eficaz...»

Delante de las narices de la prensa. Después de eso, se acabaron las preguntas.

7

Martes

Pâris se levanta demasiado pronto, cansado tras un sueño poco reparador. Duerme mal, una rutina que se instala y que dura. Y la visión que se le ofrece delante de sus ojos cuando los abre le desanima aún más. Está en el apartamento del hijo de Pereira, una covacha sin encanto en la que casi podría tocar todas las paredes si alargara el brazo fuera del sofá cama. Y duermo en un sofá cama, ¡magnífico!

Se levanta, tropieza con la maleta llena de ropa y refunfuña hasta el rincón de la cocina. Un pitillo, otro mal hábito que empieza a ser habitual, se sirve un zumo y pasa revista a la situación mientras espera que la cafetera se digne a funcionar. Estoy solo, duermo en una habitación de estudiante, estoy a punto de cumplir los cincuenta y mi curro empieza seriamente a jorobarme.

Sin saber por qué, esta mañana más que las demás, su mujer y sus hijas ocupan sus primeros pensamientos. También han poblado sus últimos sueños. Las echa de menos. Ellas o la fuerza de la costumbre, la regularidad de ciertos rituales, las pequeñas comodidades, todas esas facilidades que establece la pareja y que se acaban por descuidar. La otra noche fui duro, quise romperlo todo. Una bravuconada, ¿es la presión, que cada vez resisto peor? ¿Me equivoqué? Lento gota a gota negro. Hay demasiada cal en la máquina, que tose. Nunca la han limpiado. Algo que en casa no sucede. Y además ellos tienen una buena máquina que hace expresos, en su casa. En su casa. En casa.

Pensar en otra cosa.

Pâris enciende la radio. La campaña presidencial está en su apogeo, como todos los días. Alianzas, divorcios, traiciones, frases y palabras amables, sondeos, y luego los expertos, los comentaristas, los editorialistas, cada vez más numerosos, cada vez más seguros de sí mismos. Hoy, en todos los canales, Guérin de visita en el 93. Un apretón de manos por aquí, un diálogo vigoroso por allá. El tema del día, la limpieza a alta presión de la chusma de los suburbios. Solo algunas palabras para los medios de comunicación. Y ese café que no termina nunca de hacerse. Va a darse una ducha.

Una taza rápida, un cuarto de hora más tarde, ya vestido, más dispuesto a afrontar la jornada, y ya se ha fumado su tercer cigarrillo. ¿Quizá debería pedir perdón a Christelle, intentar hablar con ella? Debo aceptar contentarme con lo que tengo, ya va siendo hora.

Pâris enciende su móvil. Algunos segundos después suenan varios bips. Dos mensajes de voz, dos SMS del trabajo sin importancia y uno de Sonia.

«Os van a declarar incompetentes. Actúa rápido. Yo abandono el barco... Y a su capitán. S.»

Pâris se apoya en la encimera, suspira exhalando el humo y deja que su mirada se pierda en el vacío. Debería reaccionar, llamar a Pereira y a Fourcade sin demora, pero no lo hace. Aún no. No de inmediato.

Baja los ojos hacia su pantalla.

«Yo abandono el barco... Y a su capitán. S.»

A las ocho y media en punto, Neal llega a la plaza Gambetta con un gran paquete de periódicos bajo el brazo. Encuentra el Café de la Mairie, inspecciona todas las mesas, ni rastro de Borzeix. Se instala en la sala, no en la terraza, a pesar del sol que empieza a calentar. Demasiado expuesta a las miradas. Un café con leche y dos cruasanes. Se inicia la espera.

Neal empieza a mirar la prensa. No hay réplicas de los artículos económicos de ayer acerca de las actividades de

PRG en materia de residuos nucleares. En la portada de todos los periódicos, la incursión de Guérin en las tierras del 93 y la repetición de sus grandes promesas: guerra sin cuartel a la economía subterránea, orden republicano en todos los rincones y tranquilidad garantizada para la gente de bien. Los comentarios son más o menos sarcásticos, pero de hecho Guérin centra la atención de los medios sin mucho esfuerzo, en vigilias del gran debate televisado entre los dos candidatos. Schneider, de visita en una fábrica siderúrgica en Dunkerque, y sus propuestas para salvar a la industria francesa quedan relegados a la cuarta página. Un buen golpe.

Y Borzeix aún no llega.

Después de tres cuartos de hora de espera, Neal hace una seña a Cooke, sentado en otra mesa apartada. Los dos hombres se reúnen y piden café. Neal le había avisado, había pocas posibilidades de que ella acudiera, es una pérdida de tiempo.

Pero Cooke quería estar allí, como observador anónimo.

—Llámala, nunca se sabe. ¿Tienes su número?

—El de su móvil no, no me lo dio. Pero he encontrado el número de la línea directa de su despacho.

—Inténtalo.

Al primer timbrazo, una encantadora voz femenina promete a Neal que buscará a la señora Borzeix, que espere un momento.

En el despacho de la directora jurídica de PRG hay una gran agitación. Tres mujeres trabajan vaciando sistemáticamente los armarios y apilan las carpetas delante de Borzeix, que las va seleccionando. Lo que deja a su sucesor queda reclasificado en los armarios, lo que se lleva a Ginebra está metido en unas cajas de cartón.

Su secretaria entreabre la puerta.

—Señora, el señor Jones-Saber quiere hablar con usted.

—Dígale que estoy ilocalizable. Definitivamente

ilocalizable.

En el Café de la Mairie, Cooke y Jones-Saber, taciturnos, realizan una puesta en común. La primera pista para la validación del dossier acaba en un callejón sin salida. Pero no del todo. Las reacciones de Borzeix, el domingo, no dejan lugar a dudas sobre la existencia del «Jardín de las Hespérides».

—En efecto, sabemos que existe, pero no qué es. Así que es inutilizable.

Suena el móvil de Neal. Es Gérard Blanchard.

«Cardona, esta noche, en el foyer de la Ópera, durante el entreacto.»

Cooke y Jones-Saber piden una nueva ronda de cafés y brindan a la salud del restaurador.

Saffron se despierta pastosa después de un sueño sin descanso. Ya son las diez. Es tarde. Aseo rápido, olvidar el desayuno, irse sin esperar. No hay nadie en la habitación de su padre y, cuando baja, la recepcionista le indica que le ha dejado un mensaje: «Ausente hasta las once, espérame aquí, no hagas nada sin mí». La ausencia de su padre es una buena noticia. Evitar la tormenta unos días más, ya llegará el momento de dar explicaciones después. Ahora tengo que saber, tengo que encontrar a Marsand. Que es el último que se ha comunicado con Erwan. Si alguien tiene noticias, es él.

Saf' sale del hotel, echa un vistazo a su alrededor, la calle está normal, normalmente llena de turistas, agitada, demasiado transitada. No hay ninguna sombra sospechosa, ninguna mirada evasiva, ningún coche ocupado. Eso no quiere decir nada. La noche en que Julien... Ella tampoco vio venir nada.

Esquiva la gente, abandona la isla de Saint-Louis, llega a la de la Cité por la plaza, detrás de Notre-Dame, sube hacia el

Panteón. Un camino lleno de interrupciones, medias vueltas, vistazos en los escaparates para ver quién va detrás de ella. Finalmente entra en un cibercafé de tamaño industrial, en la calle Soufflot. No quería conectarse en el hotel esta mañana. Saf' paga por treinta minutos, se instala delante de un ordenador, va a Gmail, teclea la contraseña que sabe de memoria y encuentra la lista de señas de todos los participantes de Gédéon que Erwan almacenó allí, solo para ellos dos, en caso de necesidad.

Figura la dirección de Marsand.

Tras haber limpiado el histórico del navegador del PC, Saffron sale del cibercafé. Última mirada de seguridad y luego se dirige al metro.

Pâris no ha avisado a su grupo. Aún no. Ha preferido dar primero una oportunidad a Fourcade de salvar los muebles. Todos ellos trabajan como si no pasara nada. Solo han notado que no está de muy buen humor. Pero prefieren no decir nada, saben que el jefe pasa por unos momentos difíciles. Seguro que eso explica su estado de ánimo.

Durand ha hablado con Écully por teléfono. El vídeo no proporciona gran cosa. Trabajan en las voces y «van a enviarnos fotos de todo lo que pueda ser utilizable, sobre todo la ropa de los dos encapuchados. Pero no es mucho».

—Vas a volver a trabajar en la telefonía con Coulanges. Esta vez, habrá que limpiar más a fondo. Trabajar en los repetidores cercanos al domicilio de Soubise, identificar los números que están conectados en torno a la hora de su muerte, hacer un vaciado de las listas, ver adónde nos lleva todo ello.

—El ministerio fiscal protestará, eso costará pasta.

—Esta vez Fourcade estará de acuerdo.

El móvil de Pâris empieza a vibrar sobre su escritorio y echa un vistazo a la pantalla.

—Hablando del rey de Roma...

Inspira profundamente y contesta:

—Señor sustituto, ¿qué novedades hay?

«Todo está perdido.»

—¿A pesar del vídeo?

«A pesar del vídeo. La orden viene de muy arriba y no quieren saber nada de ese vídeo. Solo me lo hacen trasladar a Saint-Éloi.[17] Sin demora.»

—Así que ellos se ocupan del caso.

«Como estaba previsto.»

—¿Y nosotros?

«Transmitís los poderes. A quién, aún no lo sé.»

—Ahora mismo eso ya no tiene importancia.

«En efecto. Buenos días, Pâris.»

—Hasta luego.

Sus chicos han debido notar que algo no funcionaba, ya que están todos ahí, en el umbral, mirándolo. Pâris deja el móvil sobre la mesa y les sonríe amargamente.

—El caso Soubise ya no es nuestro.

Saffron ha multiplicado los cambios de línea, las vueltas atrás, las observaciones prolongadas de todo lo que la rodeaba en las estaciones con menos gente. Ninguna cara conocida o reconocida. Nadie la ha seguido.

Vuelve a la superficie en Botzaris, son casi las doce.

Encontrar a Marsand. Por Erwan, y también por otra cosa. La comedia que ha fingido con él es indigna. Los fragmentos de frases apasionadas pronunciados esa noche por su padre se mezclan con el recuerdo del asco que sentía por el contacto de su cuerpo contra el suyo. No está orgullosa. Debe decirle adiós cara a cara, bórrame de tu vida, todo ha sido un error. Es lo menos que puede hacer.

Saf' sube por Crimée con paso decidido, se aleja rápido del parque Buttes-Chaumont, gira hacia la calle en la que vive el técnico, se detiene delante de la puerta de su edificio. Respira profundamente, ahora hay que entrar. Marsand, cara a cara,

adiós. Teclea el código.

—¿Qué coño hace aquí esa puta?

Michel ha sido el primero en reparar en la chica Jones-Saber. Primero la ha entrevisto con avidez, a medida que se acercaba a ellos por la acera, antes de darse cuenta de quién era.

Jean, detrás del volante, tarda unos segundos en reaccionar, el tiempo suficiente para que Saffron abra la puerta del edificio. Entre dientes dice lentamente:

—Joder... —Se acerca una tormenta—. Sal, da una vuelta alrededor de la manzana, ¡rápido!

—¿Cómo?

—¡Mira si los colegas la han seguido!

Michel se inclina para coger su comunicador con auricular, que está en el suelo delante de él, pero Jean le detiene con el brazo.

—Utiliza tu teléfono, pueden estar escuchándonos.

Michel sale del Kangoo refunfuñando.

—Y mantente a la escucha.

Una vez solo, Jean coge su móvil y marca el número de Michelet. Un tono. Prepararse para lo peor si la Criminal está en el ajo. Otro tono. ¿Avisar a Marsand? Otro tono. El negro sube el volumen del receptor conectado en el piso. Otro tono. Michelet no responde. Salta el buzón de voz. ¿Qué coño le pasa a ese?

En el piso, Saffron llama a la puerta de Marsand, con un poco de suerte no estará allí, en pleno día. Unos segundos y oye unos movimientos en el interior, el técnico abre la puerta, la ve, queda estupefacto. Detrás de él, ella ve el apartamento, un desorden indescriptible y, al fondo, Erwan.

El primer gesto de Saf' es apartar a Marsand, que acaba contra la pared, y correr hasta Erwan. Lo abraza. Así que esos

mierdas de polis tenían razón. Pega su boca a la suya, con ganas.

—Estás vivo.

Entre dos besos.

—Háblame.

Scoarnec, con el rostro adusto, con un ojo puesto en Marsand, que se desmorona, ese imbécil tiene que aguantar, aparta a Saf'.

—¿Qué haces aquí?

La coge por los hombros y la conduce a la fuerza hacia la puerta.

—¿Te han seguido los polis? ¿Nos los traes de la mano? Joder, ¿y la seguridad? ¿Has pensado en mí? Vete de aquí enseguida, ¡incluso vete de París! Y espera a que me ponga en contacto contigo.

Marsand se ha incorporado. Los polis... Es verdad, los polis. ¿Qué van a pensar? ¿Qué van a hacer? No puede pensar, sabe que está en apuros. Y cuando Saffron pasa vacilante delante de él, todo lo que puede articular antes de cerrar la puerta es:

—Eres una zorra.

Saffron, lívida, en estado de *shock*, incapaz de pronunciar ni una sola palabra, baja por la escalera y sale a la calle, como un autómata. Regresa hacia el parque Buttes-Chaumont.

«Zorra...»

Erwan.

«Vete de París...»

Vértigo.

Jean ve que Saffron sale del edificio de Marsand. Llama a Michel.

—¿Dónde estás?

«Cerca del parque, por el lado de Crimée. He dado toda la vuelta, no hay nadie.»

Su cómplice es un as de la vigilancia, conoce todos los trucos. Si no ha visto nada, es que no hay nada que ver. Quizá hayan evitado lo peor.

«¿Qué hacemos?»

Pensar.

«¿Qué quería la chica?»

—No lo sé.

«¿Cómo que no sabes? ¿No han hablado?»

—Scoarnec la ha puesto de patitas en la calle.

La chica Jones-Saber ha llegado al final de la calle. Desaparece de su vista.

Pensar deprisa.

«¿Has podido hablar con el otro?»

—No.

«¡Joder, ese maricón nunca está cuando se le necesita!»

No hay que dejar escapar a la chica.

—La chica viene hacia ti. La coges y no la dejas hasta que te lo indique. ¿Has entendido?

«Sí.»

Jean cuelga. Nueva llamada a Michelet.

Michel sigue a su objetivo a buena distancia, en la acera de enfrente. Se ha puesto las gafas de sol, el tiempo lo permite, y ha cubierto sus cabellos pelirrojos con una gorra.

La chica camina hacia la estación de Buttes-Chaumont, parece que no sabe muy bien adónde va, no presta atención a nada. Cuando baja al metro, él cruza sin perder el tiempo y le pisa los talones.

Línea 7b dirección Louis-Blanc.

No hay mucha gente en el andén, riesgo elevado de que le vean. Michel se para a una decena de metros a la izquierda de Saffron Jones-Saber, un poco atrás para permanecer fuera de su campo de visión. Se quita las gafas, baja los ojos mirándose los pies, no se quita la visera y solo se atreve a echar unos vistazos furtivos. No tanto por ella, sino por las cámaras, nunca se sabe.

El tren llega enseguida.

El objetivo sube, se queda cerca de la puerta, en un

extremo, de espaldas al resto de viajeros. Él, en el mismo vagón, sentado en un asiento plegable, al otro extremo. Unas veinte personas entre ellos. Comprueba su teléfono, tiene cobertura, Jean puede llamarle. Y si no le llama, Michel improvisará, como siempre.

La chica es un riesgo añadido. Ahora que su caso hace aguas por todas partes. Y además, siguen sin saber lo que hay en ese vídeo. Ni si está circulando. Podría ser que esos malditos ecologistas estuvieran haciéndose los locos durante dos días. Y que la puta hubiera ido a recuperar la memoria USB delante de sus narices.

Louis-Blanc.

El objetivo se apea. Él la sigue. La chica duda, se mete en un pasillo, se equivoca, cambia de dirección. Está perdida. Él se acerca. Hay más gente, permanece oculto, fuera de su vista. El objetivo sigue dudando, con la cabeza hacia arriba, parece buscar su destino, el andén correcto.

¿Dónde va, esa imbécil? Sigue sin noticias de Jean. Joder, ¡siempre le cae todo a él, las peores misiones! El vídeo existe y es la chica quien lo tiene, está convencido de ello. Ella también se está cachondeando de ellos. Hay que recuperarlo enseguida, antes de que la chica huya. Jean debería haberlo escuchado, había que desembarazarse de aquellos izquierdosos a la chita callando, en el piso de Marsand. Y luego registrarlo todo hasta encontrar lo que buscan. Porque ahora... Ahora, podría ser desagradable.

El objetivo llega a otro andén. Mucha gente a su alrededor.

La pantalla indica cuatro minutos antes de la llegada del próximo tren.

Michel se sitúa justo detrás de la chica. Está de espaldas, delante de él. Justo al borde del vacío. Ella ignora su presencia. Hay siete u ocho tíos entre ellos.

¿Qué está haciendo Jean? Michel se coloca mejor la gorra y mantiene la cabeza gacha. Piensa en toda esa gente, a su alrededor, un empujón y todos a las vías. Sería una buena

carnicería si un tren llegara justo en aquel momento. Él es listo, siempre se queda cerca de la pared. En la pared, los carteles habituales, publicidad de productos de belleza, obras de teatro, películas. Un anuncio por el altavoz, Michel aguza el oído. Atención a los carteristas. ¿Es una broma?

Tres minutos.

El objetivo está al borde del andén. Un golpe desgraciado con el hombro y…

Michel aprieta los puños en sus bolsillos. Jean, Jean, ¿qué coño haces? Llama, ¡mierda! Da un paso adelante, deja atrás tres tipos. Con el impacto, todo lo que llevara encima quedaría triturado. Hay que hacer algo con ese vídeo. Triturar la memoria USB.

Dos minutos.

Michel esconde la cabeza entre los hombros, se pone la capucha de su sudadera para disimular algo más su cara. Hacer algo. Otro paso adelante.

El subprefecto Michelet espera a haber salido del Palacio de Justicia para recuperar su móvil. Muchas llamadas perdidas. De Jean. ¿Algún problema? No escucha los mensajes y lo llama sin demora.

El poli contesta al primer timbrazo. Le esperaba.

—Soy Michelet, ¿qué pasa?

«¿Dónde estabas, joder?»

El «tú» ha vuelto. La cosa está jodida.

—Cálmate, era por una buena causa. Acabo de ver el famoso vídeo.

Silencio.

—Es imposible que os reconozcan. Es una mala grabación, apenas se os ve a los dos con los pasamontañas.

«¿Estás seguro?»

—Sí, lo estoy. ¿Qué pasa?

«La chica ha venido al piso de Marsand.»

—¿Y?

«La han echado a cajas destempladas.»

—¿La seguían?

«Parece que no. Michel la está siguiendo para saber adónde va.»

—Ni caso, dejad que se vaya. Son los otros dos los que nos interesan.

Saffron levanta maquinalmente la cabeza hacia la pantalla indicadora. Reflejo idiota ya que nota la bocanada de aire que precede al metro en el túnel. Un cero naranja parpadea para indicar la llegada del tren. Reflejo idiota de alguien que ya no piensa.

«Vete de París... Zorra...»

A su alrededor, movimiento de la multitud hacia delante, ella se deja hacer. Estrépito metálico cuando el tren entra en la estación. Algunos empujones, todo el mundo tiene prisa por subirse al tren. Ella se resiste para no cruzar la línea de seguridad del suelo. Demasiado cerca del borde. Peligroso.

«Vete...»

Mirada cautiva por los faros blancos de la máquina que son cada vez mayores. Detrás, la empujan. El ruido de los frenos es insoportable, lo invade todo.

«Zorra...»

La máquina se acerca. Saffron avanza. La máquina llega y... pasa delante de ella. Corriente de aire que le hace cerrar los ojos, girar la cabeza. La máquina se para. Las puertas se abren. Saffron sube, empujada por los viajeros con prisa.

Detrás de ella, no ve la silueta masculina encapuchada que se ha quedado en el andén y su mirada malvada. La mano de Michel ha quedado retenida en el último momento, coge el teléfono móvil que ha empezado a sonar justo cuando casi tocaba la espalda de Saf', entre el barullo.

«Zorra...»

La palabra da vueltas en la cabeza de Saffron. Quería quedar bien en su ruptura con Marsand. Ha fracasado.

«Zorra... Vete...»

Respirar lentamente, a fondo, y luego recoger los pedazos. Cuando pueda. Piensa en su padre, ahora tiene ganas de verlo, que la abrace. Poco a poco recuerda fragmentos de su conversación de anoche, de la realidad que ha descubierto. Corresponsal de guerra enamorado de la guerra, amante arrebolado e inconsolable, culpable, forzosamente culpable. Un personaje conmovedor y desconocido, mi padre. ¿Cómo encajar todo aquello?

El tren se pone en marcha y se lleva a Saf'.

Marsand mira a Scoarnec, que da vueltas por la sala, más inquieto que nunca. Al gallito le dan miedo los polis. Maltrata a su chica, esa zorra, e intenta justificarse. Me necesita más que nunca, está a mi merced. Se lo voy a hacer pagar. Todos van a pagar.

Su móvil empieza a sonar encima de la tele. Marsand se precipita y lo coge justo antes que Erwan, que ha hecho el ademán de acercarse. Número desconocido, duda, contesta.

«¿Puedes hablar?»

—Espera.

El técnico tapa el micro con la mano y, en voz baja, pronuncia la palabra *trabajo*. Luego se mete en su habitación y cierra la puerta. En voz baja.

—Saffron ha venido.

«Lo sabemos.»

—¿Cómo?

«Cállate y escucha.»

—Daos prisa, Scoarnec se está poniendo paranoico.

«Justamente vas a aprovecharte de ello, hinchar el tema de la seguridad. Y eso es lo que vas a hacer...»

Cuando Neal ha llegado al hotel esta mañana a las once, su hija ya no estaba. Ya no tiene móvil, así que es imposible

encontrarla. La ha buscado en los cafés de los alrededores. En vano. Regresa la angustia profunda y el sentimiento de impotencia. Todos los que han visto a los asesinos de Soubise están en peligro de muerte.

Como no podía hacer nada, ha ido a trabajar con Cooke, tal como habían quedado, y llama al hotel cada hora. Y a las cuatro de la tarde, por fin, la noticia esperada, Saffron ha vuelto. Se ha encerrado en su habitación, no responde al teléfono. Neal se ha ido inmediatamente a reunirse con ella, decidido a poner las cosas en claro, con firmeza. No te vayas sin decirme adónde vas, no me dejes sin noticias.

Cuando Neal entra en la habitación de Saffron, la encuentra acostada en su cama, arropada debajo del edredón, con la cara descompuesta y el cuerpo invadido de escalofríos. Primero piensa que tiene la gripe y se dirige al teléfono para llamar a un médico.

Pero su hija le detiene.

—*Dad*, no estoy enferma.

—Entonces, ¿qué? Desapareces, tú...

—Dame tiempo. Estas cosas pasan, lo sabes mejor que nadie, a ti te ha sucedido. Ya se me pasará. Te lo suplico, no me des la lata para saber más.

—Me he preocupado mucho.

—Ayer estuviste perfecto, no lo estropees. Y sé que estás ahí. Siempre estarás ahí.

Saffron se hunde en las almohadas, cierra los ojos.

—Necesito dormir. ¿Tienes somníferos?

—Sí.

—Dame algo. Que no sea muy fuerte.

Una pausa.

—Mañana vuelvo a Cahors, a casa de la abuelita.

Cahors, una idea formidable. Neal toma la mano de Saf', se la besa. Luego se va a llamar al abogado para arreglar los problemas de control judicial, le trae somníferos, una botella de agua, una porción de tarta de queso, a Saf' le encanta, y se sienta junto a la cama, en la butaca Voltaire.

Los escalofríos desaparecen, Saffron se duerme profundamente.

Neal se queda un buen rato, inmóvil, mirándola. Debería haberme quedado todo el día con ella, no dejarla ni un momento. Imposible. Lo dejé todo por ella una vez. ¿Resultado? No ha sido terrible. No volveré a hacerlo. Es una adulta, tiene su vida, yo la mía. ¿Su madre se habría quedado con ella? No estoy seguro. Y además, ¿eso cambiaría las cosas? Por muy trastornado, por muy desgraciado que haya sido, por muy mala conciencia que haya tenido, no voy a ceder más.

Más tarde, se va a su habitación, se ducha, se cambia de ropa. Traje oscuro, camisa blanca, corbata azul, intenta hacerse el nudo, ya no está acostumbrado. Llamada de la recepción.

—Un tal señor Pâris pregunta si puede verle.

—Dígale que bajo enseguida.

En unos minutos los dos hombres se reúnen en el vestíbulo del hotel, ambos violentos, incómodos.

Pâris mira con curiosidad el atuendo de Neal.

—¿Iba a salir? ¿Quizá le molesto?

—Voy a la Ópera. Pero no me molesta en absoluto. No me gusta la ópera, no tengo ni idea de ópera, pero no puedo faltar al entreacto. Tenemos tiempo.

Neal se lleva a Pâris a la calle, hacia un bar que sirve vinos a copas y platos de embutidos. Se pregunta qué hace Pâris allí. Para él, la situación es ambigua. Un periodista siempre está en el filo de la navaja cuando se reúne con los polis. Deja que hable.

Cuando están servidos, Pâris empieza a hablar.

—He sido retirado de la investigación Soubise. Otros tomarán el relevo, vinculados con la magistratura antiterrorista. De todos modos el vídeo consta en el dossier.

Neal reacciona primero como padre.

—¿Qué debo esperar?

—En mi opinión, nada de forma inmediata. Luego, va a

depender de lo que quieran los políticos. Pero creo que el caso se deshinchará tras las elecciones.

—Un procedimiento poco habitual, si puedo permitirme opinar. —El periodista mira al policía—. ¿Por qué está usted aquí?

Pâris se encoge de hombros.

—¿Porque su hotel no está lejos del 36? ¿Porque le encuentro simpático? —Una sonrisa—. ¿Porque me dio el vídeo y no lo envió a la prensa? ¿O quizá porque tenía ganas de lamentarme de mi mala suerte en buena compañía? Creo que debo preocuparme por mi futuro. La pregunta es: ¿debo tomar la iniciativa de irme antes de que me echen? El trabajo ha cambiado. Un caso, hay que encontrar enseguida a un culpable, cualquiera sirve. Al siguiente caso no hay que buscarlo.

Vacía su copa.

—¿Cómo está su hija?

—Muy mal, pero no creo que usted tenga ninguna culpa de ello.

Neal bebe a pequeños sorbos. Déjate ir, ya no se encarga del caso, relájate, habla. ¿Con quién más podrías hacerlo? Y en el fondo, además, aprecias a este poli.

—Saffron cree que quiere a ese tipo. Evidentemente es un chico guapo, tipo intelectual y deportivo, lo bastante para aparentar seguridad e indolencia.

Pâris evita comentar, vaya, ¿así que lo ha conocido estos días? Ya no sirve para nada.

—Sabe hablar y es un hombre aparente, mi hija está fascinada. No se da cuenta de que solo es un gilipollas egoísta. No lo puedo ni ver.

—Ya lo había entendido.

Pâris emite una risita.

—¿Acaso está un poco celoso?

—Me declaro culpable. Es un clásico. ¿Usted no está celoso de los novios de sus hijas?

—Solo hay uno de momento y no me gusta nada. Pero no

sé si aún soy lo bastante padre como para estar celoso de los chicos que mariposean en torno a mi prole.

—Scoarnec es tan creído que hará desgraciados a todos los que le rodean. Su gran obra, antes del asesinato de Soubise, era una operación de teatro de marionetas, una especie de fábula llamada Gédéon. Supongo que él tenía que ser el protagonista principal. Quería cerrar el pico sobre el vídeo hasta el jueves para que se llevara a cabo, a pesar del asesinato de Soubise. El joven Courvoisier seguramente murió debido a eso. Y él sigue escondiéndose, aunque todo esté perdido, porque está cagado, porque los tipos como él no asumen sus gilipolleces. Me supera que mi hija le aplauda con las dos manos, sin pensar. Y no puedo decirle nada, si no la perderá.

—El despertar será difícil.

—Siempre. Para todo el mundo. Usted, yo, ella también.

Neal se termina su vino.

—No está mal este Saumur Champigny. ¿Quiere otro?

Pâris asiente con la cabeza.

Mitin esta noche en Lyon para Eugène Schneider, el más importante entre las dos vueltas. Hay que ser duro, marcar las distancias en vigilias del gran debate televisado.

Mientras que el candidato, aislado en un pequeño despacho, revisa una última vez su discurso, Dumesnil reúne a los asesores más cercanos.

—Hay que hacer un balance, y rápido, antes del discurso de esta noche, porque hay algunos elementos nuevos. Acerca del asesinato del comandante Soubise.

Todo el mundo se muestra atento de golpe. Dumesnil habla, incómodo.

—Voy a resumirlo. El grupo PRG y Guérin son cómplices desde hace tiempo. Supongo que recordáis el escándalo Centrifor, sospecha de corrupción, pago de comisiones, investigación cerrada, sin juicio. Hoy, PRG seguramente

financia la campaña de Guérin y le aporta el apoyo de su filial en medios de comunicación. Bien, todo eso es conocido, aunque no sea muy legal. Ahora nos encontramos con que PRG está involucrado, aunque de una forma que no podemos precisar, en el asesinato de Soubise.

Una pausa, el auditorio espera la continuación.

—Dos certezas. Guérin interviene con todo su peso, a través de varios intermediarios, en la jerarquía policial, para que PRG se mantenga apartado del caso, eso lo podemos demostrar, y para que se dé prioridad a una pista ecoterrorista, quizá pura y simplemente fabricada. Incluso con un intento, enseguida abandonado, de salpicarnos a nosotros.

—¿Por que lo abandonaron tan rápido?

—Porque no tenían nada en concreto.

—No eres tan ingenuo. Sabes tan bien como yo que pueden dar el coñazo durante quince días sin ninguna base.

—Creo que los políticos de su campo conocían su fragilidad y no han querido obligarnos a defendernos.

—Eso me parece más pertinente.

—Sigo. Soubise trabajaba para la CEA. Y, según una fuente interna de la CEA, el tema nuclear interesa a PRG.

—Normal, las centrales son grandes consumidoras de hormigón.

—Sí, y para las seis o siete próximas décadas, el futuro energético del mundo pasa por el átomo. Ya podemos imaginar un buen trapicheo, yo te financio, tú eres elegido, tú me das lo nuclear, doble golpe para la Picot-Robert.

—Es posible imaginarlo, pero no probarlo. Nuestras fuentes en el interior de la CEA nos han puesto sobre la pista, pero se niegan a mojarse más. Le añadís una cucharada de novela policíaca, con dos muertos, y ahí tenéis el cuadro.

—¿Y cuál es la pregunta?

—Esta noche, ¿Eugène tiene que levantar la liebre o no?

Debate general.

—No es el tono de su campaña hasta ahora. Es

constructivo, no polémico.

—Demasiadas informaciones no confirmadas.

—¿Podría invertir la tendencia en los sondeos?

La pregunta del millón. Dumesnil se toma su tiempo para responder.

—No, una vez sopesado todo, no lo creo. Llega demasiado tarde.

—Entonces ya tienes la respuesta a tu pregunta.

—Un momento. No es tan sencillo. Eugène podría atacar sobre el futuro de la energía nuclear francesa, como hizo la semana pasada, y fue bien, hablar del papel del Estado en ese sector. Son nuestros temas de campaña, una economía regulada y la defensa del Estado. Y, a partir de esa base sólida, lanzar algunos globos sonda sobre el caso Soubise. Veríamos cómo reacciona Guérin. Puede alarmarse y nosotros ganaríamos puntos.

—Es correcto.

—De acuerdo. Pero no esta noche. Este asunto no está lo suficientemente preparado. Pero, para el debate de mañana, le hacemos unas fichas y se lanza.

Es el momento de subir al escenario. Schneider avanza hacia el grupo de sus asesores. Dumesnil le coge por el brazo y le acompaña hasta la entrada de la sala hablándole en voz baja. El candidato asiente. La puerta se abre, Schneider camina hacia el estrado, hasta el pupitre, con los brazos levantados y una gran sonrisa. Aplausos, silbidos e incluso algunas bocinas y trompetas.

Neal entra en el foyer de la Ópera en el preciso instante en que suena el timbre del entreacto. Una multitud de personas brillantes, apasionadas, invade el lugar, con múltiples conversaciones cruzadas, opiniones perentorias y contradictorias sobre todos los aspectos del espectáculo.

El inglés, refugiado cerca de una ventana que da a la plaza de la Opéra, se siente fuera de lugar. Busca entre la multitud

con la mirada, sin estar seguro de poder identificar a Cardona, de quien solo posee una pequeña fotografía sacada del anuario de antiguos alumnos de la Escuela Politécnica.

Una voz a su izquierda.

—¿El señor Jones-Saber, quizá?

Neal se gira.

Cardona está allí con dos copas de champán en la mano.

Neal se abstiene de preguntar cómo le ha podido identificar. Está bien documentado, es evidente. Con la copa en la mano, los dos hombres se giran hacia la ventana, un poco aislados de la multitud.

—Muy bien, señor Jones-Saber, dígame quién es usted y a qué juego está jugando.

—Soy periodista. Trabajo para el *Herald* de Londres y preparo un artículo sobre el desarrollo de la campaña electoral francesa y las perspectivas del próximo quinquenio. Se publicará la semana próxima, después de las elecciones. Estamos trabajando dos en ese artículo. El otro es el corresponsal permanente del periódico en Francia.

—¿Cooke?

Neal asiente.

—Creemos que la reestructuración de las centrales nucleares francesas es uno de los temas importantes.

Cardona le mira con una media sonrisa.

—Una biografía muy selectiva. Nada sobre su pasado como corresponsal de guerra en el Próximo Oriente y sus conflictos con Israel acerca de su bomba atómica. Y deja de lado, con un gran pudor, sus intereses familiares.

—Solo le hablo de lo que afecta a nuestra entrevista. Creo que es legítimo.

—¿Por qué se obstina en reunirse conmigo cuando sabe de forma pertinente que, por principio, yo no le voy a dar ninguna información?

—Porque no necesito informaciones. Ya sé más o menos todo cuanto necesito. Busco simplemente una validación, una especie de guiño, de asentimiento con la cabeza para

garantizar que mis documentos no son montajes o provocaciones, sino una acumulación de hechos reales. Y necesito la localización del «Jardín de las Hespérides».

Los dos se asoman para contemplar la plaza de la Opéra de noche, la vista hasta el Louvre, las luces, el corazón de la ciudad que late con fuerza.

Cardona digiere la información, Jones-Saber tiene los documentos de Soubise. Luego se inclina hacia él.

—Dijo a nuestro amigo común que nuestro encuentro podría ser provechoso para mí. ¿Qué tiene que pueda interesarme?

Neal saca un DVD del bolsillo de su americana.

—El asesinato de Soubise grabado en directo.

Cardona acusa el golpe.

—Autenticidad validada por los servicios técnicos de la policía judicial. Aunque la identificación de los asesinos requiere una investigación profunda, se ve claramente que se trata de un crimen de profesionales, cometido durante el pirateo del ordenador del comandante Soubise. Los ecologistas no son los culpables. La prueba se ha incluido en el caso, pero acaban de retirar de la investigación a los de la Criminal, así que todo es posible. Me parece que le gustaría tener una copia de este vídeo.

—Claro que sí.

—¿Entonces?

—Debería realizar una lectura atenta del decreto 83-1116 de 21 de diciembre de 1983. Entenderá, sin riesgo de error posible, dónde se sitúa el «Jardín de las Hespérides». Cardona se mete el disco en el bolsillo, deja de mirar la plaza y se gira hacia la multitud del foyer.

—Creo que es el momento que vuelva a mi palco. Y, por supuesto, nunca nos hemos visto.

Neal le mira perderse entre la multitud, luego se va del teatro y regresa apresuradamente a su hotel.

Guérin, antes del debate, ha decidido movilizar a los militantes. Un mitin bastante restringido, no más de tres mil personas, pero con preguntas constantes en la sala, y delante de la multitud de periodistas. Una prueba, más dura que una maratón.

Ha terminado. Baja del estrado sudando la gota gorda y totalmente exhausto. Es asediado por una pequeña multitud de responsables del partido que intentan hacerse una fotografía con él. Muy cerca, una voz pregunta:

—Pero ¿dónde está Sonia Guérin? No la veo. Tengo que darle unos papeles.

Él mismo se oye reír y responder:

—Si supiera dónde está...

Guesde lo coge firmemente del brazo, le aparta de la multitud y le lleva hasta un coche que les espera delante de la salida de emergencias.

Guérin se hunde en el asiento de atrás.

Guesde indica al chófer:

—A París, rápido.

Se gira hacia Guérin, le da dos píldoras, una botella de agua y una caja de caramelos. Todos los gestos que hacía Sonia. Cuando Guérin se encuentra mejor, Guesde dice en un tono neutro:

—Dumesnil ha visto a Pâris.

—Mierda.

—Y los asesores de Schneider le preparan unas fichas sobre el tema nuclear para el debate de mañana.

Un momento de silencio.

—¿Patoux ha visto a Dumesnil?

—No. Aún no. Lo intenta. No es fácil.

—No puedo más. Mañana, si la mierda sale a la luz, no lo aguantaré. Díselo a Patoux.

Luego Guérin se acurruca en un rincón del coche y se duerme.

Miércoles

Marsand sale del pequeño hotel en el que se ha refugiado, en la calle Favorites, en el distrito quince, a primera hora de la mañana. Se para un momento en la acera y mira enfrente, al bar que vende tabaco lleno de gente. ¿Largarse ahora, dejarlos plantados a todos? ¿O mejor fingir en el trabajo y luego desaparecer sin hacer ruido? El tiempo que tarden en notar algo... Pero es demasiado tarde, detrás del cristal acaba de ver a Jean, que le observa.

Marsand cruza, entra en el local y se queda pegado a la barra.

—Un café doble, por favor.

La imponente silueta del poli aparece en su campo de visión, pero le ignora y espera a que le sirvan.

—¿Dónde está Scoarnec?

Jean habla lentamente, en medio del caos de las conversaciones de la mañana, apenas moviendo los labios.

—En la habitación, durmiendo.

—¿No desconfía?

—Sí, de todo. Salvo de mí. El muy imbécil...

El camarero pone una taza delante de Marsand, que la coge entre las dos manos, como si quisiera calentarse con ella. De hecho, tiembla e intenta que no se note.

—¿No va a estallarnos en los manos por lo menos?

—No hay riesgo.

Una risa falsamente sarcástica que se apaga rápidamente. Detrás de la febrilidad hay una cierta irritación.

—Se acerca su gran momento. Está totalmente convencido

de que va a revolucionar la política irrumpiendo en la retransmisión del debate de esta noche, así que ahora no va a largarse.

—Aguanta, pronto terminará.

—Así lo espero, porque estoy hasta los cojones de sus discursos de mierda. Me ha estado mareando toda la noche.

—No siempre has pensado lo mismo.

Marsand lanza una mirada malévola a su interlocutor, como si le dijera «no me jorobes u os dejo plantados».

Jean le mira fijamente, poco impresionado.

—Si no te gusta lo que oyes, solo puedes enfadarte contigo mismo. Tú te has metido solito en este embrollo porque estabas obsesionado por el culo de la otra putita. Así que harás lo que te digamos, te portarás bien y con un poco de suerte saldrás de esta con los cojones limpios. ¿Estamos?

Marsand sumerge la nariz en su taza sin decir nada.

—¿Estamos?

Tras unos segundos, asiente con la cabeza, reticente.

—¿Has podido hacer el cambio?

Marsand asiente de nuevo.

—Me ha costado encontrar a alguien pero está bien.

—¿Tu acreditación?

—Se la he dado a Erwan. Con ella puede entrar en todas partes. ¿Estáis seguros de que...?

—No te preocupes, no te verá porque no la usará, no tendrá tiempo. Tengo previsto cogerle antes. ¿A qué hora has quedado con él?

—A las ocho y media allí, es lo que habíais dicho, ¿no?

El pequeño despacho de Cooke. Atmósfera densa de estudio. Restos de bocadillos en las estanterías, vasos de cartón por el suelo en medio de montones de periódicos, los dos ordenadores están encendidos.

Cuando Neal entra en la habitación, Cooke se levanta, muy excitado. Ha trabajado durante toda la noche, pero

aparentemente no se siente cansado.

—Ya lo tenemos, amigo. Lo hemos conseguido. Comparación línea a línea del decreto mencionado ayer por Cardona y los informes de tu amiga Borzeix, no hay duda, el «Jardín de las Hespérides» es Areva. Y todo está preparado para privatizar la empresa y presentarla en bandeja de plata a PRG y a la bella Elisa. Con el mínimo gasto se convertirá en el líder mundial del sector. Un grupo que ya factura setenta mil millones de euros y que seguirá creciendo durante los próximos años. Ni siquiera me atrevo a imaginar lo que Guérin obtendrá a cambio.

—Así que todos los documentos de Soubise han quedado validados.

—Sí, y lo que intentaba sacar a la luz también, es decir, que la dueña de un grupo privado ha dictado los términos de la privatización de una joya industrial pública a un futuro presidente, ante todo elegido por ella misma. ¡El golpe del siglo!

—*France will never cease to amaze me*.

Cooke se ríe y de repente se pone serio.

—¿Cómo van tus temas familiares?

—He dejado a Saffron en un tren camino a Cahors. Todos los problemas de control judicial han quedado resueltos y su abuela la estará esperando en la estación.

Una amplia sonrisa.

—Estoy disponible al cien por cien.

—No te embales. Siéntate. Tenemos dos temas muy distintos, por lo menos de momento. Los asesinatos de Soubise y Courvoisier, la pista ecologista. Unas muertes pero sin asesinos con pruebas en la mano. Propongo que lo dejemos de lado por ahora.

—Ayer les quitaron el caso a los de la Criminal.

—Mira qué bien.

—Y parece ser que Scoarnec tiene un proyecto mediático espectacular para esta noche, durante el debate. Una información con todas las reservas del mundo.

—Perfecto. Esperemos a esta noche. Y pongámonos enseguida a trabajar en el tema Guérin-PTG-Areva-Mermet. Te diré cómo veo las cosas. Guérin, ministro de Economía en ejercicio, centra su campaña en la ruptura. Durante la campaña, hemos visto sobre todo la ruptura en el estilo del hombre y de su comunicación. Vamos a explicar el pacto entre Guérin y sus amigos y vamos a demostrar que la ruptura está ahí, en la confusión total de géneros entre las esferas directivas de las grandes empresas y el bien público. Es esta la política que prepara Guérin. Un verdadero cambio de sociedad. De momento, el pacto es secreto. Los electores no deben pronunciarse sobre eso. Pero a partir del lunes, se acabaron los complejos, Areva será ofrecido a PRG. Y *The Herald* provocará una desgracia.

—Me parece bien. ¿Cómo nos repartimos el trabajo?

—Yo me encargo de los antecedentes históricos, y tú del pacto electoral.

Los dos hombres se levantan, se dan un abrazo y luego cada uno se sienta delante de su ordenador.

Pâris llega a la Criminal en plena tarde y sube las escaleras que conducen al tercer piso como si llevara plomo en los zapatos. Contesta con un simple gesto automático con la cabeza a las pocas personas con las que se cruza. A aquellas horas, seguro que todo el 36 está al corriente de su caída en desgracia y una gran pregunta centra todas las conversaciones de pasillo: ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo va a quedarse? ¿Cuánto tiempo seguirán contando con él? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que disuelvan su grupo para crear otro en torno a Pereira, que tiene la antigüedad suficiente? Nada que hacer y sobre todo no tengo ganas de hablar, de explicarme.

En el despacho, Pereira y Coulanges están precintando las cajas del caso Soubise.

—No han perdido el tiempo en reclamarlas.

Pereira se incorpora.

—Nadie ha reclamado nada. Soy yo que me las quito de encima. Lo antes posible y a otra cosa mariposa.

Pâris sonríe, es por este tipo de reacción que le gusta su adjunto. Llega a su rincón, al fondo, y se quita la chaqueta antes de servirse un café.

—¿Alguien quiere?

Nadie.

Con la taza en la mano, Pâris observa sus chicos en plena faena. Un buen rato, mientras toma a sorbos su café. Pereira tiene razón, hay que pasar a otra cosa, desembarazarse de todo eso. Pâris deja la taza vacía encima de la mesa, mira las copias en papel de las fotos de la IJ en el suelo y las señala con el dedo.

—¿Eso también lo enviáis?

—No, eso va a la papelera. El ministerio fiscal tiene suficiente con un DVD.

Pâris se inclina para recoger algunas, observa que se trata de fotos de los diferentes pisos visitados durante la investigación. Último vistazo antes de tirarlo todo. El apartamento de Saffron Jones-Saber... A la papelera. La madriguera de Julien Courvoisier... A la papelera. El piso de Erwan Scoarnec... Todos los rincones quedaron inmortalizados en detalle. La estancia principal y su biblioteca, con su estantería de novelas policíacas, delante de la cual el policía recuerda haberse parado a fisgar. El rincón de la cocina, hecho un caos. El lavabo, con la reproducción del eslogan de 1968 «¡Abrid los ojos, apagad la tele!».

«Apagad la tele», dices.

Pâris se inclina encima de la foto. Como la primera vez que estuvo allí, su mirada es atraída por el gran pato amarillo, abajo a la derecha del cartel. Enseguida se pone a pensar en su abuelo, que le leía cómics cuando era pequeño. ¿Cómo se llamaba aquel del pato? ¿Un pato vengador, tipo Robin Hood de pacotilla? Gédéon. Gédéon el pato.

Gédéon.

Un nombre que Pâris ha oído hace muy poco. Tarda unos

segundos en recordar que fue anoche, en un bar, cerca del hotel de Neal Jones-Saber. Gédéon, el nombre del proyecto de Scoarnec y su banda. Que tenía que mantenerse en secreto hasta el jueves. ¿Por qué el jueves? ¿Tenía que pasar algo el miércoles? El miércoles es hoy. ¿Qué pasa hoy? Nuevo examen de la foto. Un cartel del 68: «¡Abrid los ojos, apagad la tele!».

—¿Qué dan esta noche en la tele?

—Una mierda —Pereira suspira—. El debate de nuestros queridos candidatos. En TF 1 y France 2. Todo para oírles decir las mismas tonterías. Creo que me iré al cine con mi mujer. ¿Por qué?

Pâris no contesta. El debate que se realiza entre las dos vueltas. El último debate. Un símbolo. Potente. Jones-Saber habló de otra cosa, anoche. «Una operación de teatro de marionetas.» El miércoles por la noche. La noche del debate. «Apagad la tele.» Gédéon, el pato vengador.

—¿Hemos visto algo con relación a la televisión durante la investigación?

—¿Qué investigación?

—La de Soubise, Scoarnec y compañía.

—¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad.

Pereira se pone delante de su jefe.

—No te rías de mí.

A su espalda, Coulanges suelta:

—Nada sobre la tele. Vaya, aparte de aquel técnico, Marsand.

Coulanges, el hombre que piensa transversal. Sus dos colegas se giran hacia él y Pâris retoma la palabra para preguntar:

—¿El técnico?

—Al investigar la telefonía de los tres chicos, encontré muchos números comunes. Entre esos números figuraba el de un tipo de France Télévisions, Pierre Marsand, un técnico.

—¿Y lo interrogaste?

—Sí.

—¿Y?

—Pues nada. No me pareció ver nada malo en él. Y la noche del asesinato de Soubise estaba trabajando. Simplemente era uno de sus amigos. Ni siquiera consta en el STIC.

—¿Qué hace este tipo en France Télévisions?

—Trabaja como regidor. En la difusión.

—Encontradme su dirección.

La sede del partido de Eugène Schneider se halla en plena actividad. Personas febriles en todos los despachos, en todos los pasillos, se hablan, se gritan, se aíslan para proseguir controversias apasionadas. Y evidentemente inútiles.

El candidato se ha encerrado con sus asesores de comunicación y un periodista amigo para el último *coaching* antes del gran debate televisado.

Dumesnil, lejos de cualquier agitación, conduce una reunión de los asesores más próximos para el último repaso de las fichas que hay que dar al candidato. Todo parece bien preparado. Solo la síntesis sobre el tema nuclear, en la que tres asesores han trabajado parte de la noche, queda por validar. El tono es bastante agresivo. «Ni una palabra sobre la industria nuclear en su programa. ¿Es porque está dispuesto a privatizarla en beneficio de sus amigos? PRG, por ejemplo, cuyo interés por el tema nuclear es de dominio público desde la compra de Centrifor (2002, cf. nota adjunta)?»

Dumesnil se muestra muy reservado. Ciertamente, un ataque frontal puede desestabilizar a Guérin, es un hombre nervioso y colérico y puede perder los papeles. Pero Schneider también se ha mostrado discreto sobre el tema durante la campaña y, por ello, ¿cómo luchar contra la privatización de las empresas nucleares sin aparecer como un defensor del átomo público y arriesgarse a perder con ello los votos de los ecologistas? Finalmente, la ficha y la nota se

añaden al paquete.

Queda por discutir el momento en el que hay que abordar el tema para que tenga la máxima eficacia. Si es demasiado tarde, los espectadores ya se habrán formado una opinión y muchos habrán apagado la tele. Muy pronto tampoco. El final del segundo tercio parece el mejor momento. Si las cosas suceden de forma óptima, el otro no podrá recuperarse del todo antes de la finalización del debate.

Schneider sale de su cónclave de comunicadores y se reúne con los asesores para una última revisión de los temas que abordar. Llegan a lo nuclear, a PRG, a las amistades peligrosas, la aventura le tienta bastante. Por temperamento, es consciente de que es más un hombre de gestión y de poder que un oponente. Lamenta un poco la falta de tono brillante, mordaz, polémico de su campaña. Buscar el enfrentamiento en un momento decisivo, cuando el otro probablemente no se lo espera, puede resultar beneficioso. Además, Guérin se ha mostrado realmente malévolo en el tema de EPR, la única incursión que hasta ahora se había permitido en el tema nuclear. En fin, al candidato le interesa y empieza a leerse la ficha que le han entregado.

Tentempié ligero y energético, en una habitación tranquila, un descanso de veinte minutos a oscuras, luego un masaje de media hora.

Cuando Pâris, Pereira y Coulanges desembarcan en casa de Marsand, pasan unos minutos de las cinco de la tarde y la calle está tranquila. Delante del edificio, un tipo vestido con mono de albañil fuma un pitillo, apoyado contra el vehículo de una empresa de construcción. Como los tres policías, no conoce el código para entrar. Así que tienen que esperar algunos segundos antes de que la puerta de entrada la abra una viejecita que refunfuña al ver tanta gente delante de su casa y que «¡es como ese maldito ascensor que siempre está averiado!»

Mientras tanto, el obrero ha desaparecido en el interior de su camioneta.

Los tres policías entran en el vestíbulo. En efecto, el ascensor, una antigualla encerrada en una columna enrejada, parece no funcionar, bloqueado entre dos pisos. Y Marsand vive en el quinto, lo que evidencia un rápido examen de los buzones.

Empiezan a subir la escalera.

Pereira masculla:

—No tenemos nada que hacer aquí y encima hay que subir todos esos pisos a pie.

Están en el segundo cuando oyen un ruido mecánico por encima de sus cabezas. Los cables empiezan a moverse en el interior de la jaula de metal y pronto una cabina pasa delante de ellos. En su interior, dos hombres en uniforme de trabajo, les dan la espalda.

Rellano del quinto. Tres pisos. Primer reflejo, comprobar los nombres en los timbres. Es inútil, la puerta de la derecha no está cerrada. En silencio, los tres oficiales se ponen de acuerdo, saben que es ahí. Y lo confirma el «Marsand P.» pegado en la puerta.

Es Coulanges el primero que expresa su pensamiento en voz alta.

—¡Los dos chicos en el ascensor!

Enseguida, empieza a bajar las escaleras.

Pâris empuja la puerta entreabierta y entra en la casa del técnico. Da unos pasos por el pasillo y, con un gesto con el mentón, indica a Pereira que controle la habitación, a la izquierda, antes de detenerse en el umbral del salón. Luego empieza a examinar el lugar.

La sala está moderadamente desordenada. Algunas latas en la mesa baja, un cenicero lleno, revistas apiladas en un montón inestable. Una tele en un rincón, al fondo, bajo la ventana abierta.

Fuera, el ruido de la ciudad.

A la derecha, un sofá de tela, más bien viejo, en el que se

encuentran una almohada enrollada y una manta de lana gruesa. Alguien ha dormido ahí. Delante un aparador, de tipo rústico, con la estantería llena de libros, DVD, objetos sin valor, otros ceniceros llenos de monedas, llaves, mecheros y otros pequeños objetos inútiles. Y también una lámpara, junto a la que se encuentra un destornillador de color rojo vivo, que no combina con aquel decorado sombrío.

Pâris sigue con los ojos el cable de alimentación eléctrica de la lámpara que baja a lo largo del mueble hasta un enchufe, justo por encima del zócalo. En el suelo, bajo el enchufe, unos restos de polvo blanco. Su vista sube hasta un interruptor, cuyo embellecedor plástico, de apariencia antigua, está atornillado en la pared. Se acerca, observa las cabezas de los tornillos y luego el filo del destornillador. Coinciden.

—Alguien ha dormido en la habitación. Hace poco.

Pereira está junto a él.

—Aquí también —Pâris le señala el destornillador—. Y han usado eso —luego el interruptor y los restos de yeso, en el suelo—, no hace mucho.

—No he podido atraparles.

Coulanges aparece, sin aliento.

—Y la camioneta del fumador se ha esfumado. ¿Qué tenéis?

—Dos personas han vivido aquí estos últimos días. Marsand y...

—¿Scoarnec?

—Se conocen, Scoarnec sigue huido y parece razonable pensar que Marsand está implicado en ese famoso Gédéon desde el principio. ¿Por qué no?

—El debate es esta noche —dice Coulanges.

—¿Van a intentarlo a pesar de todo lo que ha pasado? —pregunta Pereira.

Por toda respuesta, Pâris se encoge de hombros.

—¿Crees realmente que los dos chicos del ascensor venían de aquí?

Un silencio.

—¿Quién?

—Ni idea.

Una pausa.

—Pero hay que avisar a la IJ y registrar este piso.

—¿Qué vas a decir a las autoridades judiciales? —El tono irritado de Pereira refleja su inquietud—. Ya no llevamos el caso, te recuerdo.

—No sobre la muerte de Soubise. Pero eso es otra cosa. ¿Delito flagrante? ¿Nos hemos enterado de una posible acción criminal en curso? ¿Teníamos que actuar urgentemente?

—Nunca se lo tragarán.

Pâris dirige una sonrisa inocente a su adjunto, que levanta los ojos al techo, y luego se gira hacia Coulanges.

—Localízame a Marsand. Entérate de si tiene que trabajar esta noche y dónde. Sé discreto, evitemos provocar el pánico. Y sería mejor que él no supiera que estamos detrás de él.

Con el móvil en la mano, sin encararse con él, le dice a Pereira:

—Avisa a los demás y diles que vengan hacia aquí enseguida. Yo me encargo de la Científica.

Dumesnil y Schneider suben a la parte trasera del mismo coche, en dirección al lugar de la grabación.

A la vista de una buena polémica, Schneider se siente con más vigor que nunca.

—No has dicho nada antes cuando hablábamos de la ficha del tema nuclear. Te he notado reticente, ¿me explicas por qué?

—Sí, no estoy convencido. Primero porque el tema es muy difícil, casi imposible de abordar sin pelearnos con los ecologistas. Quizá no sean decisivos en estas elecciones, no lo sabemos, pero los dos pensamos que tienen futuro. Y no hay que insultar al futuro. Hay que hablar del tema nuclear primero con ellos. En segundo lugar, el acuerdo Guérin-PRG.

Como pasa a menudo en estas historias, muchos presentimientos y pocos hechos concretos y comprobados.

—No es habitual en este tipo de asuntos.

—Es por eso que son jodidos de abordar en plena campaña electoral. Hay un gran riesgo de efecto bumerán.

—¿Efecto bumerán? Explícate.

—Si tú le atacas en sus relaciones personales con Picot-Robert, estará tentado de desenterrar tus historias de violencia conyugal.

—Mireille retiró su denuncia.

—Sí, es verdad, pero cualquier procedimiento, aunque quede interrumpido, deja huellas. Y tendrías mucho que perder en términos de imagen.

Schneider reflexiona un buen rato. Conoce bien a Dumesnil.

—¿Hay algo más?

—Sí. Esta mañana, al ir a comprobar las instalaciones del plató de televisión, me he encontrado con Patoux.

—¿Y? Dime.

—Me ha puesto un caramelito en la mano de la forma más directa. La presidencia del Banco Mundial queda libre dentro de un mes. Si no tratas el tema nuclear esta noche y Guérin es elegido el domingo, evidentemente apoyará tu candidatura. Y puede garantizarte el puesto.

Schneider se gira para que Dumesnil no pueda leer en su cara su sorpresa y su herida. Reacciona con fuerza.

—¿Y lo has escuchado? ¿No lo has enviado a freír espárragos?

—No. No le he dicho nada.

—Me parece que una propuesta como esta demuestra hasta qué punto Guérin está compinchado con PRG.

—Sí, en un sentido. Pero, Eugène, el Banco Mundial, hay que pensarlo. Un puesto en el que podrás tener una perspectiva real del curso de las cosas. Intervenir en las estrategias de desarrollo a nivel internacional. Quizá un peso mayor que la presidencia francesa. Y un último aspecto, y no

el menos importante, un puesto de esta envergadura te permite preparar un regreso ganador en Francia.

—En resumen, no crees en mis posibilidades el domingo.

—No más que tú, Eugène.

La costumbre quiere que el debate entre las dos vueltas se celebre en la Casa de la Radio. Pero este año, por cuestiones de falta de disponibilidad de los estudios, es la SFP, en Boulogne-Billancourt, la que acoge el último cara a cara electoral.

Cuando Pâris y su grupo llegan a la calle Silly, donde está situado el edificio de fachada de ladrillo rojo donde se encuentran los platós, ya hay mucha gente. Una multitud importante de curiosos y de seguidores de los dos candidatos, periodistas y, sobre todo, un importante dispositivo policial.

—Hay que avisar a los colegas encargados de la seguridad que hay un riesgo de incidente.

Pereira está sentado en el asiento trasero, detrás de Estelle Rouyer, que está al volante. Mira fijamente la nuca de Pâris.

—Ni hablar. Tacto, lentitud y discreción. No hay que provocar el pánico. Hay que encontrar a Marsand y no dejarlo. Scoarnec no estará muy lejos. Si se deja ver. En cuanto los veamos a los dos, los pillamos.

—¿Te das cuenta de los riesgos que haces correr a todo el mundo? Si tienes ganas de cargarte tu carrera, que te aproveche, pero ¿has pensado en nosotros?

Es la primera vez que Pereira se permite cuestionar a su jefe delante de un tercero. Y en un tono tan agresivo.

Rouyer observa a Pâris por el rabillo del ojo, que se mantiene concentrado en la calle delante de ellos.

Cuando retoma la palabra, se expresa con calma.

—No hay peligro. Estos chicos son unos soñadores, no unos terroristas sanguinarios.

—¡Eso no lo sabes!

—Por lo menos sé dos cosas. No han matado a Benoît

Soubise y uno de ellos ha muerto de un modo infame, seguramente aterrado porque había entendido qué le iba a suceder. Tuvo tiempo de ver cómo se lo cargaban. Y no son sus amiguitos quienes hicieron eso tampoco.

Pâris se gira hacia su adjunto.

—Tu hijo tiene casi la misma edad.

—¡Deja a mi chico fuera de esto!

—De acuerdo. Pero, por lo que a mí respecta, no quiero dar ninguna oportunidad a los que obligaron a Courvoisier. Así que no voy a avisar a nadie y voy a pillar a Scoarnec y su amigo sin hacer ruido. Solo si es preciso. —Los dos hombres se miran—. Tienes razón, yo ya no tengo nada que perder, tú sí. Así que no te sientas obligado a quedarte, no me debes nada.

Pâris se dirige enseguida a Estelle Rouyer.

—Esto vale para ti también.

Pasa un rato. Luego la joven pregunta:

—¿Dónde aparco?

Detrás de ella, Pereira suelta:

—¡Joder, idos todos a la mierda!

Acaba de meterse entre los dos asientos y señala la calle París, a su izquierda.

—Da la vuelta por allí, el parking de los regidores está detrás.

Algunas palabras y enseguida llegan a entrar en el perímetro de seguridad. Detrás de ellos, los otros dos coches del grupo los siguen.

Pâris no pierde el tiempo y despliega a sus hombres. Él, Coulanges, el único que conoce la cara de Marsand, y Rouyer van hacia los camiones de France Télévisions, en los que el técnico debe trabajar esta noche, según el departamento de recursos humanos de la cadena. Los demás se reparten entre los accesos al plató de la emisión y las instalaciones técnicas de la SFP. Su misión, encontrar a Scoarnec y hablar con él.

Enseguida ven que Marsand no está en el control móvil de la cadena pública. ¿Quizá ha salido a mear o a fumarse un

pitillo? Pâris ordena a Coulanges que se dé una vuelta por el parking con Rouyer. Él se quedará allí esperando. Son las ocho menos cuarto, el debate empieza en menos de una hora.

Erwan Scoarnec ha abandonado su hotel al final de la tarde, media hora después que su cómplice. Se ha ido a pie, en dirección al Sena, sin darse cuenta de que Jean le seguía. Michel tampoco estaba lejos, en el coche.

El objetivo ha andado sin prisa hasta el parque André-Citroën, en el que ha hecho una pausa y se ha quedado un buen rato mirando a las madres del barrio jugando con sus hijos. Los dos polis lo han aprovechado para invertir los papeles. Luego, hacia las ocho menos cuarto, Scoarnec se ha puesto en marcha de nuevo en dirección a la sede de France Télévisions.

Son las ocho cuando llega a la recepción. Franquea las puertas de seguridad sin ningún tipo de problema, gracias a la acreditación de Marsand, y da unos pasos por el vestíbulo. El atrio es impresionante, abierto en toda su longitud y rodeado por los dos lados, hasta el techo translúcido, por numerosos pisos de despachos acristalados unidos entre sí por galerías.

Justo a su izquierda, unos espacios de proyección y de recepción. Debe haber un preestreno esta noche, ya que una multitud de invitados, con pastas y copas de champán en la mano, desborda de una de las salas. A menos que estén allí para la retransmisión del debate.

Scoarnec no se esperaba ver a tanta gente.

Algo más lejos, en el mismo lado, está el mostrador de las azafatas. Cuatro mujeres jóvenes uniformadas que informan a la gente. Más lejos aún, después de una escalinata monumental, unos jardines delimitan el centro del edificio.

Aparentemente indeciso, Erwan mira a su alrededor y hacia atrás. Ve a los guardias de seguridad, con sus trajes oscuros, que dejan entrar a otros visitantes. En el momento en que se gira, un negro alto y un pelirrojo bajo. Nadie parece

percatarse de él, de su febrilidad, y sigue andando. Marsand le ha explicado que los controles se encuentran en el sótano, después de la gran escalinata. Código color rojo, lado Sena, nivel menos uno.

Scoarnec casi ha llegado a los peldaños cuando un grupo de personas franquea una puerta cortafuegos, a su derecha. En un reflejo de angustia, su cabeza se gira hacia esos recién llegados. Una chica, otra chica, se ríe, un tipo con barba, otro que habla y... Marsand. Se lleva una lata de Coca-Cola a la boca. Bebe. Ve a Erwan, casi se atraganta, escupe la bebida. En su cara, primero la sorpresa... Luego el miedo.

Scoarnec lo entiende en una fracción de segundo. Algo no funciona. Un segundo después, la mirada de Marsand se dirige lejos, detrás de él, hacia la entrada. Instintivamente, sus ojos siguen el mismo camino.

A unos veinte pasos, el negro y el pelirrojo le observan muy atentamente, con aire malvado.

Erwan vuelve hacia Marsand, que ya está retrocediendo. Grita:

—¡Espera!

Y luego:

—¿Por qué me has entregado?

Y se pone a correr detrás del técnico, que ha desaparecido tras la puerta de doble batiente.

Son las escaleras que dan acceso a los pisos.

Las dos chicas gritan, los hombres intentan interceptarlo. En vano.

Marsand huye hasta el segundo antes de llegar a una galería que conduce a una estrecha pasarela.

Con rabia, Erwan corre con todas sus fuerzas y reduce rápidamente la distancia entre ellos. Empuja a un hombre trajeado que sale de su despacho, evita por poco a un segundo y atrapa al técnico cuando casi ha llegado al otro extremo del atrio. Lo derriba y le golpea en la cara una vez antes de volver a levantarlo y aplastarlo contra la barandilla.

Marsand, con medio cuerpo en el vacío, suplica a Erwan.

Recibe un nuevo puñetazo en la cara, le trata de maricón, de traidor.

—¡Déjalo, Scoarnec! ¡Policía! ¡Déjalo!

Al principio de la pasarela, Michel apunta con su pistola a los dos militantes.

Erwan mira a aquel poli de mierda y luego a su ex cómplice. Su cara está deformada por el odio.

—¡Hijo de puta!

Empuja al técnico y empieza a levantar las manos cuando suena una detonación.

Luego una segunda.

Desequilibrado por los impactos, el cuerpo de Scoarnec es proyectado violentamente hacia el lado, en dirección a Marsand, a quien el golpe precipita por encima de la barandilla. Se cae de cabeza desde una altura de dos pisos y muere en el acto.

El ruido sordo del impacto pronto es sustituido por un concierto de gritos y una gran conmoción se apodera de los numerosos testigos de la escena, atraídos por el caos de la persecución.

Sin esperar, Michel avanza por la pasarela mientras que detrás de él Jean impide que la gente se le acerque. El policía se inclina sobre el cadáver de Erwan y finge comprobar si aún vive. Discretamente desliza en uno de sus bolsillos la memoria USB de Julien Courvoisier, en la que aún se encuentran sus huellas, se han asegurado de ello. Luego levanta la cabeza hacia su colega y guiña el ojo dos veces.

Jean asiente y, dirigiéndose a un responsable, le ordena que avisen al servicio de emergencias.

Pâris consulta su reloj. Las ocho y veinte. ¿Dónde estás, Marsand? Vistazo hacia Coulanges, que vigila los vaivenes a su alrededor, los dos hombres intercambian una señal negativa con la cabeza, y entra en el coche de control de los regidores.

Los técnicos lo miran de reojo y uno de ellos, que parece ser el superior, lo interpela.

—¿Qué quiere?

Pâris se presenta, muestra brevemente su placa y pregunta:

—¿Pierre Marsand está por aquí?

—Esta noche está en la central, ese gilipollas me ha dejado plantado en el último minuto.

El hombre está a punto de añadir algo más cuando una voz aguda se oye detrás de él.

—Ha habido un tiroteo en la central...

La que habla es una chica rechoncha, de las que se asustan por nada, con un móvil en la mano.

—Ha habido heridos... De los nuestros...

—¿Quién? —pregunta el interlocutor del policía.

Pâris ya está precipitándose hacia afuera cuando capta, en medio del pánico que va en aumento, «Marsand».

En el estudio de maquillaje, Eugène Schneider ha exigido estar solo. Incluso ha echado a Dumesnil. Mira en el espejo el resultado del trabajo de la maquilladora. Esa cara no es la suya. Vieja y abatida.

Al otro lado de la puerta, un guirigay confuso, cada vez más insistente.

Schneider cierra los ojos. «No más que tú, Eugène.»

Dumesnil viene a buscarle. El traidor. Mientras cruzan algunas habitaciones atestadas de gente, muy ruidosas, avisa a su candidato de que se ha producido un incidente en France Télévisions, por lo visto bastante grave pero que no debería afectar a la grabación. Schneider asiente, tiene la cabeza en otro sitio.

Por fin entran en el plató. Sentimiento extraño, así que este es el lugar del sacrificio. Escalofríos.

Dumesnil se preocupa.

—¿Todo bien? Lo he comprobado todo varias veces.

Schneider asiente de nuevo. Los dos periodistas que van a conducir el debate lo reciben. Parecen muy tensos. Él, no. Una sensación algodonosa.

Pierre Guérin entra a su vez en el plató, con una sonrisa triunfante y las manos hacia delante.

Dumesnil conduce a Schneider hacia su asiento. Un técnico anuncia diez minutos. Schneider se sienta. A su alrededor, la efervescencia. Control de la iluminación, colocación de micros. Cinco minutos. Pruebas de sonido, comprobación del lugar de las cámaras. Cuidado.... Treinta segundos... ¡Rodando!

Perorata de los presentadores.

Schneider no está concentrado.

Cae la primera pregunta.

—Si sale usted elegido el próximo domingo, ¿qué tipo de presidente será?

Guérin se lanza.

—Los franceses están cansados de ver en lo que se ha convertido la política. Quiero que vuelvan a gustarles. Seré un presidente diferente. Un presidente que no se contenta con hablar, sino que actúa. Un presidente que obtiene resultados y que pide ser juzgado por ellos.

Schneider nunca ha sabido ni querido hablar de sí mismo. Busca un ángulo de ataque.

—Me presento con un programa que no he elaborado solo. Intentaré ponerlo en práctica junto con todos los que lo han concebido. Me concentraré en sus dos ejes principales, que son la reducción de la deuda pública y la lucha contra la extrema pobreza, para lograr una sociedad más igualitaria.

¿A quién vas a convencer con esto? No eres bueno. No estás a la altura.

Dumesnil y Patoux están de pie, el uno junto al otro, detrás del banco de los regidores.

Patoux murmura:

—Tu chico ha perdido.

Dumesnil se encoge de hombros.

Pâris ha salido del gran mausoleo de cristal de France Télévisions. Ha visto los cadáveres. Ha leído la conmoción en las caras de los testigos. Ha notado que el vacío se lo llevaba, de golpe, como nunca. Ahora espera afuera, con un cigarrillo en la boca, apoyado en su coche, al pie de la escalera de entrada. Qué espera, no lo sabe. A su alrededor la vana agitación de los servicios de emergencia parece calmarse por fin.

Pereira aparece en lo alto de la escalera. Baja, se sitúa al lado de su jefe de grupo.

—Ha sido el pelirrojo.

No necesita concretar quién ha disparado pero cree conveniente añadir «DCRG» señalando al hombre con la barbilla.

Pâris observa a aquel tipo, tan poca cosa, responsable de los dos muertos de esta noche. No parece afectado, muy al contrario, habla alto y se ríe girándose constantemente hacia un negro inmenso, con ademán serio. También sigue a un tipo más joven, trajeado, que apesta a alto funcionario a cien metros.

—¿Qué coño hacían aquí?

—Es un misterio.

Los ojos de Pâris abandonan al pelirrojo para concentrarse en su colega. Este acaba dándose cuenta y se para en medio de la escalera para mirar fijamente al oficial de la Criminal.

Este desafío silencioso dura largos segundos, hasta que el héroe de la noche, de pie delante de una berlina oficial gris, interpela al negro alto.

—¡Eh, Jean! ¿Qué coño haces? Espabila, mierda, ¡hay que ahuecar el ala!

Pâris oye esas palabras y se queda tieso. Su mirada navega entre los dos RG.

E inmediatamente Jean se da cuenta de que lo ha pillado.

Pâris da un paso adelante, pero Pereira le retiene por el

brazo. Con fuerza. Se gira para liberarse, pero su adjunto se resiste y, sacudiendo la cabeza, le suelta:

—Déjalo estar, son de la casa.

Después de casi una hora y quince minutos de debate sin grandes revelaciones, cada uno hablando de lo que mejor conoce, Schneider de sus proyectos, Guérin de sí mismo, los periodistas interrogan a los candidatos acerca del futuro de la industria francesa, sin duda difícil en la economía globalizada. ¿Cuáles son las grandes opciones del uno y el otro?

La hora prevista, la pregunta esperada.

¿El futuro de la industria francesa o el mío? Si Dumesnil ya no cree en él, ¿quién podría hacerlo? Schneider tiene a la vista la ficha sobre la industria nuclear nacional y las relaciones de su adversario con PRG. Con un gesto natural, la toma, la desliza debajo del paquete y habla sobre las PYME, riqueza y futuro de Francia.

Ha llegado el momento de poner fin a la confrontación entre los candidatos. Uno de los presentadores inicia el ritual final. Cooke baja el sonido.

Neal se levanta, se estira.

—*Bollocks!*

Y ataca el montón de bocadillos que su amigo ha pedido para mantenerse de pie toda la noche. Están en su pequeño piso, muy cuidado, de soltero epicúreo, en pleno Barrio Latino, en el que se han refugiado para seguir el debate sin ser molestados.

—Guérin ha jugado a fondo su papel de superhéroe *Yo y Yo*. Reconozco que lo ha hecho bien, tiene que funcionar. Y Schneider, como un perfecto valedor, habla a fondo de sus proyectos en plan puramente tecnócrata, y no interesa a nadie.

—Ni una palabra sobre la industria nuclear.

—Nada indica que esté al corriente.

—¿Crees de verdad que no tiene ningún contacto en la CEA?

Los dos candidatos se han levantado. En la imagen, abandonan el plató y la cámara los sigue por las bambalinas.

—Debo admitir que estoy un poco decepcionado de no haber visto ni rastro del amigo de tu hija y su Gédéon. Habría animado el tema.

—Era de esperar. *Cunts*!

Bruscamente la pantalla se anima, una banda roja aparece en una esquina arriba a la derecha. Un flash informativo. Noticia de última hora.

Cooke sube el sonido.

Un periodista está de pie delante de un fondo oscuro, con un parte en la mano y el gesto muy serio. «Esta noche, durante la gran confrontación entre las dos vueltas a la que acaban de asistir, nuestra cadena ha sido el blanco de un intento de sabotaje, cuyo objetivo era a todas luces interrumpir la retransmisión del debate, por razones que aún no se conocen. El saboteador, cuya identidad nos acaban de confirmar, es Erwan Scoarnec, militante de un grupúsculo radical conocido por sus métodos violentos. Ya era objeto de un aviso de búsqueda y captura en el marco de la investigación del asesinato del comandante Benoît Soubise. Ha sido abatido tras un enfrentamiento muy violento con los servicios de seguridad. Un técnico de nuestra cadena, Pierre Marsand, también ha encontrado la muerte durante ese incidente al intentar intervenir valientemente. Los sentimientos del conjunto del personal de France Télévisions están con su familia y sus amigos, que pasan por tan dolorosa prueba.»

Neal está de pie, inmóvil, lívido, blasfema a media voz, en inglés, y se abalanza hacia su teléfono móvil, que ha dejado en la entrada, golpeándose con los muebles.

En Cahors, en la sala de estar de la suegra del inglés, la

televisión sigue funcionando, en el vacío. Saffron, en el sofá, está acurrucada junto a su abuela, quien la abraza con la cara entre su pelo, sin decir ni una palabra.

De pie detrás del sofá, Pierre Salleton, con el móvil en la oreja, repite con voz tranquila:

—No te preocupes, Neal, no la dejaremos... No, ni un momento... Nos quedaremos aquí... Mañana, ya me las arreglaré en el restaurante... De acuerdo, iré a buscarte a la estación.

8

Domingo

La calle está en calma, aún es pronto. Solo una pareja ha salido. Los Masson, viven tres casas más abajo de la de Pâris. Tienen la costumbre de hacerlo todo muy pronto. El arte de apresurarse para no tener que esperar, adelantarse al tiempo, para tener más, más tiempo, y esperar, al fin.

En casa de Pâris hay luz en la cocina. La silueta de Christelle pasa una y otra vez detrás de la ventana. Ha debido levantarse al alba, ella también. Sabe que él regresa esta mañana, él se lo dijo anoche por teléfono. Se mostró sorprendida pero más afectuosa de lo que él esperaba. Notó el alivio en su voz, al otro lado del hilo. La imagina tensa en la perspectiva de ese regreso, ocupando la cabeza y las manos en preparar el desayuno. Para ella y para él. Tendrán una hora o dos para ellos, las chicas nunca se levantan antes del final de la mañana los fines de semana.

Una hora o dos, si Pâris quiere moverse. Pero se queda allí, sentado en su coche, la radio en sordina, con su pequeña maleta en el asiento del copiloto. Deja pasar el tiempo, retrasa el momento. Impresión de que ya lo ha visto, ya lo ha vivido, insoportable. La derrota, aquí y ahora.

La retirada. Después de diez minutos sobre el desarrollo de la segunda vuelta de las elecciones, con los micrófonos al pie de los colegios electorales, las evaluaciones de los índices de participación, la típica evitación de hacer comentarios políticos o tendenciosos, el presentador de las noticias aborda «el resto de la actualidad». Nada en el resto del mundo, es normal, todo queda en casa. Uno o dos sucesos y sobre todo

el único asunto que vale la pena, por lo menos hasta esta noche, el «tiroteo en la sede de France Télévisions».

«Valiente intervención de los servicios especializados de la policía, tras el rastro del peligroso Erwan Scoarnec desde hace veinticuatro horas...» ¿Cómo?, está tentado de sugerir Pâris. Las palabras *ecoterroristas*, *radicales*, *autónomos*, *Black Blocks*, *sectario*, *violento*, *asesinato*, *homicidio* se citan tantas veces que el policía se pregunta si el cronista ha hecho una apuesta con sus amigos. Se olvidan de *PRG*, *Elisa Picot-Robert*, *CEA*, incluso *Soubise* y, gracias al cielo, *Saffron Jones-Saber*.

Ignorado, Pierre Guérin.

El mito del salvador Marsand, «ese técnico reservado, apreciado por todos, que ha dado muestras de un gran coraje» se mantiene, con algunos matices. Ahora se admite que «habría estado influido por el carisma diabólico de Erwan Scoarnec, verdadero gurú de un grupúsculo llamado Gédéon» —¿quién ha dejado filtrar eso?— «antes de reaccionar, dándose cuenta del peligro al que exponía al personal de la cadena, e intentar hacer entrar en razón al peligroso radical. Ha perdido la vida».

Pobre.

Pâris imagina los tratos entre bambalinas. Impensable ver la reputación de los técnicos del servicio público por los suelos. Imposible no solidarizarse con los compañeros periodistas de France Télévisions protegiendo a sus colegas. Todo ellos, evidentemente, sin que nunca sea dicho explícitamente.

El corporativismo no es solo cosa de policías.

Pero ¿quién es él para juzgar? ¿Dónde se encuentra hoy? En su calle, delante de la puerta de su casa. Después de un permiso solicitado el viernes por la mañana y aceptado inmediatamente por el sudoroso Fichard, demasiado contento de tener las manos libres para enterrar el asunto. Y decidir la suerte de su pesado jefe de grupo.

Pâris rehúye lo que ya no quiere ver, admitir o denunciar. «Son de la casa», le recordó Pereira. Retroceso,

corporativismo y todo lo demás, ha acabado cediendo él también. Si sobrevive y no se hunde del todo, tendrá suerte.

Ha llegado el momento de entrar y poner buena cara, por sus hijas, nunca realmente deseadas, salvo para hacer feliz a su madre, a quienes va a esforzarse en querer un poco, por deber.

Pâris abre la portezuela con una mano y coge la maleta con la otra, pone un pie fuera. Su móvil vibra en su bolsillo. Un SMS. Interrumpe su movimiento, coge el teléfono, mira la pantalla, lee, dos veces, sonríe. Luego vuelve a cerrar la portezuela, pone la llave en el contacto, arranca y se va.

Guérin acude a su colegio electoral hacia las ocho y media, con la esperanza de poder escapar por lo menos parcialmente de la mirada indiscreta de los medios de comunicación. En vano. La calle, la guardería en la que se ha instalado el colegio electoral, están desiertas en ese barrio residencial. Pero delante de la puerta del centro, la multitud de fotógrafos, cámaras y periodistas varios ya está al acecho.

Guesde abre la puerta, Guérin lo sigue, con la cabeza gacha. Los dos hombres andan deprisa.

—Por favor, señores, va a ser un día duro —repite Guesde apartando a unos y otros.

En el colegio electoral, Guérin levanta la cabeza, sonríe. Se acerca a su mesa, deposita su voto en la urna, estrecha la mano del presidente de la mesa y de los vocales, siempre sonriente, en medio de los flashes.

Un momento delicado, la salida. Guesde abre de nuevo el camino. En la acera, un grupo compacto de periodistas bloquea el acceso al coche. Llueven las preguntas. «¿Dónde está Sonia Guérin? ¿No le acompaña hoy? Se habla de ruptura, ¿lo confirma?»

Inicio de empujones.

Guérin aparta violentamente a un periodista.

—¡Déjenme en paz, hacen un trabajo de mierda!

Y se mete en el coche, que arranca.

Hacia las once, Dumesnil espera al volante de su coche delante de la puerta del edificio de Schneider. A su lado, en el asiento de delante, está sentada Mireille Schneider, la mujer de Eugène, un poco rígida, no muy cómoda y que no intenta esconderlo. Lleva vaqueros, camiseta, chaqueta de algodón, no se ha vestido de forma espectacular.

El candidato sale del edificio, sube a la parte de atrás del vehículo, que arranca en dirección al colegio electoral.

Mireille tiende la mano a su marido, con una media sonrisa.

Él la coge, la besa.

—Mireille, te agradezco infinitamente que estés aquí. Me doy cuenta de que...

Ella le corta con un gesto.

—Tus hijos te admiran y te quieren. Me han hecho decidirme a entrar en el juego. Les he prometido que iría a divertir a la galería, pero nada más. Así que no te canses, no vale la pena.

Delante del colegio electoral, un pequeño grupo de fotógrafos. Schneider abre la puerta de su mujer, camina detrás de ella, les hacen fotos. En el colegio electoral, meten el voto en la urna el uno junto al otro, más fotos.

A la salida, surgen las preguntas. «¿Un pronóstico para esta noche? ¿Cómo ve su futuro?»

Schneider sonríe.

—Bien, el futuro muy bien.

Y se mete en el coche, con Mireille cogida de su brazo.

A partir de las seis de la tarde se conocen las primeras estimaciones y circulan ampliamente, pero está prohibido hacerlas públicas antes de la hora de cierre oficial de los colegios electorales.

Los militantes que acuden hacia la sede del partido de Guérin, por lo tanto, intentan disimular su alegría, pero el resultado no deja lugar a dudas, su candidato gana con el cincuenta y dos o el cincuenta y dos y medio por ciento de los sufragios, por lo menos cuatro puntos por encima de Schneider.

Va a ser un triunfo.

La planta baja de la sede está llena hasta los topes, la multitud llega hasta la calle, que pronto queda bloqueada. Se espera la aparición del presidente a las ocho.

En los pisos, el público es más selecto. Solo las personas conocidas o poderosas.

Pierre Guérin se ha refugiado en el último piso del edificio para esperar el anuncio de su coronación, en la sala del bar. Un camarero trabaja con una gran profesionalidad. A su alrededor, los íntimos y los cómplices. Grandes empresarios, evidentemente, con Elisa Picot-Robert y Albert Mermet a la cabeza, altos funcionarios, algunos políticos, algunas estrellas y gente famosa, y los agentes de seguridad.

Se bebe mucho. El ambiente es alegre y desenfadado, como si se tratara de una reunión de familia. Mañana ya llegará el momento de despedazarse para repartirse el pastel. Pero algunos tiburones ya huelen, aquí y allá, el olor de la sangre.

De momento, las cosas más serias se tratan en el rellano, donde Guesde recibe a todos los hombres de peso que han venido a saludar al nuevo presidente, antes de orientarles hacia el bufé o la sala de prensa, llena a rebosar de periodistas de todo el mundo.

El prefecto Michelet ha venido a saludar y a tomar la temperatura del ambiente.

Guesde le lleva a un aparte, muy afectuoso.

—Tengo que felicitarle. Un arreglo espectacular, inesperado. Además probablemente ha hecho que obtengamos un punto más de distancia respecto a Schneider. Ecologista rima tan bien con terrorista.

Se echa a reír antes de ponerse serio.

—Al llegar al Elíseo, tendremos que reorganizar de arriba abajo el servicio de seguridad de la presidencia que, de momento, está lleno de enemigos. ¿Qué le parecería?

La alta silueta de Cardona aparece a la salida del ascensor.

Guesde se quita al prefecto de encima con tacto.

—La propuesta va en serio. Piénselo. Rápido. Le llamo mañana.

Luego va hacia el administrador general de la CEA.

Los dos hombres se saludan y se observan.

—Querido amigo, estoy contento de verle.

—He venido a saludar al nuevo presidente.

—Perfecto. Ya ha pensado en la composición de su gobierno y me ha encargado que lo sondee. Piensa en usted para el Ministerio de Industria. ¿Qué le parecería esta propuesta?

Cardona sonríe radiante.

—El presidente me hace un gran honor. Pero creo que soy más útil a mi país al mando del sector nuclear público que encabezando un ministerio.

¿Y después?

Hace tres días que Barbara Borzeix se aloja en el Four Seasons de Ginebra. Hace tres días que ha dejado París, sus preocupaciones y sus elecciones detrás. Una eternidad. Nuevo marco, nueva vida, todo se desarrolla a las mil maravillas y Elisa mantiene sus compromisos de una forma más que generosa.

A Borzeix le gustará estar aquí.

Esta mañana, hace buen día aunque algo fresco, demasiado para tomar el desayuno en la terraza, y ha optado por el restaurante del palacio, con sus magníficas vistas sobre el lago Leman y su géiser.

El maître llega con su desayuno, ligero, unas frutas frescas que acompaña con un verdadero café con leche a la suiza, muy espumoso. En cuanto el hombre desaparece oye una voz cerca de ella, a su derecha.

—Buenos días, señorita Borzeix, ¿puedo sentarme con usted?

Es un hombre, habla francés con acento inglés o más bien americano. Tiene unos cincuenta años, el pelo cano y espeso, peinado hacia atrás, barba de tres días muy cuidada, traje de tres piezas de rayas y camisa hecha a medida, con una corbata de seda muy sobria. El perfecto disfraz de tiburón de las finanzas, viejo, sabio. ¿Peligroso?

—No lo conozco.

El hombre le tiende su mano.

—Vincent Hanna.

Borzeix se la estrecha.

—Ese nombre no me dice nada.

Hanna sonríe.

—Trabajo para el Carlyle Group.

La mujer no puede ocultar su sorpresa.

—Veo que este nombre no le resulta desconocido.

—Su reputación le precede.

—No hay que creer todo lo que dice la gente.

—¿Carlyle ya no es la falsa nariz financiera de la CIA? —Ahora es Borzeix quien sonríe—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Hanna?

—*Straight to the point*. Me gusta.

El americano se toma su tiempo para elegir bien sus palabras.

—Me han dicho que ha participado en un proyecto llamado «Jardín de las Hespérides».

—Está bien informado.

—No del todo. Es por eso que la necesito.

—Siéntese, se lo ruego.

Con un gesto de la mano, Borzeix invita a su interlocutor a tomar asiento delante de ella.

—Y hablemos.

Desde hace unos días, la vía de Neal va al ritmo de las idas y venidas entre París y Cahors, dividido entre la urgencia de estar junto a su hija y la redacción del informe del *Herald* con Cooke.

Este fue terminado y enviado al periódico ayer. La primera entrega se ha publicado hoy, a página completa, al lado de los resultados de las elecciones francesas. Después, *The Herald* va a publicar media página diaria, hasta el fin de semana. Uno, Pierre Guérin, el nuevo presidente de la República francesa, su postura: el pueblo y el trabajo; su realidad: la consanguinidad con «la Francia de las altas esferas». En un aparte: las dinastías que han prosperado bajo las presidencias de la Quinta República. Dos, la mejor amiga del nuevo

presidente, el tiburón asesino del CAC 40, Elisa Picot-Robert, retrato de la heredera de la flor del BTP francés. En un aparte: ¿qué hay que entender en el divorcio de Pierre Guérin? Recuerdo de la movida historia de las familias Pasquier y Picot-Robert. Tres: la industria nuclear civil francesa y las ambiciones de la bella Elisa, el «Jardín de las Hespérides», un éxito extraordinario de política pública francesa, ¿va a ser saqueado pronto? En un aparte: la industria nuclear privada, los retos y los riesgos, la larga marcha de los antinucleares. Cuatro: preguntas en torno a un cuádruple homicidio, ¿quién tiene interés por enterrar el caso Soubise? En un aparte: una de las víctimas de la *conspiracy* habla, entrevista exclusiva con la activista Saffron Jones-Saber, el vídeo que molesta.

Neal está muy contento con esta serie de artículos, de los mejores que ha escrito. Aquello haría saltar a diez gobiernos británicos. Si con eso no consiguen zarandear el cocotero francés, nada ni nadie lo conseguirá jamás.

Durante todo el viaje que le lleva a Cahors, en ese tren vacío, oscila entre la angustia de volver a ver a Saf', el temor de resultar torpe y la alegría profunda de haber recuperado el oficio.

En la estación, Augustine, su suegra, le espera en el andén, una frágil silueta elegante con su cabellos canos rizados y su cara y sus ojos descoloridos. Le da un beso y le hace subir a su viejo coche.

Enseguida Neal pregunta:

—¿Cómo está Saf'?

—Mejor, esta noche ha dormido prácticamente sin somníferos. Creo que no está mal.

—Augustine, no se burle de mí.

Augustine reflexiona, duda y luego empieza a hablar.

—Hemos hablado mucho. Entre mujeres. De cosas muy personales, dolorosas, de las que no quiere hablar con usted. No intente saber más. Quizá es difícil construir una relación sólida sobre la mentira, aunque... pero es fácil acomodarse con lo no dicho. No hay nada más destructor que la búsqueda

histérica de la *verdad*. Neal, ¿es lo bastante adulto para escucharme?

—Lo intentaré.

—Saffron es más fuerte de lo que creía. Ha decidido no dejarse destruir por lo que acaba de vivir.

Augustine hace un gesto hacia Neal.

—Vamos a intentar rodearla y ayudarla, ¿verdad?

Detiene el coche delante del Sanglier Bleu, aparentemente cerrado.

—Su amigo Salleton nos espera. Con Saf'.

Tras el desayuno, Neal vuelve a casa con su hija y sube a la habitación. Le da una maleta que le ha traído de París.

—Como me pediste, he pasado por el piso de la calle Faubourg-Saint-Martin. He recogido todas tus cosas, no quedaban muchas. También he cogido el correo, está dentro. Y me he encargado de la cancelación del contrato y del cambio de dirección.

—Gracias, *dad*.

—¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer ahora?

—No, pero sé lo que no quiero hacer. La veterinaria se ha terminado. Por lo demás...

Neal asiente, necesitará tiempo.

—Lo he arreglado todo con *The Herald* para tu entrevista. ¿Lo has pensado bien? ¿Estás totalmente segura de querer llegar hasta el final?

Saffron, que se ha puesto a ojear el correo que le ha traído su padre, sonríe brevemente, se encoge de hombros.

—Sí. Es divertido, parece que tú tienes más miedo que yo.

Neal no tiene tiempo para responder.

Su hija abre un sobre blanco abultado y saca del mismo una memoria USB. Palidece, la aprieta en su mano. Las lágrimas le brotan de los ojos sin poder evitarlo.

Neal lo entiende, Scoarnec la ha enviado para tenerla en lugar seguro antes de la operación Gédéon. Imbécil asqueroso. Si lo hubiera sabido... A la papelera. Hacer algo. Alarga la mano para coger la memoria.

—Saf', sobre todo, olvida...

—¡Calla! No entiendes nada. Confió en mí una última vez, por fin puedo dejarme ir.

Abre la palma de la mano.

—¿Ves esta cosa irrisoria? Tú tienes una. La policía tiene una. En ella se ve morir a un hombre, pero no se pueden identificar a los asesinos. Scoarnec, Courvoisier y Marsand han muerto debido a esta cosa. Es lamentable. Y ello me da dos muy buenas razones para contar toda la historia, para no olvidarla. ¿Cuándo vienen tus amigos de Londres?

Malfa es la aldea más grande de Salina, la tranquila isla de las Eolias. En sus alturas, en un caserío totalmente restaurado, se esconde un minúsculo hotel de lujo elegante y sobrio.

Sonia no ha ido allí con su verdadero nombre, se esconde. Y desde que está allí, no ha salido, excepto una noche, para ir a cenar al pueblo. No se hace notar. Solo ha pedido recibir algo de prensa francesa todos los días. Y el dueño se las ha arreglado para hacérsela llegar con el primer hidróptero de la mañana, procedente de Palermo.

Aparte de esta lectura diaria, nada. Baños, sol, buena comida y...

Pâris sale de la piscina, va a echarse en la tumbona vecina. Al pasar, le acaricia la mejilla.

Algunas gotas de agua fresca caen en la piel de Sonia, calentada por el sol. Tiene un escalofrío y baja el periódico para mirarle.

—¿Qué noticias hay hoy?

—Mi futuro exmarido, su divorcio. Su victoria está casi olvidada. Todo el mundo se pregunta qué ha podido pasar, dónde estoy.

—¿Y?

—Lo saben.

Pâris se incorpora sobre un codo, inquieto.

Sonia sonríe.

—Estoy en la isla Mauricio, en un palacio, con mi amante. Por lo menos tienen razón en este último punto.

Pâris vuelve a tumbarse.

—Los del hotel te han encontrado el *Herald*. El artículo de tu amigo está muy bien. Anuncian una entrevista de su hija.

Una pausa.

—¿Qué piensas?

—Nada. Tu divorcio es lo más importante. Para todo el mundo y sobre todo para mí.

Notas

[1] Protocolo de internet: los cuatro números que identifican y localizan cada máquina conectada a internet. (*Todas las notas, si no se indica lo contrario, son de los autores*.)
[2] *European Pressurized Reactor*: reactor nuclear de tercera generación.
[3] Oficial de la policía judicial.
[4] Identidad judicial.
[5] Comisaría de la Energía Atómica.
[6] Dirección Central de Informaciones Generales.
[7] Dirección de la Administración de la Policía Nacional.
[8] Sobrenombre de la sede de la Brigada Financiera.
[9] Sistema de tratamiento de las infracciones constatadas.
[10] CAC 40 (Cotation Assistée en Continu) es un índice bursátil francés. Es una medida ponderada según la capitalización de los 40 valores más significativos de entre las 100 mayores empresas negociadas en la Bolsa de París. *(N. de la T.)*
[11] El método Coué debe su nombre a los trabajos del psicólogo y farmacéutico francés Émile Coué de la Châtaigneraie (1857-1926). Se basa en la sugestión a través de la autohipnosis *(N. de la T.)*.
[12] Brigada de Investigación e Intervención.
[13] Brigada Anticrimen.
[14] *Goupil* significa «raposo» (N. de la T.).
[15] Instituto Médico-Legal.
[16] Siglas de Consejo Superior del Audiovisual *(N. de la T.)*
[17] La galería Saint-Éloi, el ala en la que se encuentran los magistrados instructores del ministerio fiscal antiterrorista, en el Palacio de Justicia de París.